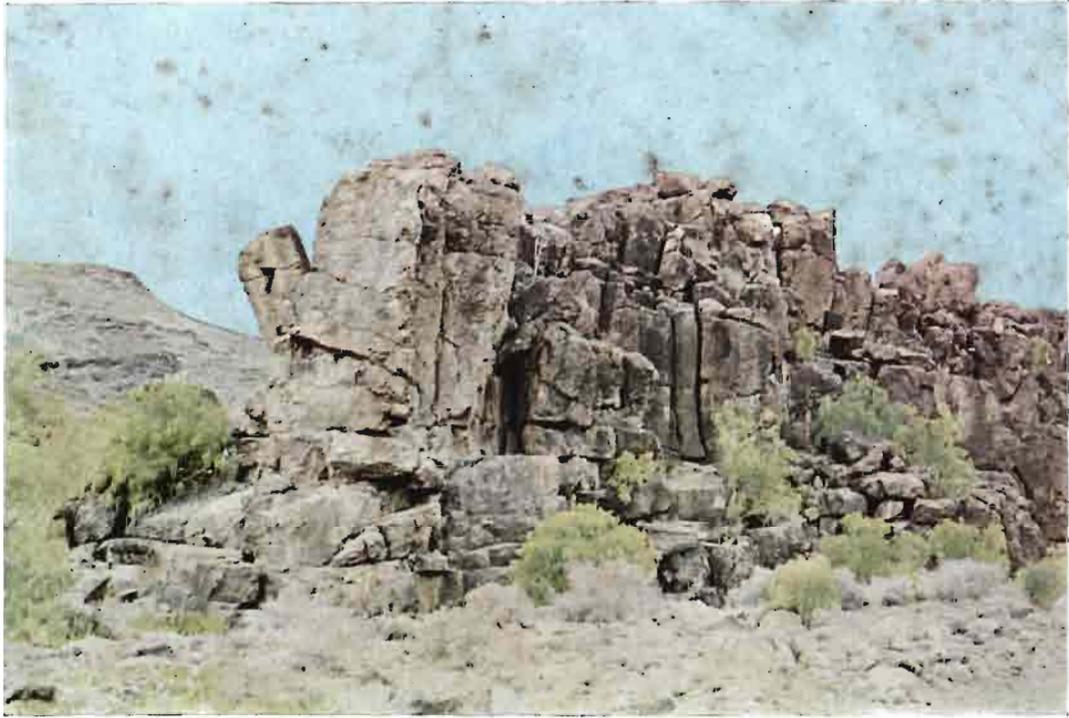


ANTONIO BELTRAN MARTINEZ



LOS GRABADOS DEL
BARRANCO DE BALOS

(GRAN CANARIA)

EL MUSEO CANARIO - PATRONATO JOSE M.^a QUADRADO

DEL C. S. DE I. C.

DONACIÓN
Juan Pulido
Castro

LOS GRABADOS DEL BARRANCO DE BALOS

Edición de "El Museo Canario"
subvencionada por
el Patronato "José M. Quadrado" (C. S. I. C.)
y el Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria

Trabajos realizados por el Departamento de Prehistoria
de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza

ARQUEOLOGICA, I



ANTONIO BELTRAN MARTINEZ

LOS GRABADOS DEL
BARRANCO DE BALOS

GRAN CANARIA

Las Palmas de Gran Canaria

1971



Canarias

N.º E.	61100
N.º Copia	7910083



Macizo basáltico del Barranco de Balos.

I. EL BARRANCO DE BALOS

La isla de Gran Canaria posee una complicada red radial de barrancos cuya acción provoca una erosión terrible sobre los terrenos volcánicos de que está compuesta, por medio de los grandes arrastres de tierra, arena y rocas que, finalmente, son depositados en la zona próxima a su desembocadura. Uno de ellos, el llamado de Los Balos, conocido también con el nombre de barranco de Balo o de Los Letreros, precisamente por los grabados que vamos a estudiar, está emplazado en el Sudeste de la isla, en el término municipal de Agüimes y a unos seis kilómetros del puerto natural de Arinaga. Su situación es favorable, al abrigo de los vientos dominantes y al mismo tiempo beneficiado por la modificación de los alisios que al chocar con el Norte de la isla corren a lo largo del litoral. De aquí que este barranco, como los demás de su situación, haya sido muy accesible para las «entradas», es decir, para las penetraciones humanas en cualquier tiempo.

Este barranco está en función de la cadena paralela a la costa que se extiende entre Agüimes y los llanos costeros, abriéndose en ella a lo largo de unos nueve kilómetros y realizándose actualmente el acceso, desde la carretera que va a Agüimes, por un camino, apenas apto para vehículos normales, que corre por el fondo pedregoso del barranco hasta algunas propiedades y cultivos, servidos por fuentes y pozos, que en él se explotan.

La configuración del barranco, que se va abriendo conforme descende hacia el mar, hasta llegar a una llanura en la desembocadura, nos permite suponer un acceso fácil para las poblaciones llegadas a la costa que deseasen penetrar hasta el interior; de hecho, los macizos rocosos, no muy altos, pero escarpados, que lo flanquean, están abiertos por numerosas cuevas, muchas con restos o indicios de habitación primitiva.

Poseemos descripciones del barranco, debidas a geógrafos y geólogos, que nos ahorran el hacerlas ahora minuciosamente¹. Digamos que la

1. Telesforo BRAVO, *Geografía general de las Islas Canarias*, II, Santa Cruz de Tenerife 1964, p. 105 y Hans HAUSEN, *New contributions to the Geology of Grand Canary*, Helsinki-Helsingfors, 1962, p. 94, entre otros. Cfs. para un aspecto particular F. MACAU VILAR, *Las calderas de Gran Canaria*, «Anuario del Instituto de Estudios Atlánticos», 5, Madrid-Las Palmas 1959 y en las obras citadas el resto de la bibliografía especializada.

cuenca hidrográfica de Balos tiene dos partes, la superior quebrada y de pronunciado declive y la inferior bastante llana, cosa excepcional en la isla, englobando los llanos de Arinaga y desaguando en la bahía de Forma después de recibir el barranco del Polvo. En la parte superior corre por un paso bastante estrecho, entre el Roque Acuario y la Montaña de los Perros, cambiando su nombre por el de Barranco de la Angostura y recibiendo entre el Lomo de los Letreros, según nombre de T. Bravo, y el Roque Acuario, o más bien Acayro, con una fortaleza indígena, el barranco de las Pitás. La cabecera del barranco de la Angostura está a novecientos metros de altura y la cuenca total mide cincuenta y cinco kilómetros cuadrados, comprendiendo el pueblo pintoresco de Temisa. Geológicamente, entre Agüimes y Temisa pasa a través de zonas basálticas y bancos de lavas alternadas con tobas, siempre en posición inclinada hacia la costa. En la parte inferior del curso corre por depósitos aluviales, gravas y arenas; en la zona media atacando los basaltos pagioclasas con tobas y conglomerados y olivina sobre el basalto; y en el curso alto por terrenos que van desde el terciario tardío a lavas y restos de volcanes recientes.

El nombre de barranco de los Balos lo recibe de un arbusto abundantísimo, resistente a la sequía, de bello color verde claro, de algo más de un metro de altura, tronco leñoso, muy flexible de tallo y de ramas que se presentan colgantes, hojas filamentosas y pequeñas flores de tono amarillento y forma arracimada en grupos de tres o cuatro; al raspar los tallos emiten un olor desagradable, que se transmite a la leche de los animales, si toman el arbusto como pasto en épocas de gran sequía. Se trata del «*Proclama pendula* Ait.», al que el arcediano José de Viera y Clavijo llamó «*Loranthus canariensis*». Aunque la abundancia de este arbusto haya dado nombre al barranco, existen además matorrales de gran variedad, algunos peculiares y desde luego característicos de la zona baja y oriental de las islas, que L. Diego Cuscoy ha llamado «de las xerófilas»².

Se inicia el barranco en la zona llamada de «Los corralillos», construcciones sencillas de piedras sueltas, de forma más o menos circular, que en opinión de S. Jiménez Sánchez pueden ser puestos en relación con los antiguos «goros».

Los grabados que nos interesan se han inscrito en la «Loma de los Letreros», enorme macizo basáltico de más de seiscientos metros de longitud, con una altura que sobrepasa en muchos puntos los diez metros

2. Luis Diego Cuscoy, *Paletnología de las islas Canarias*, Zaragoza 1953, ampliada, con el mismo título, Santa Cruz de Tenerife 1963. Entre los matorrales presentes en Balos citemos el cardón («*Euphorbia canariensis* L.»), la tabaiba («*Euphorbia obtusifolia* E. aphylla Brouss. E. atropurpurea Brouss. E. Regis Iubae W. B.»), la aulaga («*Launaea spinosa* Sch. Bip.»), el asaigo («*Rubia fruticosa* Ait.»), el verode («*Kleinia nerifolia* Haw»), la chumbera («*Opuntia ficus-indica* Haw»), el incienso («*Artemisia canariensis* Less»), la magarza («*Chrysanthemum frutescens* L.»), la pita («*Agave americana* L.»), la vinagrera («*Rumex lunaria* L.»), etc.

y anchura de más de veinte, aunque sea muy irregular y esté cortado, casi en su punto medio, por un tajo, en la zona superior, lugar favorable donde se han construido algunas casas y hay pozos que permiten cultivos en las tierras de aluvión pegadas a las laderas y del fondo del barranco; este macizo basáltico se sitúa donde el cauce comienza a estrecharse y divide al barranco en dos partes casi iguales. Es de contextura esencialmente columnar, con algunas piedras tabulares y no pocas desprendidas y caídas, predominando en la parte alta y media la estructura flamígera que llega a alcanzar un color rojizo y bronceado, muy espectacular, que seguramente hubo de llamar la atención a las gentes de todo tiempo, al estar aislado y con fantástico aspecto, especialmente a las horas del sol poniente. La piedra, según el grado de alteración de la superficie y la pátina que ha tomado, es de color negruzco, gris oscuro, rojo bronceado, ocre o gris, lo que resultará importante a la hora de establecer las diferencias de color y de pátina de los picados o surcos grabados que, según que atraviesen o no toda la zona superficial de la roca y la profundidad que alcancen, tienen coloraciones distintas, ya que al rebasar la zona descompuesta alcanzan la coloración original.

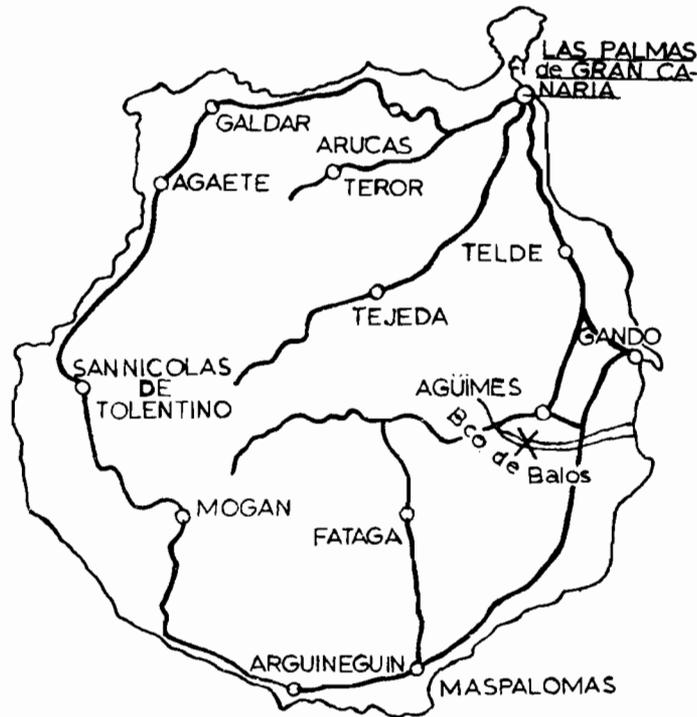


Figura 1. — Situación del barranco de los Balos, en Gran Canaria (según Jiménez Sánchez).

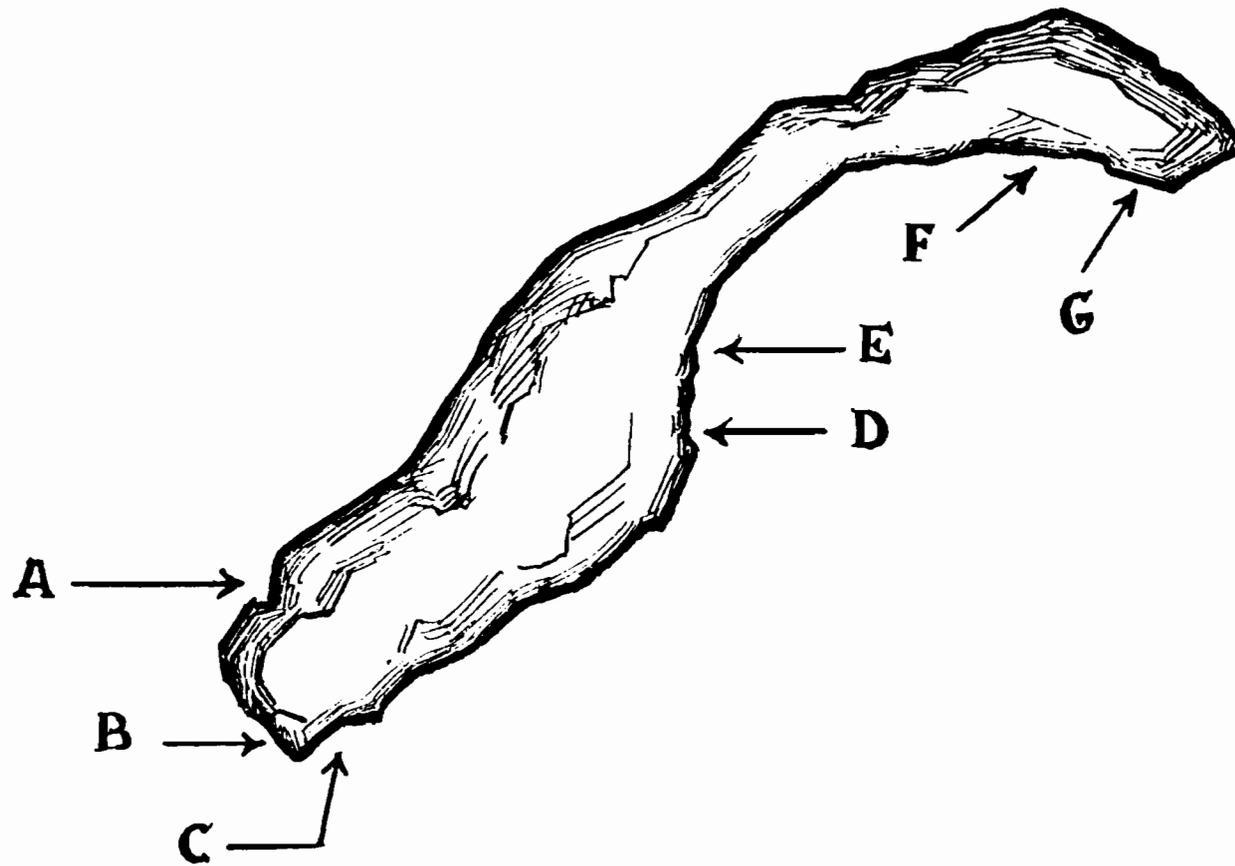


Figura 2.—Croquis del macizo basáltico «Lomo de los Letreros». Las letras corresponden a la descripción de Jiménez Sánchez y se relacionan así con nuestros números: A = VII; B = I a VI; C = VIII a XVII; en el punto medio entre C y D = XVIII - XIX; D y E = XX a XXXV; en la parte más delgada del macizo, corte del basalto; inmediatamente, XXXVI - XXXVII; un poco antes de F = XXXVIII - XXXIX; F = XL; G = XLI; en la parte extrema y al Norte = XLII a XLIX.

Su origen son los materiales vertidos en forma líquida por los volcanes que se solidifican tomando los colores gris, oscuro y aun negro; aunque normalmente no se presentan en coladas de mucha potencia, en Balos y lugares análogos, es decir, fondos de valles más o menos cerrados, se han remansado y han formado este poderoso macizo; los de tipo pagioclasa, examinados con lente ofrecen: a) una pasta de grano fino, color gris sucio, que forma la mayor masa de la roca; b) cristales blancos de diversos silicatos, negros de augita y amarillo-verdosos de olivino que son rojos en los basaltos muy viejos, englobados en la roca; c) no visibles con lupa granos finos de magnetita³.

En relación con los grabados tiene mucho interés la erosión, tanto la hidratación, la oxidación y las lentas reacciones químicas, como la acción física de la fuerza mecánica del agua y de los materiales gruesos y finos que arrastra, así como la abrasión de la arena movida por el aire.

Los grabados se hallan en la parte baja, en losas horizontales o en paredes verticales, salvo en pocas excepciones completamente a la vista, aunque en algún caso se busquen a modo de hornacinas, zonas interiores de las losas verticales; también hay algunos en la zona media de dos a tres metros de altura y en el extremo N. del macizo en su parte más alta. Aunque por lo general son accesibles con facilidad, mediante losas tabulares los más elevados, no faltan algunos situados en puntos de difícil acceso. Las inscripciones están siempre a una altura mayor que los grabados que las acompañan. También es interesante señalar que todos los grabados que conocemos, menos el grupo VII, están en la parte oriental o nordoriental del macizo, lo cual fuerza a suponer una idea preconcebida de orientación, indudablemente en relación con el Sol.

La relativa abundancia de pozos, la proximidad del llamado «pozo de Betancor» y el aspecto impresionante del macizo basáltico debieron resultar un singular atractivo para los autores de los grabados de muy diferentes épocas que aquí encontramos.

II. ANTECEDENTES, ESTUDIOS Y BIBLIOGRAFIA

Los grabados del «Lomo de los Letreros» del barranco de Balos son conocidos desde muy antiguo por los naturales del país y por los curiosos, lo que motivó el nombre dado al macizo basáltico e incluso al barranco;

3. FUSTER, J. M.; HERNÁNDEZ PACHECO, A.; MUÑOZ, M.; RODRÍGUEZ BADIOLA, E., y GARCÍA CACHO, L., *Geología y vulcanología de las Islas Canarias: Gran Canaria*, Madrid 1968, p. 68 ss., fig. 12 y 68 y situación de la zona en los series basálticas I y II

en la bibliografía aparecen solamente en 1874, cuando Verneau, al reconocerlos con más cuidado, llamó la atención sobre ellos, aunque fuera en publicación muy superficial y, desde luego, cuando ya se habían publicado y divulgado otros grabados de las islas de la Palma y del Hierro, desde el siglo XVIII, menos complejos que los de Gran Canaria ⁴.

En 1752 el arcediano Viera y Clavijo daba por conocidos los petroglifos del caboco de Belmaco, describiéndolos como «puros garabatos, juego de la casualidad o de la fantasía de los antiguos bárbaros». Fuera de estas insculturas de La Palma, el beneficiado Aquilino Padrón, en 1870, exploró la Cueva de los Letreros en la isla del Hierro. En 1874, el marqués de la Florida encontraba otras inscripciones en Fuerteventura (fruto con flor y otros signos grabados y una inscripción) y en 1878, Ramón Castañeyra, en el Barranco de la Torre, hallaba signos alfabéticos; en el mismo año 1874 se incorporaban al creciente número de descubrimientos los grabados de Balos y los supuestos petroglifos del almogarén de la montaña de Cuatro Puertas ⁵, en Gran Canaria.

Respecto de los grabados de Belmaco (Mazo) han sido estudiados por Diego Cuscoy y contienen espirales, laberintos, curvas, meandros, serpentiformes y otros temas, fechándolos entre 1800 y 1500 a. C. De tema semejante son los de la Fuente de la Zarza (Garafia), con una gran roseta y los de Tigalate Hondo (La Palma) ⁶.

En el Hierro, aparte de «Los Letreros» de El Júlán descubiertos por Padrón, círculos cruzados por dos diámetros, óvalos en la misma forma, alguna espiral, serpentiformes, figuras treboladas, ajedrezados, etc., que se suponen neolíticos, hay inscripciones en La Caleta, Barranco de Tejeleite y La Candia supuestas tiffinagh, líbico bereberes por Faidherbe e incluso de origen cretense por Wölfel ⁷.

4. JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS, *Estado actual de las investigaciones prehistóricas sobre Canarias*, Las Palmas, 1939, p. 24. LUIS DIEGO CUSCOY, *Paletnología de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1963, p. 45.

5. S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Cuevas y tagoror de Cuatro Puertas*, «Revista de Historia», 1942.

6. LUIS DIEGO CUSCOY, *Nuevas consideraciones en torno a los petroglifos del «Caboco» de Belmaco (Isla de la Palma)*, «Revista de Historia», 109-112, 1955, p. 7, con la bibliografía anterior. AVELINA MATA y E. SERRA RAFOLS, *Los nuevos grabados rupestres de la Isla de la Palma*, *Ibidem.* 1940-41, p. 352; BERNARDO SAEZ MARTÍN, *Los trabajos del Seminario de Historia Primitiva en Canarias, en 1948*, «Cuadernos de Historia Primitiva» III, 2, 1948, p. 125, lám. XXXIII. EOLIN MAC WHITE, *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica en la Edad del Bronce*, Madrid 1951, p. 24. L. DIEGO CUSCOY, *Los grabados rupestres de Tigalate Hondo (Mazo, Isla de la Palma)*, «Revista de Historia», 1958, p. 243.

7. SABIN BERTHELOT, *Nouvelle découverte d'inscriptions lapidaires a l'île de Fer*, «Bulletin de la Société de Géographie», XII, Paris 1876, p. 324 y *Noticias sobre los caracteres jeroglíficos marcados en las rocas volcánicas de las islas Canarias*, «Bol. de la R. Sociedad Geográfica», Madrid 1877, I, p. 260 y 274. V. GRAU BASSAS, *Inscripciones numídicas de la isla del Hierro*, «El Museo Canario», IV, p. 295, 333 y 370; V, p. 265, 1882. R. VERNEAU, *Les inscriptions lapidaires de l'Archipel canarien*, «Revue d'Ethnographie», I, p. 273, Paris 1882. GENERAL FAIDHERBE, *Jeroglíficos de la isla del Hierro*, «Bol. de la R. Soc. Geográfica», Madrid 1876. AQUILINO PADRÓN, *Relación de unos letreros antiguos encontrados en la Isla del Hierro*, «Rev. Arq.», Madrid 1940, núm. 40. S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Petroglifo Zonzamas*, «Falange», Las Palmas, 3, XI, 1953.

Más que dudosa es la inscripción de Anaga, en Tenerife y muy interesantes los petroglifos de Zonzamas, en Lanzarote, unos *in situ* y otro en el castillo de San Gabriel, en Arrecife⁸.

En Gran Canaria, aparte de los grabados del Barranco de Balos, se citan los supuestos de las Cuatro Puertas, que no pueden aceptarse, los de Roque Bentaiga, en la cueva del Guayre, es decir, del Noble, en una sala de 13 por 8 metros en la entrada y 4 metros de alta en el centro; en la izquierda hay dos pequeñas aberturas que dan acceso a excavaciones circulares que pueden ser graneros; alrededor hay un zócalo pintado de ocre rojo y a la altura aproximada de un hombre, una serie de círculos pintados formando una franja horizontal; los montantes interiores están decorados con el mismo color. Debe citarse además la «cueva pintada» de Gáldar, comenzada a explorar en 1873 y 1880 por D. Ripoché y actualmente con nuevos descubrimientos en curso de estudio por María Dolores Garralda, en 1970. Lo publicado es una sala cuadrada de 5 metros por 5,50 y 4,8 en el fondo, con los muros decorados; el techo está pintado de ocre rojo, las paredes con figuras geométricas variadas en rojo, negro, gris o blanco, la cornisa alta en rojo; sobre el fondo en blanco, circunferencias concéntricas con el centro blanco; la pared posterior a la cornisa está interrumpida por triángulos y zig-zags rojos; a una altura de 1,25 a 1,50 metros del suelo, hay cuadrados en rojo o negro uniforme, otros rojos rodeados de líneas blancas o estriados de líneas blancas paralelas, triángulos rojos y blancos, a veces rodeados de blanco; doce en negro, en tres filas horizontales y bordeados de rojo; sobre el fondo, a cada lado, un rectángulo gris rojizo que parte de la cornisa para descender a nivel de las figuras inferiores; estriado de zig-zags rojos superpuestos; en la pared derecha hay dos zig-zags, uno rojo y otro blanco; el rojo está limitado por pequeños triángulos blancos de línea dentada, viéndose aún pequeñas circunferencias blancas; la parte baja está pintada de ocre rojo que ha desaparecido. Todo según la descripción de Verneau. Finalmente, hay que añadir las pinturas del abrigo de Majada Alta y de Silva⁹.

Yendo ya a lo que nos interesa, concretamente, aparte de los grabados de Balos hay que hacer mención de un grabadito de la Cueva del Moro, en Las Moriscas (Agaete), representando un hombre esquemático, con el cuerpo linear prolongado por la cabeza, brazos rectos en cruz y piernas

8. Manuel de OSSUNA y VAN DEN HELDE, *Inscripción de Anaga (Tenerife)*, Santa Cruz de Tenerife 1889. Sebastián JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Petroglifo Zonzamas*, «Falange», 3, XI, 1953, Las Palmas. Cfs. también R. F. CASTAÑEYRA, 1878, sobre inscripciones en Fuerteventura. M. MANRIQUE, *Una lápida misteriosa (Anaga)*, «El Museo Canario», IX, 186, p. 86, Las Palmas 1904.

9. F. BATLLORI y LORENZO, *La cueva pintada (Gáldar)*, «El Museo Canario», IX, p. 117, Las Palmas 1900 (son pinturas geométricas). Sebastián JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Pictografías antropomorfas del abrigo pastoril de Majada Alta (Tejeda)*, «Faycan», 8, Las Palmas 1961 y *Pinturas rupestres antropomorfas en la Isla de Gran Canaria*, «Actas del V Congreso Panafricano de Prehistoria y de Estudio del Cuaternario», II, Santa Cruz de Tenerife, 1966, p. 147.

abiertas en ángulo y luego prolongadas verticalmente, faltando la izquierda¹⁰. La referencia a Balos del «Rapport» de Verneau habla de «una especie de personaje informe montado sobre un animal groseramente figurado; un esquema del mismo animal; una cosa que se parece a un lagarto con las patas extendidas; y, por último, uno que parece un tronco con cierto número de ramas» refiriéndose a los últimos grupos de grabados del barranco. La realidad es que los visitantes de Balos han manifestado siempre su interés por los grabados, pero acompañado de sus recelos respecto de su autenticidad y cronología, indudablemente arrastrados por los numerosos grafitos modernos, incluso de los siglos XIX y XX. Por esta razón los trabajos monográficos son escasos y las referencias de los autores que se ocupan de la prehistoria canaria muy superficiales; así pueden servir de ejemplo las breves menciones de Pérez de Barradas, en su excelente estudio, o el escepticismo de T. Bravo, cuando dice: «no parece que hayan sido hechos hace muchos siglos» añadiendo que algunos los atribuyen a los nómadas de Argelia y otros a los tfinagh del Sahara central, concluyendo que, en todo caso, no se ha dado una traducción o interpretación de ellos. La excepción son dos trabajos de Hernández Benítez y de Jiménez Sánchez, que si no tuvieran otros méritos, les cabría ya el de, por lo menos, intentar la resolución de los problemas que plantean estos misteriosos grabados.

Ciertamente los dos artículos son incompletos y se ocupan muy generalmente de la descripción de algunos grabados, olvidando muchos otros; tampoco son aceptables la mayor parte de las conclusiones, sobre todo las establecidas por Hernández Benítez, cuyos calcos o copias son muy deficientes; las fotografías obtenidas llenando los surcos del grabado con tiza son peligrosas pues se corre el riesgo de que reflejen no lo que realmente hay sino lo que ha sido manchado de blanco. Aun así son los únicos precedentes que tenemos y es loable el esfuerzo desarrollado por ambos autores¹¹. Las referencias y, en su caso, las correcciones, se harán al describir los grabados para cuya crítica incluiremos los textos de los autores citados.

El problema esencial que plantean los grabados es el de la dificultad de datación y nada extraña que algunos los hayan atribuido a pastores de

10. S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Pictogramas antropomorfos de la cueva del Moro, en el Morro de las Moriscas, en Agaete, Isla de Gran Canaria*, Las Palmas 1963.

11. Pedro HERNÁNDEZ BENÍTEZ, Pbro., *Inscripciones y grabados rupestres del barranco de Balos (Gran Canaria)*, «El Museo Canario», núm. 15, 1945, 12 págs. y 14 figs. intercaladas. Sebastián JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Nuevas aportaciones al mejor conocimiento de las inscripciones y de los grabados rupestres del Barranco de Balos, en la isla de Gran Canaria*, «Anuario de Estudios Atlánticos», 8, 1962, p. 87 a 125, VII, láms. y 17 figs. intercaladas. Del mismo: *Algunas manifestaciones del culto astral entre los grancanarios prehistóricos*, «Crónica del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», Madrid 1954, Zaragoza 1956, p. 107; una simple nota periodística en Attilio GAUDIO, *Las inscripciones y grabados del Barranco de Balos constituyen un alto grado de cultura y de espíritu creativo de los indígenas canarios*, «Falange», Las Palmas, 24-V-1950.

época reciente; se mezclan en los paneles algunos muy modernos con otros de mayor antigüedad, sin que, en ocasiones, puedan separarse por la pátina del trazo o por el aspecto, pues unos y otros son bastante toscos y de semejante apariencia. No debe extrañar, pues, que se haya huído de precisar la edad de las incisiones o que se haya establecido partiendo de apriorismos muy discutibles. Por otra parte la visibilidad de los grabados es, frecuentemente, escasa o nula y, en todo caso, varía según la luz y la hora del día, o depende de la técnica empleada o del color de la roca y, muy fundamentalmente, de la erosión sufrida por el basalto. Muchos grabados resultan invisibles a determinadas horas del día y otros solamente son apreciables con luz muy favorable; así nos ocurrió con la fig. X, contigua al punto donde teníamos instalados los elementos del trabajo diario, en la primera fase, y que sólo acertamos a ver en un atardecer con escásima luz; o bien con la XIII, que apareció ante nosotros solamente después de un día de lluvia. Los numerosísimos grafitos enmascaran también los grabados y muchas veces o los hacen invisibles o los confunden de tal modo que resulta muy difícil su aislamiento. En general, la luz rasante y débil es mucho más favorable que la intensa y directa, ya que los surcos de la incisión son muy poco profundos, lo cual nos obligó a repetidas comprobaciones y fotografías a distintas horas del día. En la zona intermedia, entre las figuras XX y XXXV, hay puntos donde resulta penosísimo separar los trazos de las distintas épocas, siendo los más modernos de 1962, habiendo muchos actuales y otros posteriores a la conquista española y de aire medieval.

Nuestro intento, partiendo de las escasas bases de partida con que contábamos, de lo elemental de los trabajos de Hernández y Jiménez, del escepticismo de muchos y del silencio de casi todos, ha ido dirigido, esencialmente, a la identificación de las pátinas de los surcos o picados y a la determinación de las técnicas de éstos; alguna conclusión positiva hemos obtenido, como se verá, pero, por desgracia, el paso de muy pocos años basta para patinar un picado en la misma forma y produciendo el mismo efecto que si el tiempo transcurrido fuese mucho; así hemos visto grafitos del siglo XIX con la misma sensación de antigüedad que otros muy anteriores. Por otra parte, el basalto, que tiene un color negruzco o rojizo en las zonas escasamente erosionadas se torna gris plomizo o sucio en aquellas otras donde el agua, el viento y la arena que éste arrastra han atacado su superficie, que toma el mismo color, también, por la acción de los agentes químicos. Así resulta que, según los lugares, los grabados, aun siendo de la misma época toman colores distintos, según que atraviesen o no la capa superficial del basalto o hayan sido más o menos erosionados, cambiando la técnica, aparentemente, al presentarse en distinto estado de conservación. Hemos tratado de localizar superposiciones muy

escasas entre los grabados más antiguos y que se reducen a comprobar que la técnica de incisión es más moderna y corta a la de picado; en cuanto a los grafitos más modernos superpuestos a los antiguos, son muy fáciles de distinguir, pero por desgracia resultan poco expresivos a la hora de darnos fechas, pues son muy recientes.

Cuanto queda dicho permite comprender las dificultades que hemos tenido que vencer para llevar a cabo nuestro trabajo que ha consistido, básicamente, en el calco directo, sobre plástico, de la totalidad de los grabados que vimos. El equipo del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Zaragoza, bajo nuestra dirección y compuesto por el prof. Miguel Beltrán Lloris y las alumnas señoritas M. C. Alcrudo Sánchez y P. Casado López, trabajó en jornadas de nueve horas diarias entre los días 23 al 31 de marzo de 1970; en los días 28 a 31 se contó con la eficaz ayuda del director del Museo Arqueológico de Santa Cruz de Tenerife, don Luis Diego Cuscoy, gran conocedor de la arqueología canaria. La organización de la campaña corrió a cargo del Museo Canario de Las Palmas, subvencionado por el «Patronato Cuadrado» del C. S. de I. C.; fue muy importante la colaboración del personal del museo y decisiva la utilización de los fondos de su biblioteca. Especial gratitud merecen don Juan Díaz, don Juan Rodríguez Doreste y don José Naranjo.

Desde el punto de vista técnico se intentó aplicar el método que tan buen resultado ha dado al prof. Emmanuel Anati en el estudio de las insculturas de Val Camonica (Brescia)¹², pero el fracaso fue absoluto ante la escasa profundidad de los grabados de Balos; la preparación de la roca la hace Anati coloreando la superficie con materias muy solubles en agua, que no formen cuerpo, en dos fases; la primera es impregnar la roca oscura de color blanco y la segunda pasar pintura negra sobre la superficie por medio de un tampón, de suerte que el blanco queda en los surcos y el negro en la superficie, haciendo así muy visible cualquier grabado. En Balos los grabados fueron poco profundos y además han sido muy erosionados, de suerte que este sistema, probado en las primeras losas horizontales no dio ningún resultado por lo que fue necesario abandonar este trabajo, limpiando las rocas con agua y reduciéndonos al calco directo con rotulador indeleble (solamente susceptible de ser borrado con alcohol) sobre papel plástico de grosor medio, completando el calco con fotografías en negro y en color obtenidas a distintas horas del día. Se ha huido radicalmente del nocivo sistema de repasar las figuras con tiza lle-

12. *I metodi di analisi e di archivio dell'arte rupestre*, «Bolletino del Centro Camuno di Studi preistorici», 1966, p. 133. Las etapas son: 1, limpieza de la roca; 2, preparación de la misma (a la que nos referimos en el texto); 3, calco; 4, numeración; 5, selección de las figuras; 6, diferenciación de los grupos, escenas y estilos; 7, estudio de las superposiciones y grado de conservación de la pátina; 8, ficha de la roca; 9, análisis de los elementos; 10, síntesis de la roca; 11, sumario y conclusiones.

nando el interior del grabado de blanco, limitándonos, en casos extremos, a perfilar los trazos poco visibles con un punteado exterior que facilitase seguir las líneas grabadas y esto, como decimos, solamente en situaciones absolutamente imprescindibles, evitando de este modo que calcos y fotografías resultasen convencionales. Los calcos se han hecho tomando grandes superficies y paneles completos para evitar el aislamiento de las figuras y su posterior colocación caprichosa en un conjunto. Una vez comprobados, han sido pasados a papel vegetal, en el laboratorio, revisándolos después con las fotografías y las diapositivas en color, proyectando éstas sobre el calco provisional, siendo dibujadas después definitivamente.

Aun así estamos seguros de que habremos cometido muchos errores y caído en no pocas omisiones; si después de la observación realizada por tantos visitantes hemos logrado descubrir tantos grabados nuevos no cabe la menor duda que quedarán muchos más visibles y ocultos o patentes, pero escasamente marcados.

Aparte de la bibliografía citada en este capítulo y en los restantes de nuestro trabajo existen muchas publicaciones más, directa o indirectamente relacionadas con los grabados de Balos, que pueden verse en los citados trabajos de Pérez de Barradas (p. I-XII), Cuscoy (p. 57-58) y Jiménez Sánchez (p. 120-125 y 34-39 de la separata). Nosotros iremos citando en cada momento la bibliografía que afecte al tema que toquemos.

III. TECNICAS

La técnica de trabajo mediante la cual fueron realizados los grabados no podemos conocerla bien en su forma original ya que aquéllos han sido modificados, a veces muy notoriamente, por el distinto color de la superficie y del fondo de la roca basáltica, que hace cambiar los coloridos y pátinas, según que el basalto conserve su tono normal en el «Lomo de los Letreros» de gris a negruzco o bien de ocre a cobrizo. El grabado penetra en la capa superficial, alterada por la erosión y los agentes químicos, y el color que aparece es el del fondo.

Hemos podido apreciar tres modos distintos de actuación con numerosas variantes que se expondrán al describir los grabados:

1. Picado obtenido con un pico de basalto de tamaño y aguzamiento de la punta variables, aunque no debió ser muy grande, con escasa o nula preparación de la punta del utensilio, que debió actuar sin percutor, sino manejado directamente con la mano y mediante pequeños golpes. Estos

producen puntos muy superficiales, siendo muy variable su proximidad y teniendo unas veces el aspecto de un grabado continuo y otras de un punteado que deja muchos espacios intactos.

Al ser el picado, casi siempre, superficial y poco profundo, sufre con más facilidad los efectos de la erosión intensa y múltiple, especialmente del agua en las zonas bajas, que se muestran lamidas y abrillantadas en el fondo del barranco, y del aire, que arrastra arena, en otros lugares. Es posible que algunos picados fueran bastante más profundos y que hoy aparezcan como simples manchas grises a consecuencia de la erosión nombrada.

El trazo resulta de color plomizo oscuro sobre la roca gris y de color más amarillento sobre la rojiza o negruzca. En muy pocas ocasiones se rellena el surco de tierra o suciedad, al ser poco profundo y estar continuamente batido por el aire y el agua. El tamaño de los puntos varía, lo cual significa que la punta de los instrumentos era muy distinta.

2. Frotado o arrastrado de un pico basáltico, menos frecuente que el picado, pero realizado para completar éste, advirtiéndose en ocasiones la señal de varias puntas de la superficie del pico. Prácticamente esta técnica se usa para unir los puntos picados y dar al trazo la forma de línea continua. Dado lo superficial de ambos trabajos a veces no resulta fácil separarlos; en cambio es quizá en esta técnica donde resulta más fácil eliminar los trazos modernos.

3. Incisión fina y continua, sumamente rara. Únicamente la encontramos utilizada sistemáticamente en los signos geométricos del núm. VII, donde, evidentemente, las rayas cortan a los picados. Aparece en algún otro grabado, aisladamente, y, desde luego, en las inscripciones tiffinagh. El surco en el VII es de corte angular, poco profundo, arañado y en algún caso parece producido por instrumentos metálicos, aunque sería posible que fuera resultado de la acción con piedras muy duras y puntiagudas.

Cronológicamente, la técnica de incisión y la de arrastrado se superponen a la de picado y son, por lo tanto, más modernas, sin que podamos decir cuánto, en términos absolutos.

En cuanto a la pátina, es tan variable y se unifica de tal modo con el transcurso del tiempo, que no hace falta sea mucho, que resulta aventurado extraer consecuencias cronológicas. No obstante las diferencias existen y se harán notar en cada caso.

Es muy desigual también la conservación de los grabados en función, sobre todo, de la acción de los agentes erosivos. En general los picados antiguos, algo erosionados, son de difícil visibilidad.

Respecto a técnicas resultan aleccionadoras las enseñanzas extraídas por Anati en sus trabajos en el desierto de Negev, en el Monte Bego y en Val Camonica¹³ y especialmente la observación del trabajo de los beduinos actuales que siguen manteniendo la tradición de sus antepasados, no sólo en cuanto a los modos de trabajo, sino también respecto al concepto y fines de la acción de grabar.

En el Negev los grabados se extienden, cronológicamente, desde el Mesolítico hasta los beduinos actuales, con la misma técnica del martilleado o picado sobre arenisca o caliza. Los beduinos consideran este trabajo como un pasatiempo; según ellos «hay pastores que tocan el mesuich y otros que graban o dibujan». Aun así al grabar transmiten información a otros pastores o bien utilizan los grabados como conjuros o signos de fin mágico, sirviendo otros como un fin en sí mismos; es curioso anotar que entre los beduinos del Negev los grabadores son jóvenes de 12 a 17 años que abandonan la costumbre de grabar sobre roca al llegar a hombres. El modo de trabajo se funda en la cuidadosa selección de un canto rodado que luego se prepara si es necesario; después sentado el grabador sobre la roca o al pie de ella se hace un vago perfil de la figura que se va a grabar; finalmente, se martillea, soplando sobre el trazo, cuando es necesario, para eliminar el polvo. Sus grabados son siempre signos abstractos, que para ellos tienen significado, bien como símbolos de la tribu, signos mágicos, etc.

El instrumento es, usualmente, un canto de cuarcita o sílex que se adapte bien a la mano, al que se le dota de una punta con pocos golpes, si es que no la tenía ya; aunque poseen puñales y espadas y otros objetos metálicos, usan siempre piedras, más duras y más fáciles de reparar si se despuntan, que el metal. Los instrumentos son de tamaño pequeño, resultando más manejables y permitiendo más precisión en el grabado. Estos instrumentos han sido encontrados *in situ*, aparte de verlos usar a los beduinos, lo cual permite establecer comparaciones entre los diversos tiempos.

En el Monte Bego, al pie del gran conjunto de grabados rupestres, se han encontrado cantos de cuarcita redondeados por un extremo, el que se adapta a la mano, y puntiagudos por el otro. El hallazgo ha sido, sólo, de tres picos, más pequeños que los del Negev, midiendo 6, 7 y 8 cm.

En Valcamonica, después de no haber encontrado ninguno de estos picos a lo largo de once campañas de trabajo, en la duodécima, realizada

13. E. ANATI, *Rock-art in central Arabia*, I, «The oval-headed people of Arabia», Lovaina 1968 y II, «Fat-tailed sheep in Arabia» y «The realistic-dynamic style of rock-art in the Jebel Qara», Lovaina 1968, resumiendo otros trabajos anteriores, especialmente *Ancient rock engravings in the Central Negev*, Londres 1955. Una breve síntesis del mismo autor en *Utensili litici per eseguire le incisioni rupestri e il loro metodo d'impiego*, «Sibrium», 8, Varese 1964-66, p. 7.

en la Seradina alta, aparecieron, en 1965, objetos de conglomerado y de cuarcita, análogos a los del Negev y Monte Bego, *in situ*, midiendo entre 10 y 18 cm.

En el Barranco de Balos no hemos encontrado ninguno de estos utensilios; evidentemente muchos de ellos pudieron ser abandonados y estar hoy en el fondo del barranco o haber sido arrastrados por él. Dadas las excelentes condiciones que el basalto ofrece para ser grabado por picados superficiales no es preciso que exijamos excesiva especialización a los utensilios; cualquier piedra aguzada pudo servir y no hemos hallado ninguna que podamos afirmar que se haya utilizado con tal fin.

Georges Marcy¹⁴ habla de una técnica líbica de repasado de los grabados con pulidores de piedra, madera o metal, que Alvarez Delgado aplica a los grabados de Balos y de La Caleta (El Hierro), lo que no nos parece acertado.

IV. DESCRIPCION DE LOS GRABADOS

I. — La zona meridional del macizo basáltico presenta una serie de losas desprendidas y en desorden al pie de las paredes verticales, dispuestas más o menos horizontalmente y de tamaño no muy grande. En varias de las horizontales se han grabado figuras muy difíciles de ver, por lo general, ya que la erosión del agua y el viento ha atacado mucho la superficie, incluso lavándola intensamente en las piedras que están a ras del suelo del barranco. Por otra parte esta erosión ha dado a las rocas un color grisáceo que se confunde con el trazo del grabado, aunque éste sea algo más oscuro. No debe extrañar que muchos de estos grabados hayan pasado inadvertidos y que otros sean susceptibles de distintas interpretaciones.

La losa I, alargada, de perfil irregular, 0,86 m. de largo y unos 0,45 metros por término medio de ancho, estaba completamente oculta por un balo, por cuya razón no ha sido citada hasta ahora.

Todas las figuras han sido grabadas mediante la técnica de picado poco profundo, que atraviesa la capa superficial del basalto, con lo cual el color que resulta es oscuro, gris plomizo; el picado está realizado con picos de basalto bastante agudos resultando puntos muy contiguos que ofrecen el aspecto de una superficie continua.

14. G. MARCY, *Introduction a un déchiffrement méthodique des inscriptions «Tifinâgh» du Sahara Central*, «Hesperis» 1937, p. 193.

Las figuras claramente visibles son ocho, aunque hay trazas de alguna más que no hemos sabido diferenciar y que podría ser accidente natural, ya que cualquier golpe que la superficie gris clara recibe deja patente la capa interior más oscura, sin que sea fácil diferenciar los grabados intencionales de los casuales, salvo atendiendo a la forma que tienen. La totalidad de las figuras advertidas son estilizaciones humanas en muy distintos grados de esquematización, aunque están hechas con la misma técnica, tienen idéntico patinado y resulta difícil diferenciarlas por épocas.

De arriba abajo y de izquierda a derecha hay los siguientes grabados:

1. En la parte superior derecha, hombre esquemático de 0,12 m. de altura; tiene cabeza alargada, cuello diferenciado, brazos en cruz rectos, sin marcar los antebrazos, cuerpo estrecho y arranque de las piernas en forma triangular; una extraña prolongación hacia la izquierda podría ser el sexo, pero no es probable que así sea, sino el arranque de la pierna derecha, con extraño remate triangular para terminación inferior. A su izquierda hay restos de algún picado más que no constituye figura alguna.

2. Debajo y un poco más a la izquierda que el 1, hombre esquemático de 0,15 m. de altura; tiene la cabeza redondeada y ensanchada por los lados, brazos en cruz, antebrazos doblados hacia abajo, cuerpo delgado y largo que en su parte inferior se ensancha en forma de rombo incompleto, tal vez completando la representación convencional de la figura I, 1 y de otras. En todo caso, el cuerpo se prolongaría más abajo del rombo y no aparece ningún intento de diferenciar las piernas; tal vez podría interpretarse la parte superior del rombo como el arco formado por ambas piernas y el trazo de prolongación del cuerpo podría ser el sexo. No se advierten las manos, pero sí un ensanchamiento de su antebrazo izquierdo hasta el extremo de la línea. Hacia la izquierda se ven los trazos de una posible figura esquemática ilegible.

3-4-5-6. Grupo de cuatro signos de aspecto cruciforme, el primero con cabeza redonda, línea del cuerpo prolongada más allá de las perpendiculares que forman los brazos y las piernas, midiendo el trazo central 0,10 m. de longitud. Los otros tres signos del grupo son simples cruces, una de ellas con el trazo transversal ensanchado, que puede muy bien ser una cabeza y un sumario cuerpo, vistos en posición casi acostada. Hay también un punto que debe ser puesto en relación con alguna de las cruces. Todos los signos han sido picados con la misma técnica.

7. En la parte más inferior de la piedra y en la derecha hay una importante figura esquemática de 0,17 m. de largo, con cabeza redondeada, cuello largo, cuerpo con tendencia al rectángulo, brazos doblados hacia abajo, sin manos, piernas largas casi cerrando un arco y terminadas en un leve ensanchamiento como pies. En los espacios formados entre los

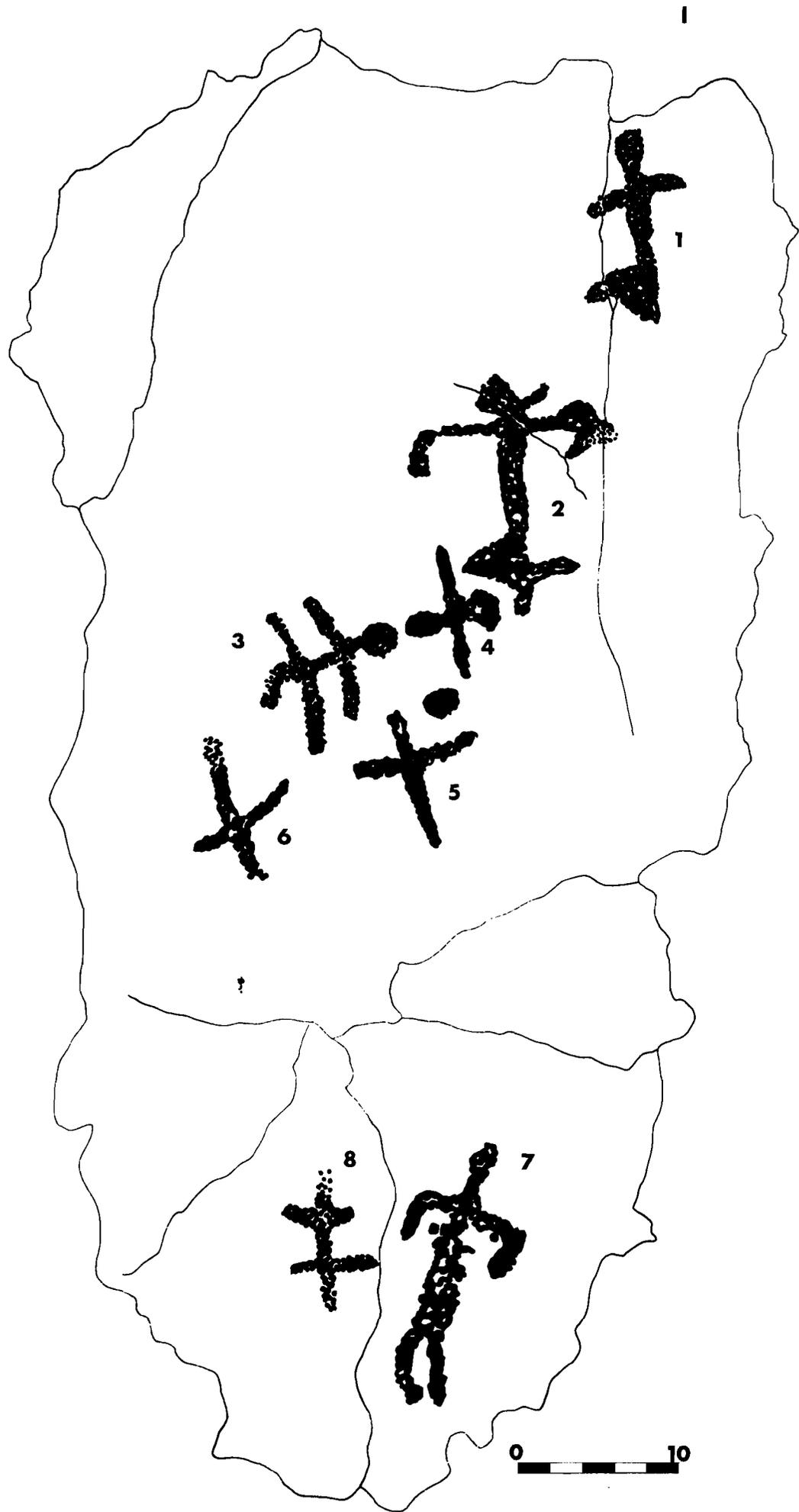


Figura 3.— Panel I.

brazos y antebrazos, sendos puntos, pequeños y situados asimétricamente. Es muy posible que estos puntos, observados en yacimientos de España e Italia en figuras análogas, puedan querer representar los senos de la esquematización humana que sería femenina.

8. A la izquierda del 7, esquematización de las que llamaremos de tipo «salamandra», formada por corto trazo vertical de 0,09 m., que representaría indiferenciadamente la cabeza, el cuerpo y el sexo, y otros dos horizontales y paralelos, más corto el de arriba (brazos) y más largo el de abajo (piernas).

La técnica de las figuras 7 y 8 no se diferencia apenas de las restantes de la piedra I; quizá el picado resulta más oscuro por la acumulación de suciedad; pero cepillado el conjunto enérgicamente ha dado un aspecto casi idéntico.

No podemos asegurar que estas ocho figuras formen un conjunto, pero parecen estar dispuestas en filas, que serían cuatro o cinco y destinadas a ser contempladas desde un solo punto de vista. Existen tres niveles de evolución, con el número 7 relativamente naturalista, el 1 y 2 más esquemáticos y un extraño convencionalismo en el arranque de las piernas y las otras cinco figuras muy esquemáticas, aunque la 3 y la 4 tengan una indicación de la cabeza. Esta diferencia tipológica no va acompañada de distintas técnicas ni de pátina diferente, por lo cual sería más que aventurado pretender hacer otra ordenación que la puramente formal; en este aspecto podría aceptarse un orden: 7, 2, 1, 3, 4, 8, 5 y 6. Estos dos últimos signos podrían, tal vez, ser muestras de cristianización.

II. — Losa inclinada, desgajada de otra de posición más horizontal y colocada un poco más alta, apreciándose la coincidencia de la fractura; está a muy poca distancia de la I y más al Norte. La contextura de la piedra es análoga a la de todas las de estos grupos meridionales, como su situación, sobre el suelo del barranco; fue grabada después de romperse y en la piedra a la que estuvo unida no hay señales de grabados. Una gran parte de la superficie está muy alterada y ha desaparecido la capa exterior, grisácea, quedando visible la parte interior del basalto, más oscura y rugosa al no haber sufrido la acción erosiva de los agentes naturales. Ignoramos, por lo tanto, si esta roca tuvo más grabados que se han perdido o si fue grabada después de que saltase la corteza basáltica.

Mide alrededor de 1,25 m. de longitud máxima y tiene un perímetro muy irregular. Solamente se ven, y no muy bien, dos figuras. Esta es una de las rocas donde se hizo la experiencia de tratar de resaltar los grabados con soluciones de color blanco y negro, pero sin demasiado éxito.



II



Figura 4. — Panel II.

1. Signo picado, poco profundo, de color claro, ejecutado con un instrumento de punta muy aguda; el resultado ha dado puntos gruesos, superficiales, corregidos en parte arrastrando el pico. En un sitio se nota que se ha utilizado un instrumento de varias puntas. Mide 0,085 m. de longitud máxima. Es un signo de forma triangular, con un trazo saliendo de su lado derecho; aunque podrían verse dos puntos, uno a la derecha y otro abajo, parecen ser naturales. En todo caso resulta un signo inidentificable.

2. Esquematación humana, con un solo trazo de 0,15 m. para formar el cuerpo, la cabeza ligeramente redondeada y un largo sexo, prolongado más allá de las piernas, representadas por un largo trazo transversal; tiene también los brazos, rectos, paralelos a las piernas y más cortos que éstas y una mancha que no es necesario unir a la figura, pero que podría ser otra línea que cortase también el cuerpo, como es muy corriente en este tipo de esquematizaciones.

La técnica de ambas figuras es muy parecida, aunque la 1 parece haber sido conseguida con un instrumento más aguzado. Ignoramos la relación en que una y otra pueden estar porque el que no acertemos a ver más figuras no quiere decir que no hayan existido e incluso que ahora no existan. El aspecto esquemático y sumario de ambos grabados no nos permite deducir consecuencias en orden a su situación tipológica o cronológica.

III. — Losa horizontal perteneciente al grupo en el que se integran también el I y II, pero situada a más altura, procedente de una rotura de las rocas verticales del macizo, desprendida de él, pero sin haber rodado hasta abajo. Mide 1,65 m. de largo y forma como un escalón con otros desprendimientos.

La observación la hemos hecho desde el Sur, es decir, de fuera a dentro del macizo. Posee un complejo grupo de figuras, difíciles de identificar, logradas con un picado muy fino con el que se obtiene un trazo oscuro y muy somero. Partiendo de izquierda a derecha tendremos:

1. En una zona donde existen numerosos picados, difíciles de separar, hay tres estilizaciones, de las cuales la primera configura un hombre esquemático en posición acostada, incompleto, de 0,11 m. de largo.

2. Junto al hombre 1 está la mitad de otro en posición normal, con la cabeza alargada, el pecho con tendencia triangular y dos brazos doblados y algo arqueados colgando hacia abajo, faltando el resto.

3. Encima del 2 y a la derecha del 1, en posición levemente inclinada, hay una estilización masculina, con la línea del cuerpo ensanchada

y redondeada por arriba para formar la cabeza, el sexo indicado por la prolongación de la línea del cuerpo, los brazos rectos, pero formando ángulo agudo con el cuerpo y las piernas ligeramente arqueadas y abiertas y ensanchadas en los pies; en total, la línea central mide 0,165 m.

4. En el borde Sur de la losa, también entre picados ilegibles, está grabado un hombre en posición casi acostada, de cuerpo rectangular, piernas prolongando las líneas exteriores del cuerpo, largo falo central puntiagudo un poco más corto que las piernas, brazo derecho colgante, izquierdo casi recto, cabeza redondeada pequeña y cuello marcado; mide 0,185 m. de altura máxima.

5. Más arriba del 4 y en su vertical, figura humana invertida, con la cabeza circular hacia abajo, cuello marcado, cuerpo grueso, brazos en cruz, sin indicación del sexo y con las piernas muy abiertas; mide 0,21 metros de longitud máxima.

6. En la parte derecha de la losa hay un espacio cubierto por trazos picados a distintas profundidades, donde nos ha resultado imposible aislar los grabados, limitándonos a verificar la copia de las manchas y trazos que se pueden distinguir sin intentar completarlos o interpretarlos valorando unos y eliminando otros. Algunos de los trazos parecen configurar esquematizaciones humanas, tales como uno en la parte más septentrional, del que se ven los brazos, el cuerpo y una pierna y, tal vez, dos puntos debajo de los brazos, entre ellos y el cuerpo. Quizá podríamos incluir también en el extremo Sur algo que podría ser una esquematización humana en postura horizontal.

7. En la parte más oriental de la piedra, junto con muchos picados ilegibles se configuran, por lo menos, cinco esquemas humanos de formas muy distintas. Hemos de advertir que la técnica es, sensiblemente, la misma, quizá con alguna variedad en la intensidad de los picados. Así, el 7 sería del tipo llamado de «salamandra», sin cabeza y de cuerpo grueso.

8. A la derecha del 7, grabado naturalista de hombre de 0,23 m. de largo, cabeza redonda, cuello marcado, brazos levemente arqueados, cuerpo ligeramente curvado, piernas largas y delgadas, abiertas en arco, con indicación de las rodillas, sin pies ni manos y pene de proporciones casi normales. Bajo su brazo izquierdo un punto que, naturalmente, no puede ser interpretado, como en otras figuras, como si fuese un seno femenino.

9-10. Dos figuras humanas grandes, de tipo «salamandra», de unos 0,19 m. de alto, pero con los cuerpos gruesos, irregulares y prolongados anormalmente.

11. Muy interesante figura de unos 0,25 m. de altura, que debe ser mirada desde el lado Sur. Es perfectamente visible; está compuesta por



Figura 5. — Panel III.

un cuerpo vertical formado por una ancha línea que se hace oblonga para representar la cabeza, brazos rectos con los extremos doblados hacia abajo, dos líneas paralelas que cruzan el cuerpo perpendicularmente, siendo la más inferior la que forma las piernas, sin pies, y la intermedia una de las que suelen aparecer en las pinturas esquemáticas de la Península multiplicando las extremidades superiores o inferiores. La línea del cuerpo se prolonga formando un enorme falo que tiene en la parte alta y a los lados tangentes a él dos círculos que pueden representar los testículos.

Esta figura es única en el Barranco de Balos, aunque se aproxima a las grandes «salamandras» del lado Norte del macizo. Se trata, evidentemente, de una estilización humana, lo cual le otorga un valor extraordinario como fase intermedia de un proceso de estilización desde el naturalismo humano a un esquematismo en un sentido determinado.

12. Figura confusa que pudiera representar un hombre en posición acostada.

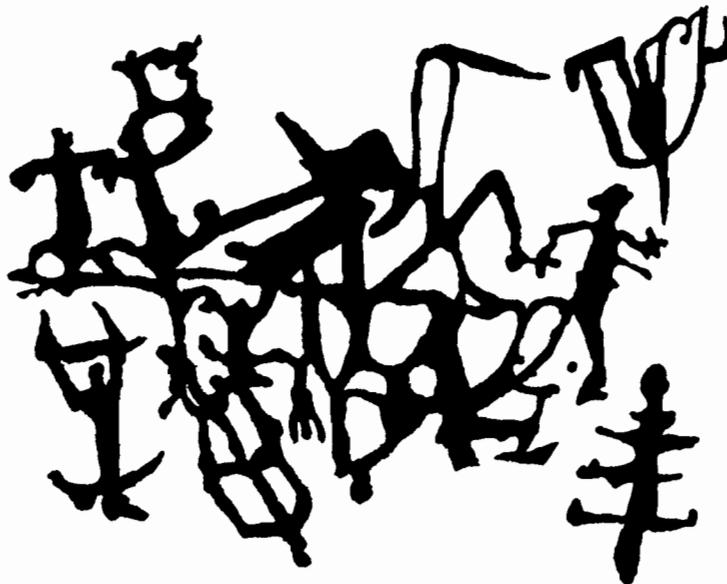


Figura 6. — Panel III (según Hernández Benítez).

Hernández Benítez (p. 11) dice de esta losa que es una piedra plana e inclinada hacia el espectador, situada a 1,30 m. sobre el suelo; ve en los grabados un árbol de 0,60 por 0,72 m. y entre sus ramas un hombre con los brazos en alto; otro arbolito de 0,20 m. a la derecha; encima y más a la derecha una figura con cabeza y alas de águila y cuerpo, al parecer, de león, «que vuelve la cabeza a la copa del árbol como si esperara algún hábito misterioso y que descansa sus pies sobre un signo parecido a una hoz; un casco de guerrero, frontal levantado, aguda cimera, visera y clásica yugular (fig. 29)». Jiménez Sánchez reproduce el grabado de Hernández, pero no la descripción, refiriéndose sólo a figuras antropomorfas, esquematizadas con pies y un apéndice que corresponde a la cola de la zalea de piel con que se cubrían, aunque algunas sean sexuadas pero no ithyfálicas; también alude al casco o «guapil» con pluma y a una representación de casco guerrero. No hemos visto nada de lo descrito por ambos autores.

IV. — Losa horizontal situada a poca altura sobre el suelo del barranco y en la parte Sudeste del promontorio Sur del macizo basáltico. En el muro vertical sobre ella se sitúa una inscripción, como a 1,60 m. de altura sobre la piedra.

1. Inscripción tiffinagh arañada finamente sobre la cuarteada superficie de la roca, un poco abombada. Los trazos son de dos grosores; el más ancho e intenso corresponde a una inscripción de tres líneas verticales de signos que han sido copiadas por todos los autores; el grabado resulta de color negruzco porque atraviesa toda la capa superficial y llega hasta el interior del basalto. Los signos grabados muy finos son apenas perceptibles y su rayado es de color rojo, ya que actúa sólo sobre la superficie descompuesta.

La copia, a falta de algunos signos de trazo profundo y de todos los arañados finos, fue reproducida por Jiménez Sánchez (pp. 101-102 y figura 5), diciendo textualmente: «En la zona B del expresado macizo, a una altura de tres metros, aproximadamente, en el ángulo del bloque oriental están tres grupos de caracteres alfabéticos, insculturas lineales simples y compuestas, angulares, arqueadas y circulares (figs. 5 y 6); son incisiones a base de delicado rayado, hechas con piezas cortantes. Junto a las mismas y en plano inferior se advierten otros grupos alfabéticos de factura moderna en plan de réplica». Hernández Benítez la reproduce en su fig. 14.

2. En la losa horizontal y a la parte izquierda, con un picado muy superficial, pero grueso, que da un trazo oscuro y poco visible, hay un par de signos asociados, uno como un óvalo cruzado por una línea verti-

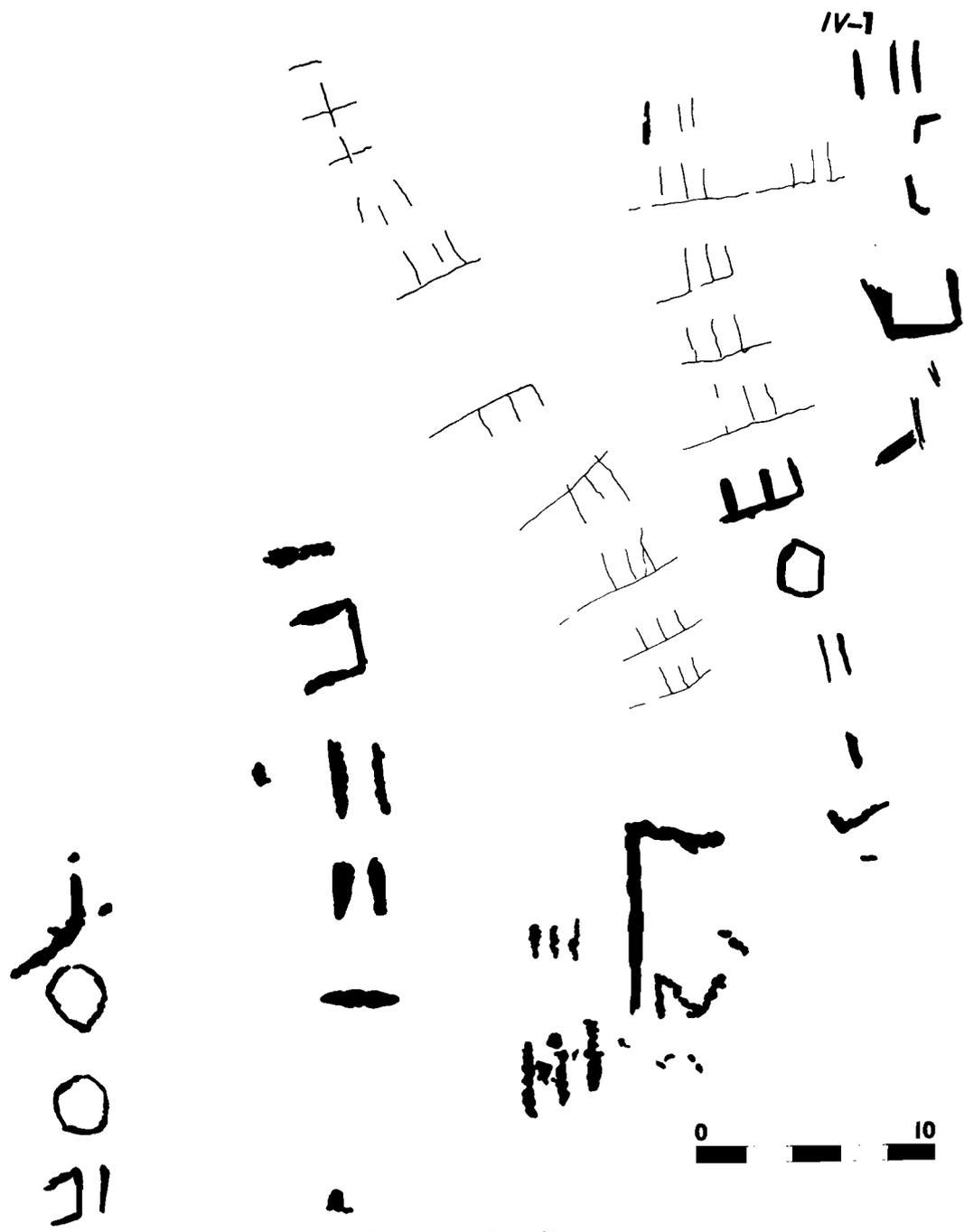


Figura 7.— Panel IV, 1.

cal y otras horizontales y un ángulo bajo él, todo bastante confuso y poco visible.

3. En el extremo derecho de la misma losa y apenas visible, tanto que según las horas del día y la inclinación de la luz pasa desapercibido, hay un grabado que representa una figura humana, de técnica parecida al número 2, más fina y de picado más unido hasta formar casi una superficie continua. El hombre tiene el brazo derecho levantado en ángulo paralelo al cuerpo, con un ensanchamiento figurando la mano y el izquierdo perpendicular a la línea del tronco. El cuerpo es grueso, ligeramente abombado, con el cuello bastante largo, separado del cuerpo y cabeza casi rectangular. Las piernas las tiene ligeramente abiertas, apenas arqueadas y el pene naturalista y corto en relación con otras figuras del barranco.



Figura 8. — Figura IV, 3.

Mide 0,21 m. de altura.

No es necesario insistir en que la situación de la losa, prácticamente en el lecho del barranco, ha hecho que la erosión haya sido muy intensa sobre las figuras 2 y 3, cuya visibilidad, no obstante, ha sido suficiente para poder ejecutar el calco de la 3 y fotografía donde se aprecia la línea general del trazado de la 2.

V. — Losa horizontal, fuertemente lamida por la erosión del agua, del aire y de la arena. Es de color gris claro y el picado de las figuras apenas se aprecia, resultando superficial y de color gris oscuro; los grabados son muy difíciles de ver y estamos seguros que debe haber más de los que hemos podido copiar. Advertimos cuatro claras estilizaciones humanas, otro signo que podría también ser un hombre, uno más indecifrable y seis trazos o rasgos más. La posición de alguno de los hombres es invertida respecto de los demás, no obstante lo cual parece que el punto de observación debe ser desde el barranco hacia el macizo.

Las figuras que hemos observado, de izquierda a derecha, son:

1. Una serie de trazos sueltos que no componen ninguna figura.
2. Hombre con cuerpo lineal, cabeza oval, cuello largo, brazos cortos rectos y perpendiculares a la línea del cuerpo; piernas cortas levemente arqueadas y formando entre sí casi un ángulo recto y largo falo central que no es la prolongación del cuerpo. Mide 0,18 m. de alto.
3. Grueso trazo aislado, vertical.
4. Parte superior de una esquematización humana de la que se ha grabado sólo hasta la cintura; los brazos forman dos arcos dirigidos hacia abajo. Mide 0,09 m.
5. Hombre de grueso cuerpo rectangular, cabeza redonda, cuello diferenciado, brazos ligeramente arqueados y vueltos hacia arriba; piernas muy cortas y entre ellas falo de la misma longitud que las extremidades. Como hemos dicho, Jiménez Sánchez supone que ese rasgo designe la cola de la zalea o piel con que se cubre el hombre. Este tipo humano, rectangular y con largo falo, no es habitual en la zona Sur del barranco, pero muy frecuente en la parte septentrional. Mide 0,24 m. de largo.
6. Angulo que podría ser formado por las dos piernas de un hombre cuya parte superior estuviese en el número 7, es decir, tres trazos verticales cruzados por uno horizontal que se cierra por la izquierda y que se dobla hacia abajo por la derecha.
8. Curiosa estilización humana, en posición invertida respecto de los anteriores, con minúscula cabeza, el cuerpo rayado por cuatro líneas apar-



Figura 9. — Panel V.

te de las dos exteriores que cierran el espacio; con un solo brazo arqueado hacia arriba y dos piernas muy extrañas, una de ellas arqueada y unida a una línea que pudiera ser el falo. Es posible que la interpretación como una estilización humana no sea exacta. Mide 0,21 m. desde la supuesta cabeza al extremo de la línea central.

9. Esquematación humana de cuerpo oblongo, cabeza pequeña y brazos cortos horizontales; le falta una pierna.

10. Restos de posibles esquematizaciones humanas, una con cabeza, brazos y medio cuerpo; y 11, otra con un ángulo de las piernas que, sin cuerpo, podría continuarse por una cabeza y un brazo, 12.

VI. — Losa, como todas las de esta zona, muy patinada y trabajada por la erosión y, por consiguiente, con figuras muy poco visibles. No hay ninguna novedad en cuanto a la técnica, que es de picado superficial, resultando las figuras de color negruzco muy oscuro. Aquí, como en otros lugares de esta zona, según la posición de la luz y a determinadas horas del día, no se ve absolutamente nada, por lo que no nos extraña que no hayan sido advertidas las figuras, que son, en su totalidad, estilizaciones humanas en un grado muy avanzado de esquematismo. El picado, muy fino, no contribuye a la visibilidad.

1. Signo confuso de unos 0,11 m. de altura. Puede ser una estilización humana de la que apenas se vería la cabeza y resultarían las piernas muy gruesas y confusas. Está en la parte superior izquierda de la piedra.

2. En la parte derecha y bastante agrupados hay seis grabados más. El de más arriba es de tipo de «salamandra» pero incompleto; según como se mire, parece una estilización de bóvido, pero esta explicación es totalmente imposible.

3. Esquema muy tosco, con una línea horizontal formando el cuerpo, de 0,19 m. de largo y otras dos verticales y cortas cortándolo para formar los brazos y piernas. alguna de estas líneas se dobla ligeramente en el extremo como si quisiera indicar la cabeza y el arranque de las piernas.

4. Algo más de media figura humana, más naturalista, de 0,17 m. de altura; se ve sólo el brazo derecho y bajo él un punto; le faltan su brazo y pierna izquierdos, tiene la cabeza alargada y el cuerpo rectangular.

5. Hombre bastante naturalista, sin cabeza y en posición invertida respecto de los demás; le falta también la parte central del cuerpo, que tiene forma rectangular; las piernas están abiertas en ángulo y los largos y ligeramente arqueados brazos carecen de manos. Lo conservado mide 0,10 m.

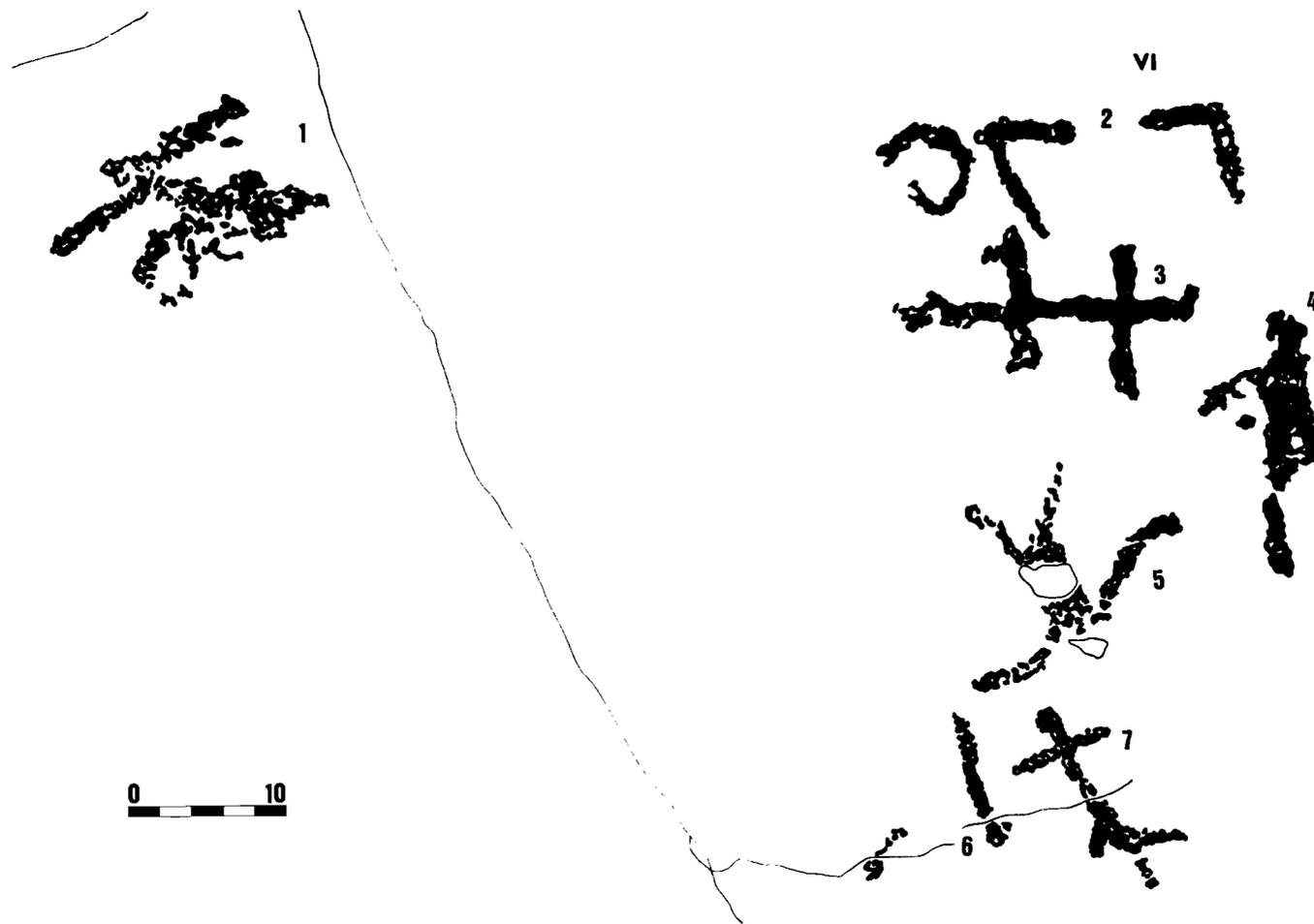


Figura 10. — Panel VI.

6. Gruesos trazos indescifrables.

7. Hombre bastante esquemático, de cabeza ovalada, brazos rectos, cuerpo lineal prolongado más allá de las piernas y remate inferior del mismo un poco confuso. Mide 0,13 m.

Los intentos para encontrar más figuras en esta piedra, donde las hay o ha debido haberlas y se han borrado, han resultado completamente infructuosos.

VII. — Unico grupo de grabados situados en el lado Oeste del macizo basáltico, a unos 8 m. de la extremidad Sur, y no a la altura del barranco, sino a un par de metros sobre él. Están los grabados en los dos laterales y en la parte superior, saliente como una breve cornisa, de una especie de hornacina natural, deliberadamente buscada para grabar en las tres partes donde es posible. Hay, por consiguiente, tres grupos de grabados, muy distintos, por cierto, a los demás del barranco. En la parte superior y en el lado derecho la roca es más roja, mientras que la izquierda es de color gris, con la capa superior de tono ocre, como en los demás paneles vistos hasta ahora.

Jiménez Sánchez («Algunas manifestaciones del culto astral entre los grancanarios prehistóricos», *Crónica del Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, Zaragoza, 1956, p. 107 ss.) publicó varios diseños algo simplificados que relacionó con el culto a los astros y con las numerosas citas literarias sobre el tema en relación con Gran Canaria, así como apoyos arqueológicos en El Baladero (Telde), Roque Bentaiga (Tejeda) y el supuesto grabado alfabético de Cuatro Puertas. Sobre todo esto volveremos en el lugar oportuno, interesándonos ahora la descripción de lo que se ve en los tres grupos de grabados.

a) En la parte superior. Sólo rayas muy poco profundas, cruzándose, pero sin formar un dibujo regular. Todos los trazos son incisos y predominan los horizontales. Algunos perpendiculares forman con aquéllos toscos cuadrados.

b) Lado derecho. El arañado es tan superficial que no llega a la capa gris de la roca, sino que el fondo de los surcos grabados es de color rojizo amarillento, lo cual quiere decir que no llega a atravesar la capa descompuesta de la superficie. Las rayas convergen en dos centros: el de arriba está marcado por un picado muy patinado, hecho intencionalmente. Las rayas antiguas se diferencian bien de otras modernas, de color más claro, más anchas y sin pátina. No hay, realmente, dos soles, sino un conjunto muy irregular de líneas que tienen dos puntos de convergencia, mientras que otras siguen diferentes direcciones.

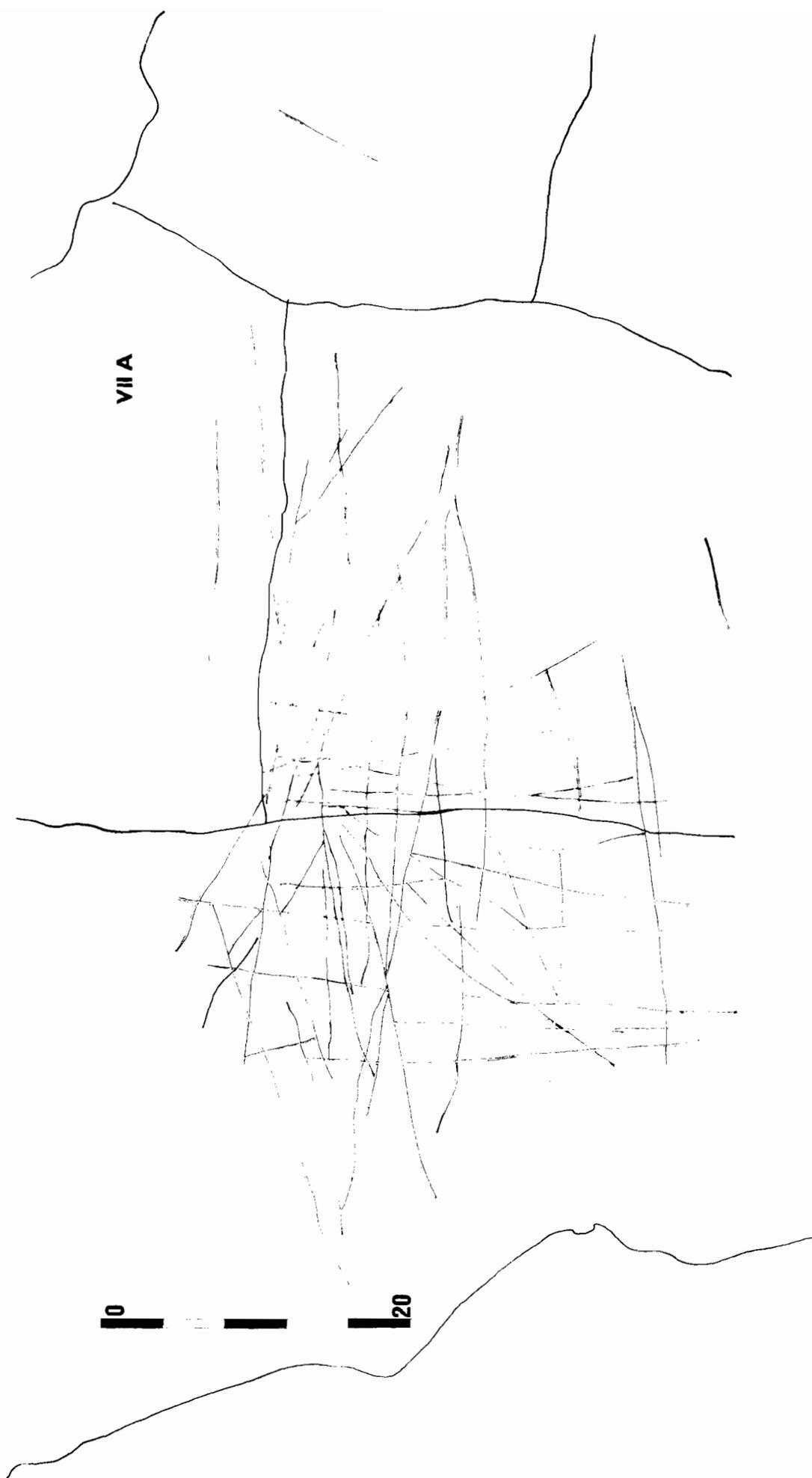


Figure 11. — Panel VII a.

VII B

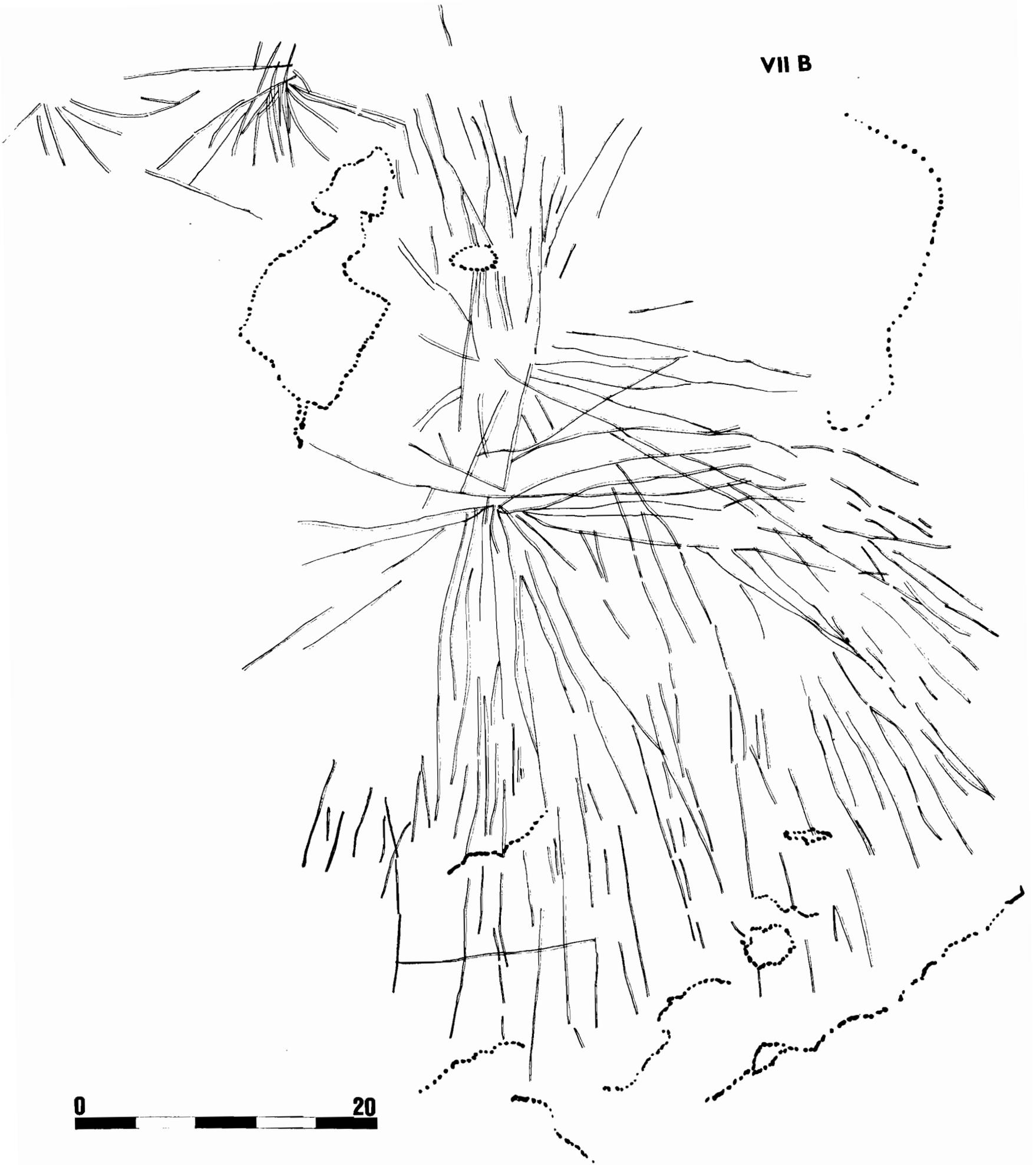


Figura 12. — Panel VII b.



Figura 13. — Panel VII c.

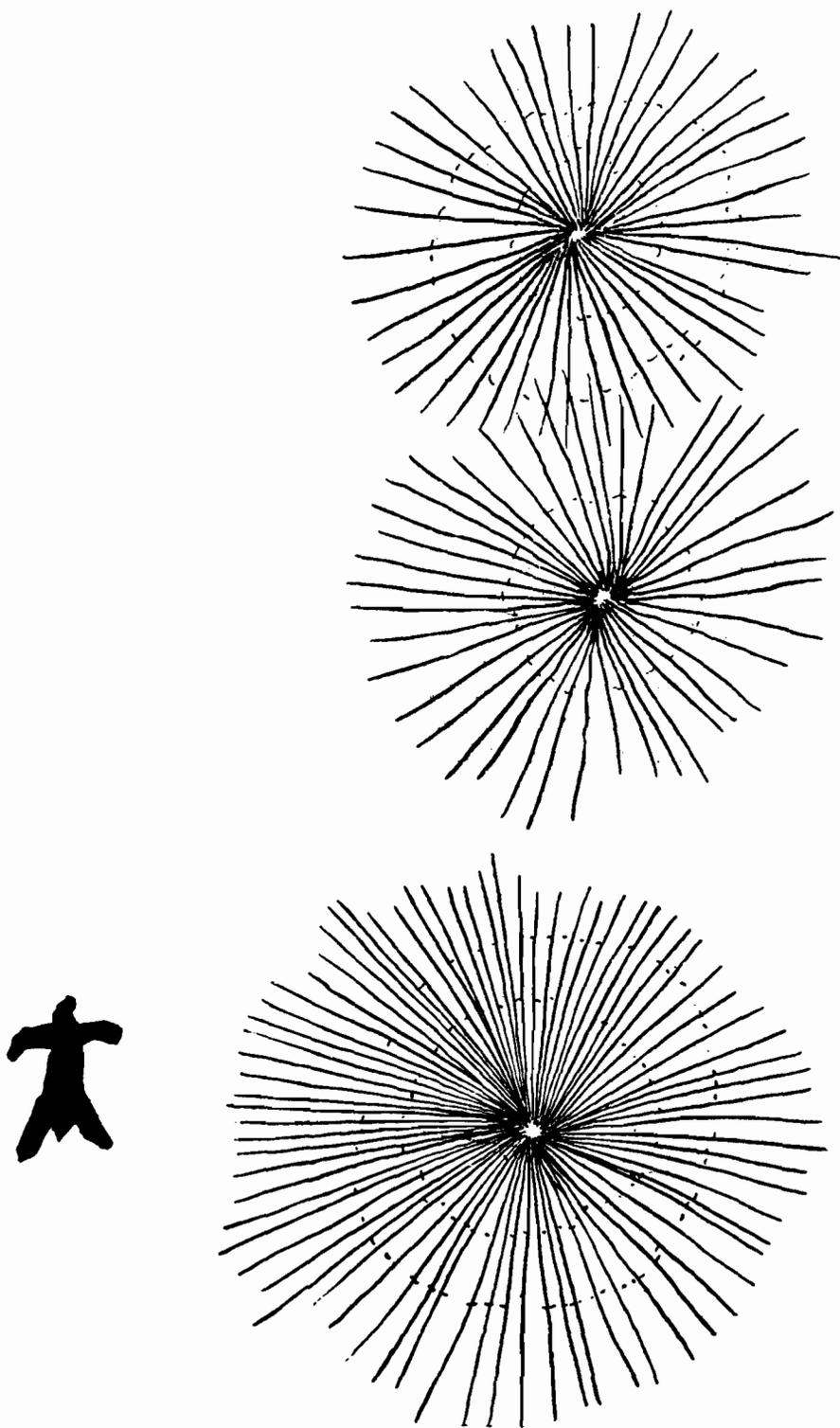


Figura 14.— Figuras del panel VII c (según Jiménez Sánchez).

VII

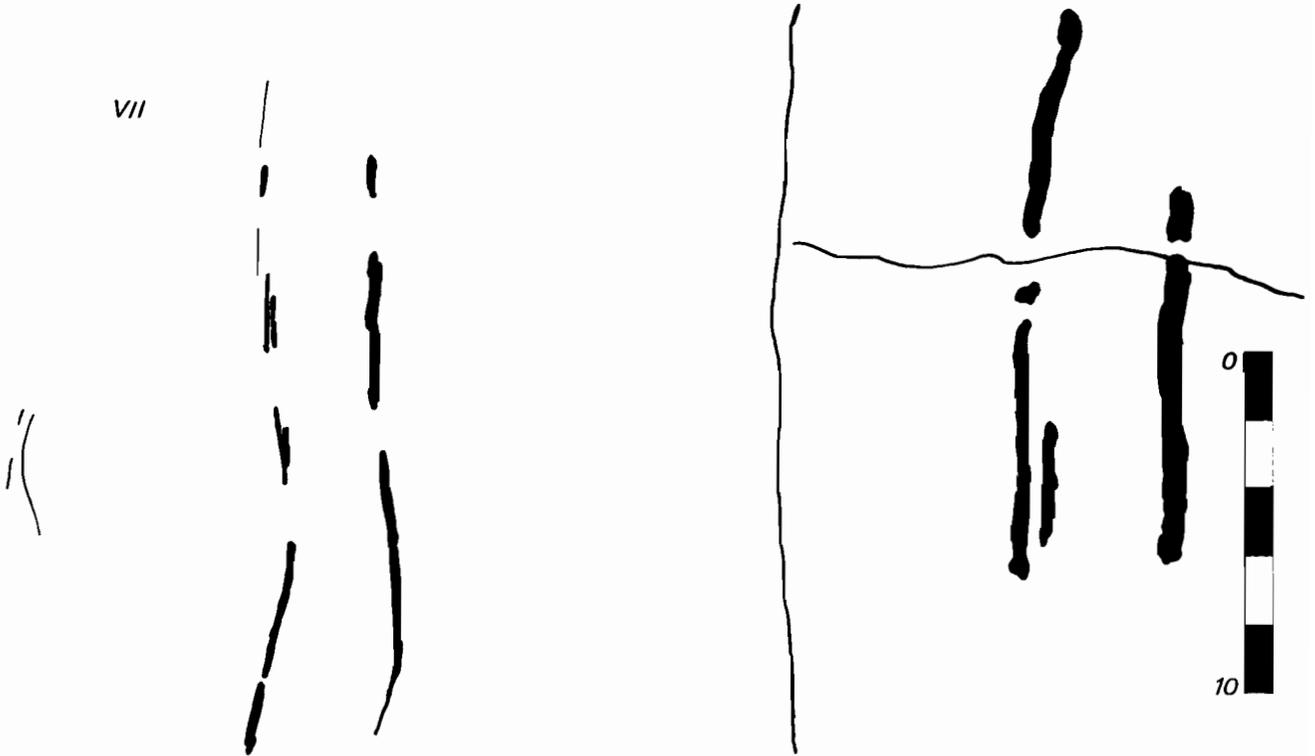


Figura 15. — Panel VII d.

c) Lado izquierdo. Las rayas patinadas de oscuro, muy seguidas, como si hubieran sido hechas con un instrumento muy afilado y de punta muy aguda, tal como denuncian las fotografías hechas con objetivo de aproximación. No tienen un centro, sino, por lo menos, dos. Se forman también algunas figuras cuadradas, pero casi todas las líneas se cruzan anárquicamente. Existen dos figuras picadas; a la derecha y abajo, una figura informe que es cortada por las líneas rayadas. Arriba y a la izquierda hay un hombre picado, esquemático, de cuerpo oblongo, brazos en cruz, piernas arqueadas y falo. Tres veces, por lo menos, los rayados finos cortan a los picados.

d) En una plataforma elevada, protegida por un muro y como a tres metros más de altura, hay cuatro trazos verticales picados en los muros.

VIII. — Volviendo al lado oriental y terminadas las losas grabadas situadas a ras del suelo del barranco, más al Norte y en unas paredes verticales que se apoyan en una plataforma más o menos horizontal, a unos 3 m. de altura, se encuentra una serie de signos, los primeros de los cuales se hallan protegidos por otra pared vertical exterior, como si estuvieran en un corredor, y distribuidos en dos grupos.

La técnica es un picado muy tosco que en algún punto ha podido ser conseguido arrastrando muy someramente un pico de basalto sobre la roca. Resulta sospechosa la falta de pátina de los trazos y el que cualquier picado actual deja idéntica huella. No obstante, la técnica es la misma que la del signo X, aunque en el VIII y IX se note más la intensidad del picado.

A unos 0,80 m. de la plataforma hay tres signos:

1. Rectángulo cortado por una línea vertical en su parte media de 0,15 m. de largo.
2. Rectángulo dividido en cuatro partes por dos líneas que se cruzan en ángulo recto, por las partes centrales. Mide 0,16 m.
3. Signo geométrico, poco marcado, en forma de «d»; el trazo vertical mide 0,16 m.

IX. — A unos 0,65 m. del VIII y a 0,85 m. del suelo, roca que está a unos 0,10 m. más alta que la anterior. Los signos son de la misma técnica y característica que el VIII; el picado es más profundo y de la misma forma que el anterior cuando se ha hecho sobre la superficie negruzca del basalto y menos marcado cuando recae sobre la roca lavada por una caída de agua que ha erosionado la superficie y deja un tinte amarillento en la parte izquierda, cubriendo el signo 1. En algunos sitios se observa la técnica de arrastre o frotado muy somero.

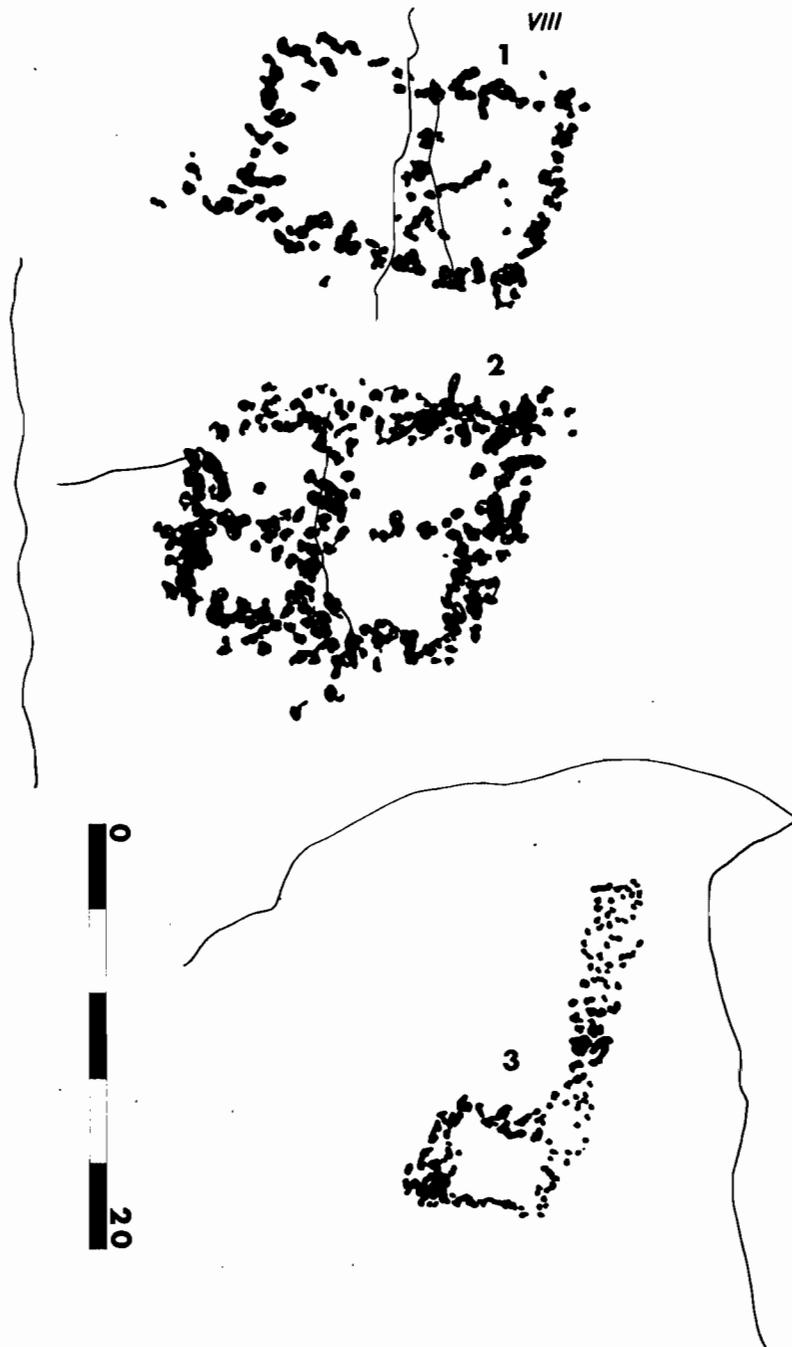


Figura 16. — Signos VIII.



Figura 17. — Signos IX.

1. Signo que se aproxima a la forma circular; 0,08 por 0,11 m.
2. Signo de forma rectangular, atravesado verticalmente por su centro por una línea; 0,18 por 0,13 m. En la parte superior tiene dos trazos menos marcados.
3. A la derecha, otro signo con tendencia circular, de 0,07 m. de diámetro.
4. A la derecha de éstos, un signo de forma más o menos circular, con línea vertical que lo cruza y lo rebasa por arriba. Toda la línea mide 0,17 m.



Figura 18. — Grabado X.

X. — A la derecha de los grupos anteriores y en la parte baja del muro vertical de basalto, hay una figura esquemática realizada mediante una labor de raspado muy somero que se limita a levantar el grano superficial de la roca. Está, parcialmente, debajo de la S de un grafito

moderno que se lee F. D. S., también picado, pero que muestra el surco más blanco incluso en las zonas superpuestas, lo cual quiere decir que el raspado antiguo se patinó de nuevo en la superficie y volvió a desaparecer cuando se grabó el grafito moderno.

Se trata de un hombre de 0,16 m. de largo, que tiene un aspecto más grueso visualmente que en el calco, a causa de la superposición de una parte de la S. Se distinguen bien la cabeza, separada del tronco por un brevísimo estrechamiento que forma el cuello; el cuerpo con tendencia rectangular, con el pecho ligeramente abombado y el arranque de las piernas como si fuera la base de un triángulo; los brazos en cruz con su izquierdo algo más largo que el derecho y apenas descendentes; las piernas forman un arco bastante cerrado. Carece de manos, aunque el brazo izquierdo termina en forma redondeada y ligeramente vuelto hacia abajo.

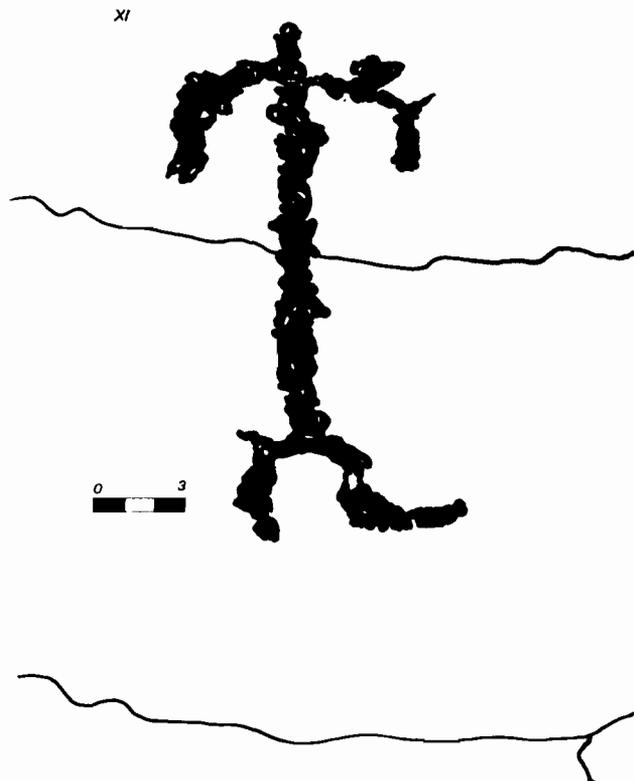


Figura 19. — Grabado XI.

XI. — A 3 m. hacia el Norte del grupo IX y a 2 m. de altura sobre el suelo hay una figura aislada, consistente en una estilización humana, con técnica de picado continuo que produce un surco claro, grisáceo, que resalta mucho del color de la roca. Es muy diferente de las formas humanas de los grupos I a VI, debiendo tenerse en cuenta que al estar grabada en una piedra vertical está menos erosionada y lavada que las de las losas horizontales y bajas. Entre esta figura y la XII hay grafitos modernos, arañados, resultando de color más rojizo, como si la parte superior hubiera cambiado con el tiempo, al descomponerse, y ahora, al rozarla, diera un color blanco rosado, mientras que al picar la figura de que nos ocupamos resultó de color gris. Observando la figura X y el grafito F. D. S. picado, se puede corroborar lo que aquí afirmamos.

Mide 0,16 m. La estilización se obtiene mediante un cuerpo formado por una línea vertical, sin diferenciar la cabeza, que sobresale por enci-

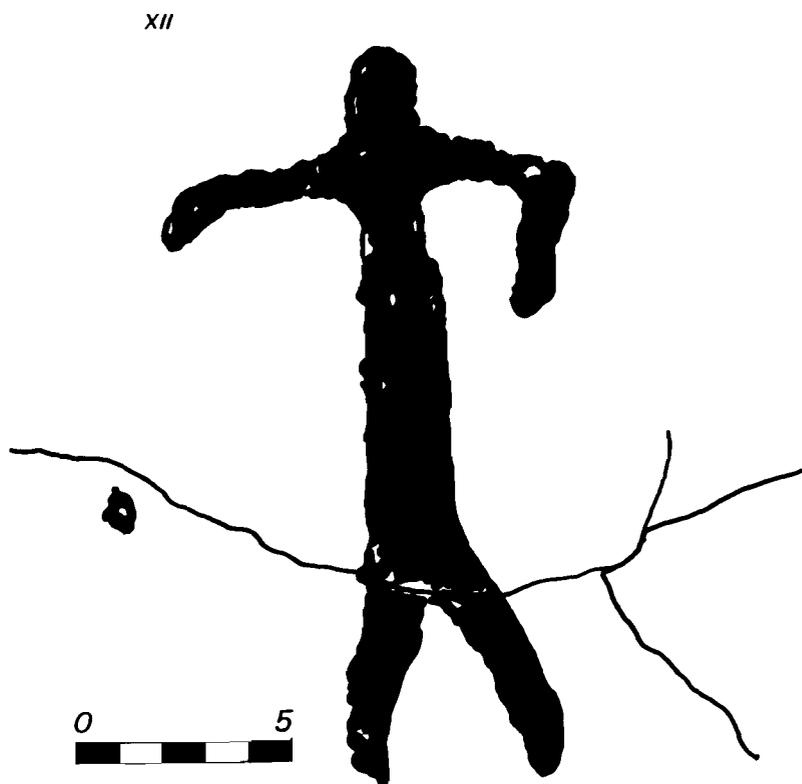


Figura 20. — Grabado XII.

ma de los brazos arqueados, con los antebrazos hacia abajo y sin manos; las piernas son también en arco, rematándose la derecha en punta, sin pie, y en cambio la izquierda en un largo y deforme pie doblado. Esta forma de pie es absolutamente excepcional y no tiene, de momento, explicación alguna.

XII. — En situación semejante a la anterior, a 1,70 m. sobre el suelo elevado, aislada y en la laja vertical, hay una estilización humana. Forma parte de un grupo de figuras muy distanciadas unas de otras, que fueron invisibles para nosotros hasta las lluvias del 27 de marzo; la humedad puso de relieve una serie de grabados que, a pesar de ser escasamente visibles, fueron advertidos desde lejos y perfilados ligeramente con tiza por si volvían a perderse con el tiempo seco, e identificados definitivamente.

El XII es un hombre de 0,175 m. de altura, estilizado, de forma que el cuerpo prolonga la línea de la cabeza sin cuello por encima de los brazos terminando en un simple redondeamiento de la línea; ésta es relativamente gruesa y no se prolonga para formar el sexo; las piernas las tiene en ángulo, ligeramente arqueado; los brazos se abren en cruz, con los antebrazos hacia abajo, sobre todo el izquierdo, doblado en ángulo recto. No tiene manos ni pies, terminando las piernas en punta. La cabeza y el cuerpo están unidos, sin traza de cuello.

XIII. — Como el anterior, fue advertido este grabado desde abajo del barranco, en un día de lluvia. Situado también en una laja vertical y escasamente visible, se trata de una estilización humana de 0,46 m. de largo, con los brazos doblados hacia abajo por el codo, en ángulo recto, el izquierdo completo, pero sin mano, y el derecho con el antebrazo iniciado; solamente se ve la pierna izquierda, saliendo como una línea, cerrada con la otra en ángulo si se conservase; el cuerpo es bien proporcionado, ligeramente abultado en el centro.

La técnica es de un picado superficial, que proporciona al grabado un color gris oscuro, muy poco visible, como se ha dicho.

En la parte izquierda del panel hay dos líneas verticales, muy poco visibles, con picados muy separados entre sí, de unos 0,16 m. de alto por 0,03 m. de grueso.

XIV. — A 1,50 m. del XI hacia el Norte y a 1 m., aproximadamente, de la plataforma basáltica, que se va levantando hacia arriba en esta zona, hay un grupo de signos de un picado tosco y grueso, bastante profundo, con un trazo ancho, continuo, de color gris.

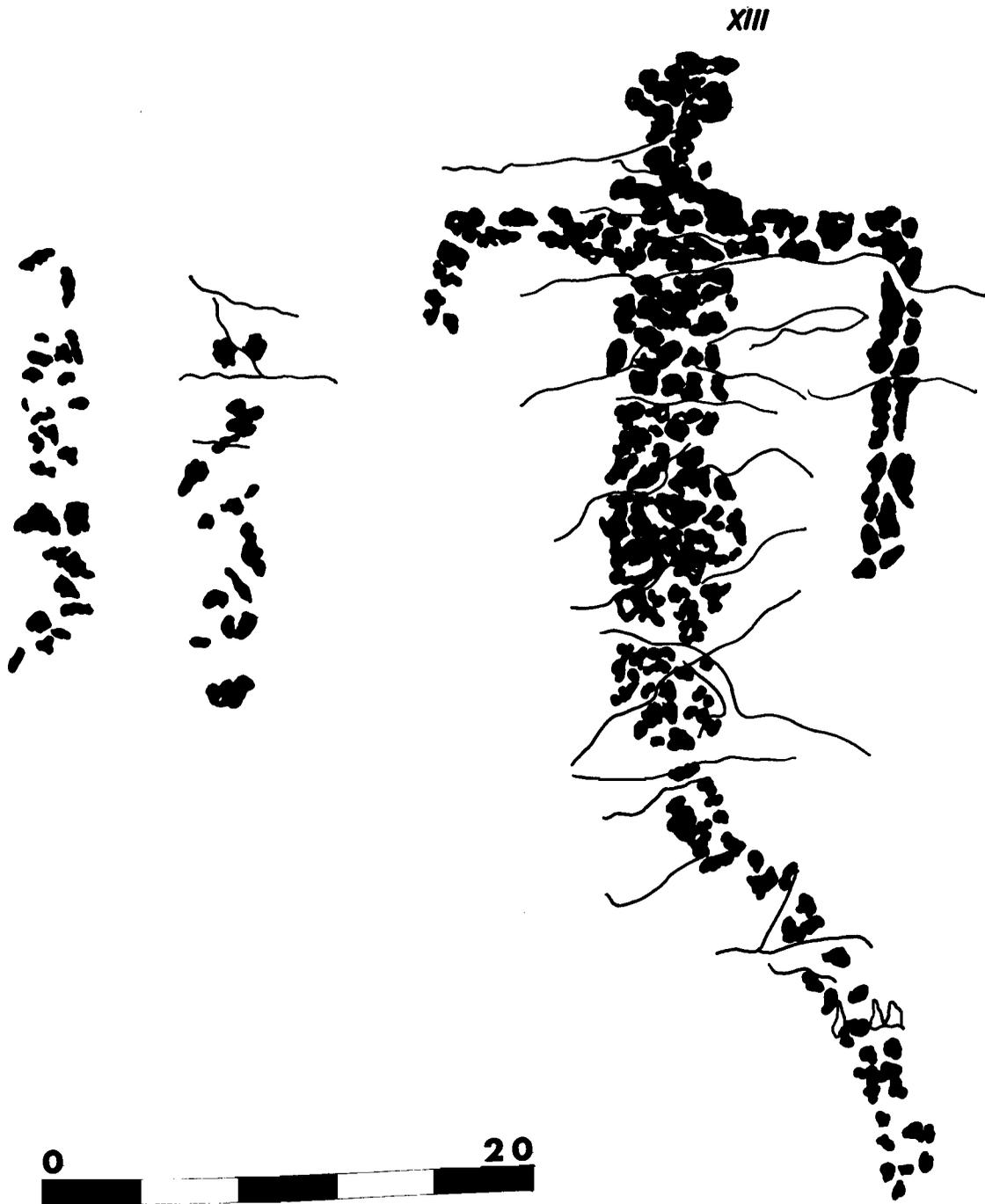


Figura 21. — Panel XIII.

1. En la parte superior, un signo indescifrable, de 0,10 m. de ancho, con la parte izquierda casi circular y una línea ganchuda partiendo hacia la derecha.

XIV-1



Figura 22. — Signo XIV, 1.

2. Signo que parece estar formado de dos semicírculos concéntricos que casi llegan a cerrarse por arriba. Miden en total 0,10 m. de ancho por 0,08 m. de alto.

3. Inmediatamente debajo del anterior, arco con un pequeño muñón saliente arriba y en el centro, que, como veremos, es interpretado como una vulva femenina en algunos grabados del Atlas. Mide 0,08 m. de ancho.

4. Se repite la misma forma del 3, pero con la línea mucho menos arqueada y el botón más redondo y saliente y separado del trazo. Mide 0,16 m. de ancho.

Realmente no podemos aventurar ninguna hipótesis sobre lo que representan estas figuras. Es aventurado suponer que se trate de estilizaciones humanas incompletas y mucho más que los dos signos inferiores fuesen diademas del tipo de las del Bronce medio. En cuanto a la explicación sugerida por algunos grabados del Atlas, la trataremos en su lugar.



Figura 23. — Signos XIV, 2 a 4.

XV. — Figura muy visible, incluso a larga distancia. Está a unos 0,60 m. al Norte y a la altura del signo inferior del grupo XIV; se trata de una estilización masculina con una técnica de picado que cubre todo el cuerpo, fondo gris no muy claro y trabajo fino que incluso parece raspado.

Es probablemente la figura que mejor se ve en todo el barranco. Está formada por un cuerpo corto en proporción con los brazos, casi rectangular; los brazos se doblan en ángulo y se dirigen hacia el cuerpo; son de grosor desigual, sin manos; las piernas en ángulo, muy cortas y sin pies. La cabeza es bastante cuadrada.

Mide 0,17 m. de longitud máxima.

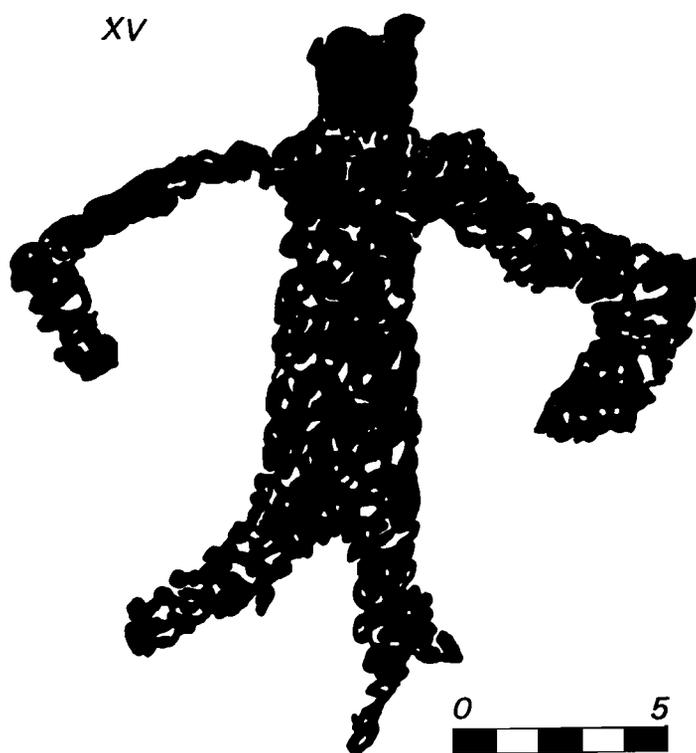


Figura 24. — Grabado XV.

XVI. — En una roca casi horizontal que forma parte de la plataforma basáltica de color gris plomizo y que sirve de apoyo a las rocas verticales donde están los grabados XI a XV, y que se alza a unos 3 m. sobre el barranco, hay dos signos geométricos, el 1 de 0,16 m. de longitud máxima y 0,095 de anchura máxima y el 2 cuyas respectivas medidas son de 0,09 por 0,05 m.

1. La roca está ligeramente inclinada en sentido descendente hacia el barranco y el signo 1 se encuentra en la parte más alta; a su derecha hay unas letras modernas que se leen PE, que no tocan a los picados gruesos, de puntos separados, muy visibles, pero poco profundos, hasta el punto de que su conjunto parece una raya negra. Esto se debe a que, como en otros lugares, la erosión, especialmente la provocada por el agua de lluvia, aunque también la de la arena y el viento, han limado extraordinariamente la superficie.

Aunque la significación de estos signos es intraducible, existen muchos de forma semejante y de ellos nos ocuparemos en conjunto. Desde luego no corresponden a las formas más antiguas; con la misma pátina los hay en el grupo V y VI y con otra más moderna en el XXII.

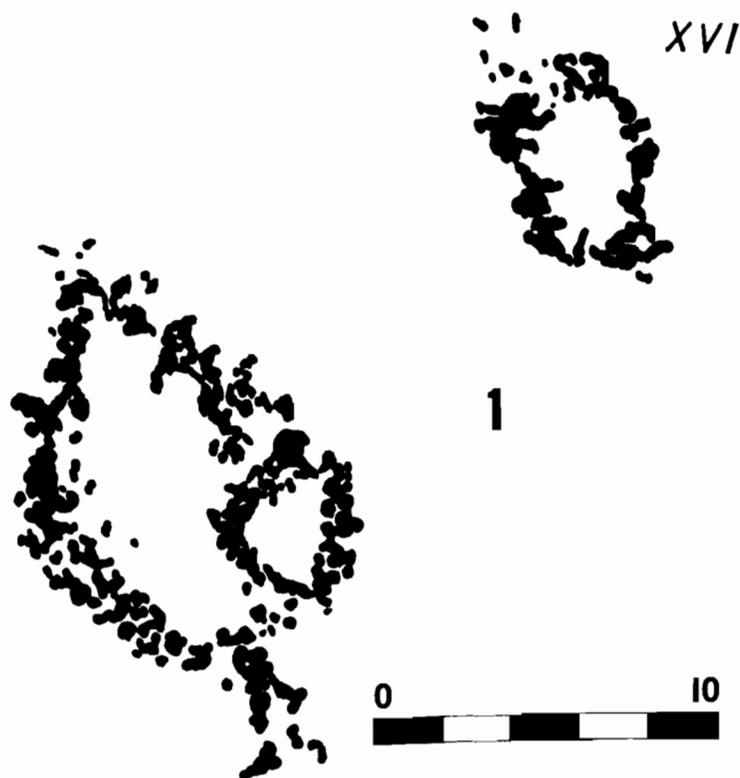


Figura 25. — Panel XVI, 1.

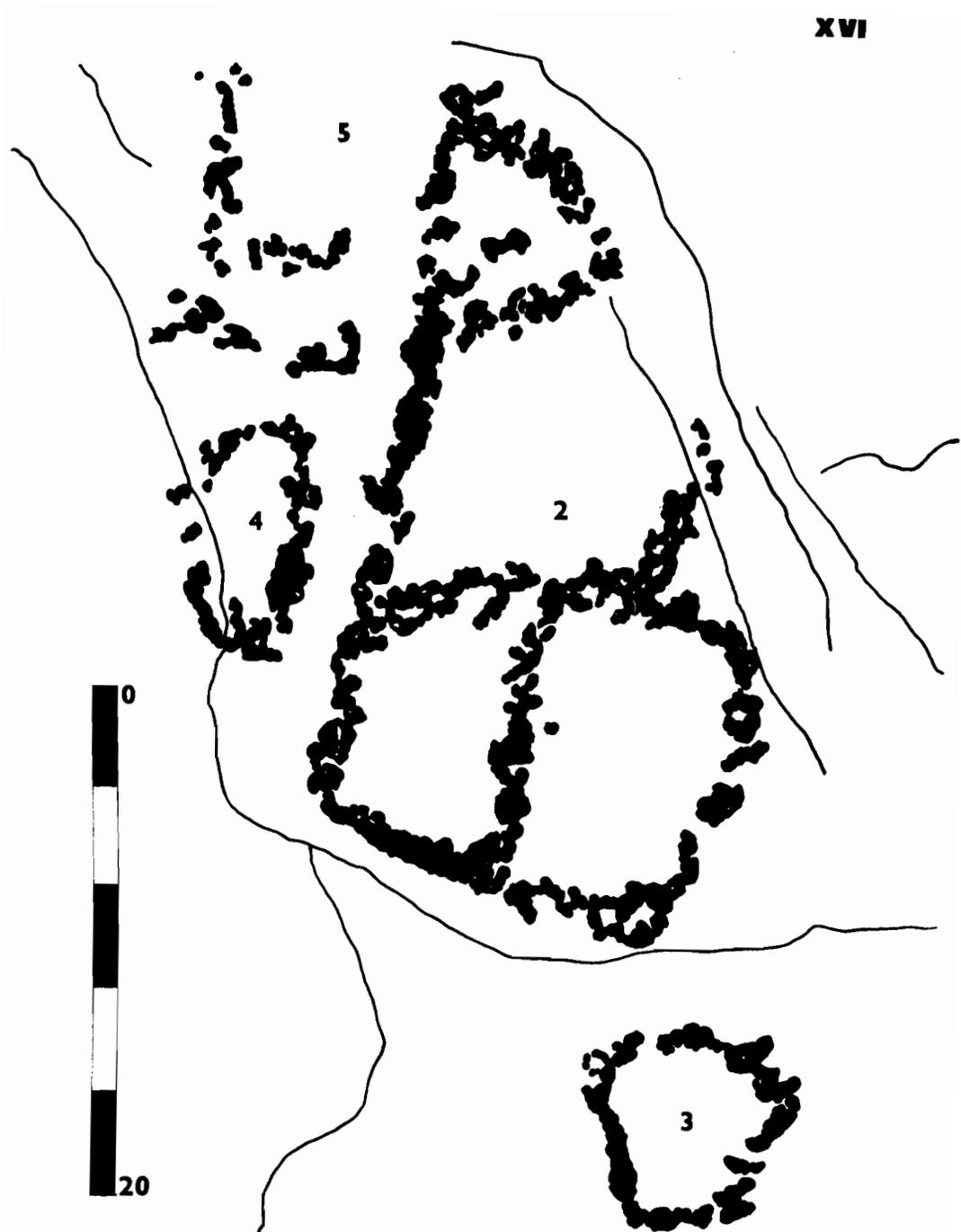


Figura 26. — Panel XVI, 2 a 5.

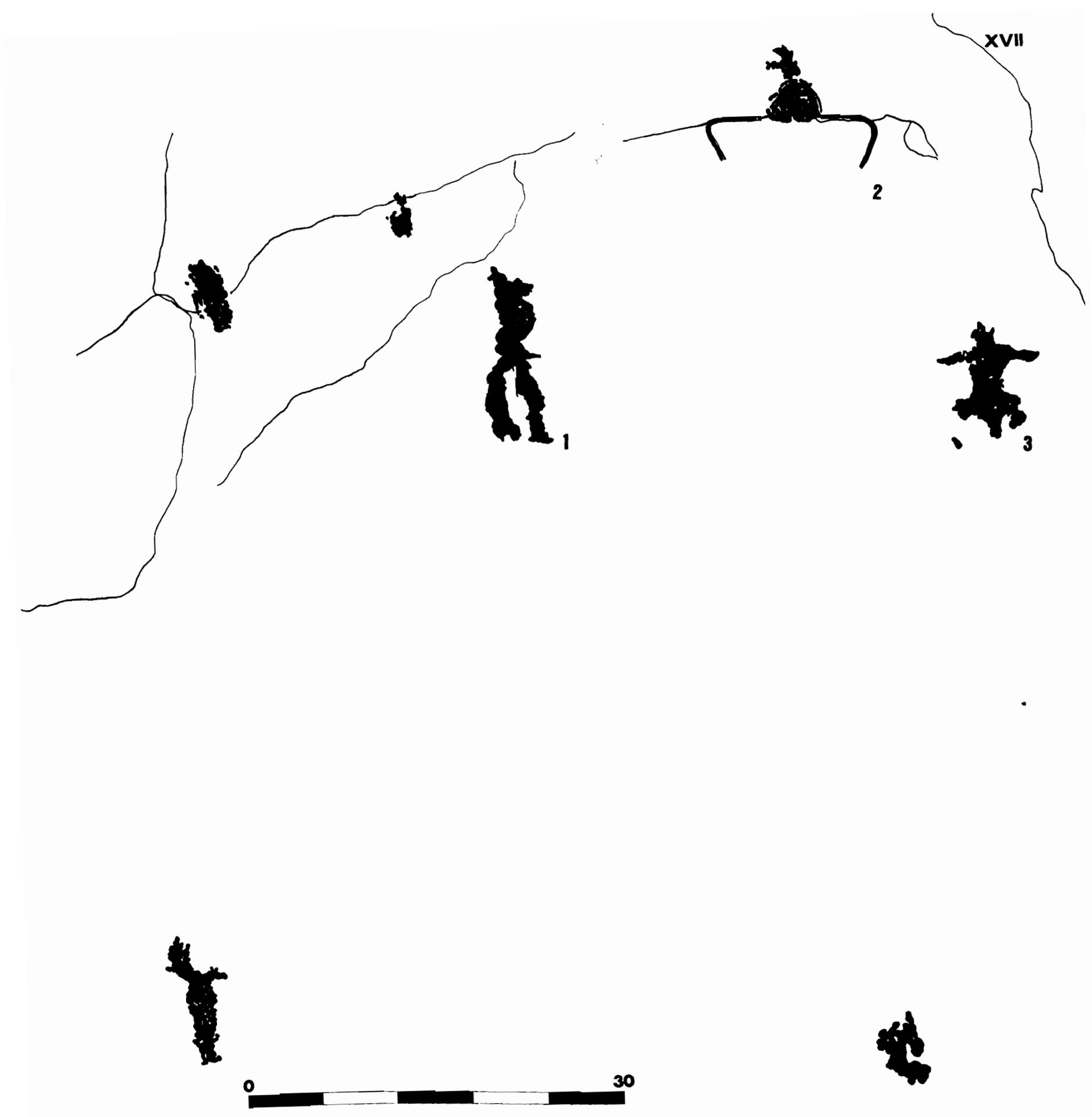


Figura 27. — Panel XVII.

Uno de los signos parece una hoja de forma lanceolada, con un circulito inserto en su lado derecho y el otro es un circulito muy irregular.

2. Es un grupo que se halla situado en la misma losa que el anterior, pero en el lado más bajo de la piedra y casi en el borde de ella, junto al barranco. Tiene también la misma técnica, características y color.

El signo central mide 0,16 m. de ancho y 0,135 m. de altura máxima y se repite cuatro veces en las losas verticales próximas y en otros lugares del macizo. Se trata de un rectángulo irregular, partido por una línea vertical y prolongado en su parte central por un trazo.

3. El resto de los signos está formado por un círculo poco regular de unos 0,07 m. de diámetro; 4, otro oval de 0,09 m. de eje mayor y dos signos más, confusos; 5, otro en forma de P con 0,16 m. de alto, y 6, otro en forma de b de 0,10 m. de altura.

Las dudas sobre su época y la imposibilidad de interpretación son las mismas que en los anteriores signos y trataremos de exponer algunas hipótesis sobre ellos en el lugar oportuno de esta publicación.

XVII. — Grupo de figuras grabadas en lajas de basalto casi verticales, elevado a unos 4 cm. de altura sobre el suelo del barranco, como el XI, aproximadamente, y a 0,80 y 1 m. de la plataforma los que vamos a describir como 1 y 2, que están picados muy superficialmente, con los picados muy juntos formando una superficie regular, de color gris y alguno informe y amarillento; junto a ellos hay grafitos modernos arañados que pasan por encima de los picados.

1. Parte inferior de una estilización masculina de 0,14 m. de altura; prácticamente no se ve la cabeza y parece que el cuerpo está de perfil a juzgar por los pies vueltos hacia la derecha, según un convencionalismo universal y de todas las épocas. La representación del pene erecto es excepcional, pero evidente. A su izquierda hay una mancha indescifrable.

2. A la derecha del 1, figura de la misma técnica, como si fuera la cabeza redonda y dos finos brazos doblados hacia abajo, todo ello de un esquema humano al cual faltaría todo lo demás. La longitud de la línea horizontal es de 0,135 m. Si atendemos a explicaciones de estos signos en el Atlas, podría ser una vulva.

3. Más a la derecha hay una esquematización humana de un cuerpo con pecho casi rectangular, piernas cortas, falo largo y brazos en cruz; su altura máxima es de 0,09 m. Más abajo, a unos 0,40 m., hay varias manchas indescifrables, dos de ellas bastante claras.

4. A unos 0,80 m. más al Norte hay un esquema humano obtenido por un picado poco profundo y muy separados los puntos sin formar una línea continua; cabeza redonda y pequeña, brazos rectos y piernas arqueadas, faltando parte de la derecha. Mide 0,11 m. Fotografías hechas con objetivo de aproximación nos han mostrado el tipo de trabajo en esta figura, que podemos presentar como modelo del picado discontinuo, separado y profundo.

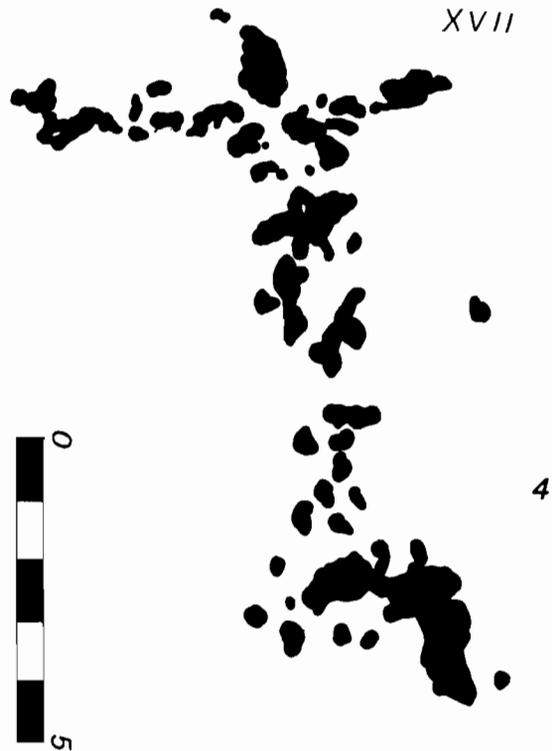


Figura 28. — Panel XVII, 4.

XVIII. — Más al Norte que los anteriores, en un espacio casi cerrado, con una estrecha abertura y con paredes verticales, hay, en la pared a la izquierda de la entrada, que se abre al Nordeste, dos figuras de aspecto muy diferente a las demás del barranco, tanto estilísticamente como en forma y técnica, que se despegan de cuantas hemos descrito hasta ahora. Don Luis Diego Cuscoy nos dijo que tales figuras no existían hace unos quince años cuando fotografió unos grafitos de 1929, que hay en la pared de enfrente, para observar su pátina.

En cualquier caso, la técnica de trabajo es un picado y raspado que levanta la capa superficial gris y que produce un trazo superficial y muy blanquecino, sin pátina; hemos de anotar que mientras el citado grafito «1929» y otro que puede ser de parecida fecha y que dice «Manuel» tienen ya el surco ennegrecido y amarillento, por el tiempo y el polvo, el picado de las figuras se mantiene muy blanco.

1. De aire infantil y muy tosco; es una representación masculina, con cabeza informe, cuerpo rectangular, brazos delgados terminados en sendas manos con cinco dedos lineares; piernas largas calzadas con botas; larguísimo pene con dos circulitos laterales que deben querer representar los testículos, aunque en la roca I hemos encontrado este convencionalismo para figurar los senos de una mujer. Este hombre y el 3 se hallan en situación vertical y separados entre sí por 0,80 m.

2. Debajo hay un signo serpentiforme sencillo, con dos curvas, casi como una s acostada. No hay diferencia en técnica y no puede haberla en datación respecto de los hombres 1 y 3; y en todo caso no pueden tener muchos años de antigüedad. Mide 0,07 m. de largo.

Digamos, antes de seguir, que en el 1 hay una serie de datos que pueden ser copiados de figuras antiguas, como por ejemplo el cuerpo rectangular, la longitud del pene y el estar entre ambas piernas, en el punto central y casi con su misma longitud; incluso las fantásticas manos con los cinco largos e infantiles dedos; pero ha de ser moderna, sin duda, la representación de botas con tacón y tal vez altas con la parte superior ostensiblemente marcada e incluso vuelta.

3. Extraña figura humana de perfil, con los pies, formados por una línea doblada, vueltos hacia la derecha, como podría estar la cabeza también, que mostraría en la parte izquierda una extraña prolongación que podría ser la cimera o el penacho de un casco, aunque no podamos asegurarlo. Podría ser también una crecida barba; desde luego no es nada que lleve en la mano, pues el brazo correspondiente está separado de esta mancha. El falo largo y con ensanchamiento del glande, tiene en la parte alta, a ambos lados, los testículos. El cuerpo es redondeado y corto, cor-

tísimos los brazos y delgadas las piernas, con los pies vueltos hacia la derecha. Mide 0,23 m. de longitud máxima. Alrededor de la figura hay picados en forma de manchas y trazos.



Figura 29. — Panel XVIII, 1.

XIX. — Al Norte de las anteriores, y aislada, se sitúa una estilización humana, picada, con fondo gris claro apenas sin patinar. Está modificada por trazos más modernos que en la fotografía parecen poner un instrumento en la mano derecha del hombre y prolongar extrañamente su brazo izquierdo, así como alargar el falo. Una detenida observación permite separar los trazos más antiguos en la forma que se ve en el calco, desechando los demás, posteriores, modernos y superpuestos.

XVIII



Figura 30. — Panel XVIII, 2 y 3.

Mide 0,17 m. de alto y tiene la cabeza redonda y gruesa, cuerpo corto, poco esquemático y su brazo derecho terminado en una mano que lleva un objeto redondo y pequeño que podría ser un escudo, cosa que se repite en otras figuras. El sexo se representa por un pene corto y muy diferente a las demás figuras de todo este grupo.

Aunque no podemos estar seguros de su datación, este hombre se separa de los demás del grupo XVII y resulta bastante distinto al tipo habitual de las figuras masculinas del barranco; parece estar de perfil y no lleva botas en los pies, que se representan por líneas dobladas dirigidas hacia la izquierda.



Figura 31. — Grabado XIX.

XX. — También aislada, más al Norte de la XIX y última de este grupo, tenemos otra estilización humana, de aire no muy antiguo, de 0,58 m. de altura, que puede ser relacionada con figuras bastante modernas norteafricanas. Tiene los brazos en cruz y el cuerpo solamente grabado en las líneas de perfil exterior; los brazos terminan en tres prolongaciones, como si fueran las manos, sumariamente ensanchadas y con algo así como tres dedos. Las piernas van calzadas con botas, en las que se advierte el tacón y en ambas, aunque más acusado en la derecha, el remate de la caña de la bota figurado por un amplio ensanchamiento. El falo, o quizá, mejor, un estuche fálico, es caso único completamente diferente a todas las representaciones masculinas de Balos, pareciéndose, en cambio, a otras, modernas, de la región del Atlas.

La técnica, como en todas las figuras de este grupo, es un picado muy tosco.

XXI. — Después de todas las figuras aisladas anteriores, se llega a un gran entrante del macizo, sensiblemente dirigido al Norte, con una serie de losas verticales contiguas, cada una de las cuales tiene un enorme número de grabados, más o menos visibles, a causa de su diferente conservación.

El primer panel que nos ocupa está tan confuso que sólo en la parte baja, en una zona de unos 0,65 m., se notan una serie de erosiones que han traspasado la capa superficial amarillenta y han dado lugar a figuras de trazo gris, siendo tanto naturales, picadas accidentalmente por piedras movidas o arrastradas por la corriente del barranco, como debidas al trabajo humano. Téngase en cuenta que ésta es una de las zonas que ha recibido directamente y con más violencia la erosión de las aguas del barranco, del aire y del frotamiento continuo de la arena. Nosotros nos hemos limitado a copiar todas las figuras, artificiales o no, y a tratar de separar los escasos grabados que pueden diferenciarse y que, aun así, estimamos dudosos.

En la zona superior de la laja hay líneas anchas picadas, de fondo gris y encima de ellas grafitos arañados, muy delgados, seguramente producidos por puntas metálicas.

Debajo, en la primera zona intermedia, los grafitos siguen iguales, siendo lo más superficial una E hecha por arrastre de una piedra muy puntiaguda; con picado más profundo están las letras M. O.

La segunda zona intermedia, debajo de la anterior, tiene un serpentinaforme picado que podría ser, tal vez, antiguo; a la izquierda, un signo como un rectángulo con un semicírculo encima, muy superficial, y otro picado más profundo.



Figura 32. — Grabado XX.



0

—

30

En toda la zona contigua al suelo, signos esquemáticos humanos que se confunden con los desconchados y picados naturales, donde sólo identificamos dos figuras humanas, una con los brazos arqueados y otra con ellos rectos. Convencionalmente hemos representado con líneas de puntos en esta zona lo que estimamos que son accidentes naturales de la roca y con el picado normal las figuras que hemos logrado separar, que son:

Arriba y a la izquierda, figura esquemática picada con puntos muy separados, de 0,13 m. de alta.

A su derecha, gran figura esquemática de trazo muy grueso (0,04 m.) y forma de salamandra muy tosca, de 0,21 m. de alto.

A la derecha y algo más abajo, restos de una esquematización muy incompleta y otra algo más entera un poco más abajo.

XXII. — Laja de las mismas características, inmediatamente a la derecha de la XXI: la parte superior de la pared es roja hasta la parte baja, donde se vuelve gris.

En la parte superior hay un grafito que dice: «Don Antonio León. 1871» y cortándolo, pero más abajo, algunos arañados más modernos. En la parte inferior hay otros grafitos con la misma técnica, pero picados muy superficialmente, donde entre varias figuras humanas están, en dos líneas, el nombre y la fecha: «1962 / Vicente».

En la parte más alta hay cuatro signos de forma sensiblemente circular que, de izquierda a derecha, presentan las siguientes características:

1. Círculo con el interior cruzado por dos perpendiculares, de 0,08 metros de diámetro, aproximadamente.

2. Otro a su derecha y más abajo, sin líneas interiores, de unos 0,06 metros de diámetro.

3. A 0,29 m. a la derecha, otro grande e irregular, cruzado por dos líneas perpendiculares, de 0,12 por 0,16 m. de ejes.

4. Debajo, y a partir de la derecha del 3, en la misma posición del 2 respecto del 1, otro muy irregular, cruzado, tal vez continuado hacia abajo por la raya vertical, de 0,11 por 0,17 m.

En la parte inferior y a partir de la horizontal de 0,55 m., encima del grafito «1962. Vicente», hay una serie de grabados con la misma técnica de picado superficial, muy erosionado, con fondo gris plomizo oscuro, todos de aire muy esquemático.

De izquierda a derecha son:

5. Signo indescifrable.

6. Estilización en forma de salamandra, pero muy esquemática y muy gruesa de trazo, de 0,25 m. de largo.

7. Signo, tal vez incompleto, con un arco y una línea en la parte superior; podría ser la parte inferior de un hombre, pero no está claro.

8. Formando línea con el 9, en la parte inferior, esquematización humana cruciforme, muy sencilla.

9. A la derecha del 8, otra esquematización humana a la que falta su pierna derecha, siendo el arco de ellas, cuando estuviera completo, muy ancho; la figura es más realista, con el cuerpo muy ensanchado en el vientre y pelvis, cabeza formada por simple línea prolongación del cuerpo y brazos en cruz.

10. En el centro un trazo ligeramente inclinado.

11. A la derecha y arriba del todo, signo ilegible, en parte, en forma de S.

12. Tosca esquematización con la parte inferior muy ancha y sin mostrar las piernas; podría tratarse de una mujer. Tampoco tiene cabeza.

13. Estilización humana con las piernas en arco ancho, como ocurre en otras figuras de este panel, y línea gruesa como si fuera el falo, en el centro de las piernas.

XXIII. — Laja vertical del mismo basalto, claramente separada de las dos anteriores. En la parte superior ha saltado la totalidad de la superficie patinada del basalto y han desaparecido los grabados que pueda haber habido. Nuestro calco está hecho partiendo del suelo.

El grafito clave para el estudio de las técnicas antiguas es uno que dice «1850» o bien «1852» y que ha sido interpretado por algunos, junto con otros trazos de distintas épocas, como signos alfabéticos; así Hernández Benítez y quienes le han seguido leyó: «IXZYZ» (=«pez») y lo interpretó como una criptografía cristiana (fig. 12). La pátina del trazo es muy semejante a la de los grabados esquemáticos contiguos y a la de la flecha, que suponemos antiguos, lo cual quiere decir que la superficie del basalto se altera muy pronto y toma una pátina que adopta aspecto muy uniforme independientemente de los años transcurridos, bastando con un mínimo de tiempo.

Los picados más antiguos son gruesos y profundos, atravesando la capa superficial amarillenta; en algunas figuras son muy grises.

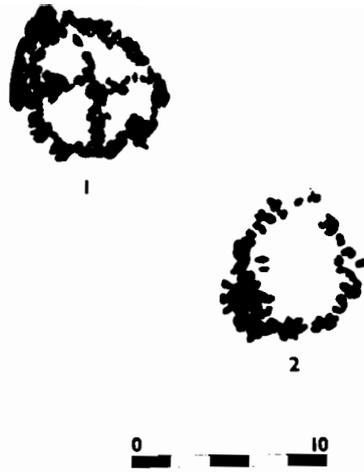


Figura 34. — Panel XXII, 1 y 2.



Figura 35. — Panel XXII, 3 y 4.

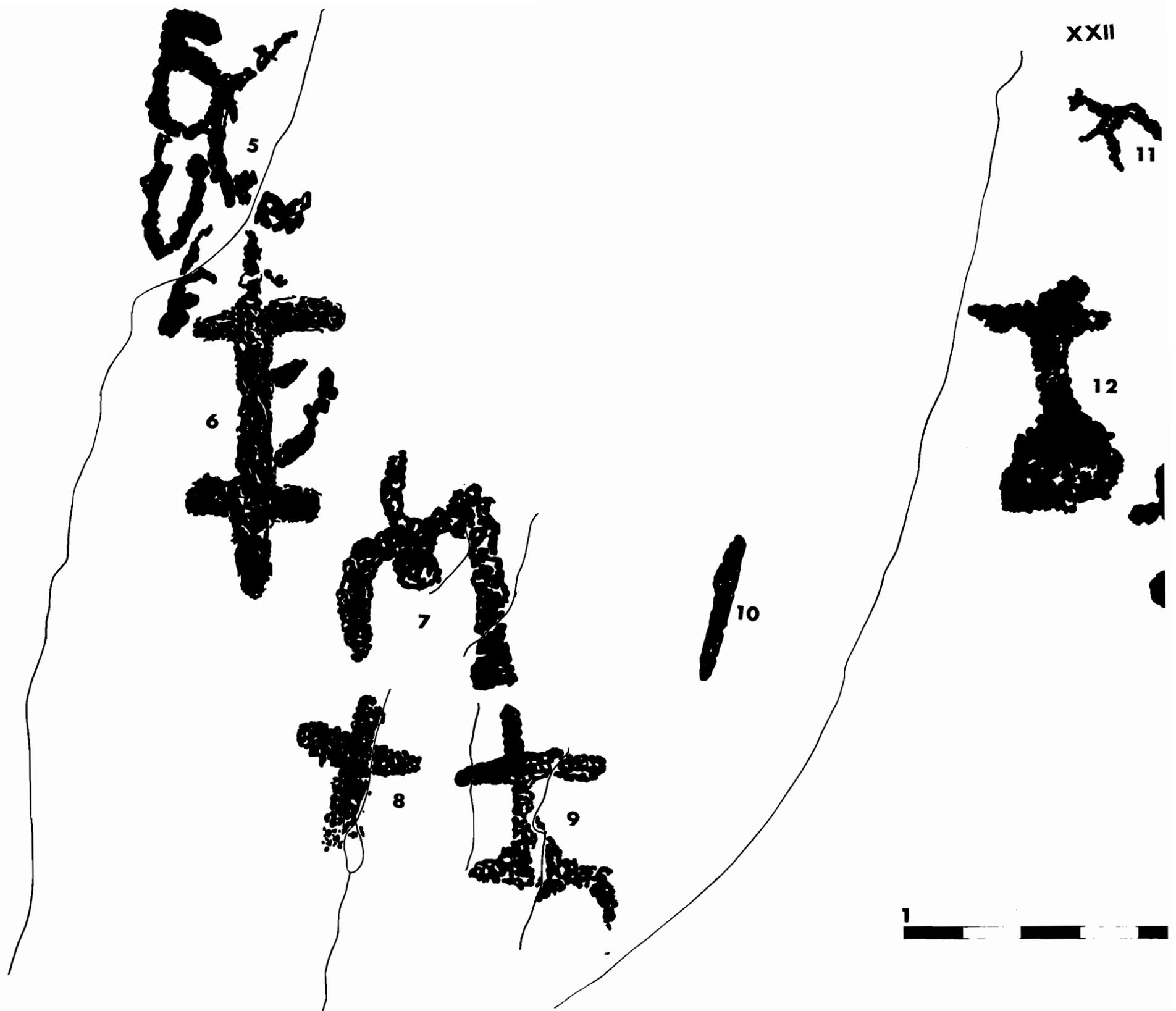


Figura 36.—Panel XXII, 5 a 13.

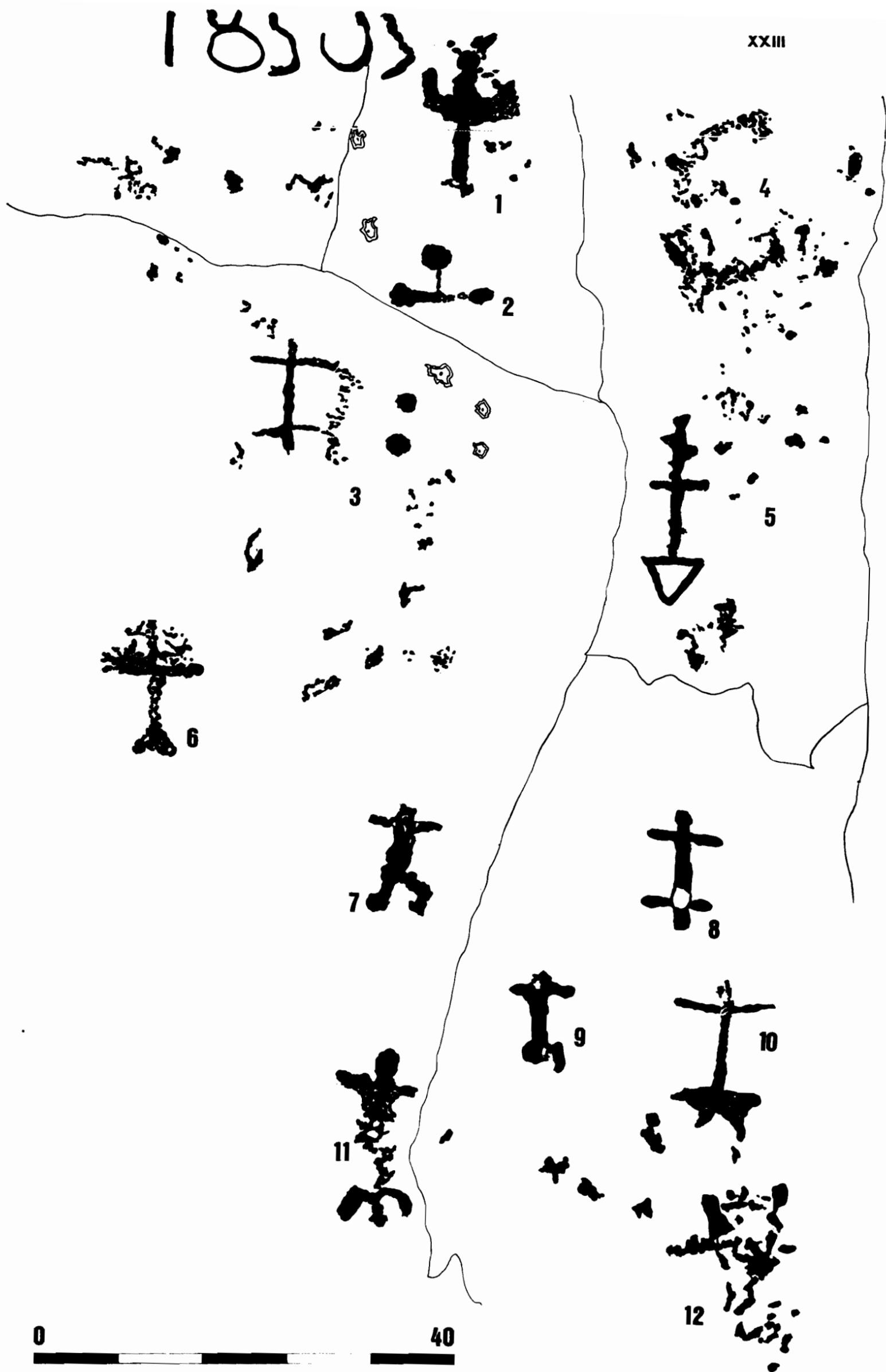


Figura 37. — Panel XXIII.

En la parte inferior hay un grupo de figuras de las hechas mediante picado superficial, más grises, que se observan bien solamente al atardecer y sin sol.

La descripción partiendo de arriba a abajo y izquierda a derecha es la siguiente:

1. Debajo del grafito «1850» figura esquemática humana, con la cabeza y cuerpo de un solo trazo, de unos 0,15 m. de altura y brazos ligeramente arqueados hacia arriba.

2. Debajo del 1, esquematización humana sin cuerpo, con cabeza redonda, cuello largo y delgadísimo y brazos en cruz con los extremos ensanchados.

3. Debajo y a la izquierda del 2, esquematización de tipo de «salamandra» con cuerpo delgado de 0,11 m. de largo y a la derecha dos cúpulas y dos picados naturales de la roca.

4. A la derecha del panel, un signo de picado muy superficial y confusa forma, casi circular, con desigual trabajo, más intenso en la parte inferior.

5. Inmediatamente inferior, con picado profundo y técnica muy semejante al grafito «1850» flecha con punta triangular hacia abajo, cruzada por dos líneas horizontales y paralelas; 0,19 m. de largo.

6. A la izquierda: a 0,53 m. del «1850» y debajo de él, estilización cruciforme con la base triangular. Podría ser, simplemente, un signo de cristianización.

7. En una línea horizontal, a 0,60 m. del suelo una figura humana esquemática, de cuerpo oblongo, brazos horizontales, cabeza pequeña y cuadrada, piernas cortas y arqueadas y asexuada, de 0,10 m. de alto. Parece estar de rodillas.

8. A su derecha, otra muy esquemática formada por una línea vertical ligeramente ensanchada en la cabeza y otras dos perpendiculares a ella que forman los brazos y las piernas; mide 0,12 m. de alto. En esta figura el grabado es más profundo como en el 5.

9. En medio de los grabados 7 y 8 y debajo de ellos, hay una estilización humana parecida a la 7 en forma y técnica, con las piernas más incompletas y con 0,10 m. de altura.

10. A la derecha, curiosa figura filiforme, con cabeza y cuerpo formados por una delgada línea, como los brazos, formados por una recta; el cuerpo termina por unas cortas líneas que nacen de dos triángulos, como si quisiesen indicar un ensanchamiento de las caderas. Mide, en total, 0,15 m. y es grabado muy singular entre todos los de Balos.

11. Estilización humana de las de tipo de cuerpo rectangular, con la cabeza y el cuello diferenciados, piernas y brazos muy cortos y aquéllas arqueadas y muy largo falo. A la izquierda y casi a la altura de la 10.

12. Mancha indescifrable en la parte inferior derecha.

Este panel plantea, como los siguientes, muchos problemas por la mezcla de grabados de muy diversas épocas y la confusión de tipos de trazos y pátinas que adquieren su forma y color en poco tiempo y hacen difícil separar unos de otros con seguridad. No obstante, hay suficientes elementos para establecer unas bases generales, como se verá en su momento. Por ahora simplemente con desechar el grafito «1850» y sus fantásticas interpretaciones y algunos otros posteriores a él, se aclara algo la complicación de este panel tan cargado de figuras.

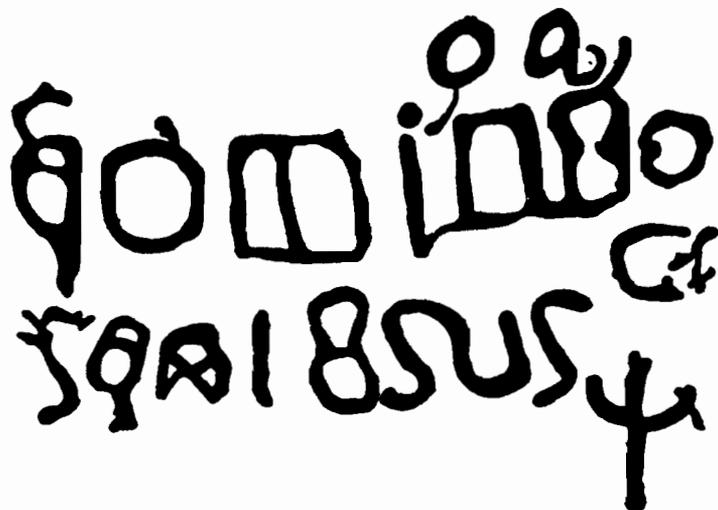


Figura 38. — Panel XXIII: parte alta (según Hernández Benítez). Arriba se lee, claramente: «DOMINGO», y debajo: «1850».

XXIV. — Este panel, a continuación del XXIII y a su derecha, forma ángulo recto con él; entre uno y otro, en la parte alta, en un lugar donde está rota la arista, hay un signo moderno, compuesto por un cuadrado, rematado por una cruz papal, de doble travesaño y a sus lados las letras «a» y «s».

También aquí hay una mezcla complejísima de signos de muy diversas épocas, interpretados, en alguna ocasión, fantásticamente. Se inician, en la parte superior por un grafito que dice «1888» (1-4). Luego signos en picado profundo, de color gris claro, que parecen monogramas, difíciles de interpretar y de datación incierta, aunque por lo menos son medievales, si no más modernos. Hernández Benítez (p. 9, fig. 9-10) dice textualmente: «parece una nave de alto bordo, de velamen extraño, casi cuadrado, de tres palos y rematada la proa por un curvilíneo aplustro en forma de c y acrostolio formado por un florón y timón en popa en forma de cola de pescado redondeada (fig. 9). A la izquierda, poco más allá está otra grafía que nos recuerda las líneas de los carros romanos con su baranda coronada por sendos perillones; sobre él vese un personaje estilizado con la mano graciosamente extendida hacia adelante (fig. 10). Debajo está una inscripción formada por la sigla simple n a la que sigue una A sin trazo transversal enlazándose con una B siguiéndole una theta griega y luego una i latina» atribuyendo a Claudio esta introducción griega en el alfabeto latino. Jiménez Sánchez copia los dibujos, que fotografía directamente, y añade poco a las fantasías de Hernández: «En la zona D se entremezclan múltiples grabados de tipología varia: figuras naviformes, carros (láms. IV a V c), bieltos, figuras humanas esquematizadas, ya con brazos arqueados o con brazos en cruz, caracteres alfabéticos sueltos, representaciones arboriformes y zoomorfas, cruces, punteados arqueados y lineales y otros signos extraños que despiertan curiosidad y abren interrogantes»; claro está que se refiere no sólo a este panel, sino a todos los contiguos de la zona. En otro sitio (p. 106) dice: «tienen acusado relieve las naviformes, perfectamente definidas... lo mismo en grupo que aisladamente, teniendo a la izquierda del observador otras figuras que recuerdan los carros romanos (lám. IV, a). La nave que señalamos parece tener tres palos, velamen y timón. Sobre esta clase de representaciones naviformes hay diversidad de criterio; mientras unos las consideran como tales, otros tienen sus dudas. El profesor Gaudio... estima que esos grabados recuerdan a los navíos fenicios, llamados trirremes, de proas alzadas. El mentado etnólogo cree que los canarios prehistóricos poseyeron los tipos de barcos reflejados en las insculturas... y son contemporáneas o posteriores al neolítico, pero no anteriores. El no poseer los canarios metales no es argumento para negar el que poseyeran los isleños canarios barcos de madera...». «Otro grabado, situado precisamente a la izquierda del que consideramos de una nave, se nos muestra como un carro antiguo en el que aparece el conductor con brazo alzado hacia adelante (lám. IV a), vehículo de simple construcción, tal vez rodado por los propios indígenas, posiblemente por esclavos o prisioneros, costumbre que es muy privativa del pueblo nómada, con el que el primitivo canario tiene evidente parentesco cultural. También puede tratarse de la representación de un carro

de guerra, carroza del triunfador, o simplemente de un típico carro con destino a las faenas incipientes agrícolas, concretamente al traslado de los haces de la siembra de la cebada y el trigo». Termina su descripción estableciendo comparaciones con carros de Ahaggar de Gleibat Mosdat en el Sahara Español, según Almagro, y fechándolos apoyándose en García y Bellido como una manifestación tardía del neolítico de tradición capsense entre el 4000 y el 2000, que ha perdurado en el Norte de Africa hasta la llegada de los fenicios, bastante después del año 2000.

Para nosotros se trata, simplemente, de monogramas, que no hemos acertado a leer con seguridad y desde luego bastante modernos.

En la parte superior a la derecha, más arriba:

5. Hombre de cuerpo recto, cabeza ligeramente diferenciada, brazos y piernas en cruz, pero éstas con ligero remate doblado hacia abajo.

6. Más abajo círculos picados superficialmente, uno grande cruzado por dos líneas en cruz y (7), dos pequeños, uno con una línea que sale de él, hacia arriba, ligeramente inclinada.

Todo este grupo está en la vuelta de la roca contigua al panel XXV, y el núm. 6 a 1,65 m. del suelo.

En la parte media del panel y dejando los signos 1, supuesto barco, 2, el llamado carro y los monogramas 3 y 4, tenemos una serie de grabados muy geométricos y poco expresivos.

8. Serpentina de dos curvas, como una S acostada.

9. Hombre de tipo «salamandra» muy rígido y esquemático.

10. Trazo casi horizontal.

11. Círculo, muy regular.

12. Semicírculo y debajo signo en forma de T.

13. Semicírculo, a la derecha del 12.

14. Círculo ligeramente oval, de mayor dimensión que los otros signos.

15. Debajo, línea horizontal con un pequeño saliente arriba y en el centro, como si fuera un punto.

16. En la parte inferior hombrecillo de 0,12 m. de alto, de forma de salamandra y muy corroído por la erosión.

Como se ve, este panel presenta muchos problemas, siendo la mayor parte de los signos geométricos e indescifrables, desde luego no inscripciones y habiéndose dado demasiada importancia a los supuestos barcos y carros que no lo son.



Figura 39.— Panel XXIV.



Figura 40. — Panel XXIV, 5 a 7.

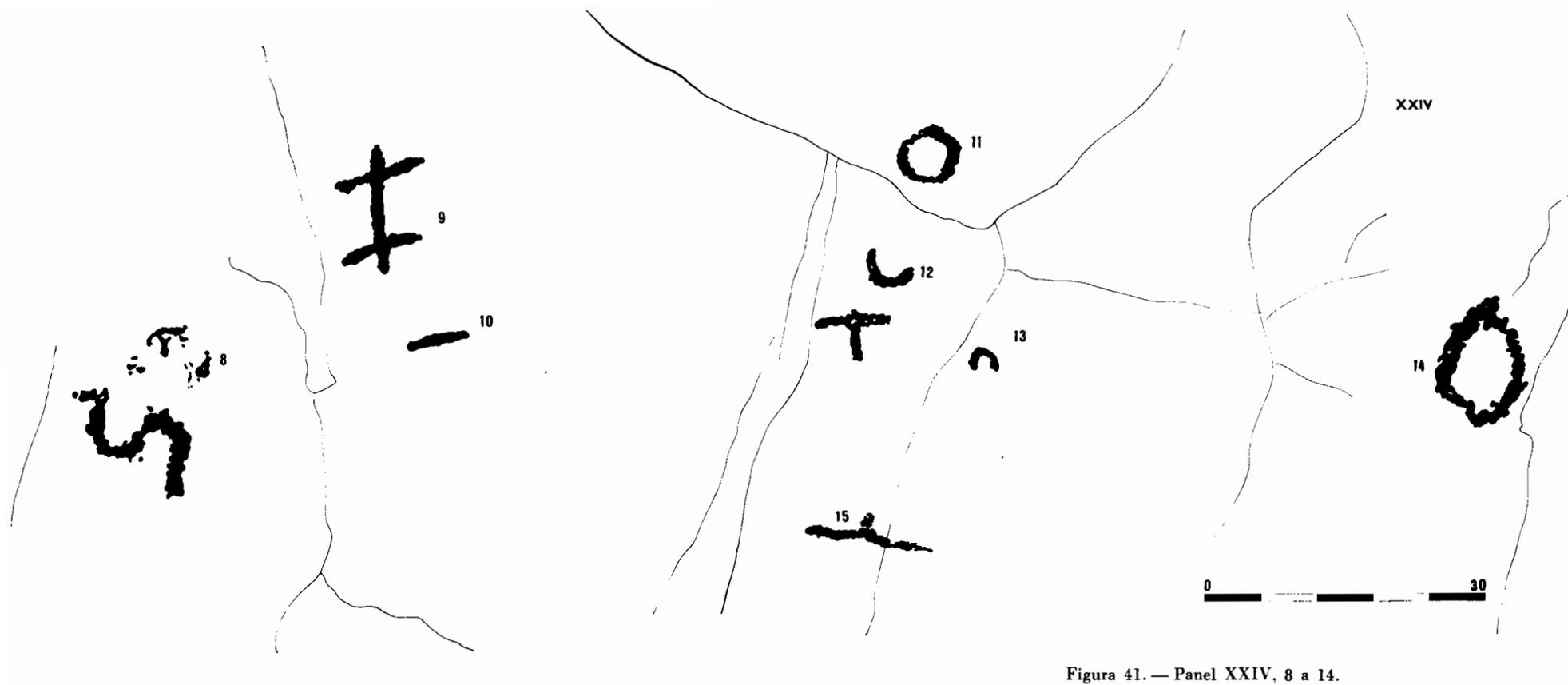


Figura 41. — Panel XXIV, 8 a 14.

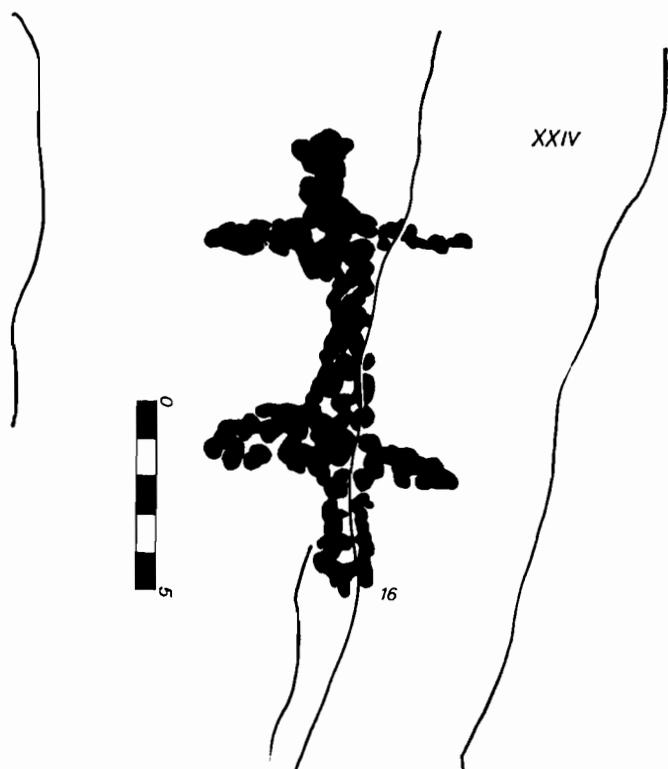


Figura 42. — Panel XXIV, 16.

XXV. — En este panel, situado a la derecha del XXIV, hay grafitos de todos los tiempos, encabezados en la parte más alta por uno de «Pedro Sánchez Monroy. 13-7-57» con el trazo muy claro y blanco, que se diferencia mucho de todos los demás.

En la parte superior hay un grupo muy interesante de figuras:

1. Estilización humana de cabeza oval, cuello diferenciado, brazos rectos de los que cuelgan hacia abajo cinco líneas finas verticales, de cada uno, cuerpo irregular de tendencia elipsoidal alargado, una pierna levemente arqueada con los dedos del pie bien marcados y la otra doblada y poco visible al estar cubierta por grafitos posteriores. El trabajo es un tipo de raspado muy superficial. La figura mide 0,36 m. de altura.

2. Pectiniforme de seis puntas hacia arriba, más un trazo que lo atraviesa de arriba a abajo, algo más delgado. Es de la misma técnica que el 1.

3. A la derecha y un poco más abajo, trazo grueso, realizado mediante un arañado fino y más abajo un nombre en letra cursiva, moderno y con arañado también muy superficial.

La técnica más antigua es de picado grueso y profundo, lo que hace las figuras muy visibles; en cambio la moderna es más superficial. Así se ve bien el grafito «Juan Martín» que se superpone a la parte inferior del núm. 1.

Jiménez Sánchez (p. 107) dice: «De la misma zona D y E son las insculturas en forma de peines prehistóricos, ¿biellos y arados? (lámina V, d)».

En la zona media, a unos 0,45 m. más abajo del 1 hay otras figuras antiguas a considerar:

4. Esquematización humana de cuerpo linear que se ensancha ligeramente hasta formar unas caderas triangulares; tiene los brazos en cruz, las piernas en arco bastante abierto y el falo puntiagudo y relativamente corto.

5. A la derecha, trazo horizontal terminado en ángulo.

6. Más abajo, y en el centro de los dos signos anteriores, un signo cuadrado con tres puntas hacia arriba.

7. A la derecha del 6 un cuadrado irregular, partido casi por el centro por una línea vertical y con dos puntos uno a cada lado de dicha línea y en la parte alta. Como veremos en su momento, puede tratarse de una cara humana, relacionada con esquematizaciones del mismo tipo.

8-9-10. En la parte inferior, trazos confusos, picados con la misma técnica que los demás, en color gris oscuro, sin que pueda determinarse ningún signo claro, salvo un cruciforme. Están a unos 0,06 m. del suelo.

En la losa contigua, también vertical, hay otro pequeño grupo de estilizaciones humanas y en su contacto con el XXVI tiene una zona achafanada donde también hay algunos grabados.

11. Interesante estilización masculina de 0,30 m. de altura, a la que falta una parte del brazo derecho que ha saltado con la roca que falta. Es del tipo de cuerpo rectangular, piernas prolongando las líneas externas del cuerpo, falo muy largo, casi tanto como las extremidades inferiores, cabeza pequeña. El brazo derecho está torcido, aparentemente, pero es

XXV



Figura 43. — Panel XXV, 1 a 3.

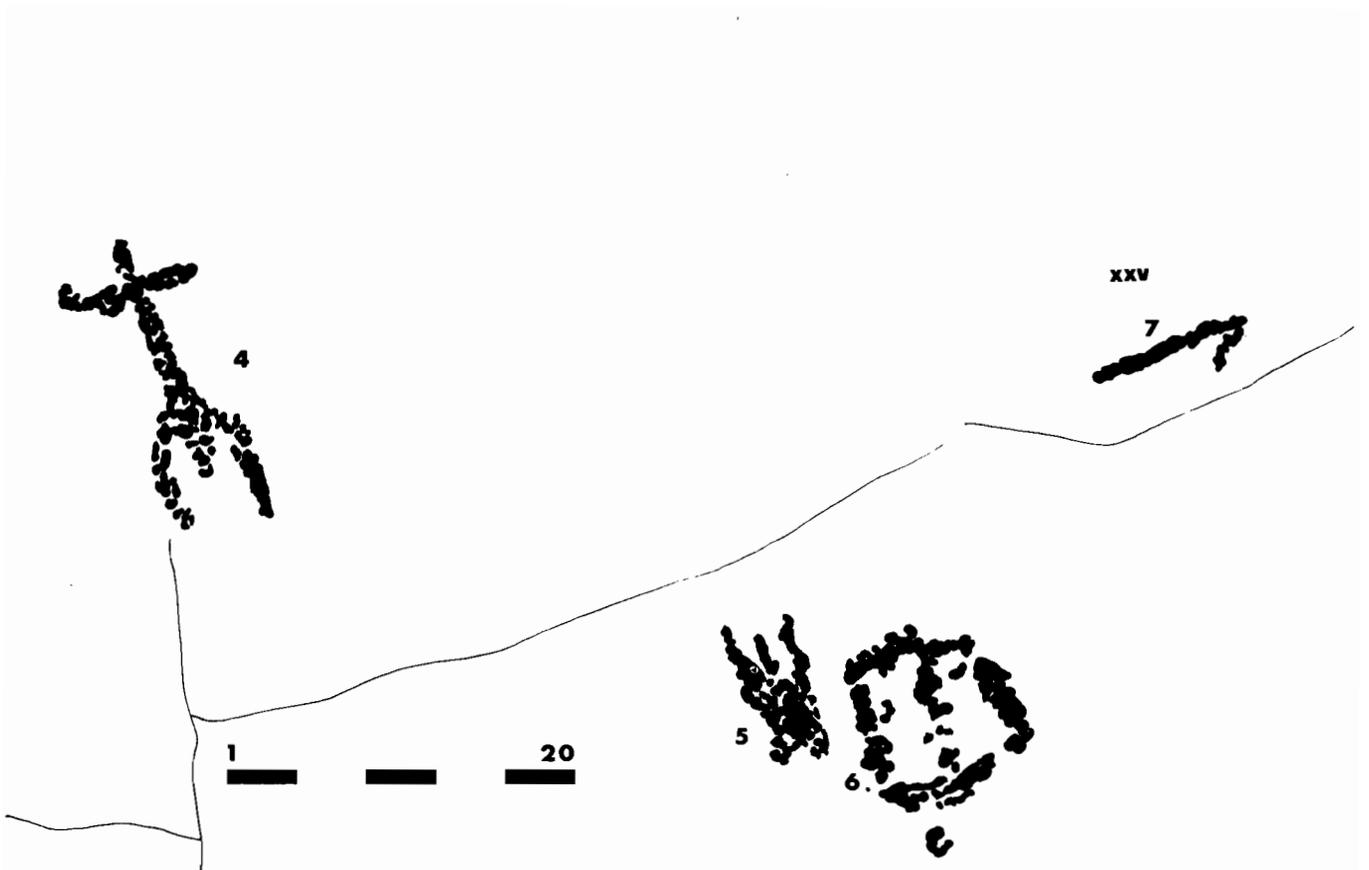


Figura 44. — Panel XXV, 4 a 7.



10



9

8

XXV

Figura 45. — Panel XXV, 8 a 10.



Figura 46. — Panel XXV, 11 a 14.

que la roca está rota y sobresale ligeramente, lo que provoca dicho error óptico. A la derecha hay una serie de manchas de diversos tamaños que no componen ninguna figura. El picado es de fondo gris, y la técnica y aspecto es semejante en las cuatro figuras del grupo.

12. Más abajo de la 11 y a la misma altura que la 13. Es la más pequeña de las estilizaciones humanas de este grupo. Se diferencia bien la cabeza redonda y el cuello, que resultan menos desproporcionados respecto al cuerpo que la 11. Tiene los brazos ligeramente arqueados hacia arriba, cuerpo largo y piernas muy cortas, ligeramente abiertas y grabadas como continuación de la parte exterior del cuerpo. Asexuado.

13. Tipo humano muy semejante al 11, pero con los brazos doblados por el codo, en ángulo recto, hacia abajo; el falo, largo y puntiagudo, está separado del cuerpo.

14. En el ángulo inferior derecho del panel un signo doble, indescifrable, compuesto por una especie de pectiniforme de arco y dos trazos hacia abajo y tres líneas en la parte superior.

XXVI. — Este panel está a la derecha del XXV y de la pequeña zona achaflanada intermedia. Tiene también muchos signos, la mayor parte geométricos y pertenecientes a muy diversas épocas. Uno de los signos clave es el de forma de gran P con un arquito a su derecha, que está muy superficialmente picado y que tiene encima grafitos modernos, como uno de forma de cuadrado con un circulito en cada ángulo, y otros que tienen la pátina correspondiente al raspado amarillento en vez de gris negruzco, dada su superficialidad. Hacia la mitad del panel hay un signo que nos parece una palabra árabe que incluso nos atreveríamos a leer «muslim» = musulmán, que es de trazo muy ancho y fondo gris claro y que parece más reciente que los arcos de encima y de debajo, de surco gris negruzco. Casi todas las figuras de la parte baja son de picado antiguo, superficial y gris oscuro o negro.

De arriba a abajo las figuras son las siguientes:

1. Pequeño signo cruciforme simple.
2. Trazos horizontales, signo picado P y arco junto a él, picado, de color más gris.
3. Estilización humana, cruciforme, pero con una pierna que sale del cuerpo formando ángulo con él.
4. Signo formado por un arco con un botón saliente en el centro por arriba.

5. Signo de 0,30 m. que parece una palabra árabe y que ha sido calificado de barco como los del panel XXIV, sin razón. Se lee «muslim» = musulmán.

6. Signo semejante al 4, algo mayor.

7. Cuadrado con la línea superior prolongada a derecha.

8. Tridente.

9. Hombre con la línea del cuerpo prolongada en la cabeza, brazos arqueados hacia abajo y piernas formadas por una línea recta que cierra el cuerpo. Mide 0,17 m.

10. Cruciforme sencillo.

11. Hombre de cuerpo linear que se prolonga en la cabeza, brazos rectos y piernas iguales, paralelas a los brazos.

12. Línea horizontal y otra vertical, a su derecha, cortándola.

13. Hombre de cabeza pequeña, ancha y con dos apéndices (¿orejas, cuernos?), brazos levemente arqueados hacia abajo, cuerpo casi rectangular, piernas en arco y falo tan largo como ellas, con grueso glande marcado. Mide 0,14 m.

14. Trazo vertical.

En la zona achafanada de la izquierda hay un par de signos picados y en el centro, con rayas finísimas, una estilización en forma de «salamandra», con el mismo fondo porque el rayado es profundo; mide 0,15 metros (núm. 16). Arriba, 15, corto cruciforme y debajo dos puntos y seis rayitas verticales debajo.

XXVII. — Panel a la derecha del XXVI, con la parte superior vertical y la inferior inclinada, formando ángulo diedro con aquélla. Es muy complejo y contiene, por lo menos, veinticinco signos de diversas épocas. En la parte superior hay figuras que parecen bastante modernas, encima de otra de trazo más oscuro y menos profundo. Como hemos dicho, el muro vertical termina por una grieta, estando la superficie más inclinada abajo y algo abombada; parece que las figuras de uno y otro espacio están separadas, incluso en estilo. Antes de llegar a esta última zona hay una figura de fondo gris oscuro y sobre ella otra más clara que los signos citados arriba. Las demás figuras están más patinadas. En la zona baja son modernos un grafito «José» y un signo de forma de llave o bien de un círculo cruzado por dos perpendiculares y un trazo vertical descendente con una línea corta que sale de él hacia la derecha. También hay una serie de figuras picadas muy superficialmente y con trazo de color gris plomizo.



Figure 47. — Panel XXVI.

El panel vertical se divide en dos, verticalmente, por una grieta que lo recorre de arriba a abajo; y en la zona horizontal, en la parte baja, hace una acusada inclinación hacia afuera.

En la parte izquierda la mayor parte de los signos son ilegibles, viéndose algún cruciforme, signos cuadrados, un redondel con punto central, por lo menos una esquematización de forma de «salamandra», todo dentro de una serie de picados que hacen muy difícil la diferenciación de los figuras.

En la parte derecha, de arriba a abajo se ven:

1. Signo formado por una línea gruesa, recta, de 0,52 m., con cortas líneas transversales en número de quince, algunas de las cuales la atraviesan por ambos lados y otras sólo por la derecha o la izquierda.

2. A la izquierda hay un signo en forma de D y un angulito junto a él.

3. A la derecha una gran estilización humana en forma de «salamandra» de 0,24 m. de altura, con un brazo doblado en ángulo recto y el sexo diferenciado del cuerpo.

4. Junto a la 3, estilización cruciforme, pero con el brazo izquierdo ligeramente doblado y levantado. Mide 0,12 m.

5. Bajo el 4 un redondel y una línea ligeramente arqueada.

6. Seis signos alfabéticos, dispuestos verticalmente y compuestos por líneas horizontales y un arquito, del tipo de las letras tiffinagh.

7. A la derecha del 6 hay varios signos superpuestos, de dos épocas. De la más moderna, como los núms. 2 a 5 un par de círculos unidos por una línea y con un trazo saliendo de ésta, como si fuera una estilización de carro como las saharianas y junto a él una estilización humana como el 1.

8. Figura de picado antiguo representando un hombre con cuerpo corto o tal vez un niño levantando los brazos que se cierran sobre la cabeza o bien llevando en las manos un arco, lo que parece imposible. El cuerpo es rectangular y asexuado y los pies se muestran doblados hacia la derecha; hay ensanchamientos del trazo que podrían indicar las manos. Mide 0,17 m.

9. A la derecha del 8 con técnica de picado antiguo, dos signos y una estilización humana de tipo de «salamandra». En una línea inferior con la misma técnica de piqueteado antiguo, un círculo.

10. En otra línea, siempre de izquierda a derecha, un signo cruciforme moderno.

11. Otro de la misma técnica, en forma de tridente.
12. A la derecha otro del mismo aire, formado por una línea con cabeza circular, cortada verticalmente por la misma línea y tres trazos perpendiculares; por abajo terminado en un ensanchamiento globular. Mide 0,32 m. de alto.
13. A su derecha, hombrecillo esquemático de tipo antiguo, cabeza larga, cuerpo de un trazo, brazos y piernas en ángulo. Mide 0,13 m.
14. Figura muy importante. Tiene, en la parte más profunda, un hombre grabado con picado hondo, de trazo negro y patinado; de 0,24 metros de largo. Su cabeza es redondeada, el cuerpo linear grueso que se va ensanchando hacia las caderas, brazos rectos y abiertos en cruz, piernas en arco marcando ligeramente las rodillas. Superpuesto a este hombre hay una figura de picado fino que cubre toda la parte superior de su cuerpo y que parece ser un esquema humano con brazos y su pierna izquierda, faltándole el resto.
15. Figura de picado antiguo, posible esquematización humana.
16. Bajo el 15 esquema animal, muy dudoso, quizá un cuadrúpedo con una sola pata por par o mejor simplemente signo unido a un remate extraño en la parte superior izquierda.
17. Importante figura humana de 0,24 m. de altura, con las manos terminadas en descomunales dedos y también marcados, aunque más pequeños, los de los pies. El cuerpo es de trazo ancho y recto, disminuyendo gradual y ligeramente hacia las piernas; brazos cortos y doblados por los codos; cabeza pegada al cuerpo, sin cuello, y con dos apéndices, orejas o cuernos, preferiblemente lo primero, sobresaliendo claramente.

Panel inferior.

18. A la izquierda, signo interesante, de forma humana, con cuerpo recto, cabeza con dos orejas o grandes salientes laterales, piernas abiertas en ángulo, el brazo derecho arqueado y el izquierdo deforme y rectangular. Falo largo; el pie derecho se ve. Mide 0,13 m. Todo con picado elemental y superficial y resultando un color gris plomizo.
19. Tres trazos verticales.
20. Esquema humano con cuerpo recto prolongado por la cabeza, brazos en arco hacia arriba cerrados en un círculo por las manos, que se tocan; piernas arqueadas hacia abajo. Asexuado. 0,13 m.
21. Estilización humana, muy tosca, con cuerpo y brazos gruesos, como las piernas, cabeza redonda desfilada del cuerpo y antebrazo derecho levantado.



Figura 48. — Panel XXVII.

22. Grupo de signos que pueden corresponder a una estilización humana.

23. Estilización de tipo «salamandra», pero ancoriforme, de 0,12 m.

24. Signo indescifrable.

25. Mancha ilegible, con dos tipos diferentes de picado.

XXVIII. — Grupo de signos casi invisibles, al menos los antiguos. En la parte superior están los grafitos «P S» y «J A A». Con ellos una estilización humana, muy sumaria de 0,095 m. de alto, cabeza redonda pegada al pecho bastante ancho y brazos y piernas cortísimos (núm. 1). Con los núms. 2, 3 y 4 una serie de trazos o puntos ilegibles.

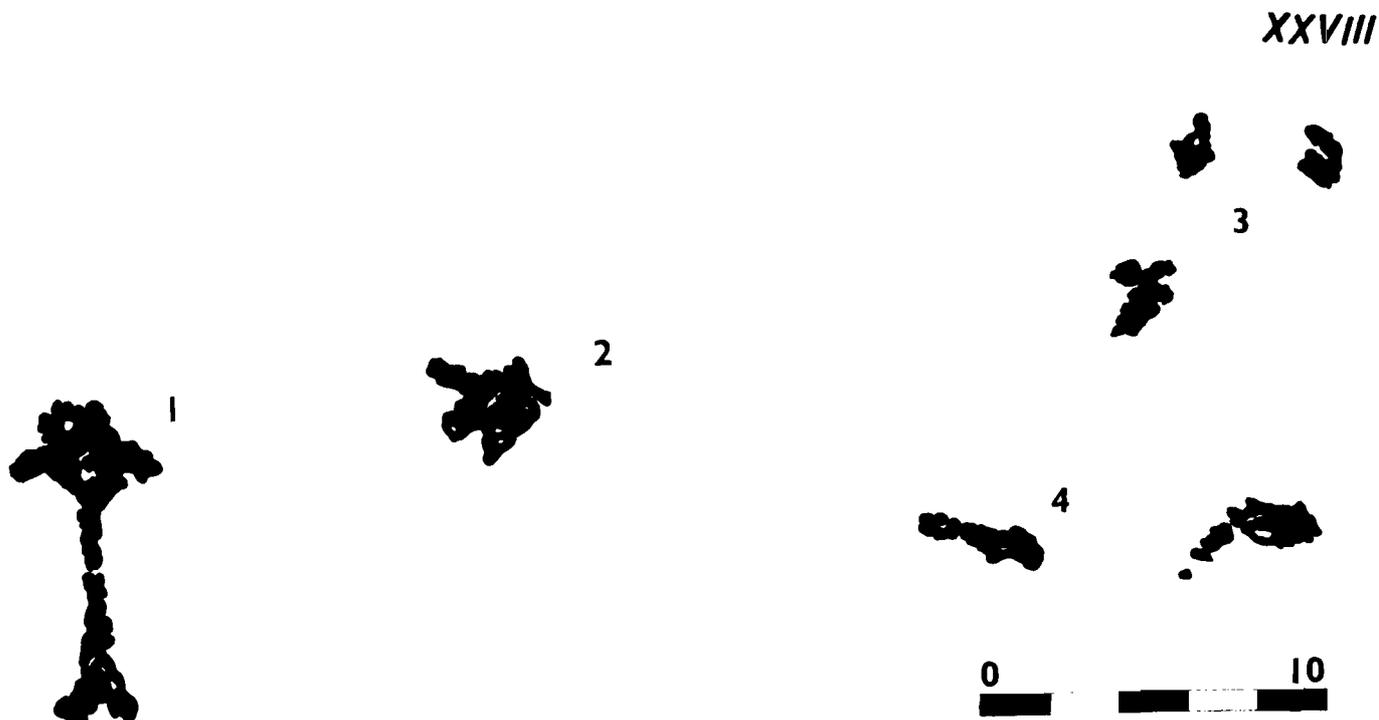


Figura 49. — Panel XXVIII.

XXIX

-1

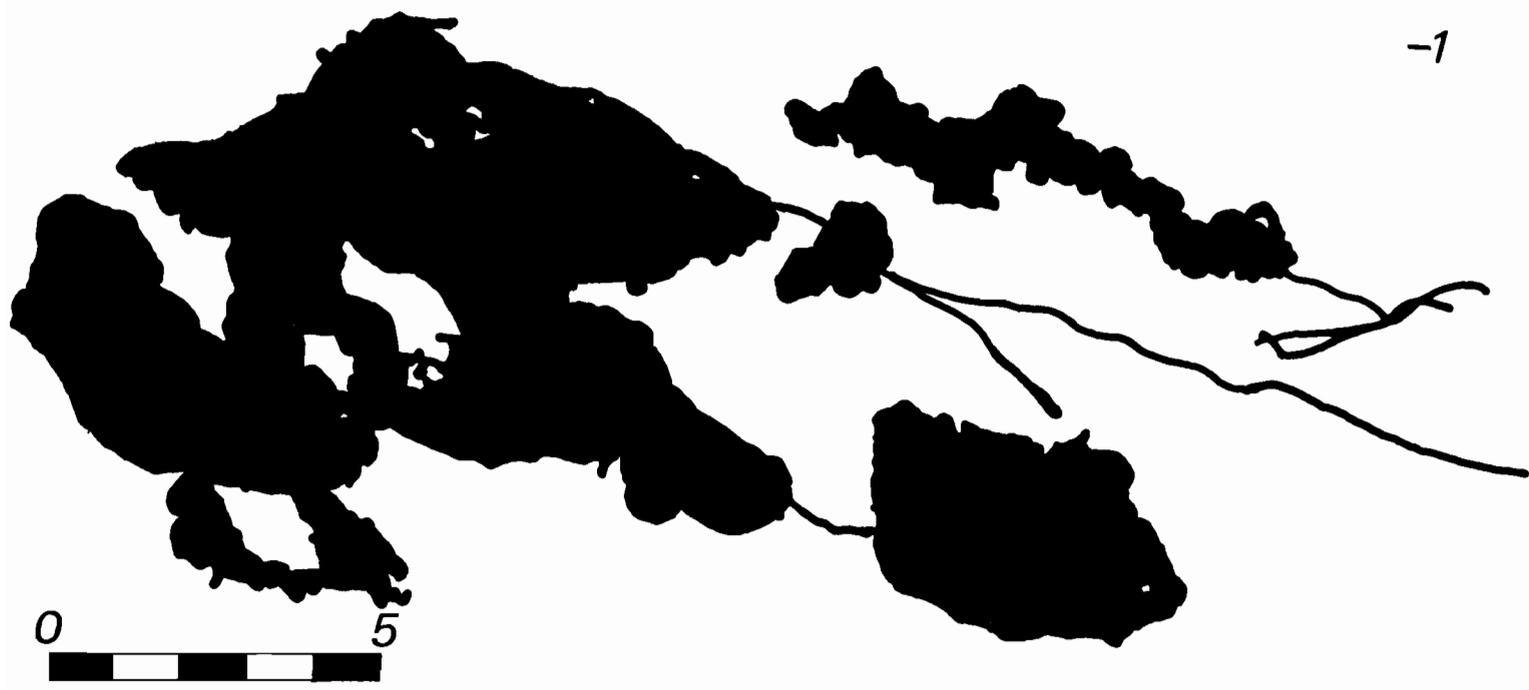


Figura 50.— Panel XXIX, 1.

XXIX. — Bloque de basalto separado del promontorio; debió desgajarse hace mucho tiempo; es de color gris y tiene una mancha y dos signos en la cara que da al Sur y una figura humana en el lado hacia el Este.

1. Mancha alargada, indescifrable, pero artificial, con toda seguridad.
2. Signo de tres líneas verticales unidas por una horizontal y ligeramente prolongada hacia abajo la del centro.
3. Signo en forma de S.
4. Representación humana muy desvaída. Hay que tener en cuenta que todos los grabados del bloque están muy cerca del suelo y, por lo tanto, muy expuestos a la erosión; concretamente esta figura está al nivel del fondo del barranco. Picado claro. El hombre es de cuerpo macizo y rectangular, brazos y piernas gruesos y cortos, cuello largo y cabeza pequeña y plana por la parte superior; falo grande, pero de la mitad de longitud de las piernas.

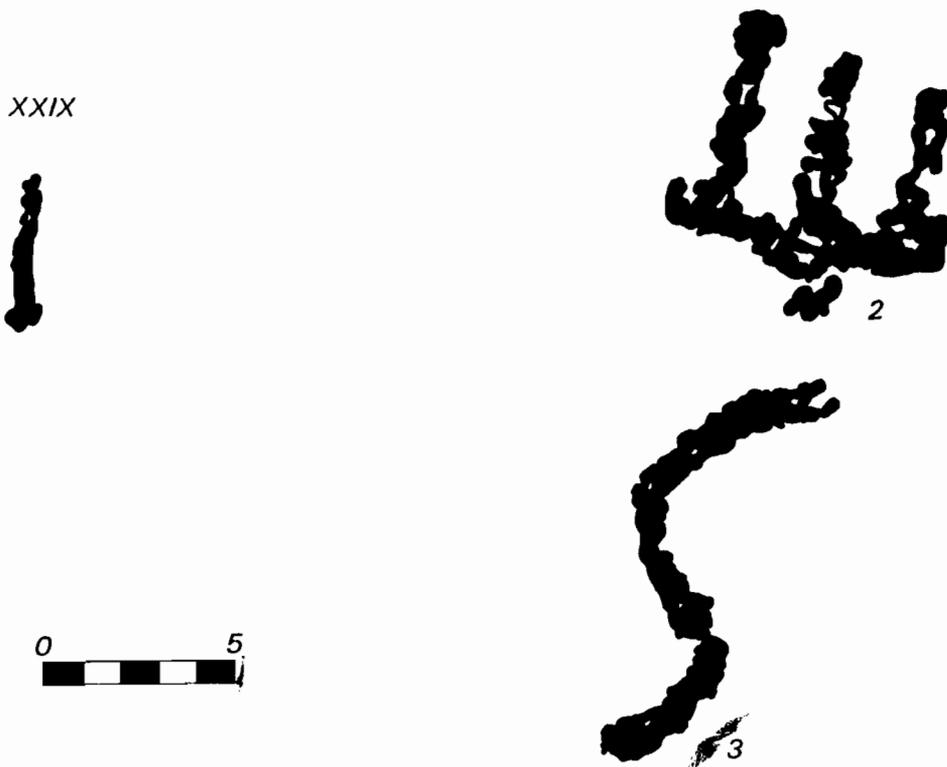


Figura 51. — Panel XXIX, 2 y 3.



Figura 52. — Panel XXIX, 4.

XXX. — Continuando hacia la derecha, en el entrante que aquí forma el macizo, llegamos a otro de los paneles con un máximo de superposiciones de figuras de muy diversas fechas. Los picados modernos pueden identificarse a través de uno marcado «Aurelio Ortega» que nos muestra una señal de tono gris claro, mucho más que los picados antiguos vecinos, existiendo también un rayado fino, inciso, de líneas verticales, que se presenta negro, pero sólo por el polvo y la suciedad depositado en ellos. Encima del grafito «Aurelio Ortega», aparte de signos y trazos modernos, que no hemos recogido en los calcos, existen los siguientes grabados a los cuales atribuimos una cierta antigüedad, mayor o menor, como veremos en su momento.



Figura 53. — Panel XXX.

1. Estilización muy esquemática, humana, de trazo vertical para cabeza y cuerpo, brazos formados por una línea recta y piernas análogas, sin que la línea del cuerpo las rebase. Mide 0,12 m.

2. Junto al 1 a la derecha y un poco más abajo, estilización más pequeña, de 0,08 m. de máximo, con las piernas abiertas en ángulo, viéndose sólo su izquierda.

3. En la zona del ya repetido grafito moderno, a la izquierda, signo formado por un rombo o cuadrado muy irregular, con trazo vertical en medio y arriba remate cruciforme. 0,17 m. de largo.

4. En esta misma zona hay restos de trazos, una parte de una esquematización humana y a la derecha un hombre, claramente representado, sin cabeza ni brazo derecho, cuerpo muy corto y cuadrado, con las piernas continuando su línea exterior y falo de la mitad del tamaño de las piernas. Mide todo, de alto, 0,11 m. Hay también dos filas de trazos verticales incisos, que no se marcan en el calco y que cortan, por encima, la «Or» de «Ortega».

5. Está en línea con el 6 y 7; pequeño signo cruciforme de 0,06 m. y grueso trazo inclinado.

6. Esquemmatización muy rígida de tipo «salamandra» con brazos y piernas rectas y línea del cuerpo prolongada como si fuera el sexo; 0,11 m.

7. Esquema análogo de 0,14 m. Junto a él trazos sueltos cortados por rayitas incisivas verticales.

8. Rectángulo u óvalo, en el extremo derecho. 0,095 m.

9. En la última fila, a 0,20 m. desde el suelo, hay un grupo de figuras. La de más a la izquierda es una tosca estilización humana, de cabeza larga, brazos formados por un amplio ensanchamiento de las líneas y parte inferior del cuerpo muy confusa porque está cortada por la S de un grafito «P. S. M.». Mide 0,175 m.

10. Estilización humana, sin cabeza, con el cuerpo de tipo alargado, brazos arqueados hacia abajo, piernas también en arco, algo más largas y pene lineal que llega hasta el límite de los pies, prolongando el cuerpo, algo más delgado y recto, pero marcando el glande. Mide 0,16 m. de alto.

11. Muy interesante signo en forma de mariposa, semejante a la representación que en otras esquematizaciones humanas del barranco hemos interpretado como las caderas, pero que aquí está completamente aislado, si bien no podemos tener seguridad de lo que falta de todas estas figuras en que el grabado se observa tan mal.

12. Restos de una esquematización humana de piernas arqueadas; le faltan la cabeza, el brazo derecho y algún trazo más.

13. Debajo del 11 hay otra importante y singular figura de hombre, de 0,16 m. de altura. Tiene la cabeza redonda y pequeña, brazos rectos, pero inclinados hacia el suelo y terminados por grandes y desproporcionadas manos con cinco dedos cada una, diferenciándose muy bien los pulgares. El cuerpo se va ensanchando hacia las caderas, de donde arrancan las piernas arqueadas, sin pies. Tiene el pene puntiagudo y pequeño. En esta figura se nos muestra que todas las antiguas son realizadas por medio de la técnica del picado y que tienen un tono más oscuro en el fondo del surco. La superposición «Aurelio Ortega» sobre un hombre esquemático lo comprueba. Y los rayados finos cortan también a los picados de fondo oscuro. De aquí la importancia que este panel tiene para la determinación de la cronología relativa de las técnicas, aunque, por desgracia, la valoración absoluta sea mucho más difícil.

XXXI. — Las figuras a que damos este número no están ya en placas verticales de basalto, sino en la parte baja, a 0,60 m. del panel XXX y en dos superficies que forman ángulo. Son una esquematización humana y un signo.

A la derecha, y en una pared vertical, ligeramente inclinada, siguen los grafitos picados y rayados con piedra y otros que pensamos que han debido ser arañados con puntas metálicas y ser, por lo tanto, muy modernos; para corroborarlo hay un «Francisco Vega Sánchez» y debajo de él un macrocosmo o estrella de Salomón con un redondelito en el centro, con picado profundo y claro.

1. Esquematización humana de 0,125 m. de alto; cuerpo rectangular grueso (0,035 m.) con brazos en cruz doblados por los codos, hacia abajo, con pequeños ensanchamientos en las manos; las piernas son cortas, abiertas en ángulo; asexuado. Lo importante de la técnica de trabajo de esta figura es que se ha labrado con un picado bastante profundo en todo el cuerpo, pero con la línea de los brazos reforzada con surcos incisos, muy finos, en sentido horizontal y repetidos, cosa muy rara en Balos y que sólo aquí hemos podido confirmar con seguridad y reiteradamente.

2. Mancha indescifrable, con picado profundo, como en el 1, pero utilizando dos tipos de trabajo y seguramente dos instrumentos diferentes. Hay una figura con cierto aire de choza o tienda a dos vertientes, formada por una línea horizontal soportada por dos ángulos por el lado izquierdo y otra inclinada por el derecho que están grabadas con un picado fino, seguido y poco profundo; y parcialmente superpuesto a este signo hay otro de forma ovalada conseguido con picados profundos, muy separados entre sí y con un color en el surco mucho más claro. Aun así, la interpretación es imposible, pero la superposición del picado ancho, grueso y profundo resulta más moderno que el fino, arañado y continuo.



Figura 55. — Panel XXXI, 1.

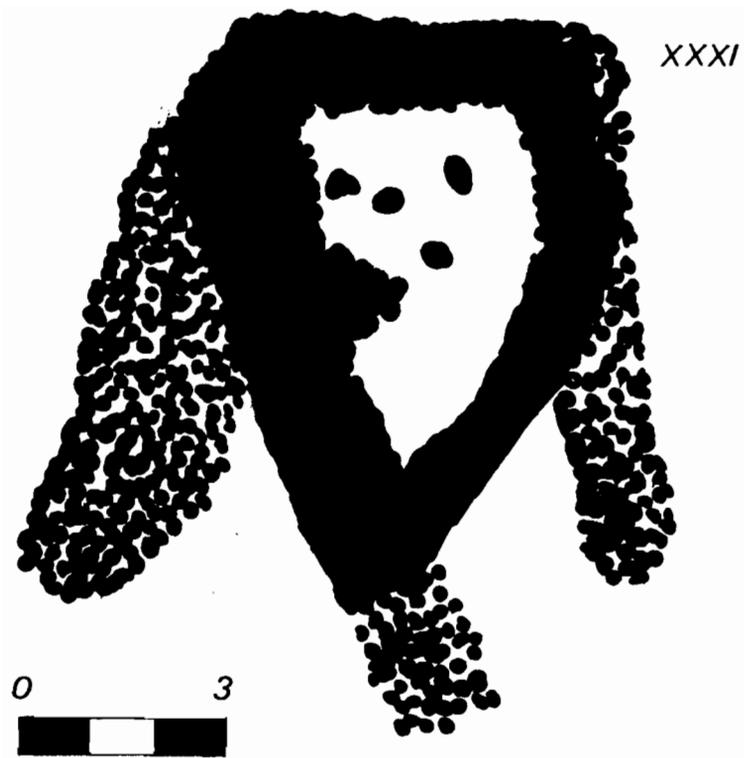


Figura 54. — Panel XXXI, 2.

XXXII. — Importante conjunto de signos que están, a bastante altura, en una pared curvada, lo que dificulta no poco su calco. Desde la parte alta de la estilización humana hasta el suelo hay tres metros de altura. Todo este grupo se hallaba con los surcos de los grabados impregnados y cubiertos de suciedad y apenas visibles, por lo que lo sometimos a una intensa limpieza con cepillo de cerda suave, apareciendo entonces los trazos y quedando las rayas más oscuras y la superficie más clara. La técnica es de picado bastante fino y con los puntos muy contiguos.

Hernández Benítez (fig. 5) dice que en el mismo lugar que nuestro XXIV, 3, está «un arbolito de diez hojas asentadas y opuestas a uno y otro lado de un tallo central de 0,20». Mezcla ambos grupos y habla de «peines prehistóricos, bioldos, arados» que deben referirse a los pectiniformes y figuras del XXV.

Las figuras, de izquierda a derecha y de arriba abajo, son:

1. Escritura tiffinagh en dos líneas verticales, la izquierda de 0,38 metros. La derecha se superpone al signo en forma de abeto y consta de tres signos.

2. Signo en forma de abeto, con línea central de 0,41 m. y diez líneas perpendiculares a él y paralelas entre sí. Está debajo de los signos 1, pero la pátina del surco es la misma, lo cual no tiene nada de particular pues depende sólo de la rotura de la capa superficial.

3. En la parte inferior derecha del 2 hay una fila vertical de signos tiffinagh con cinco letras. Pueden estar en relación con otras dos filas situadas más a la derecha, una con seis letras ocupando 0,34 m. y otra con cuatro y 0,21 m. de altura.

4. Encima de estas tres filas de signos, otro en forma de horquilla de seis puntas desiguales y 0,16 m. de altura máxima.

5. Encima del 3 y a la derecha del 4, signo ilegible con una línea terminada en un círculo y tres líneas que la cruzan perpendicularmente, con arcos y trazos varios.

6. En el último tercio a la derecha del panel y en la parte superior hay un hombre de cuerpo rectangular alargado, brazos doblados en ángulo recto hacia abajo, grandes manos con cinco dedos cada una, remate confuso de las piernas un tanto arqueadas. Cabeza alargada y cuello. 0,22 m.

7. La figura 6 está cortada por posibles signos alfabéticos tiffinagh que las enmascaran un poco; dos filas verticales, con la tercera por la izquierda, prolongada hacia arriba. Parece que está cerrado el conjunto por una línea horizontal superior para formar un pectiniforme.

9. A la derecha y un poco arriba de la última línea, signo cruciforme.
10. Tres signos alfabéticos tiffinagh dispuestos verticalmente.

XXXIII. — En una roca a unos 4 m. de altura, inscripción tiffinagh en dos líneas verticales, con las que se entremezclan algunos grafitos más modernos, como V F II. La reproducen Jiménez Sánchez, fig. 19, y Hernández Benítez, sin descripción, en su p. 8.

XXXIV. — Grupo de inscripciones, signos y esquematizaciones humanas, en una zona del acantilado muy dislocada y, por lo tanto, con las figuras en distintos planos. De izquierda a derecha se advierten:

1. Letras tiffinagh a unos 4 m. del suelo, arañadas no muy profundamente; reproducidas por Hernández Benítez (fig. 8) y por Jiménez Sánchez (p. 16, fig. 6).

2. Signo arborescente, en forma de abeto, de trazos frotados y picados, más finos de lo habitual. Mide 0,23 la línea central y tiene ocho líneas desiguales que lo cruzan perpendicularmente, paralelas entre sí.

3. Signo de las mismas características técnicas, pero con un rectángulo central, cruzado por dos líneas paralelas, de arriba abajo; en las partes superior e inferior, dos signos arboriformes con cuatro trazos paralelos cada uno. Mide 0,56 m.

Hernández Benítez (fig. 3) dice que tienen la «forma y proporciones del "neabe" fenicio o lira de dos cuerdas».

4. Figura humana muy poco visible, con cuerpo ancho, cabeza redonda, cuello muy largo, el brazo derecho levantado y doblado por el codo y el izquierdo colgando hacia abajo con un ensanchamiento en la mano, que no parece un escudo, sino un objeto. Las piernas son largas y el falo enorme y mostrando el glande. Una de las piernas muestra diferenciado el muslo y la otra es desmañada y recta. La parte del hombro derecho es muy poco visible. Mide 0,31 m. de altura máxima. Como las figuras anteriores, es de picado fino y con los puntos muy contiguos, que forman una superficie lisa.

5. A la derecha del 4, ángulo que podría ser el resto de una esquematización humana, de la que se conservarían el cuerpo y su brazo izquierdo.

6. Debajo de los signos en forma de abeto. Figura humana de cuerpo rectangular, de 0,23 m., cabeza redonda, cuello, brazos toscos arqueados y terminados en ensanchamientos circulares; piernas que arrancan de las líneas laterales del cuerpo, rectas y, en medio, largo falo.

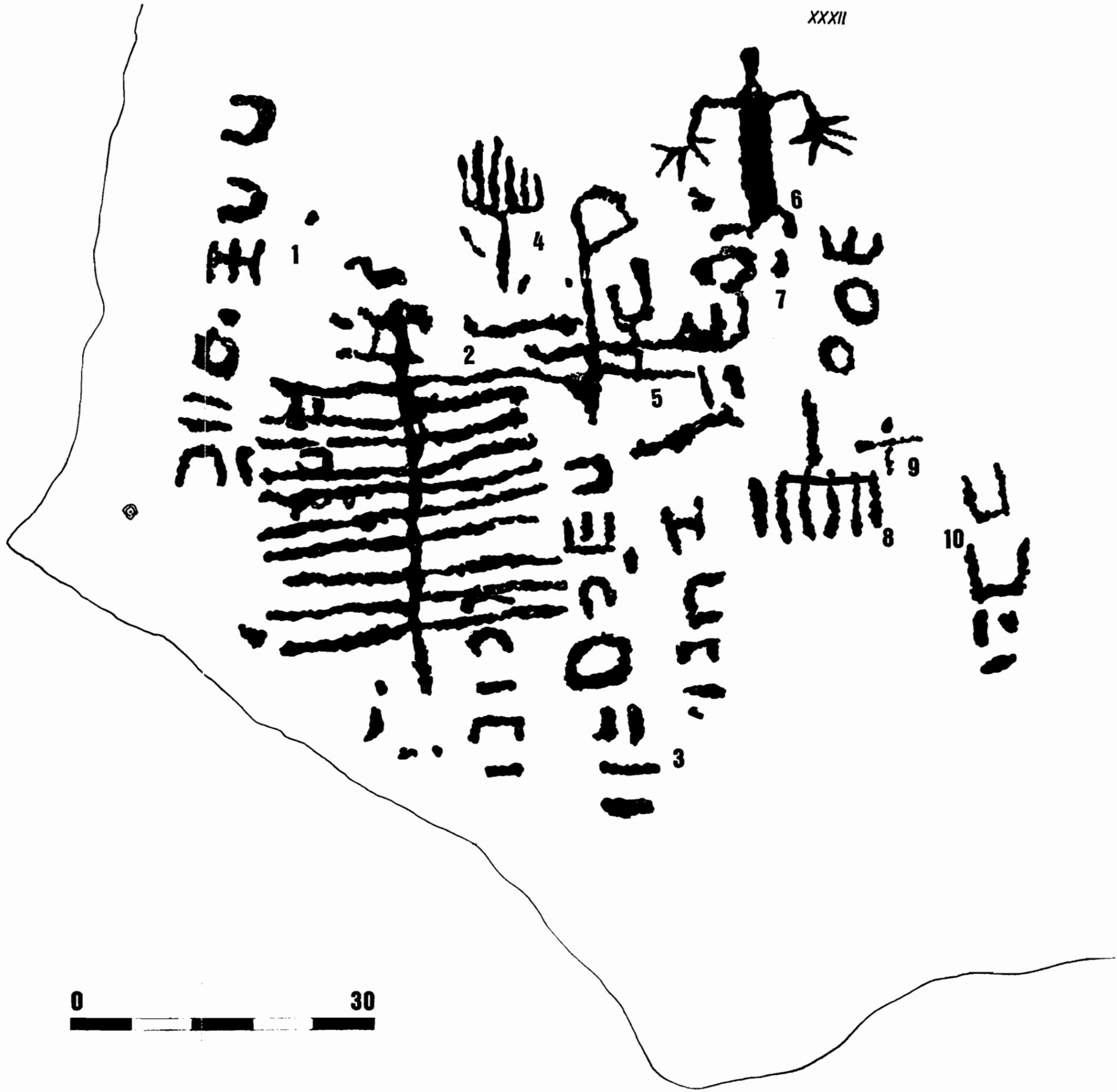


Figura 56. — Panel XXXII.

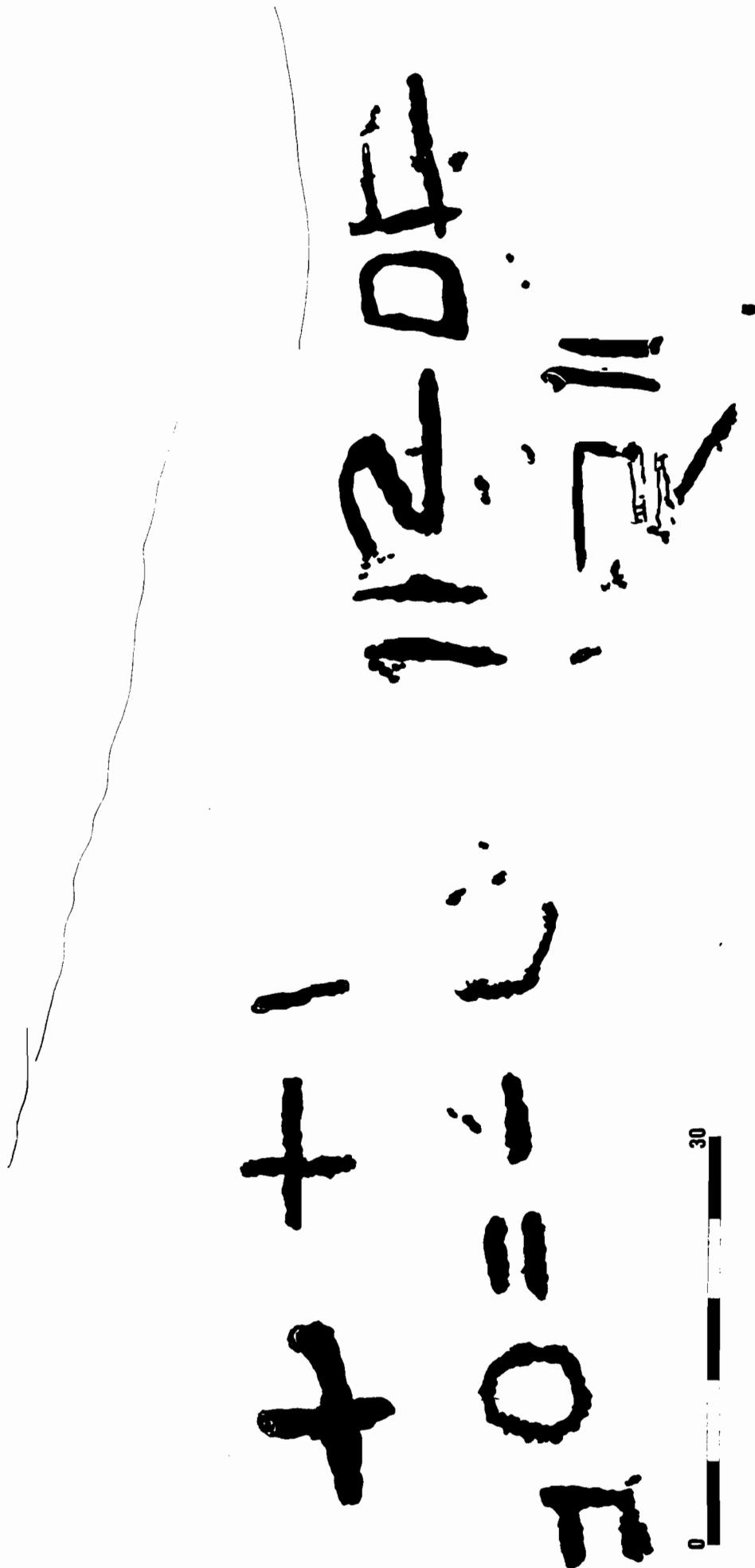


Figura 57. — Panel XXXIII.

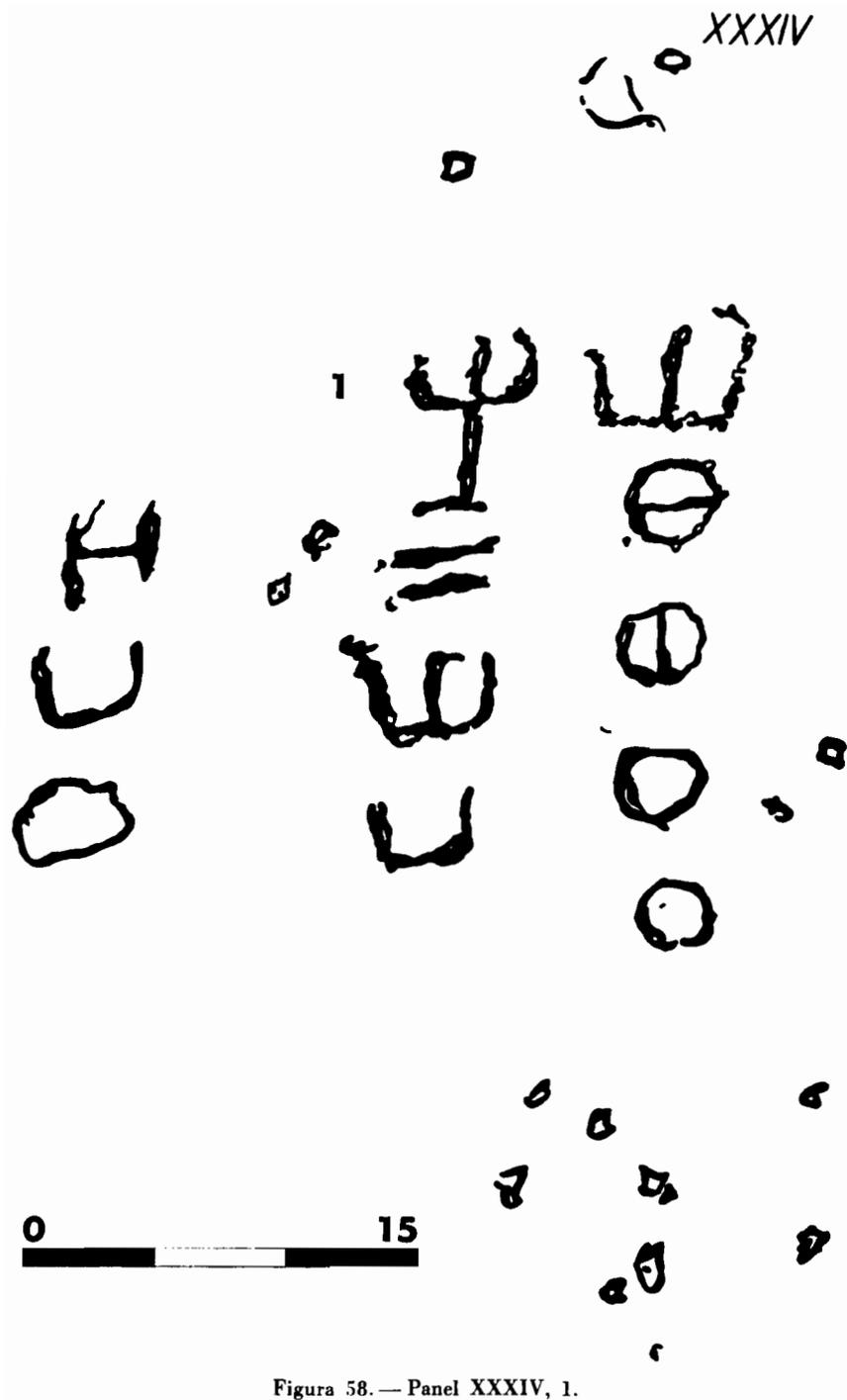


Figura 58. — Panel XXXIV, 1.

XXXIV-2

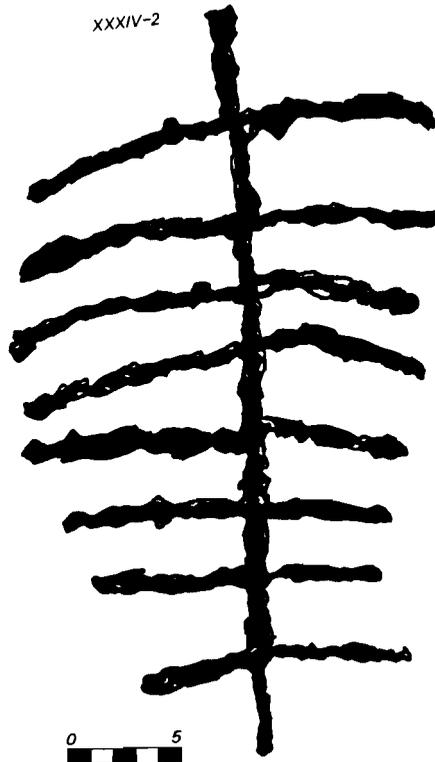


Figura 59. — Panel XXXIV, 2.

XXXIV



Figura 60. — Panel XXXIV, 3.



Figura 61. — Panel XXXIV, 4 y 5.



Figura 62.— Panel XXXIV, 6 y 7.

7. Inmediatamente a su derecha, signo cruciforme de 0,05 m. en el travesaño vertical.

XXXV. — En la parte extrema de esta zona y a algo más de 4 m. de altura se hallan juntas dos estilizaciones humanas picadas en la superficie rojiza del basalto, quedando el fondo del grabado de color gris claro.

1. El picado es más minucioso en esta figura que en la otra, dando una superficie continua. Mide 0,20 m. de altura. Tiene los brazos en cruz, las piernas ligeramente separadas (0,04 m. entre la parte interior de sus extremos), el cuerpo ligeramente abombado en el centro y estrechado en las caderas, es decir, con un esquematismo no demasiado exagerado; la mano izquierda no se marca, pero sí la derecha, muy gruesa y de la que salen cinco breves puntas que pueden representar los dedos, aunque no está excluido que represente un objeto; seguramente no se trata de un escudo, pues en tal caso llevaría también un arma ofensiva.

2. Debajo de la 1 y tocando con ella hay una excepcional figura de hombre de 0,30 m. de altura, con el picado de puntos más gruesos y separados, aunque con el mismo color de fondo del 1. El aspecto estilístico es radicalmente distinto; la cabeza muy larga, con dos salientes laterales que nos inclinamos más a identificar con el pelo que con las orejas; el cuerpo muy corto, sobre todo si tenemos en cuenta la longitud desmesurada de los brazos, de los que el izquierdo tiene muy diferenciado el antebrazo y el derecho doblada solamente la mano; las manos son descomunales y se marcan en ellas, toscamente, los dedos; otro tanto sucede con los pies, en los que figuran cinco largos dedos que no guardan proporción con las piernas, normales de tamaño en relación con el cuerpo. El falo es corto. Esta figura resulta muy diferente de los tipos normales de Balos.

XXXVI. — Después de un corte profundo en el macizo basáltico, en cuya parte superior hay una casa y algunos cultivos agrícolas, continúa el acantilado formando una amplia curva de mucho radio. Más adelante, a unos 150 m., L. Diego Cuscoy halló una figura humana. Picado muy superficial.

Figurilla apenas visible, de la que en determinadas horas del día no se ve nada. Está aislada, a 1,50 m. del suelo, cerca de la figura arrancada por Crawford. Estilización humana muy desmañada, con cuerpo grueso ovoidal, cabeza pequeña, brazos cortos y rígidos, ligeramente dirigidos hacia arriba, piernas gruesas y cortas, sin pies ni manos. Mide 0,16 m. No pudimos obtener fotografía útil.



Figura 63. — Panel XXXV.



Figura 64.— Grabado XXXVI.

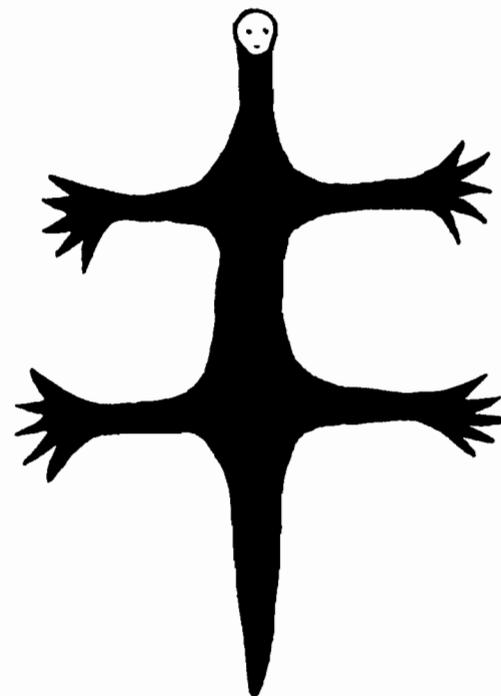


Figura 65.— Grabado XXXVII (según Jiménez Sánchez).

XXXVII. — Figura desaparecida en 1957. Las noticias que tenemos las debemos a Sebastián Jiménez Sánchez. Estaba situada entre sus zonas E y F, es decir, muy cerca de nuestro XXXVI. Fue hallada en 1941 por Jiménez y Hernández Benítez, quienes la midieron, dando unos 0,40 m. de largo y su técnica era la del picado. Supusieron que se trataba de un largarto, pero podría muy bien ser una esquematización humana, con el añadido de los dedos a los pies y manos, cosa que no es imposible y de lo que tenemos ejemplos en Balos. Según las noticias de Jiménez, la figura fue arrancada en 1957 por O. G. S. Crawford, fallecido en 1958, según testimonio de don José Quintín Suárez, encargado del vecino pozo de los hijos de Diego Betancor.

XXXVIII. — Figura escasamente marcada, totalmente invisible a determinadas horas. Descubierta por L. Diego Cuscoy.

Es un esquema humano de 0,24 m. de altura, de muy extraña forma, con cabeza alargada que inicia el cuerpo, brazo derecho arqueado hacia abajo y el izquierdo convertido en una mancha, como si llevase algo en él. Piernas muy cortas, abiertas en ángulo. Si la línea saliente que hay a derecha es el sexo, sería completamente excepcional en las representaciones de este barranco, juntamente con la núm. XVII, 1.

XXXIX. — Estilización humana, aislada, situada a 1,40 m. del suelo, en la zona media entre el corte del macizo y la extremidad Norte de éste. Es de picado muy superficial, con el cuerpo rectangular incompleto, de cuya parte superior sale un pico hacia la derecha, que muy dudosamente podríamos atribuir a un seno femenino. Está sobre una pared negra, con picado muy claro.

XL. — Casi al final del arco del promontorio, a unos 600 m. del corte, en una pared que mira al Sur hay un grupo de tres figuras a unos 1,25 metros del suelo.

1. A la izquierda, esquematización cruciforme, con picado profundo, fondo del trazo blanco, de 0,10 m. de alto.

2. Curiosa figura humana de 0,15 m. de alto en el cuerpo, picada finamente y con los puntos muy próximos entre sí. Tiene el cuerpo formado por un solo trazo prolongado en una cabeza pequeña y más allá de las piernas en un falo puntiagudo. Los brazos y las piernas se cierran, en forma análoga sobre el cuerpo, sin llegar a tocarlo, en representación completamente excepcional.

3. Signo geométrico, formado por dos líneas verticales paralelas, de 0,28 m. de alto, unidas entre sí por líneas inclinadas que se cruzan.

Entre el 2 y el 3, grabado moderno.

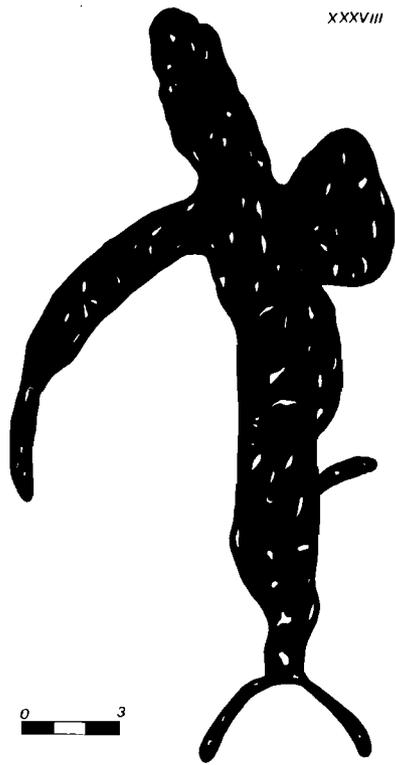


Figura 66. — Grabado XXXVIII.

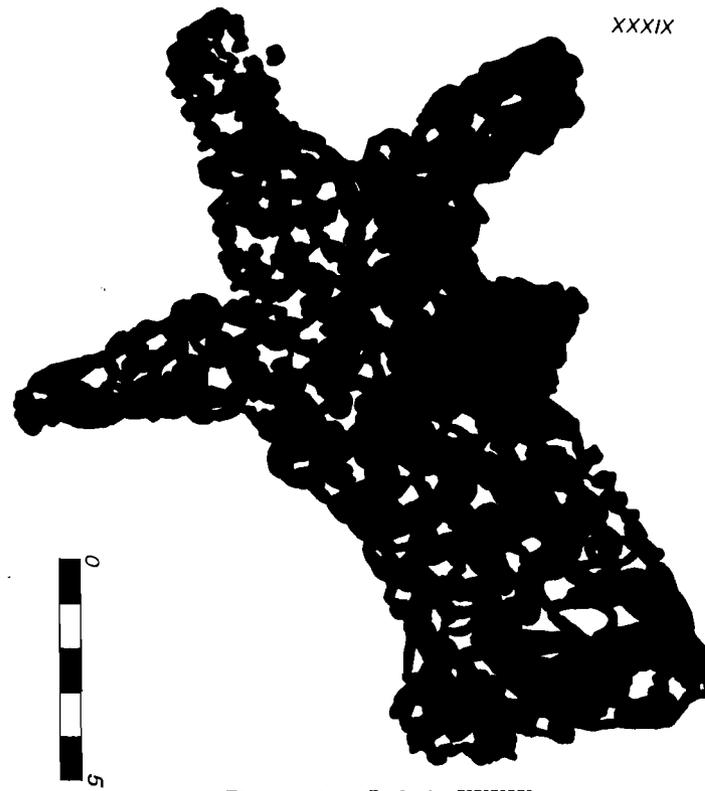


Figura 67. — Grabado XXXIX.

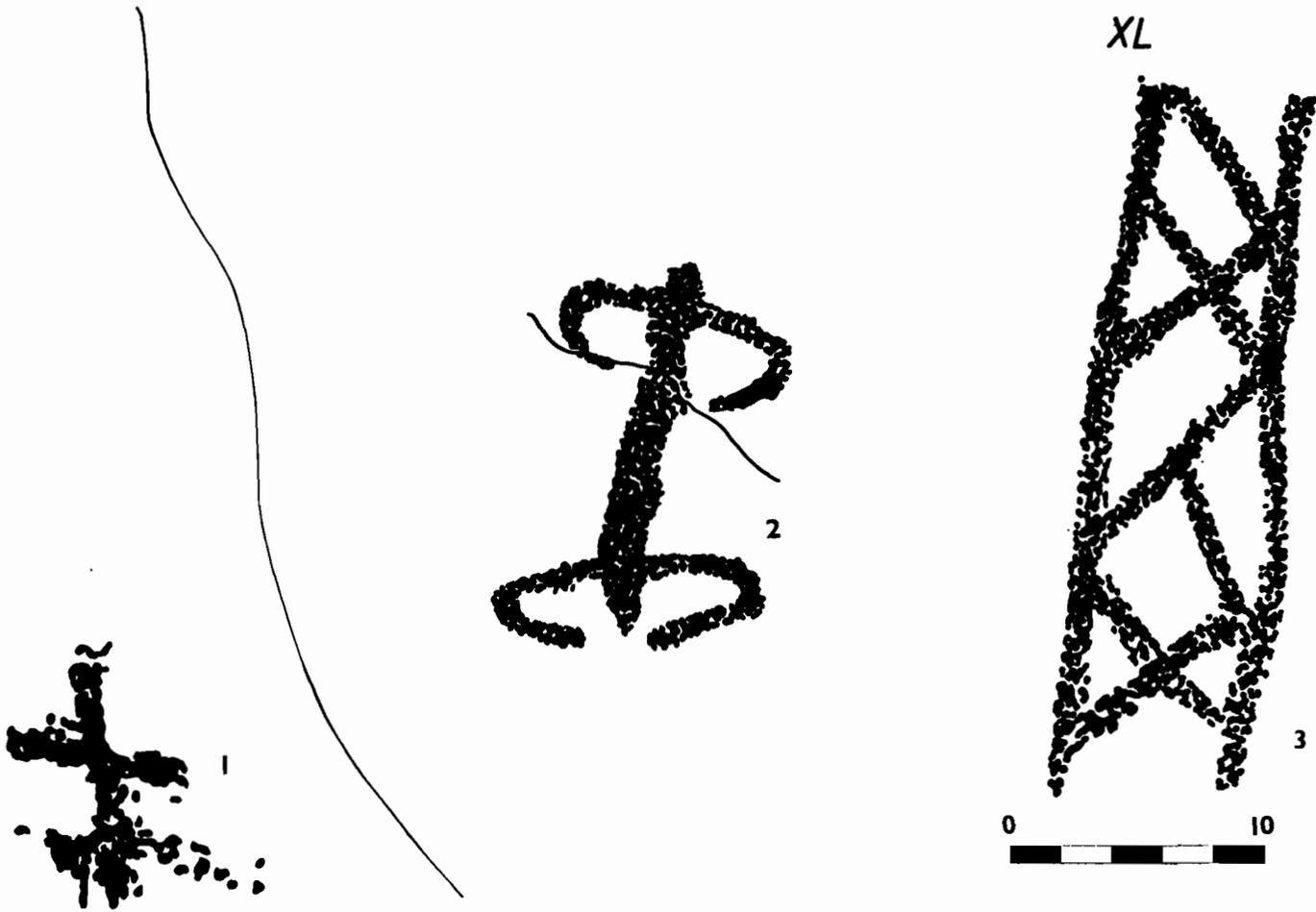


Figura 68. — Panel XL.

XLI. — Casi en el extremo septentrional del macizo, antes de que vuelva a hacer un nuevo profundo entrante, hay una losa basáltica horizontal de 1,27 por 0,90 m. de medidas aproximadas en sus ejes, colocada a unos 0,80 m. del suelo del barranco, muy lavada y erosionada, pero con los signos y grabados bastante visibles, picados de modo muy superficial y de color gris en los surcos. La totalidad de las figuras son esquemáticas, algunas alfabéticas y solamente unas pocas de aspecto antropomorfo, no seguro; no forman una composición ordenada, sino que llegan a estar yuxtapuestas y en desorden. No obstante, hay un punto de unión para todas y es que deben ser miradas desde el Este.

Hernández Benítez (pp. 3-4) dio una descripción de este grupo de grabados tan fantástica como la mayor parte de las que llevamos reseñadas: «en la superficie superior de un bloque plano horizontal del mismo basalto, de 1,20 por 1,00 m., situado en la parte más occidental del dique (fig. 1.^a)... a manera de una mesa ligeramente ondulada hacia el centro... con un poco de inclinación de Norte a Sur y se halla al Septentrión de dicho dique en su parte más occidental; contiene nueve figuras insculpidas, de tipo esquemático las más, si bien algunas son representaciones bastante naturalistas, cual de ellas más interesantes; es a saber: un hombre que salta de una nave y lleva pendiente de la mano algo semejante a un pato, grafía esta última que no puede ser interpretada rectamente por la borrosidad de la misma a causa del desgaste producido por la acción de distintos agentes; una nave o barquito de alto aplustro coronado por un pajarito de alas abiertas que hace como que quiere volar, timón en la popa y una gueldería o red en forma de cesto pendiente de un palo que arranca de la misma proa hacia adelante; una espiral de algo más de dos espiras; una serpiente de cuerpo ondulado, hinchada gorguera y fauces abiertas; un niño muy deforme con un pie contrahecho, un solo ojo, cabeza de luna en cuarto creciente, con un palito en la mano y cubierto con gracioso vestidito en forma algo acampanada; un caballo marino o hipocampo al parecer del que sólo se ve la cola y la cabeza, por haber saltado esquirlas de la piedra al desconcharse por la acción del tiempo y de los agentes atmosféricos; una figura que nos recuerda el arado romano de los tiempos del imperio; una cosa que parece una araña; y una jarra de larga y curvada asa que nos indica ser de metal. Además de dichas figuras se hallan insculpidos en dicho bloque no menos de treinta y seis caracteres alfabéticos y algunas otras extrañas grafías de formas indefinibles, dos de las cuales son osiformes». Termina diciendo que, después de copiarla, la piedra se ha resquebrajado, por las avenidas, dividiéndose en tres partes.

Nosotros lo que vemos es lo siguiente; de izquierda a derecha:

1. Dos filas de signos alfabéticos tiffinagh, la primera de cuatro letras y la segunda de cinco, con 0,20 y 0,35 m. de alto, respectivamente.
2. Líneas horizontales de distintos tamaños debajo de la columna derecha de la inscripción 1.
3. Signo circular con un apéndice recto hacia arriba, de 0,14 m. de longitud.
4. Posible estilización humana, sin cabeza, con la línea del tronco partiendo de uno de los brazos y piernas arqueadas; situada debajo del signo 3; 0,15 m. de alto.
5. Nueva inscripción o quizá grupo formado por dos líneas verticales de signos, paralelas, un cruciforme y otros dos tracios paralelos. A la derecha de 3-4.
6. Signo en forma de P de 0,09 m. de altura. Toca con el 7.
7. Estilización humana formada por una larga línea del tronco, sin diferenciar la cabeza, cuerpo estrecho y triangular, brazos doblados por el codo hacia abajo y piernas muy arqueadas, que casi se tocan con el extremo de los brazos; sin manos; entre las piernas, medio cuadrado que podría representar, tal vez un asiento (?); 0,25 m. de alto.
8. Signo que podría ser una estilización humana de cabeza alargada, cuerpo corto, brazos muy corto el derecho y cerrado el izquierdo, piernas confusas, tal vez con un triángulo formando la parte inferior del cuerpo y un trazo de prolongación; 0,14 m. de altura.
9. Signo oblongo, con un cuadrado en el centro, indescifrable.
10. Rectángulo irregular con dos trazos por arriba y otros tres por abajo. En su misma línea vertical, un circulito debajo y trazos arriba.
11. Signo indescifrable con un círculo en el centro, triángulo arriba, tres líneas hacia abajo y otros trazos.
12. Conjunto de trazos indescifrables.
13. Espiral de 0,18 m. de diámetro que configura dos círculos incompletos, escasamente visibles en la parte baja.
14. Posible estilización humana, con cabeza triangular y cuerpo escutiforme, incompleto; 0,23 m. de largo.
15. En el extremo derecho, cuatro signos alfabéticos, dispuestos verticalmente.
16. Posible parte inferior de una esquematización humana, sin brazo y sin cabeza.

XLI

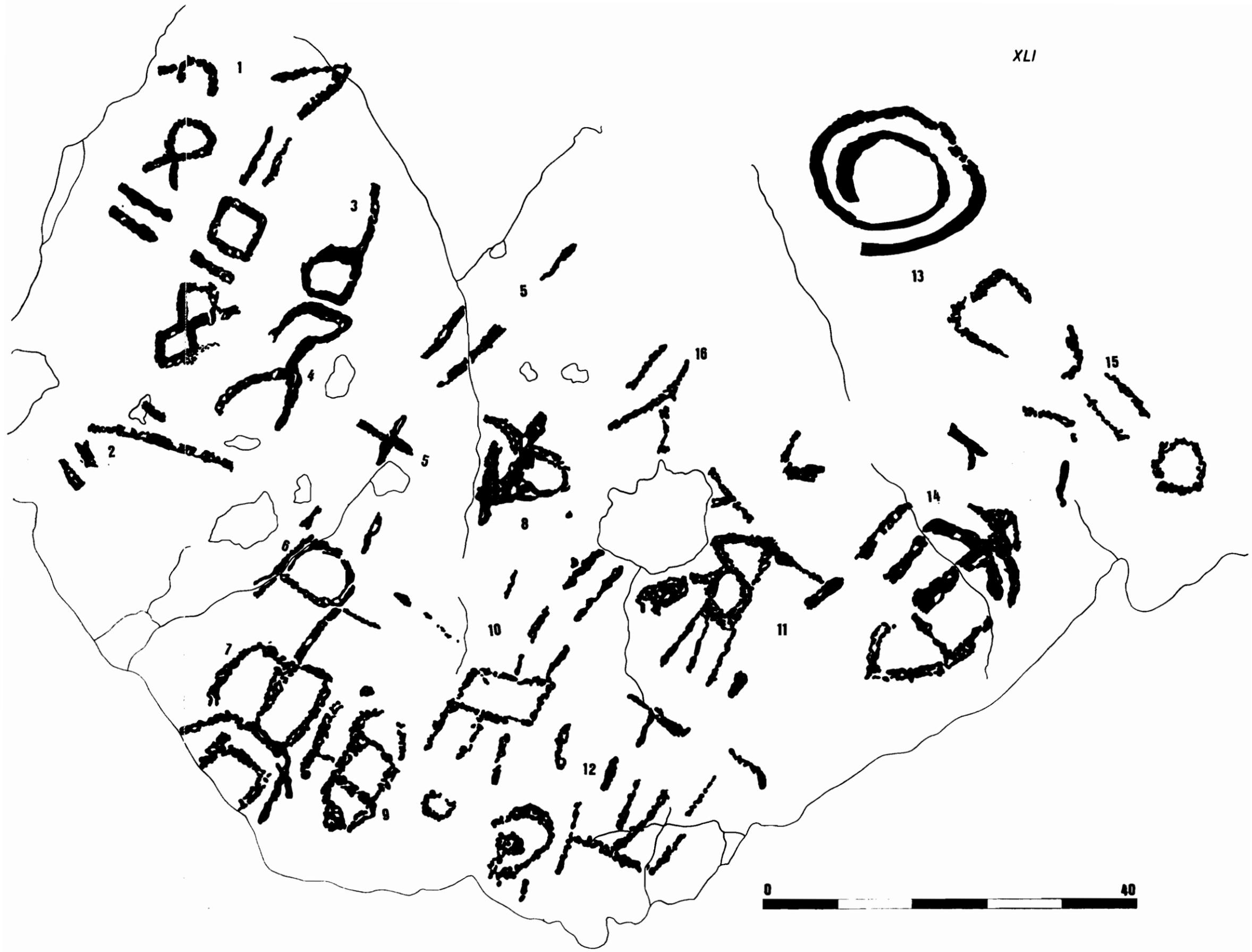


Figura 69. — Panel XLI.

La interpretación de estas piedras horizontales con tal profusión de trazos, signos y esquemas, es la más difícil, en cuanto a su significación; pero intentar explicarlo todo es mucho más arriesgado que limitarse a descubrir lo que verdaderamente se ve y tratar de buscar la significación de alguno de los grabados para los que tenemos paralelos admisibles.



Figura 70. — Panel XLI (según Hernández Benitez).

XLII. — Pasada la piedra XLI, a unos 15 m. de distancia, en una roca vertical montada sobre una cornisa horizontal, en un entrante, con su parte baja a 1,40 m. del suelo, hay un grupo de signos esquemáticos muy poco expresivos, picados y esencialmente cruciformes.

1. Esquema humano de cuerpo grueso, muy sencillo, con brazos en cruz y casi sin piernas, de 0,10 m. de alto.
2. Cruciforme muy tosco, casi sin sobresalir el trazo central por arriba.



Figura 71. — Panel XLII, 1 y 2.



Figura 72. — Panel XLII, 3.

XLII



4



5



Figura 73. — Panel XLII.

3. Trazo curvo, grueso, tal vez parte de una esquematización humana, pero indescifrable.

4. Cruciforme sencillo.

5. Signo humano con línea central del cuerpo cruzada por otra corta, perpendicular, como brazos y otra más larga como piernas; 0,12 m. de alto.

XLIII. — Verneau, en su famoso «Rapport», encontró y describió sumariamente los grupos XLIII a XLVII, de los que dijo, exclusivamente: «una especie de personaje informe montado sobre un animal groseramente figurado; un esquema del mismo animal; una cosa que se parece a un lagarto con las patas extendidas; y, por último, uno que parece un tronco con un cierto número de ramas». Ciertamente dejó de anotar muchos más, pero la noticia tiene interés porque estos grabados fueron olvidados después y ahora los hemos localizado de nuevo.

A unos 6 m. aguas arriba del XLII, en una pared vertical que descansa en una plataforma lisa, a 1,20 m. sobre ésta, hay una escena rectangular con tres figuras, dos de ellas jinetes y uno mostrando claramente las riendas del équido, en línea seguida grabada, con presencia de algunos picados. El picado superficial da unos trazos claros. Todas estas figuras tienen que ser, dada la presencia de caballos montados, posteriores a la llegada de los europeos.

1. A la izquierda, jinete esquemático con el lomo terminado por ensanchamientos que forman la cabeza y cola y un trazo hacia arriba para significar el caballero y dos hacia abajo para una pata de cada par del animal. Mide 0,20 m. en el cuerpo.

2. Animal análogo, con una pata por par; del jinete cuelgan las dos piernas y no se ven los brazos, pero sí la rienda de un tirante bifurcado en dos. La horizontal mide 0,36 m. de cabeza a cola. Situado a la derecha y un poco más arriba del 1.

3. Signo indescifrable; a la derecha del 2.

4. A 0,30 m. encima y a la derecha del 3, en una pared inclinada, con picado superficial de fondo amarillento, esquema humano tipo «salamandra» con cabeza alargada y redondeada, cuerpo prolongado en pico, entre el arco de las piernas, como falo, piernas y brazos en arco, antebrazos y pantorrillas dobladas, hacia abajo, en ángulo recto; el brazo izquierdo tiene una prolongación horizontal corregida luego hacia abajo. La línea central mide 0,155 m.

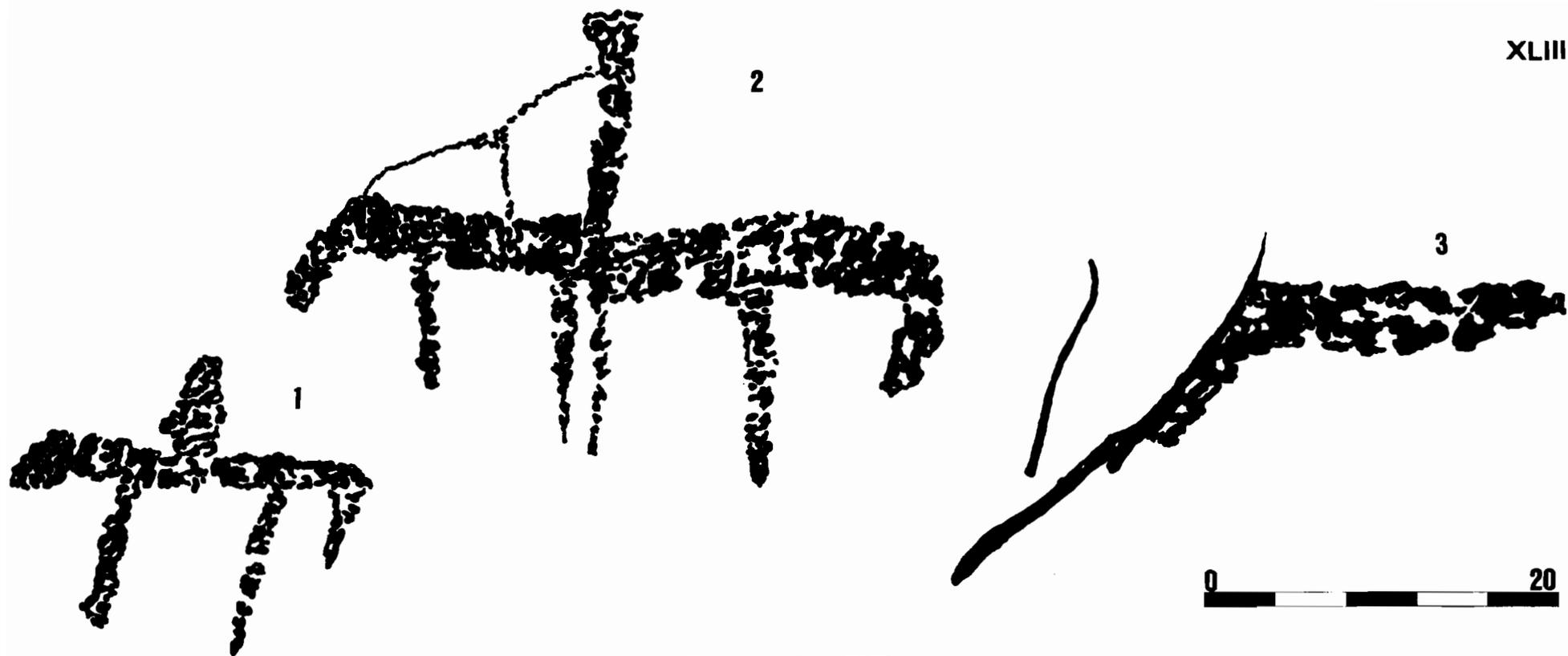


Figura 74. — Panel XLIII

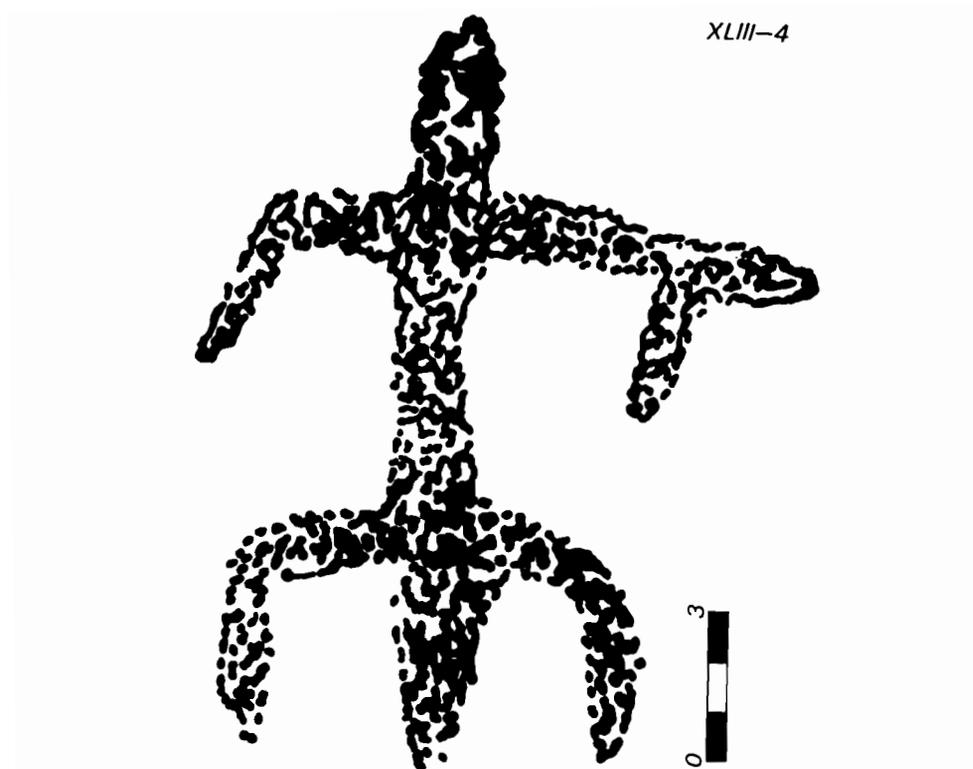


Figura 75. — Panel XLIII, 4.

XLIV. — En una laja vertical, apoyada sobre una losa horizontal, por la que se llega a las figuras XLIII, 1-3, hay un grupo de signos que parecen alfabéticos del tipo tiffinagh de 0,13 m. de altura, y otro, el número 2, a la derecha y algo más abajo y a 0,30 m. de él, que es un trazo vertical, ligeramente curvado y con un pequeño saliente hacia la izquierda en la parte alta.

XLV. — Interesante figura situada en una zona alta del promontorio, dentro de un estrechamiento entre dos paredes verticales de sólo 0,48 m. de anchura, a 1,40 m. de la plataforma rocosa, pero a más de 7 m. sobre el barranco. Dentro de esta especie de camarín, sin techo, hay esta sola figura, pero a la entrada y salida del lugar hay dos signos cruciformes, sencillos y arañados.



Figura 76. — Panel XLIV.

La figura está grabada con un rayado muy fino, configurando una «salamandra» muy semejante a la perdida XXXVII. El trazo principal mide 0,285 de alto, pero los trazos complementarios son incluso de 1 mm. de grosor; es decir, las líneas verticales son muy finas, la cabeza está perfilada y raspada, realizado con gran regularidad y bien terminado; las patas están hechas con dos surcos y con un relleno intermedio. Se trata de un trabajo muy distinto al de las figuras picadas del resto del barranco.

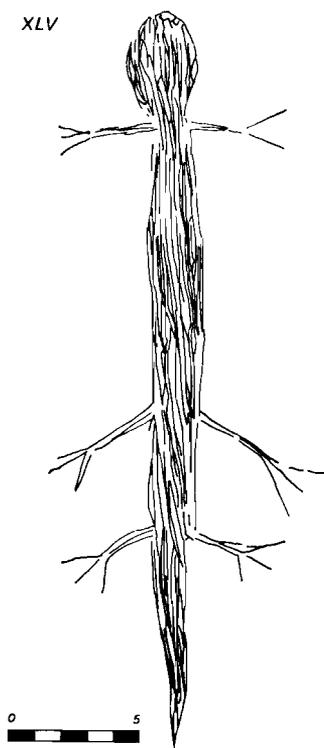


Figura 77. — Panel XLV.

En el acceso, en una pared vertical, ligeramente raspados, hay tres signos dispuestos verticalmente, con 0,13 m. de altura en conjunto, que podrían ser alfabéticos, colocados a la izquierda y en la parte opuesta y a la altura del signo inferior y a 0,30 m. de él un trazo vertical ligeramente arqueado en su extremo.

XLVI. — Importante figura de hombre, aislada, labrada con técnica de picado muy superficial con las señales muy contiguas. Está a unos 25 m. al Norte del XLV y en la parte más alta y menos accesible del acantilado.

Es un hombre de 0,21 m. de altura y la diagonal desde la antena de la derecha a la pierna de la izquierda mide 0,29 m. El cuerpo es recto y se extiende más allá de las piernas, ensanchándose considerablemente; los brazos rectos, pero inclinados; en su mano derecha lleva un instrumento o arma; en la cabeza, a modo de un triple adorno, penacho de plumas o algo semejante. La prolongación del cuerpo podría ser, mejor que el falo, una especie de faldellín. En todo caso se trata de una representación excepcional.

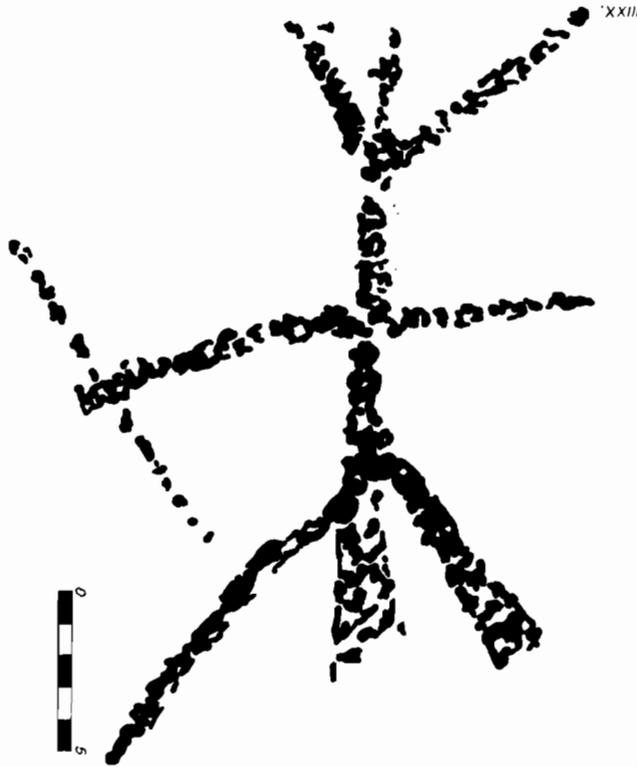


Figura 78. — Panel XLVI.

XLVII-1

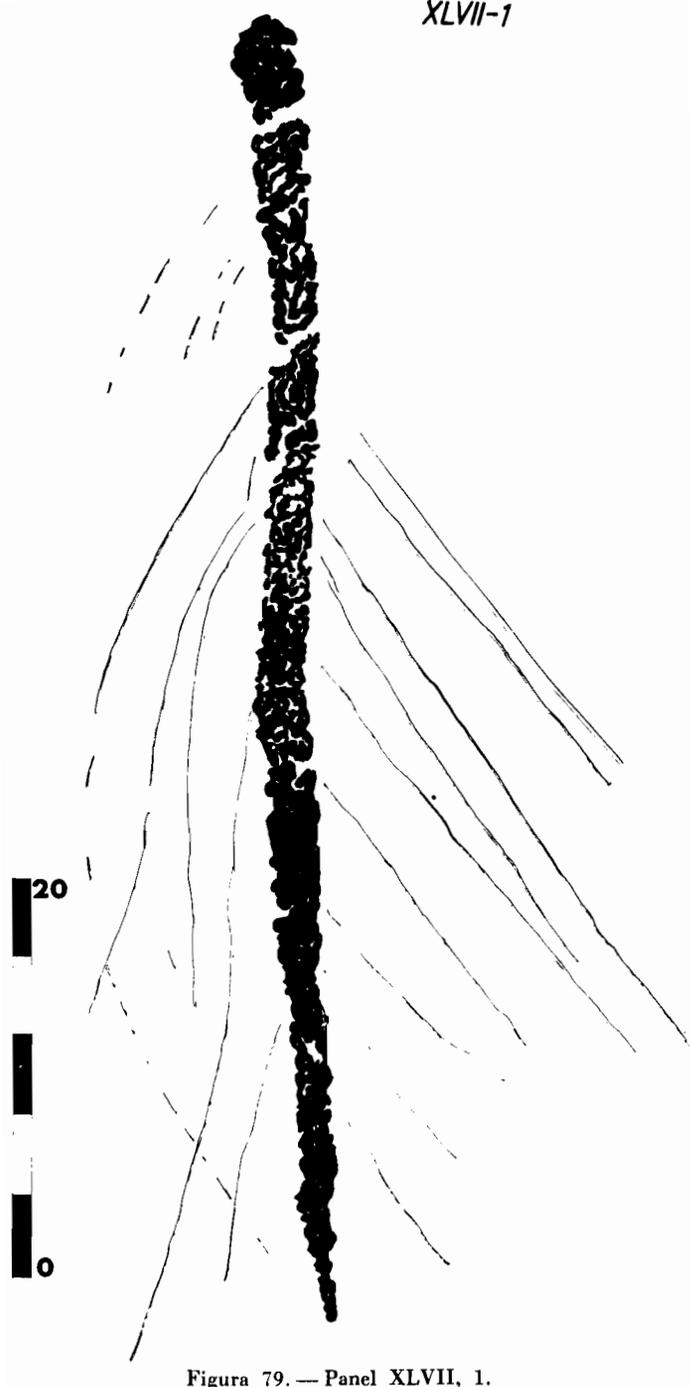


Figura 79. — Panel XLVII, 1.

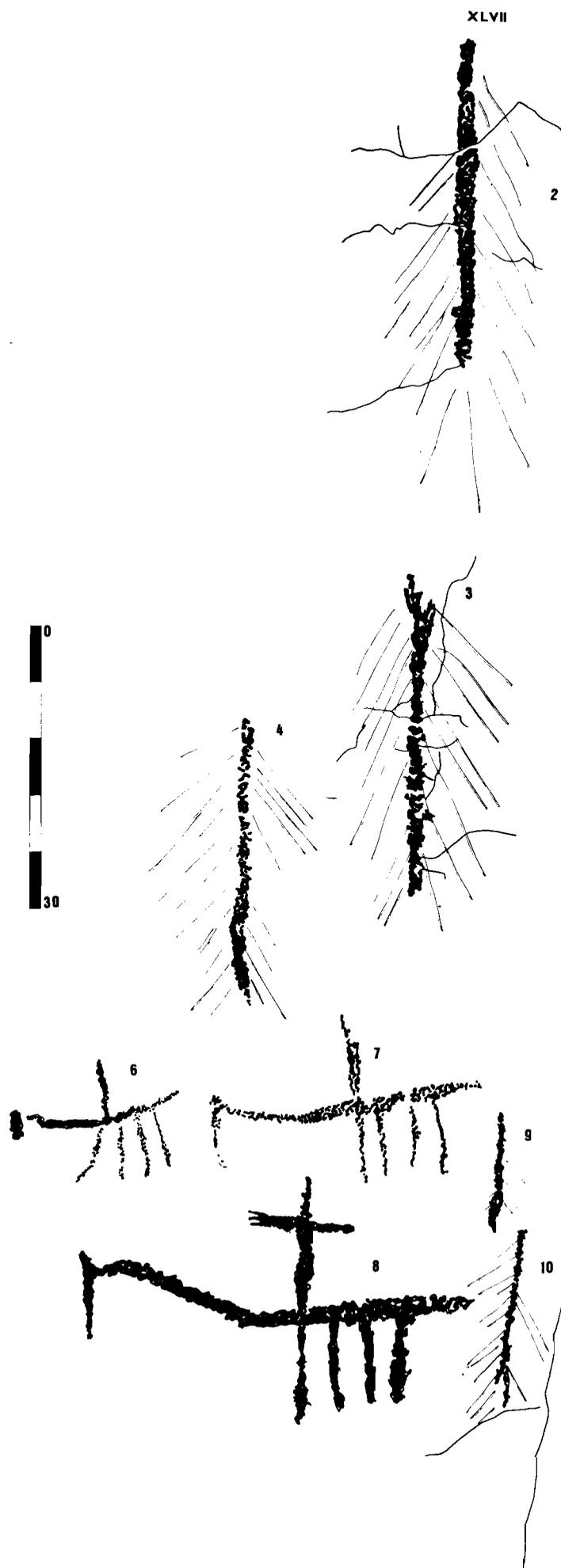


Figura 80.— Panel XLVII, 2 a 10.

XLVII-5

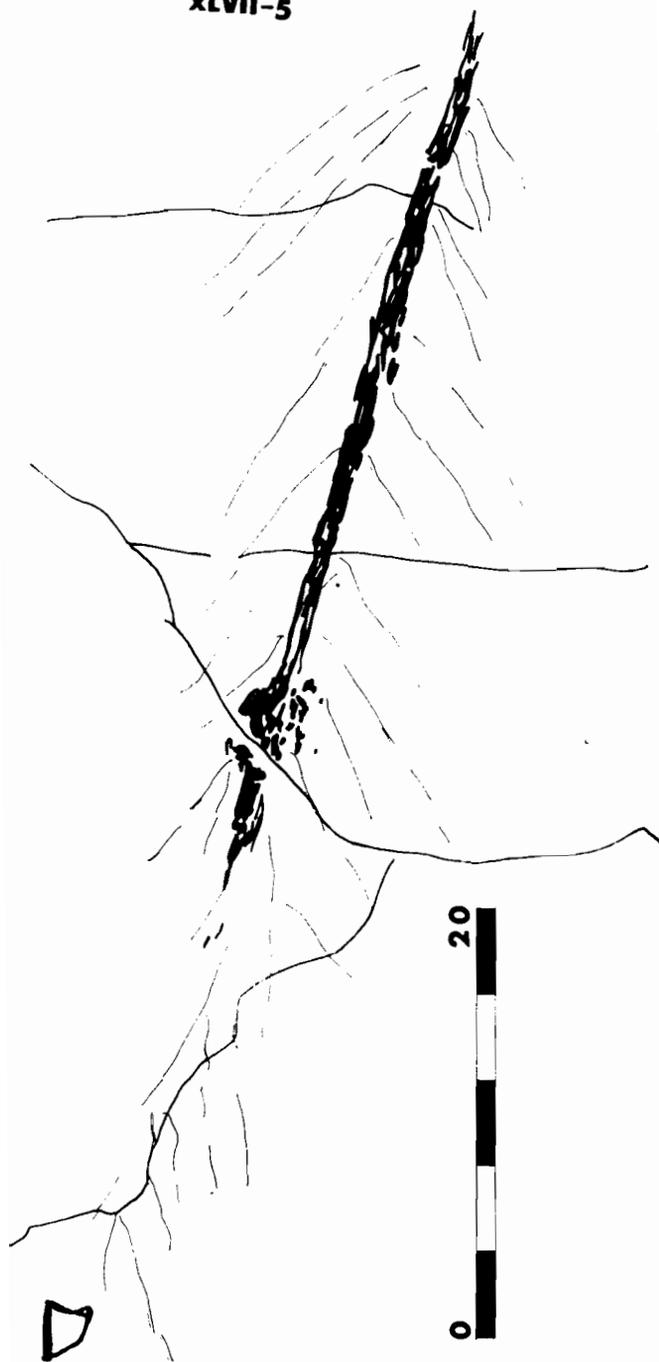


Figura 81. — Panel XLVII, 5.

XLVII. — También en la zona alta del acantilado, más arriba y al Norte que la XLVI, hay un grupo de grabados con jinetes o arados y trazos verticales en los que inciden otros inclinados, por ambos costados.

1. En la parte más septentrional y sola, figura de trazo grueso, con el cuerpo picado y a los lados, en vez de salir ramas, salen delgadas líneas rayadas, que pueden ser estilizaciones humanas en un grado extremo de esquematismo o, sencillamente, la representación de hombres-árboles. Mide 0,33 m. de alto por 0,02 m. de grueso.

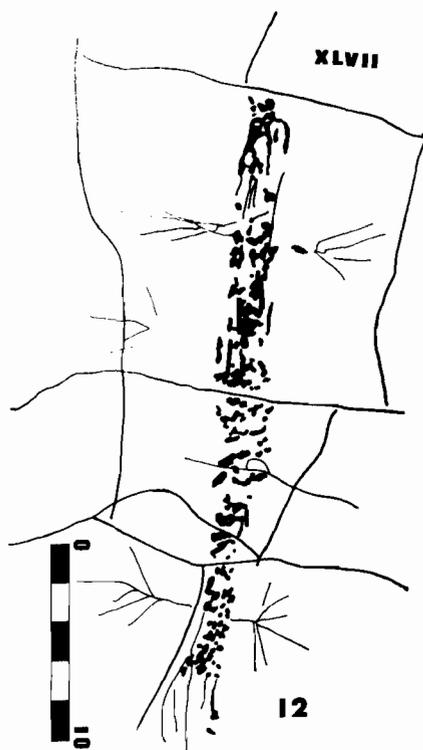


Figura 82. — Panel XLVII, 12.

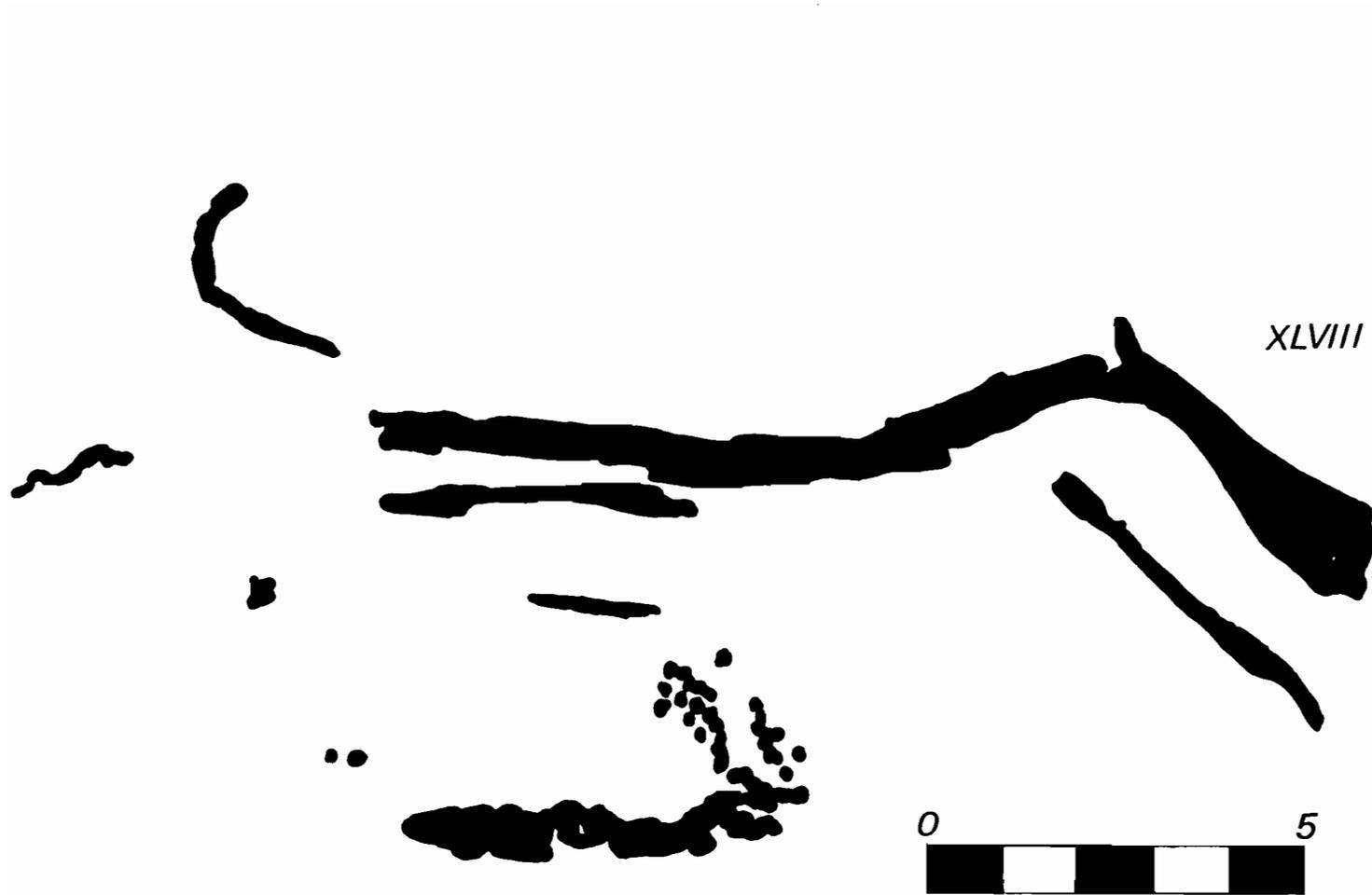


Figura 83. — Panel XLVIII.

2-3-4. Grupo de jinetes, viéndose la línea dorsal del animal, con larga prolongación de la cola, las cuatro patas y una figura cruciforme encima para figurar el caballero; a la izquierda podría haber el largo cuello, doblado hacia abajo para formar la cabeza. También podría ser la reja del arado y la esteva, aunque entonces la postura del gañán sería menos clara.

5-10. Otros signos arborescentes como el 1. El 10 está solo en la laja de la derecha y mide 0,75 m. de altura.

XLVIII. — Más al Norte y en la misma zona, signos ilegibles, picados profundamente, de 0,18 m. de largo.

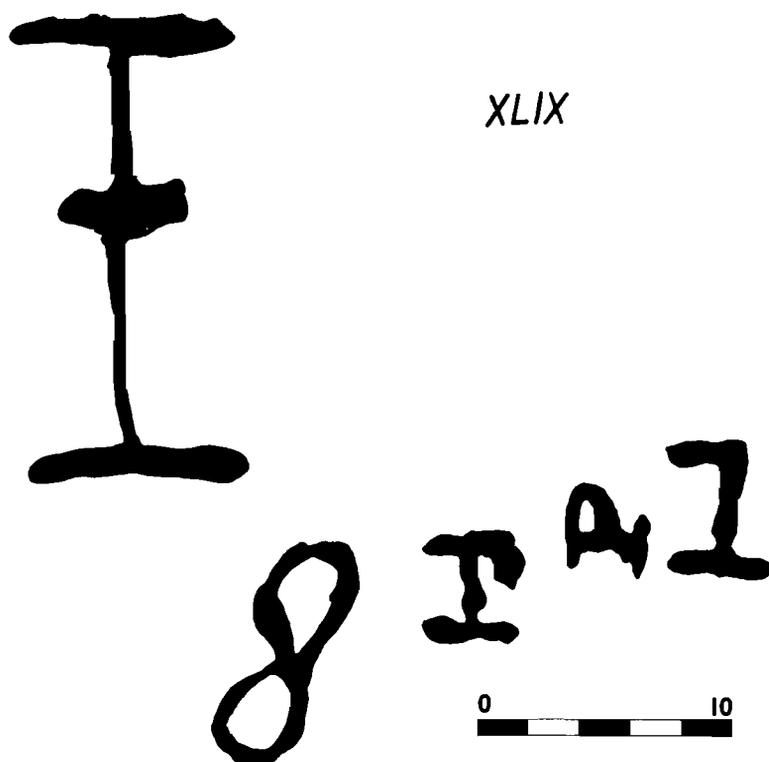


Figura 84. — Panel XLIX.

XLIX. — En la misma zona. Grabados muy profundos y de aspecto moderno. Uno en forma de I con raya cruzándolo, de 0,18 m. de altura; debajo otro signo en forma de 8 y a su derecha tres letroides, todo de aspecto muy dudoso. El picado es muy profundo, carece de pátina y el aspecto de modernidad parece indudable.

V. LAS REPRESENTACIONES HUMANAS

La casi totalidad de las figuras humanas son masculinas, sexuadas o no, siendo difícil establecer la presencia de alguna mujer por detalles discutibles que sólo permiten plantear hipótesis.

Respecto de los hombres, existen innúmeras variantes, ya que muy pocas figuras se repiten exactamente; aun así, es posible agruparlos con arreglo a sus líneas generales, aunque sea un tanto convencionalmente. Así, podrían resultar los siguientes grupos:

1. Tipo naturalista. Cuerpo grueso; piernas y brazos diferenciados, en alguna ocasión alguno de ellos con movimiento propio; falo marcado, de dimensiones normales. IV, 3; VII, C, 1; XXXIV, 5, con la cabeza más diferenciada en el cuello, largo y estrecho, y falo más grueso y largo; XIX.

2. Tipo naturalista. Cuerpo rectangular que se prolonga por dos líneas paralelas que forman las piernas; entre ellas, falo grueso y largo, a veces tanto como las extremidades inferiores; brazos rígidos y normalmente en cruz, completamente o con los extremos (¿antebrazos, manos?) vueltos hacia abajo. XXV, 11; XXV, 13, con los brazos doblados, como el XXXIV, 6; V, 5, con gran cabeza y el brazo izquierdo levantado. Normalmente la cabeza de este tipo es pequeña y pegada al cuerpo; III, 4; XXIII, 11; XXIX, 4, con cuerpo muy grueso, brazos divergentes, hacia abajo; XXVII, 18, muy distinto en brazos y en cabeza.

3. Tipo evolucionado, con cabeza redonda y pegada a los hombros, cuerpo rectangular, brazos cortos terminados en cinco dedos lineales, piernas delgadas con los pies doblados y marcados, falo larguísimo y delgado con el glande marcado como en muchas figuras populares modernas. XVIII, 1; XVIII, 3; XXX, 13, con todo, excepto la cabeza, de mayor grosor.

4. Tipo esquemático, cuerpo delgado, piernas bien diferenciadas, asexuado, brazos robustos. Muy abundante, con variedades múltiples. I, 7; XXXI, 1, con cuerpo muy robusto y piernas divergentes; XXIII, 7; XXII; XXVII, 21; XXV, 1, con ensanchamiento en el extremo de la mano derecha; XXVI, notable ensanchamiento en la parte inferior del tronco y en la pierna derecha; XV; XII; X, piernas y brazos muy divergentes y estilizados; III, 5, piernas muy divergentes, cabeza abajo; XXVIII, 3, cuerpo estrecho y largo, brazos y cabeza sin diferenciación entre sí; XXVII, 13, pequeño brazo izquierdo; VI, 5, falta de la cabeza, invertido, con piernas y brazos muy divergentes.

5. Tipo esquemático con ensanchamiento en las caderas o bien en la unión de ambas piernas; I, 1; XXII, 9; XXIII, 6; XXX, 9; XXII, 12; XXI, 1; XVII, 3; con características especiales el I, 2; con una auténtica pelvis bien diferenciada y muy esquemático en cuerpo, cabeza y brazos, XXI, 10; a este grupo puede pertenecer el XLI, 8.

6. Figuras humanas con salientes extraños, como el XXXIX, que podría tener un seno femenino visto de perfil (muy dudoso), o el XXXVIII, muy diferente a los demás, con pequeñas y delgadas piernas, gran brazo derecho y el izquierdo sustituido por un ancho picado y posible falo erecto y vuelto hacia la derecha, aunque el cuerpo parece presentarse de frente.

7. Tipo esquemático, acéfalo, con piernas y brazos arqueados y sexo muy marcado. XXX, 10; XXVI, 13; XXX, 4, con falta del brazo derecho, cuerpo corto y lineal grueso; III, 7, muy macizo.

8. Tipo esquemático con tendencia a la forma de «salamandra». Piernas curvas.

a) Con el falo grande y en algún caso angular, como la prolongación del cuerpo. XLIII, 4; XXV, 4; XXII, 13; III, 8; III, 3; XXVII, 3.

b) Representación incompleta en la extremidad inferior. XIII; XXVI, 3; XVII; VI, 4 y XXX, 2, con representación de la pierna derecha.

c) Cuerpo estilizado cortado por dos trazos más o menos paralelos para brazos y piernas, sin marcar el sexo. XI; X; XXX, 12.

d) Estilización de sólo la cabeza y los brazos. XIV, 5; XXIV, 15; XXVI, 4; XXVI, 6.

e) Caso especial con los brazos y piernas casi cerrados en óvalo. XL, 2.

f) Estilización absoluta con un trazo para cabeza, cuerpo y falo, diferenciada aquélla, redondeándolo y éste terminándolo en punta; brazos y piernas formados por rectas paralelas. I, 3; I, 8; XXI, 2, muy grueso en los extremos mientras se estiliza la parte central del cuerpo; XXII, 6; XXIII, 8; XXIV, 16.

g) Estilización con el cuerpo terminado en la línea de las piernas y cabeza redondeada. XXVI, 11; XXX, 1; XIV, 5, con pequeño trazo aparentando el pie izquierdo doblado; III, 5; III, 9; XXIII, 9.

h) Esquematización especial con piernas paralelas a los brazos, pero más largas que éstos y cuerpo muy prolongado. II, 2.

i) Esquematación lineal, cuerpo vertical sin diferenciación de la cabeza ni modificación de su línea para formar el falo, brazos y piernas paralelos y rectos. XXIII, 3; XXIV, 9; XXVII, 9; XXVII, 14; XLIII, 5; XXVII, 11, falta del trazo de las piernas y con los brazos levantados. Con los trazos más gruesos y cortos: XXX, 6; XXX, 7; XL, 1, con la parte superior de mayor longitud; XXVII, 23; XXX, 3. En posición acostada: VI, 3.

9. Estilización cruciforme simple. Seguramente representación humana. I, 4; I, 5; I, 6; XXVII, 4; XXVII, 10; XXVI, 10; XXII, 8, muy grueso; XXV, 10; XXVI, 1; XLII, 1 y 2; XLIII, 4; XXXIV, 7; XXXII, 9; XXIII, 1, curvado hacia arriba el trazo transversal; XLI, 5.

10. Estilización especial con los brazos curvos, cuerpo corto y brazos en alto cerrados en círculo sobre la cabeza. XXVII, 20; XXVII, 8, con el cuerpo grueso y las piernas rectas.

11. Estilización análoga con tres líneas horizontales y paralelas cortando la vertical del cuerpo y un círculo cerrando la parte superior. XXVII, 12.

12. Estilización con línea vertical de cuerpo, ligeros ensanchamientos superiores, brazos formados por una línea y parte inferior rematada por un triángulo. XXIII, 5.

13. Tipo estilizado, de tendencia naturalista con representación exagerada de las manos, con cinco dedos largos, y de los pies, donde los dedos se figuran del mismo modo. XXVII, 17; XXXII, 6; XXXV, 2, con el falo diferenciado; XX, con los brazos y piernas rectas y el interior del cuerpo sin grabar.

14. Tipo de tendencia naturalista, pero fantástico en los brazos, de los que penden cinco líneas hacia abajo, tal vez queriendo representar los dedos, y piernas ramificadas en los cinco dedos de los pies. XXV, 1.

15. Estilización con el cuerpo lineal ensanchándose progresivamente hasta parecer un taparrabos o paño en su extremo, brazos rectos con venablos en la mano derecha, piernas divergentes y cabeza terminada en tres trazos que pueden ser plumas u otro adorno. XLVI.

16. Estilización en forma de lagartija. XLV.

17. Estilizaciones arborescentes:

a) Con las ramas inclinadas hacia afuera y abajo. XLVII, 1 a 5, 9, 10, 12.

b) Con las ramas horizontales. XXXIV, 2; XXXIV, 3; XXXII, 2 y 5; XXVII, 1; III, 11, muy diferente, pero de tipo arboriforme también.

c) Con las ramas muy cortas y algunas solamente por un lado de la vertical del cuerpo: XXVII, 1.

De la precedente síntesis tipológica se deduce una variabilidad excesiva del aspecto exterior de la figura humana que, además, no se nos presenta en actividades identificables, sino en forma estática y con una fuerte dosis de estilización o quizá de tosquedad en la representación. Son excepcionales los hombres que tienen grandes manos, con los cinco dedos también desproporcionados y muy ostensibles, así como los pies en algún caso; estas raras figuras llevan, además, gorros con orejas o bien cuernos y aparecen una sola por panel.

Un caso especial es el de la figura del panel III, que podría mirarse desde dos puntos de vista y hasta interpretarse como una representación simbólica de un apareamiento de hombre y mujer, cosa que no creemos, pues además de no encajar con la simplicidad general de las representaciones, puede describirse como un hombre con los brazos evidentes, dos líneas paralelas que pueden ser interpretadas como un par de piernas y otra fantástica, repitiendo éstas o aquéllos y la línea un tanto ovalada del cuerpo prolongada para formar un enorme falo con expresión de los testículos a uno y otro lado.

Entre las figuras humanas representadas con gran fantasía está la núm. XV, de cuyos brazos, horizontales, cuelgan líneas verticales, cinco en cada uno que podrían ser una curiosa implantación de los dedos que, en cambio, en el único pie visible arrancan de un solo punto.

El máximo simbolismo o misterio está en las esquematizaciones arboriformes a las que cuesta cierto trabajo relacionar con los «hombres abetos» conocidos en otros lugares. Ciertamente podrían ser identificadas con estilizaciones vegetales, ya que estamos en presencia de un arte de poblaciones agrícolas con cuyos ritos de fecundidad tendrían mucho que ver los falos de la mayor parte de las figuras e incluso la posible actitud de plegaria o intercesión de los hombres de grandes dedos o de los dos casos en que tienen el brazo doblado y la mano levantada en actitud de salud. Pero nos resulta difícil pensar en estos aislados intentos de representación del paisaje y gratuito suponer que se trata de árboles sagrados; por otra parte, cualquier propósito de identificación de la flora represen-

tada resultaría estéril¹⁵. Es curiosa la acumulación de signos arboriformes en el panel XLVII que sólo atendiendo a comparaciones con representaciones del arte esquemático europeo de la Edad del Bronce podemos aproximar a estilizaciones humanas.

VI. LAS ARMAS Y LOS OBJETOS

Los grabados de Balos sólo excepcionalmente ponen en manos de los hombres armas o utensilios y cuando lo hacen es muy difícil de determinar cuáles pueden ser. Resulta extraño que no aparezcan representados, cuando nos consta que los aborígenes canarios los tuvieron; así, de tratarse de grabados de pastores deberían aparecer animales, cosa que, salvo las excepciones que se verán, no ocurre, y menos la referencia a los propios del pastoreo.

Las fuentes, especialmente los antiguos cronistas, se refieren para Gran Canaria a lanzas y jabalinas, cuya existencia tiene muy escasa confirmación arqueológica, salvo en Tenerife¹⁶. Así, los capellanes de Juan de Béthencourt se referían a lanzas de madera sin refuerzo de hierro y ponen en mano del caudillo Artemís «unas varas tostadas como dardos»; Azurara, en 1448 a 1453, alude a garrotes robustos y muy cortos; Sedeño, soldado en la conquista de Gran Canaria, hacia 1484, detalla el nombre de «magido» o «magado» para una especie de espada larga y delgada manejada con una o las dos manos, se refiere también a un arma arrojada de tea endurecida al fuego, de cortas dimensiones, y a una tarja, broquel o escudo de madera blanda (seguramente de drago), decorada a veces con ajedrezados grabados o pintura blanca, roja y negra; Gómez Escudero, hacia 1494, nombra chuzos de punta aguda lanzados a

15. Aparte de las citas sobre las especies vegetales del barranco de los Balos, cfs. acerca de la flora canaria, entre otras, las siguientes publicaciones: J. PITARD y L. PROUST, *Les Illes Canaries. Flore de l'Archipel*, Paris, 1909; F. BORGESEN, *Contributions to the knowledge of the vegetation of the Canary Islands*, Copenhagen, 1924; O. BURCHARD, *Beiträge zur Ökologie und Biologie der Kanarenpflanzen*, Stuttgart, 1929; L. LINDINGER, *Beiträge zur Kenntnis von Vegetation und Flora der Kanarischen Inseln*, Hamburgo, 1926; L. CEBALLOS y F. ORTUÑO, *Vegetación y flora forestal de las islas Canarias occidentales*, Madrid, 1961; H.-H. SCHAEFFER, *Pflanzen der Kanarischen Inseln*, segunda edición, Ratzelbrüg-Las Palmas, 1967. Los «hombres-abeto» aparecen abundantemente en Monte Bego, con una evolución muy larga de formas, desde los simples ángulos yuxtapuestos a tipos muy semejantes a los de Balos, pero mucho más toscos: G. ISETTI, *Corpus delle incisioni lineari di Val Meraviglie*, «Rivista di Studi Liguri», XXXI, 1-2, 1965 (1970), figs. 13-31. Hay también varios ejemplos del tipo de trazo vertical y muchos, más cortos, perpendiculares, fig. 30; y al menos once con trazos verticales cayendo de los brazos, figs. 43 y 44. El intento de conseguir una cronología para estas figuras se limita a suponerlas de un arte rupestre esquemático de tipo ibérico y neolítico periférico o al menos empobrecido que podría llegar a la Edad del Bronce. Estas afirmaciones no tienen ningún apoyo firme.

16. Luis DIEGO CUSCOY, *Armas de los primitivos canarios*, Santa Cruz de Tenerife, 1968, y *Armas de madera y vestido del aborigen de las Islas Canarias*, «Actes du IVe. Congrès Panafricain de Préhistoire et de l'étude du Quaternaire», Tervuren 1962; cfs. aquí bibliografía.

mano y lanzas largas como el «magido», así como mazas gruesas de sabina, «palo de montaña» y tea. Las armas arrojadas podían atravesar fácilmente un escudo e incluso un hombre de parte a parte, como ocurrió a Juan Rejón, conquistador de la isla, que murió así.

Más adelante, en 1590, Leonardo Torriani enumera como armas las mazas, jabalinas muy aguzadas, endurecidas al fuego, con remate de puntas de cuerno y añadidura de varillas verdes que producían vibración y un silbido al correr el dardo; Abreu Galindo, de fines del siglo XVI, recopilando los datos de fuentes anteriores, habla de «magados», garrotes con lajas cortantes; «amodagas» con puntas endurecidas al fuego, hechas en tea, parecidas a una espada y utilizándose no por el filo, sino por la punta; y «añepas», que para él son armas, pero para Diego Cuscoy bastones de mando. El arcediano Viera y Clavijo hizo una recopilación de todo lo expuesto¹⁷.

En cuanto a posibles armas de piedra, en Gran Canaria existen sólo las «tabonas», lascas o piedras cortantes y algunos instrumentos de basalto, picos y toscas hachas, siendo las más finas allí encontradas, de importación¹⁸.

Solamente en un caso encontramos, claramente, un arma en manos de un hombre en todas las figuras del barranco de Balos; se trata del núm. XLVI, que se separa de las demás representaciones humanas aquí grabadas. Es un hombre con una fuerte esquematización que no impide distinguir un tocado con tres plumas o dos si se piensa que la prolongación del cuerpo para formar la cabeza llega a la parte más alta del grabado; en todo caso, este hombre, que lleva tal vez un faldellín cubriéndole el sexo, salvo que se trate de una fantástica interpretación del pene, tiene en su mano izquierda un arma o utensilio formado por una línea simple en la cual no puede distinguirse ningún detalle; podría tratarse de un venablo o dardo de madera, de los trabajados al fuego y aguzado en un extremo. El hombre lo tiene con una cierta energía, que trasciende a toda la figura a pesar del extremo grado de estilización.

Algunas otras figuras (I, 2 y XIX) tienen una mancha redondeada al extremo de su mano izquierda el primero y de la derecha el segundo; en ninguno de los dos casos hay la menor indicación de algo que pueda

17. P. BONTIER y J. LE VERRIER, *Le Canarien, livre de la Conquête des îles Canaries (1492-1499)*, Paris 1630, Rouen 1874. Gomes Eannes de AZURARA, *Cronica do descobrimento e conquista de Guiné...* (1448-1453), Paris 1841. Antonio SEDEÑO, *Historia de la conquista de la Gran Canaria*, Gáldar 1936. GÓMEZ ESCUDERO, con el mismo título y en la misma publicación que el anterior. Leonardo TORRIANI, *Descripción e historia del reino de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife 1959. Juan de ABREU GALINDO, *Historia de la conquista de las siete islas de Gran Canaria*, 1848 y Santa Cruz de Tenerife 1955. José de VIERA y CLAVIJO, *Historia general de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife 1950.

18. Luis DIEGO CUSCOY, *De arqueología canaria: Estudio acerca de las «tabonas» de los guanches*, «Cuadernos de Historia Primitiva», II, 2, Madrid 1947, p. 111.

ser un arma, por lo que la suposición de que se trate de un pequeño escudo redondo o broquel de madera, nos parece demasiado aventurada; claro que podría ser un instrumento u objeto de uso corriente, como una bolsa o cesto o algo semejante; pero la realidad es que con la tosquedad de los grabados y la falta de detalles resulta completamente gratuito cuanto se afirme. Las comparaciones con figuras análogas africanas resultan peligrosas ya que desconocemos su cronología y por otra parte éstas llevan un evidente escudo circular pequeño y un venablo o flecha y están rodeadas por animales, lo cual las separa algo de las del barranco de Balos.

El objeto XXIII, 5, que tiene claro aspecto de una flecha, o es muy moderno o no se trata de una flecha, que no conocieron los indígenas; en nuestra opinión se trata más bien de una estilización humana, cruciforme para el cuerpo con la cabeza y los brazos y triangular para la cintura y parte inferior del cuerpo y no sólo la pelvis; aludiremos a esta posibilidad en su lugar oportuno.

Quedan, en muchos paneles, arcos, alguno cerrado y la mayor parte abiertos que, cuando no están incluidos en los rótulos tiffinagh, carecen de explicación razonable; no creemos que sea lícito interpretarlos como «boomerangs», tal como Santa Olalla hizo con objetos encontrados en la isla de la Palma; aparte de que en Gran Canaria no se han hallado estos objetos, haría falta poseer más argumentos para establecer la identificación a que aludíamos¹⁹.

VII. LOS ANIMALES

Los únicos grabados seguros de animales son los de cuadrúpedos y estilizaciones de lagartos o reptiles semejantes. Son escasísimos los fósiles hallados en Gran Canaria y de tiempos relativamente recientes, reducidos a lagartos de diversos tipos hallados entre los lapilli de la Isleta y en otras erupciones. En la prehistoria canaria los aborígenes se sirvieron de cabras, cerdos, ovejas y perros; el resto de los animales domésticos y especialmente el caballo y el dromedario (llamado «camello» en la isla) fue introducido por los europeos y, por consiguiente, es posterior al siglo XIII. No obstante, su aparición en los grabados puede responder a los recuerdos y conocimientos de los grabadores si admitimos que pueden ser gentes llegadas de Africa o de Europa que, sin haber llevado consigo animales de silla, no obstante, los conocieron.

¹⁹ Julio MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Los boomerang más occidentales del viejo mundo*, «Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», Madrid 1949 (es una información de pocas líneas sobre el importante hallazgo).

Podemos desechar el supuesto bóvido VI, 2, como el équido XXVII, 16 y el cánido XXII, 11, pues son grabados que tienen sólo una remota apariencia con los dichos animales. En cambio, son evidentes las estilizaciones de équidos montados de XLIII, 1-2 y de XLVII, 6, 7, 8; los dos grupos son de estilo y convencionalismos radicalmente distintos: el primero tiene una sola pata por par en cada uno de los dos animales, uno está sujeto por una rienda muy curiosa, pues el jinete no parece tener brazos y de la línea del cuerpo sale un trazo arqueado que se bifurca en dos cuyos extremos van uno a la unión de la cabeza y cuello del animal y el otro al arranque del cuerpo (núm. 2); el segundo no lleva rienda; mientras las dos piernas del 2 son evidentes, no se ven las del 1. Los tipos de los caballos son idénticos, con cabeza a izquierda y grande, enorme cola doblada y cuerpo formado por un trazo ancho y horizontal. En cambio, el segundo grupo, XLVII, 6, 7, 8, nos muestra estilizaciones de caballos con las cuatro patas y sin que se vean los pies y piernas de los jinetes, dos de ellos formados por un simple trazo vertical (6 y 7) y el otro por un cruciforme sencillo; la forma mucho más esquemática del cuello y la cabeza, sobresaliendo la línea de ésta hacia arriba, podría interpretarse de modo distinto, como los arados que encontramos en yacimientos europeos de la Edad del Bronce; pero esto es imposible. Lo que ocurre es que estamos ante grabados de muy diferente estilo, grado de estilización y aspecto. Si estos grabados no son posteriores a la conquista española, deben referirse a dos momentos diferentes, realizados por inmigrantes distintos que plasmarían su recuerdo de la monta de caballos; en todo caso, la diferencia entre ambos postula el atribuirlos a dos autores distintos.

Buscando relaciones para el tipo de caballos montados de Balos encontramos asombrosas semejanzas en uno del desierto del Negev, no muy antiguo, con sólo una pata por par, cuerpo recto, sin marcar la cola y largo cuello terminado por cabeza también larga y doblada, mientras el jinete es un trazo vertical sin mostrar los pies; grabado mediante el picado con instrumento de punta gruesa²⁰. El otro ejemplo lo hallamos en Carschena, cantón de los Grisones (Suiza), teniendo el caballo cuatro patas, largos cuello y cabeza, salientes orejas y cola; el jinete rebasa muy poco la línea recta del cuerpo del animal y adelanta los brazos; se datan estos grabados en el Bronce avanzado²¹.

En cuanto a los lagartos, se localizan en Gran Canaria²² el «*Lacerta Stehlini*», parecido al de Salmor, Roque de la isla del Hierro y al del

20. E. ANATI, *Utensili litici per eseguire le incisioni rupestri e il loro metodo d'impiego*, «Sibirium», 8, Varese 1964-66, lám. 1 b.

21. Christian ZINDEL, *Felszeichnungen auf Carschenna, Gemeinde Sils im Domleschg, «Ur-Schweiz»*, XXXII, 1, 1968, lám. 5.

22. T. BRAVO, loc. cit., II, p. 237.

Roque de Anaga, en Tenerife, casi desaparecidos y que miden de 0,60 a 0,65 m.; los «lygosomas», de patas casi atrofiadas, de color verde azulado en su mitad posterior, y los «geccos» o salamanquesas, llamados vulgarmente «perenquenes» en la isla, variando su color del negro-ceniza al gris oscuro para los que viven bajo las piedras y de aspecto blanco los que aceptan vivir en las tapias de las viviendas. En Tenerife, La Palma y Gomera se han encontrado fósiles de hasta 1,30 m. de longitud.

Hay dos casos de grabados que, aunque algo estilizados, han de ser lagartos; uno es el XXXVII, arrancado por Crawford y del que conservamos un dibujo, no sabemos si de absoluta fidelidad; es, en todo caso, una representación bastante realista. Más fantástica es la núm. XLV, que tiene tres pares de patas, a pesar de lo cual nos inclinamos por suponerlo un lagarto mejor que una estilización humana.

Es curioso que no existan más representaciones de animales, ni siquiera en las escenas complejas y de muchas figuras. Naturalmente, no hacemos mención de los citados por Hernández Benítez y otros autores, por tratarse de fantasías o invenciones. La extrañeza aumenta ante la falta de aves, que son y han debido ser siempre bastante abundantes en la isla de Gran Canaria, residentes, visitantes o de paso; pero la realidad es que no vemos ningún caso que podamos afirmar con seguridad; es posible que la gran esquematización y la tosquedad normales en los grabados de Balos haga imposible reconocer alguna esquematización de pájaros que podrían quedar reducidos a ángulos, a trazos en forma de S o formas análogas; pero preferimos dejar muchos de esos signos sin interpretar a otorgarles una explicación subjetiva y sin pruebas.

VIII. LOS SIGNOS

Las representaciones abstractas son numerosas y se repiten los motivos con cierta insistencia. En la mayor parte de ellos es imposible determinar su significación, que, no obstante, intentaremos en el capítulo correspondiente.

1. Círculos cruzados por dos líneas perpendiculares. XXII, 1; XIV, 6; XXII, 3 y XXIV, 6.

2. Ovalos o cuadrados con las líneas cruzadas. VIII, 2; XXV, 6.

3. Rectángulo con una línea vertical en su centro. VIII, 1; IX, 2; XVI, 2.

4. Círculos o figuras ovoides. IX, 1; IX, 3; XVI, 1, 3, 4; XIV, 7; XXIV, 14, 11; XXVII, 5, 2; XXXII, XXXIV, XXIII, XXII.

5. Semicircunferencia. XXIV, 12; XXVI, 2 y XXVII, 16, hacia la derecha; XXIV, 13, hacia la izquierda.

6. Semicircunferencias concéntricas o espirales completas. XIV, 1, XLI, 13.

7. Serpentiniformes. XVIII, 2; XXII, 11; XXIV, 8; XXV, 3; XXVII, 22; XXIX, 3; XXX, 9.

8. Signos cuadrangulares con una o varias prolongaciones laterales. VIII, 3, por la derecha y hacia arriba; XVI, 5, poco pronunciado; XXVI, 7, con prolongación corta hacia la derecha; XLI, 10, con prolongaciones hacia arriba y hacia abajo; XLI, 11, con dos pentágonos yuxtapuestos y ramificaciones hacia la derecha, hacia la izquierda y hacia abajo; XLI, 3 y 6.

9. Signos angulares. V, 6; V, 11; VI, 2; XIV, 3, muy obtuso; XXV, 7, muy agudo y de distinta longitud de lados, como el XXV, 8; VI, 2; XXXIV, 4. Con un saliente hacia la derecha: II, 1 y XXVII.

10. Estilización de triángulo y otros trazos. XIV, 1; XXXI.

11. Estilizaciones en forma de tridentes o signos con líneas verticales saliendo de una horizontal. XXXII, 4, 8; XXIX, 2; XXV, 2; XXV, 14; XXII, 7; III, 2; V, 4.

12. Signo peculiar y complicado, con remota semejanza con un escaleriforme, formado por dos líneas paralelas y otras cortándose en ángulo en su interior (núm. XL). Un escaleriforme semejante publicó Isetti (loc. cit., fig. 54) de Monte Bego, aunque más complicado por las líneas inclinadas cortándose y formando rombos, sobre las horizontales.

No existen laberintos ni espirales propiamente dichas. Los signos están asociados, algunas veces, a figuras humanas, pero existen también paneles en donde todas o casi todas las figuras son ideomorfos, que se relacionan con los de la isla del Hierro y con los hasta ahora inéditos, próximos a Zonzamas, en Lanzarote, que conocemos por gentileza de don Luis Hernández Crespo, de Las Palmas.

Consideración especial merecen las líneas cruzadas, incisas, del panel VII que no podemos interpretar como símbolos solares, aunque parece que hay alguna tendencia a converger sobre un punto en varias de ellas.

Los semicírculos concéntricos del panel XIV se relacionan con los supuestos signos vulvares que se localizan en el Atlas. Todas las comparaciones con los óvalos partidos e incluso con los triángulos con una línea cortándole, del arte paleolítico, son gratuitas y no basta el puro criterio formal para extraer consecuencias.

No obstante la insistencia en repetir los grabados, más o menos circulares, ovalados o rectangulares, partidos por una línea vertical o dos diámetros que se cruzan, debe responder a una intención concreta que no somos capaces de desentrañar, pero que conocemos en los pueblos pastores actuales del desierto de Negev. Tampoco la situación topográfica de estos signos aclara nada, pues se hallan en piedras horizontales o verticales, solos o asociados con otras estilizaciones humanas y en cualquier punto del macizo basáltico. La interpretación como posibles letras es imposible, pero la reiteración de las formas debe referirse a indicaciones concretas. La gran piedra XLI es, quizá, la más complicada de todo el barranco en cuanto a signos.

Respecto de los signos cruciformes no está excluido que sean, simplemente, muestras de cristianización; cuando nos ocupemos de la cronología veremos que bastantes de los grabados de Balos han de ser posteriores a la llegada de los europeos. Telde, no lejos del barranco, fue un muy temprano foco de cristianización, en el siglo XIV; si esta costumbre de grabar cruces en lugares de culto pagano, que conocemos respecto de los petroglifos gallegos, pudiera probarse, al tiempo que fecharía las cruces en el siglo XIV o poco después, garantizaría una data anterior para muchos otros grabados. De todas suertes no es posible establecer conclusiones firmes en este punto.

IX. LAS INSCRIPCIONES ALFABETIFORMES

En las noticias antiguas, desde el siglo XVIII, se mezclaron siempre los grabados abstractos o figurados con los signos alfabéticos, otorgando a unos y otros un valor ambiguo; Antonio Sedeño escribía de los antiguos canarios que «no conocían letras ni caracteres, aunque se valían de pinturas toscas» y en ello coincidieron todos los cronistas.

Después del descubrimiento de la «Cueva de los Letreros», en el Júlán (isla de Hierro), por Aquilino Padrón, en 1870, y de su divulgación, junto con la cerámica y los túmulos de los concheros, por Sabin Berthelot, en

1875²³, se perfiló la idea de que muchos de tales signos eran alfabéticos; así, Gumersindo Padrón, hermano del ya citado, halló en 1875 una nueva localidad con inscripciones en el barranco de La Candia, cerca de Valverde, en la misma isla, y Verneau expuso que se trataba de signos alfabéticos que Faiderbe reputó como indiscutiblemente líbicos. Poco después, el capitán Domínguez comunicó a Verneau y describió él mismo las inscripciones del barranco de Tejeleita, situadas a la entrada de cuevas y supuestas marcas de propiedad por Díaz Espinosa²⁴. Por los mismos años se añadían las inscripciones de Fuerteventura halladas, una por el marqués de la Florida y la de Ramón Castañeyra, en el barranco de la Torre, a 80 m. de un «tagoror», que pasó al Museo de Tenerife. Dejando aparte el dudoso escrito de Anaga, en la costa Norte de esta isla, los rótulos del puerto de La Caleta, en el Hierro, hallados en 1883 por A. Padrón y J. de Bethencourt, análogos a los del barranco de La Candia, se sumaron a los de Balos y motivaron una serie de opiniones muy diversas, que han venido repitiéndose en la bibliografía, sin demasiada crítica, hasta el momento presente. Faiderbe²⁵, como hemos dicho, suponía las del Hierro «indiscutiblemente líbicas» o «númidas» y Verneau²⁶ las hacía originarias de los alrededores de Cartago, llegando en barcos cartagineses hasta Canarias, haciendo mérito de las indudables navegaciones púnicas hasta las costas del Sahara y a sus pesquerías y de los viajes africanos de fenicios y cartagineses; añadió, además, que Iuba el Joven mandó navegantes en busca de las Islas Afortunadas, entre las cuales habría algunas númidas que dejaron en el archipiélago sus escritos rupestres. El profesor Rumeu de Armas nos comunica que en documentos de la Edad Moderna hay referencias al gran número de norteafricanos que había en las islas hasta el punto de que llegaban a superar a la población indígena, numéricamente. Junto a estas opiniones Wölfel²⁷ añadió la suya que buscaba un precedente cretense para un tipo de escritura no alfabética. En La Palma, Hernández Benítez suponía escritura tiffinagh la hallada en el Cercado de San Vicente, en Garafia y L. Diego Cuscoy ha encontrado en Tajadique, en el paso de Garafia a La Caldera, por la cumbre, grabados alfabéticos y otros, excepcionalmente lejos de la costa, lo que podría estar contra la hipótesis de una esporádica arribada de navegantes hasta el litoral.

En todo caso, excepción hecha de las inscripciones citadas de Tajadique, todas las inscripciones alfabéticas están cerca del mar y todos

23. *Nouvelle découverte d'inscriptions lapidaires a l'île de Fer*, «Bulletin de la Société Géographique», París, 1876.

24. Juan ALVAREZ DELGADO, *Inscripciones líbicas de Canarias*, La Laguna, 1964, pp. 404 y 413.

25. *Collection complète des inscriptions numidiques*, París, 1870.

26. *Rapport. Cinq ans de séjour aux îles Canaries*, París, 1891.

27. Leonardo Torriani, *Die Kanarischen Inseln und Ihre Urbewohner*, Leipzig, 1940, p. 309, lám. XVI.

los autores están muy de acuerdo en un paralelismo de los rótulos canarios con los líbico-bereberes (para Wölfel paleo-numídicos) de diversas épocas, llegando a precisar Georges Marcy que se trata de escritura tiffinagh, con lo que el guanche sería una lengua vecina al targhi actual, asegurando, textualmente, que «tales rótulos se leen y se comprenden».

En 1967, el profesor Juan Alvarez Delgado ha culminado su copiosa bibliografía sobre el tema que nos afecta, directa o indirectamente, con su obra sobre las inscripciones líbicas de Canarias, a la que remitimos a quien quiera profundizar más en él²⁸.

Alvarez Delgado cree que los dialectos insulares de Canarias, bien sean indígenas o de aportación exterior, corresponden a una fase arcaica del bereber y que las inscripciones líbicas corresponden al «medio cultural productor de las inscripciones líbicas de Africa»; la dificultad de establecer comparaciones en el líbico o bereber antiguo, ya que el guanche se conoce sólo a partir del siglo XV, hace que no acepte la opinión de A. Gaudio, de que se trataba de la misma lengua mediterránea pre-semítica y pre-indoeuropea²⁹.

Siguiendo el razonamiento del profesor Alvarez Delgado, el alfabeto líbico no puede ser muy antiguo en Africa, tal vez no anterior al primer milenario antes de la Era, ya que las inscripciones fechables más antiguas no van más allá del siglo III a. J. C.; aparte de lo dicho, que conviene a la variedad del alfabeto numídico, la forma sahariana antigua sería consecuencia del movimiento de tribus consiguiente a la invasión árabe y los tiffinagh modernos han de ser muy recientes, aunque no tengamos fechadas las inscripciones que se hallan en Trípoli, Cirenaica, Egipto y Sinaí, lo cual no facilita las cosas al ocuparnos de las encontradas en Canarias. Parece que el gran momento del alfabeto líbico es el reinado de Massinisa (240-118 a. J. C.), a quien algunos creen, incluso, su creador; su difusión por las zonas próximas fue indudable, aunque los romanos redujeron su uso y los árabes debieron anularlo, totalmente, en Argelia, Túnez y Marruecos, hacia mitad de la Edad Media; no obstante en el desierto encontraremos una clara pervivencia en la evolucionada escritura tiffinagh utilizada por los tuaregs hasta nuestros días³⁰.

Respecto de las inscripciones líbicas de Canarias, calificadas así por Marcy³¹, Alvarez Delgado las supone no muy anteriores a Iuba II de

28. *Inscripciones líbicas de Canarias. Ensayo de interpretación líbica*, La Laguna, 1964, 434 páginas, 83 figuras.

29. Cfs. Attilio GAUDIO, *Sur l'origine des canariens préhispaniques*, «Anuario de Estudios Atlánticos», Las Palmas-Madrid, núm. 4, p. 115.

30. CORTADE y MAMMERI, *Lexique français-touareg. Dialecte de l'Hagger*, Argel, 1967.

31. *Introduction a un déchiffrement méthodique des inscriptions tiffinagh du Sahara central*, «Hesperis», 1937, p. 89; *L'Épigraphie berber numídique et saharienne*, «Annales de l'Institut d'Études Orientales», II, 1936, p. 128.

Mauritania, como máximo, y no posteriores al siglo XVI, fecha en que las islas estaban completamente castellanizadas y cristianizadas; por consiguiente serían obra de los guanches entre los siglos I y XV o de marinos de Iuba llegados hacia el cambio de Era o, tal vez, de los moriscos saharianos que tripulaban barcos españoles o portugueses a principios de la Edad Moderna. En todo caso, se trataría de usuarios del alfabeto líbico sahariano, posiblemente del siglo XV, y ellos mismos serían los autores de los grabados figurativos del barranco de Balos. Parece comprobar este aserto el que Lanzarote no tenga inscripciones alfabetiformes, aunque sí petroglifos, por haber sido ocupada por los normandos en 1402 y residencia de los primeros señores de Canarias antes de la ocupación de la costa sahariana; lo mismo ocurre en La Gomera, abordada desde el primer cuarto del siglo XV por castellanos y portugueses.

Realmente el estudio de Alvarez Delgado nos resuelve pocas dudas en orden a las inscripciones del barranco de Balos y menos aún los anteriores. El problema arranca de la inseguridad de las lecturas que poseemos, radicalmente distintas a la realidad y no lo facilita tampoco la confusión provocada por el texto de Verneau³² que supuso los signos alfabetiformes numídicos y anteriores a los figurativos que para él eran obra de pastores o campesinos de la zona, ya hispanizados, acompañados por algunos signos de cristianización que tendrían que ser inmediatamente posteriores. Los textos por él recogidos discrepan de los dibujos de Hernández Benítez y ligeramente de los nuestros.

Los textos copiados, se leen así:

1. **clrnsl o lsnrilm o ltmrlm**

2. **mmmn o ncnc**

1. **atag tagiu** = «caído-temeroso de Dios», en chelja.

3. Sin lectura

4. **glb o flb o bsif**

lo que con tantas dudas podría interpretarse solo el rótulo 2 por el touareg **amenâmena** = gacela y expresión de «buen presagio».

H. H. Kraus ha leído dos grabados del barranco de Silva, en Gran Canaria, junto a Telde que supone en escritura importada de Africa, no líbico, sino semítico y que lee:

³². *Rapport*, p. 247-248.

2. **guan eguibi** = «hombre de Egueibat», en hasani (árabe) y guanche (guan) lo cual, sin entrar en la cuestión y en lo raro de la mezcla de dialectos, nos ayuda bien poco en la interpretación o datación de los grabados de Balos³³.

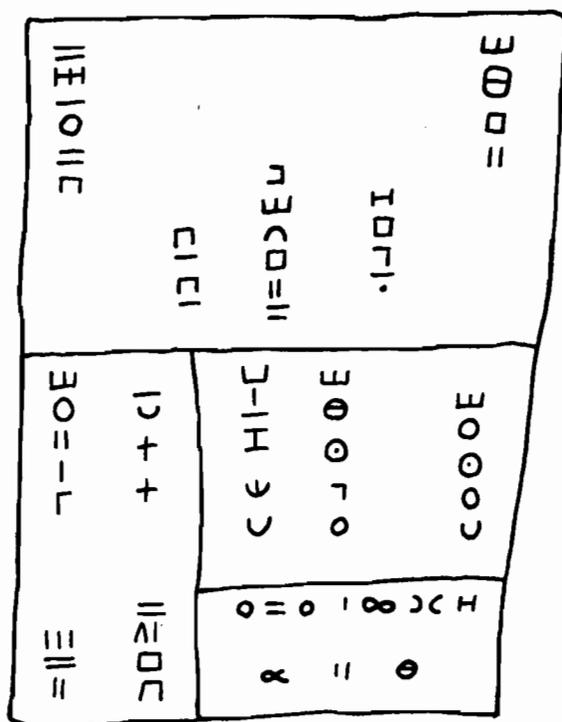


Figura 85. — Grabados libicos del Barranco de los Balos (según Alvarez Delgado).

X. CONCLUSIONES

Expuesto en lo que antecede el catálogo de los grabados del barranco de los Balos y la síntesis de las representaciones, queda por acometer el planteamiento de un conjunto de problemas estrechamente relacionados entre sí cuya solución no es fácil, salvo si se intenta sustituir las conclusiones científicas por apriorismos sin pruebas. Son, esencialmente, los de

33. H. H. KRAUS, *Zwei prähistorische Felsinschriften in den Barranco de Silva (Telde) von Gran Canaria*, «El Museo Canario», 1964, núm. 89-92, p. 167.

cronología, significación y relaciones de los citados grabados, cuyo planteamiento no puede ser hecho con independencia del problema general de época y características del poblamiento de las Canarias. Por otra parte, es un hecho admitido por todos los prehistoriadores, desde Berthelot, que no existe unidad cultural entre las diversas islas del archipiélago, siendo el fondo pancanario muy exiguo y basado, además, en áreas mucho más extensas y remotas. Lo que quiere decir que los «petroglifos» canarios no pueden ser una excepción y corresponden, tipológica y técnicamente, a varios grupos muy bien diferenciados, lo que viene a resumirse en que ni siquiera el hallar solución para el problema de los orígenes y cronología de los grabados de una isla puede servirnos para general aplicación a los de las demás.

Quede, pues, sentado que todas las cuestiones relativas al origen, cronología y relaciones de los grabados de Balos y del resto de las islas son de imposible solución, al menos con certidumbre, en el momento presente, y que solamente cuando se aclare el problema de la procedencia de los aborígenes canarios y de la época de su arribada a cada una de las islas y las fases de desarrollo y caracteres de su cultura material, se podrá avanzar, con seguridad, en el tema; lo dicho no excluye que se puedan adelantar hipótesis de trabajo con un fondo de verosimilitud e incluso algunas precisiones concretas.

Desde un punto de vista tipológico el arte rupestre canario podría sistematizarse, atendiendo a los temas, en la forma siguiente:

1. *Espirales, laberintos, círculos concéntricos o simples, círculos y óvalos cruzados por uno o dos diámetros, rosetas, serpentiformes, curvas, meandros y análogos.* Se encuentran en el Caboco de Belmaco y Tigelate Hondo (Mazo) y Fuente de la Zarza (Garafía) y en otros yacimientos inéditos de la isla de la Palma, en el Júlan (El Hierro) y pueden añadirse algunos círculos, óvalos y figuras más o menos rectangulares con uno o dos diámetros, del barranco de los Balos (Gran Canaria) y los círculos concéntricos, en número de cinco y otros cruzados de Zonzamas (Lanzarote). Puede aceptarse su relación con algunas cerámicas pintadas y concretamente con un vasito hallado cerca de Belmaco, adornado con los mismos temas de los petroglifos, según noticia de L. Diego Cuscoy.

2. *Figuras esquemáticas, humanas, geométricas o excepcionalmente, de équidos,* del barranco de los Balos. También de acusado esquematismo son las *pinturas rojas* de la Majada Alta (Gran Canaria) y la figura humana aislada de la Cueva del Moro, en Agaete, en la misma isla.

3. *Pinturas geométricas decorativas* de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran Canaria) con hallazgo, aún inédito, de figurillas femeninas, pintaderas, cerámicas pintadas y otros materiales.

4. *Inscripciones alfabéticas dispuestas en forma vertical* de El Júlán, la Caleta, Tejeleita y La Candia, en el Hierro; otras semejantes en el barranco de los Balos y en el de Silva (Gran Canaria).

Hasta ahora se ha escrito que los grabados de Belmaco, Fuente de la Zarza y Tegalate Hondo, debían datarse entre el 1800 y el 1500 y que enlazaban con la Edad del Bronce de las regiones atlánticas a través de distintos caminos; también que el Júlán podía ser neolítico y que todo este conjunto se incluiría en un ciclo mediterráneo que empalmaría el Norte de Africa con Galicia, Bretaña, Escocia e Irlanda; finalmente las inscripciones alfabéticas han sido datadas entre el siglo III a. de J. C. y el I ó II de la Era, fechas en que Canarias era ya conocida por los romanos.

Las mejores síntesis que poseemos sobre la arqueología canaria han puesto notas de prudencia sobre estas afirmaciones demasiado generales; así Luis Diego Cuscoy³⁴ refiriéndose a la datación de Belmaco entre 1800 y 1500 y la aplicación de estas fechas a los grabados de El Hierro, dice: «A la vista de los nuevos conocimientos nos parece un tanto aventurado este intento. Una estratigrafía cerámica, cuidadosamente estudiada, procedente de yacimientos palmeros, revela que la isla de la Palma registró más de una oleada cultural y que la que trajo los grabados no fue la primera ni la última». Ciertamente, en lo que se refiere a la cronología los especialistas no se han atrevido a asegurar fechas; como máximo han avanzado opiniones, con muchas dudas, en el mejor de los casos, o sin ninguna prueba en la mayor parte de las ocasiones, en que se han emitido afirmaciones más concretas³⁵ como en el caso de Jiménez Sánchez o de Pérez de Barradas, resumiendo este último cuanto se había escrito, hasta 1939, con atinadas observaciones³⁶; no obstante, la mayor parte de los autores al aludir a los grabados rupestres no establece ninguna diferencia entre los de las diversas islas y aplica a todos los mismos conceptos, lo cual resulta peligroso incluso cuando algunos razonamientos son acertados o bien válidos como hipótesis de trabajo. Dejamos a un lado la mayor

34. L. DIEGO CUSCOY, *Paletnología de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1963, pp. 45-48. Cfs. sobre ideas generales: F. E. ZEUNER, *Summary of the culture problems of the Canary Islands*, «Actas del V Congreso panafricano de Prehistoria y de estudio del Cuaternario», Santa Cruz de Tenerife, II, 1966, p. 277 ss.

35. M. TARRADELL, *Los diversos horizontes de la prehistoria canaria*, «Anuario de Estudios Atlánticos», 1969, 15, p. 385: «No nos atreveríamos a definirlos. Cabe la posibilidad de que sean un elemento más llegado por vía marítima mediterránea, pero podrían pertenecer a la primera oleada de poblamiento, de origen africano. Los grabados rupestres de ambos tipos aparecen tanto en una como otra área y resulta discutible asignarles una filiación concreta»; M. ALMAGRO, *El arte rupestre del Africa del Norte en relación con la rama norteafricana de Cromagnon*, *ibidem*, p. 123: «Podemos observar cómo la carencia de arte rupestre o mueble de tipo capsense es evidente. Ciertamente hallamos algunas manifestaciones de arte rupestre que podemos hallar en Balos (Gran Canaria) o en Belmaco (La Palma) o en otras islas, pero tales manifestaciones artísticas deberíamos relacionarlas con tardías aportaciones atlánticas, como se ha supuesto, aunque esto no creemos tiene mucho fundamento».

36. S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *La prehistoria de Gran Canaria*, «Revista de Historia», 70, 1945, y *Síntesis de la Prehistoria de Gran Canaria*, Las Palmas, 1963; PÉREZ DE BARRADAS, *Estado actual de las investigaciones prehistóricas sobre Canarias*, Las Palmas, 1939, y *La cueva de los Murciélagos y la arqueología de Canarias*, «Archivo español de Arqueología», XIV, 1940-41, p. 60.

parte de los trabajos en los que sólo de pasada se cita el arte rupestre y, en cualquier caso, aplicándole simplemente la cronología y orígenes supuestos para la arqueología canaria en general³⁷. Veamos ahora alguno de estos intentos.

Pérez de Barradas anotó que, puesto que los guanches no conocieron el metal, se les hizo neolíticos³⁸ y restos de los cromañones que habrían traído dicha cultura desde Francia buscando su origen por todas las costas atlánticas y desde el punto de vista arqueológico se relacionarían con el Sahara y con los camitas emigrados del gran desierto; en síntesis, habría una primera arribada del Neolítico pleno, llegando poco después gente de la «cultura de las cuevas» del Norte de Africa o proto-guanches, relacionados con Marruecos y con la península hispánica, que traerían los grabados no alfabéticos, hacia el 2500 prolongándose sus relaciones entre el 2000 y el 1800. Siempre según Pérez de Barradas, es posible que llegasen un poco antes camitas del Sahara, con elementos mediterráneos que podrían extenderse hasta el Egipto predinástico; a ellos habría que añadir posibles negroides. La fusión de los neolíticos y de los norteafricanos que llama «de las cuevas» habría dado origen a los guanches. Para él, las inscripciones se datarían entre la mitad del III milenario y los primeros siglos del II, sin separar las de Gran Canaria, La Palma y El Hierro, y llegarían directamente del Noroeste africano con una fuerte carga mediterránea, siendo aceptable una buena parte de esta hipótesis.

La opinión de Pérez de Barradas ha sido constantemente repetida; T. Bravo³⁹ aseguraba que entre la fase neolítica y la llegada de los españoles, en el siglo XV, el gran elemento culturizador de Canarias fue el Sahara, desecado a principios del actual interglaciar; los primeros grupos no llegarían antes del III milenario y todo quedaría dificultado por la carencia de barcos o de balsas de los canarios prehistóricos, siendo toda la madera de las islas mala y de poca flotabilidad, salvo el drago y la palma.

El elemento atlántico como base de los petroglifos canarios, especialmente de los de La Palma y El Hierro, fue valorado por E. Serra Rafols,

37. Basta con acudir a cualquier obra tradicional sobre las Canarias en época prehistórica; por ejemplo, la voluminosa de Earnest A. HOOTON, *The ancient inhabitants of the Canary Islands*, Cambridge Mass, 1925, nada dice, prácticamente, del arte rupestre, pero, en cambio (p. 33), no deja de referirse a la supuesta piedra grabada, de Anaga, en el Barranco Llarina, junto a Villa Orotava (lám. 13, 2). Cfs. José VIERA y CLAVIJO, *Noticias de la Historia general de las islas de Canarias*, Madrid, 1772-1883, segunda edición, Santa Cruz, 1858-63; tercera, ibidem, 1950-52; René VERNEAU, *Cinq années de séjour aux Iles Canaries*, París, 1891; Sabin BERTHELOT, *Antiquités canariennes ou annotations sur l'origine des peuples qui occupèrent les îles Fortunées, depuis les premiers temps jusqu'à l'époque de leur conquête*, París, 1879; Gregorio CHIL y NARANJO, *Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias, Las Palmas, 1876-1891*, y *L'âge de la pierre aux îles Canaries*, «L'Anthropologie», XIII, 1902, página 89.

38. Cfs., por ejemplo, P. HERNÁNDEZ, *Neolitismo de los aborígenes canarios*, «II Congreso Nacional de Arqueología», Zaragoza, 1952, p. 107.

39. *Loc. cit.*, II, p. 291.

Martínez Santa-Olalla y Pericot⁴⁰ fiando en las semejanzas formales evidentes con ejemplares gallegos, bretones, irlandeses y escoceses y en un gran fondo cultural común a todos, como puso de relieve Sobrino Lorenzo Ruza y más adelante veremos. Pericot plantea la cuestión desde su base, estableciendo un índice de posibles relaciones de elementos arqueológicos canarios con otros mediterráneos, atlánticos o trasatlánticos y sus argumentos son muy dignos de ser meditados y tenidos en cuenta; así las cuentas de collar segmentadas relacionables con Egipto, entre el 1300 y el 1000; las cuentas de collar en general para las que valdría como base el mundo mediterráneo y el mismo Egipto; los grabados se podrían comparar con otros del Mediterráneo y el Atlántico; las «pintaderas» tendrían una extensísima difusión que comprendería, además de Canarias, el próximo Oriente, el Mediterráneo y América; también con América y con Africa del Norte podrían buscarse paralelos para la trepanación; las «tabonas» y la industria lítica con el Sahara, aun teniendo en cuenta la falta de puntas de flecha y otras diferencias sustanciales; las comparaciones de los materiales cerámicos llevan a las culturas llamadas «hispanomauritana» e «ibero-sahariense» por Santa-Olalla y concretamente las de la Palma podrían relacionarse con las del Bronce Atlántico y de los dólmenes norteyuropeos; los vasos de ordeño encontrarían su paralelo con ejemplos chipriotas según hizo notar Martínez Santa-Olalla; las hachas pulimentadas de cloromelamita, de Gran Canaria, podrían tener su origen en el Mediterráneo occidental o en el Atlántico europeo, las construcciones megalíticas van con el Norte de Africa y el Sahara, los ídolos con el Mediterráneo y concretamente con el círculo egeo en el ejemplar de Los Caserones y portugués en el de Arucas; los frisos pintados de Gáldar llevarían hasta Malta; la momificación hace coincidir a Canarias con Egipto, Sudamérica y Polinesia; no hay que olvidar los palos acomodados, en los que Menghin cree que el «banote» es el prototipo del «soliferreum», Wölfel supone que los bastones arrojados nubio-egipcios serían el modelo de

40. AVELINA MATA y E. SERRA RAFOLS, *Los nuevos grabados rupestres de la Isla de la Palma*, «Revista de Historia», VII, 1940-41, p. 352; BERNARDO SÁEZ MARTÍN, *Los trabajos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre en Canarias, en 1948*, «Cuadernos del Sem. de Hist. Prim. del Hombre», III, Madrid, 1948; EOLIN MAC WHITE, *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce*, Madrid, 1951, p. 24 ss.; L. PERICOT, *Algunos nuevos aspectos de los problemas de la Prehistoria Canaria*, «Anuario de Estudios Atlánticos», I, 1955, p. 579 ss. Sobre las cuentas de collar: L. DIEGO CUSCOY, *Adornos de los guanches. Las cuentas de collar*, «Revista de Historia», 66, 1944, p. 117, y E. HERNÁNDEZ PACHECO, *Adornos de piedra de los antiguos habitantes de Lanzarote*, «Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural», 1908. Sobre el vaso de ordeño y su origen chipriota: MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *La fecha de la cerámica a la almagra en el Neolítico hispanomauritano*, «Cuadernos de Historia Primitiva», III, 2, 1948, p. 125. Respecto de los ídolos: S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Nuevos ídolos de los canarios prehistóricos*, «El Museo Canario», 13, 1945, e *Ídolos de los canarios prehistóricos*, «Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», XXII, 1947, p. 86. Sobre la momificación y trepanación: S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Embalsamamientos y enterramientos de los canarios y guanches*, «Rev. de Historia», 55, 1945; WÖLFEL, *Die Trepanation. Studien über Ursprung, Zusammenhänge und Kulturelle Zugehörigkeit der Trepanation*, «Anthropos», XX, 1925; E. MAC WHITE, *Notas sobre la trepanación prehistórica en la Península Ibérica*, «Cuadernos de Historia Primitiva», I, 2, 1946, p. 61; BOSCH MILLARES, *Las armas y fracturas de cráneo de los guanches*, «El Museo Canario», 1944, y Symposium conmemorativo del descubrimiento del Hombre de Cromañón, Anuario de Estudios Atlánticos, 15, 1969, p. 69, *Paleopatología craneana de los primitivos pobladores de Canarias*.

las «añepas» y finalmente los palos-cayado se relacionarían con los boomerangs de las diversas áreas culturales según Santa-Olalla o con insignias de mando en opinión de Cuscoy. Partiendo de esta multiplicidad de relaciones del archipiélago con el resto del mundo y de los datos que, en 1955, se poseían sobre las insculturas canarias, Pericot estimaba que «son suficientes para asegurarnos la realidad de contactos entre las diversas comarcas atlánticas durante la Edad del Bronce»; concretamente Belmaco y Garafía y especialmente las espirales de este último yacimiento, se pueden poner al lado de Gavrinis, de New Grange o Lough Crew, aceptando la fecha de 1800 a 1500 por la presencia, junto a los grabados, de cerámica relacionada por su decoración con la de la cultura megalítica norteyropea. Por otra parte, las semejanzas con los motivos circulares y espirales en el Ukaimedem, cerca de Marrakech, en el Atlas, que se repiten en otros lugares del Sahara, son también evidentes, así como las que se registran con muchos ejemplos de las costas atlánticas de América, donde el tema espiraliforme es frecuente, lo cual lleva a Pericot a ampliar notablemente el área de difusión de estos elementos decorativos. En cuanto a los grabados del barranco de los Balos, con los cuales relaciona el conjunto de «Los Letreros» de El Júlán y «donde hay, además, algunas figuras humanas en su fase más esquemática como en el arte neolítico hispano (hombre-abeto) y al parecer también motivos zoomorfos; más difíciles de aceptar son los supuestos grabados de navíos que Wölfel admite como paralelo con los escandinavos»; analizaremos detenidamente la cuestión más adelante. La parte que nos interesa especialmente del estudio de Pericot se resume así: «De manera que los petroglifos canarios constituyen un documento de un valor inestimable para probar los repetidos contactos con las culturas prehistóricas continentales y nos ofrecen, por lo menos, tres capas, una moderna ya entrando en la historia, alfabética, y dos anteriores y acaso más o menos contemporánea, pero que mientras una mira hacia el Mediterráneo y el Levante español, la otra se orienta hacia las costas atlánticas europeas. Ninguna de ellas parece poder ser anterior al segundo milenio a. C.».

Argumentos semejantes repite Elías Serra Rafols⁴¹ que fundamenta las relaciones con Africa en la semejanza de «la quesera» de Zonzamas, en Lanzarote, con los «hapax» y ve las mismas vinculaciones en la torre con nichos de Fuerteventura, en el sarcófago de madera, el molde para queso, el ídolo pintado de terracota y las pictografías de Gran Canaria. En cuanto al Mediterráneo servirían de paralelo, para el archipiélago, el megalitismo o ciclopeísmo de Fuerteventura y Gran Canaria, el vaso de

41. E. SERRA RAFOLS, *Les relations possibles des cultures canariennes avec celles de l'W. Africain*, «Actas del V Congreso Panafricano», cit., II, 1966, p. 245.

ordeño canario semejante a los de Chipre, las inscripciones concéntricas y espirales relacionadas con Creta, siguiendo a Wölfel y los vasos troncoconicos de asa cuadrangular asimilables a otros de Cerdeña. Finalmente, del Africa mediterránea podrían aducirse como relaciones las perlas prehistóricas egipcias; las pintaderas y las cuevas de celdas («cenobios») relacionadas entre sí y semejantes a los sellos de propiedad y los «igudar» de Marruecos según Marcy; y el tfinagh que permanece aún en el Sahara entre los tuaregs actuales. Aún añade el «banot» y el lenguaje silbado que podrían venir del Africa negra y otras instituciones canarias como la momificación, la lucha egipcio-canaria, la lengua, el gofio o consumo de harinas tostadas, etc.

Por su parte, Wölfel trató por todos los medios de relacionar determinados signos de los grabados en Balos y el Júlan, sobre todo, con los cretenses e incluso con los de los almogarenos de las Cuatro Puertas y de Roque Bentaiga que asimila a las mesas de sacrificio de Creta ⁴².

Como puede advertirse, la mayor parte de lo escrito sobre relaciones de los grabados se refiere a los laberintos, espirales y círculos de La Palma, a los más simples y esquemáticos de El Hierro y sólo marginalmente a los signos de estos tipos de Balos. El problema básico está en dilucidar si, frente a la universal repetición de estas figuras, en épocas bastante distanciadas, nos hallamos ante un fenómeno de difusión, de paralelismo o convergencia, cosa que no podremos saber con seguridad en tanto no se despejen las incógnitas generales de la prehistoria canaria.

La bibliografía sobre los citados temas decorativos es muy extensa y muy dispares los caminos de difusión que se les hace recorrer por cada autor; por ejemplo, Mac White haría proceder la espiral no del Egeo a través de Malta, sino del Egipto predinástico, por Africa, pasando a Canarias luego y de las islas a la Europa atlántica, sin tener en cuenta que si es difícil la travesía del canal entre Río de Oro y Lanzarote o Fuerteventura, con la ayuda de vientos y corrientes, lo es mucho más la contraria y, sobre todo, la ruta Norte hacia las islas de la Madera y el Noroeste de Europa.

Si valoramos solamente los escasos datos firmes que poseemos, habremos de llegar a la conclusión de que muy poco podemos avanzar por el camino de las comparaciones para tratar de obtener una datación, aunque sea imprecisa, y apenas nada respecto del origen en relación con las islas

⁴². WÖLFEL, Leonardo Torriani. *Die Kanarischen Inseln und ihre Urbewohner*, Leipzig, 1940. La noticia sobre la comparación de los signos de Cuatro Puertas y Roque Bentaiga según S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Exponentes megalíticos culturales de los canarios aborígenes*, «Actas Congr. Panafricano», cit., II, 1966, p. 156. La hipótesis cretense, que no puede ser aceptada, al menos con carácter absoluto, es mantenida ahora por los discípulos vieneses de Wölfel que trabajan en Canarias.

Canarias. Las semejanzas existentes en motivos elementales, círculos, óvalos con diámetros cruzados, pueden llevarnos a cualquier parte del mundo, de suerte que si nos dejamos llevar por este camino podemos encontrar paralelismos para algunos signos de Balos en el sur de Asia, Polinesia, Australia y América, sin contar Africa y Europa, aunque no nos parece lícito sacar demasiadas conclusiones de este superficial método comparativo. Por otra parte, no hay que olvidar que la mayor parte de los paralelos se buscan partiendo de las espirales y de los signos similares de La Palma y El Hierro y que sólo muy remotamente afectan a los parecidos y más simples de Balos.

En el estado actual de nuestros conocimientos nos parece imposible establecer un difusionismo a ultranza y asegurar caminos de contacto con continentes muy alejados y difícilmente comunicados con las islas Canarias, como, por ejemplo, Patagonia o los Estados Unidos⁴³. Menghin sitúa los signos espirales o laberintos patagones en su «estilo de pisadas», período Tehuelchense antiguo y auge del medio, que van, el primero del año 2000 al cambio de Era, y el segundo desde este momento al 1400 de C. Las referencias se hacen, especialmente, a la «Piedra Museo» de la Estancia de San Miguel, en Santa Cruz, pero pueden asimilarse también las de Laguna Blanca (Catamarca) y en relación con Balos y El Júlán, los rectángulos partidos o cruzados por una o dos líneas del Risco de Azúcar, en la provincia de Chubut. Estas figuras, que Menghin no vacila en relacionar con las de laberintos del Neolítico final y de la Edad del Bronce, se incluyen en un conjunto americano que va desde Norteamérica a Nicaragua, especialmente la isla Zapatera, Boruca en Costa Rica, Vígirima, Boca del Infierno y Puerto Cabello-San Esteban, en Venezuela, Marabandán cerca de Huánuco en Perú, Cerro Negro, cerca de Humahuaca (Jujuy) y Lago Puelo (Chubut) en Argentina⁴⁴. Menghin no rechaza una ruta de difusión que desde Europa iría hasta Indonesia y Oceanía, con ejemplos muy claros en las islas Marquesas⁴⁵. Los círculos con un

43. Osvaldo F. A. MENGHIN, *Estilos de arte rupestre de Patagonia*, «Acta Prehistórica», I, Buenos Aires, 1957, p. 121; del mismo, *Labyrinthe, Vulvenbilder und Figurenrapporte in der Alten und Neuen Welt. Beiträge zur Interpretation Prähistorischer Felsgraphik*, «Beiträge zur Alten Geschichte und deren Nachleben. Festschrift für Franz Altheim zum 6.10.1968», I, Berlín, 1969, p. 1; Nicolás SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Petroglifos del Hoyo de Epuyén (provincia de Chubut, Argentina)*, «Acta Prehistórica», I, p. 121. y *Pictografías del Valle de El Bolsón (Río Negro) y del Lago Puelo (Chubut, Argentina)*, ibidem, II, 1958; Carlos J. GRADIN, *Petroglifos de la meseta del lago Strobel (provincia Santa Cruz, Argentina)*, ibidem, III-IV, 1959-60, p. 123; del mismo, *Pictografías de la estancia Alto Río Pinturas, provincia de Santa Cruz (República Argentina)*, «Simposio de arte rupestre», Barcelona, 1968, p. 302. Hno. Hildeberto MARÍA, *Estas piedras hablan Estudio preliminar del arte rupestre en Nicaragua*, Managua, 1968, y *El Muerto, isla santuario. Estudio de su arte rupestre*, Managua, 1968; D. W. RITTER, *Sympathetic magic of the hunt as suggested by petroglyphs and pictographs of the Western United States*, «Valcamonica Symposion», 1970, p. 397.

44. Carl SCHUSTER, *Genealogical Patterns in the Old and New World*, «Revista do Museu Paulista», Sao Paulo, 1956-58, p. 7; O. MENGHIN, *Eine bolivianisch-chilenische Gruppe von Felsgravierungen*, «Festschrift für A. E. Jensen», II, Munich, 1964, p. 379; Carlos J. GRADIN, *Petroglifos de la Quebrada de Humahuaca*, «La Prensa», Buenos Aires, 29 agosto 1965 (cit. por Menghin).

45. E. S. C. HANDY, *Two unique petroglyphs in the Marquesas which point to Easter Island and Malaysia*, «Papers in the Peabody Museum», XX, 1943, p. 22. Pueden añadirse ejemplos del sur de la India, Neocaledonia, Australia, etc. Cfs. bibliografía en MENGHIN, *Labyrinthe*.

corte lineal en la circunferencia cree que pueden ser vulvas, relacionadas con otras de la Piedra Grabada en Llaima (Cautin, Perú) y la Cueva de Camallo (Río Negro), aparte de otros ejemplos de Bolivia y de Nuevo Méjico y California en los Estados Unidos. Esta identificación de vulvas fundada en el arte paleolítico, debe ser contemplada con la mayor prudencia.

Si bien hemos de oponer a las relaciones con estas lejanas representaciones las más absolutas reservas, acerca de cuyo valor no podremos decidir en tanto no tengamos su cronología segura, no cabe duda que los signos análogos del área mediterránea y de la atlántica europea y norteafricana habrán de merecer mayor atención dado que sus posibilidades de relación con el archipiélago canario son mucho mayores, ya que las navegaciones que llegaron a las islas hubieron de partir de las costas del Mahgreb o bien de las de la Península hispánica o de zonas próximas. De aquí la importancia que tiene el considerar los petroglifos gallego-atlánticos con inclusión de los de Bretaña, Irlanda y Escocia y los signos grabados en losas de los monumentos megalíticos⁴⁶, los de las comarcas europeas de Cerdeña, Monte Bego, Valcamonica y su zona⁴⁷ y los africanos de Marruecos y del Sahara⁴⁸.

La elaboración de la hipótesis difusionista respecto de la edad, procedencia y repartición de estos motivos y de sus correspondientes petroglifos llega hasta el intento de hacer arrancar todos los tipos de laberintos y espirales del Oriente próximo, concretamente de los dibujos «intestina-

46. R. SOBRINO LORENZO RUZA, *Los motivos de laberintos y su influencia en los petroglifos gallego-atlánticos*, «Revista de Guimarães», 1963; del mismo, *Petroglifos prehistóricos europeos*, «Actas del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas», Zaragoza, 1956, p. 465, *Datos para el estudio de los petroglifos de tipo atlántico*, «III Congreso Nacional de Arqueología», Zaragoza, 1955, p. 223, y *Ensayo de datación de los laberintos grabados europeos de tipo Tagliatella*, «Revista de Guimarães», 1956; Emmanuel ANATI, *Arte rupestre nelle Regioni occidentali della Penisola Iberica*, Valcamonica, 1968. Además: R. SOBRINO BUHIGAS, *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae*, Santiago de Compostela, 1935; Eoin MAC WHITE, *A new view on the irish bronze-age rock-scribings*, Dublin, 1946; V. GORDON CHILDE, *The prehistory of Scotland*, Londres, 1935; R. A. S. MACALISTER, *The archaeology of Ireland*, segunda edición, Londres, 1949; Sean O'RIORDAIN, *Antiquities of the Irish Countryside*, tercera edición, Londres, 1953, p. 56; M. SAINT JUST PEQUART y Z. LE BOUZIC, *Corpus des signes gravés des monuments mégalithiques du Morbihan*, Paris, 1927.

47. C. BICKNELL, *A guide to the prehistoric rock-engravings in the Italian Maritime Alps*, Bordighera, 1913; Emmanuel ANATI, *Civiltà preistorica della Valcamonica*, Milán, 1964 (cfs. aquí bibliografía), «Studi Camuni», y *Arte preistorica in Valtellina*, 1968; Ercole CONTI, *Figurazioni schematiche della Sardegna preistorica*, IPEK, 22, 1966-69, p. 36.

48. R. VAUFREY, *L'âge des spirales de l'art rupestre nord-africain*, «Bulletin de la Société Préhistorique Française», 33, 1936, p. 624; R. MAUNY, *Gravures, peintures et inscriptions rupestres de l'Ouest africain*, Dakar, 1954; S. GSELL, *Les pierres écrites de la Berbérie orientale*, Túnez, 1928; Th. MONOD, *Gravures, peintures et inscriptions rupestres du Sahara Occidental*, 1938; H. LOTHE, *Gravures, peintures et inscriptions rupestres du Kaouar, de l'Air et de l'Adrar des Iforas*, «Bulletin de l'Institut Français de l'Afrique Noire», 1952; Jean MALHOMME, *Corpus des gravures rupestres du Grand Atlas*, Rabat, I, 1959, y II, 1961; Gillette y Louis LEFEBVRE, *Corpus des gravures et des peintures rupestres de la région de Constantine*, Paris, 1967; R. POYTO y J. C. MUSSO, *Corpus des peintures et gravures rupestres de Grande Kabylie*, Paris, 1969; L. FROBENIUS y H. OBERMAIER, *Hadschra Maktuba. Urzeitliche Felsbilder Kleinafrikas*, 1925, reimpresso en GRAZ, 1965, seguido de W. RESCH, *Die Kleinafrikanschen Felsbilder im Lichte der neueren Forschung*, p. 69; M. ALMAGRO, *Prehistoria del Norte de Africa y del Sahara español*, Barcelona, 1946; R. VAUFREY, *L'art rupestre nord-africain*, Paris, 1939; MARTINEZ SANTA-OLALLA, *El Sahara español ante-islámico*, «Acta Arqueológica hispánica», II, Madrid, 1944, tomo de láminas (único publicado); O. G. C. CRAWFORD, *The Eye Goddess*, Londres, 1957, p. 125.

les» babilónicos, lo que los relacionaría con los oráculos y adivinaciones o bien, como Kerenyi afirma, se trataría de una representación del descenso a los infiernos y del posterior regreso desde ellos, ligada con danzas y otros ritos, es decir, una idea de la muerte y la resurrección de la naturaleza propia de las culturas agrícolas⁴⁹.

Dejando ya las cuestiones generales podemos afirmar, rotundamente, que los laberintos del tipo de Mogor y del oinochoe de Tagliatella no se dan en Canarias; las espirales se acercan más a las de Bretaña e Irlanda, especialmente a las de Gavr'inis y New Grange y a algunas escandinavas, sin olvidar algunos signos grabados en dólmenes dentro de un área nortueuropea muy extensa. Sobrino Lorenzo Ruza mantiene la independencia de los petroglifos gallego-atlánticos, a los que considera como núcleo original de los de Irlanda, Escocia, Norte de Inglaterra y Escandinavia y, en cierto modo, de los signos megalíticos de Boyne, en Irlanda, y de Morbihan, en Bretaña. Los petroglifos no megalíticos incluirían los de la zona Norte de Italia (Monte Bego, Valcamonica. Orco Feglino, orillas del lago de Como y, en Suiza, Carschenna), los de Saboya, el área Sena-Oise-Marne y Suecia y Noruega, con extensiones, desde aquí, a Dinamarca y Finlandia. La procedencia última de los petroglifos gallego-atlánticos habría que buscarla, según Sobrino, en el área mediterránea. Finalmente, el mismo autor cree que «los núcleos de petroglifos de Canarias, Gran Atlas, Sahara occidental y Argelia muestran afinidades muy fuertes con los de Galicia. La extensión de este núcleo norte-africano hacia el Sur está patente en el petroglifo recientemente descubierto de Tchitundo-Hulo, en Angola»⁵⁰.

Anati incluye los signos que nos interesan en una fase que llama «círculo y línea» que hace de la Edad del Bronce, media y final, datada entre el 1500 y el 900 y prolongada por un período «geométrico-simbólico» de la Edad del Hierro y del 900 al 100, aplicando este esquema al arte rupestre de Galicia y Portugal.

En principio podemos afirmar que los petroglifos de la isla de la Palma y sus derivaciones de El Hierro y de Balos tienen poco que ver, al menos directamente, con los del grupo gallego-atlántico, de los cuales se

49. Karl KERENYI, *Labyrinth Studien*, primera edición: Amsterdam-Leipzig, 1941, segunda edición: Leiden, 1950; D. C. FOX, *Labyrinth und Totenreich*, «Paideuma», I, Leipzig, 1940; L. MONTEAGUDO, *Sistematización de los laberintos prehistóricos*, «Cuadernos de Estudios Gallegos», XXII, Santiago, 1952, encuentra muchas dificultades para establecer la expansión del laberinto. Las comparaciones que se han hecho con los laberintos cretenses a través de las monedas son aún más peligrosas, puesto que el tipo numismático se repite, incluso con la correspondiente evolución artística, en Knossos, desde el siglo VI a. J. C., hasta su época de colonia romana, a partir del 36 de la era y, naturalmente, el laberinto como símbolo es muy anterior a su aparición en las monedas; cfs. B. V. HEAD, *Historia Numorum. A manual of Greek Numismatics*, Oxford, 1911, p. 460, y P. R. HIRMER, *Die Griechische Münze*, Munich, 1964, lám. 165; A. BELTRÁN, *Curso de Numismática*, Cartagena, 1950, p. 129.

50. *Petroglifos prehistóricos europeos*, cit., pp. 466-467.

diferencian notablemente; por lo menos los difusionistas, Sobrino especialmente, piensan que desde Babilonia la idea se extendería hacia el Este, hasta Oceanía y, a través del Pacífico, llegaría a América; su persistencia en el Mediterráneo, la aparición en el oinochoe de Tagliatella, en el siglo VII a. de J. C., daría lugar a focos relativamente independientes. Este difusionismo obligaría a suponer que los círculos y óvalos, emparentados con las ruedas, serían representaciones solares, más o menos evolucionadas, dentro de un ámbito geográfico casi universal. Aun así habría que admitir un núcleo original de espirales en Malta y una base mediterránea para las representaciones circulares sencillas desde antes del Eneolítico.

Estimamos que resulta muy difícil mantener una línea fija de difusión de todos estos elementos y que, desde luego, hay mucha distancia, desde todos los puntos de vista, entre los laberintos gallegos y los canarios y que, si aumentan las semejanzas conforme se simplifican los tipos, es porque llegamos a auténticos principios elementales que coinciden, independientemente de su época y de la ubicación geográfica. Cuscoy ya vio que los grabados de La Palma no se relacionan tipológicamente con los característicos petroglifos gallego-atlánticos, salvo en aquellos detalles que son comunes a todos.

Los grabados del Noroeste africano interesan más dada su proximidad geográfica y su semejanza tipológica con los de Canarias, en general, y con muchos del barranco de los Balos en particular, como tendremos ocasión de ver. Hemos de excluir todos los de temas animalistas que no aparecen en Canarias mas que excepcionalmente y aun entonces son de época muy tardía. En cuanto a los grabados representando hombres o signos trataremos de establecer paralelos cuando persigamos su cronología. Digamos de antemano que las publicaciones recientes de grabados africanos eluden pronunciarse sobre la fecha y significación de los mismos, incluso cuando aparecen con ellos objetos de posible y aun fácil datación, como puñales, por ejemplo. Las espirales, sencillas o en grupos de dos o tres, del Sahara, permiten valorar la vía africana, relativamente fácil desde el continente a las islas y muy difícil a la inversa, que supondría que las Canarias fueron etapa de una corriente atlántica septentrional.

Ha sido general opinión suponer que las esquematizaciones del barranco de los Balos, como los símbolos de El Júlan y los círculos de Zonzamas, se filian en el substrato cultural neolítico de Canarias, muy anterior al estadio en que se movían los grabadores de las espirales de las islas y aún más que el que corresponde a las inscripciones alfabéticas de La Caleta o Tejeleita y de Balos. Razonamientos de este tipo nos fuerzan

a considerar el estado actual de las ideas de los especialistas sobre el poblamiento de las Canarias. Aparte de las obras básicas, tenemos trabajos muy recientes de Balout, Camps y Souville⁵¹ que nos permiten establecer los siguientes puntos de partida:

El poblamiento de las islas Canarias se ha hecho por vía marítima ya que el canal que las separa de Africa no ha desaparecido nunca por causa de las regresiones marinas; el viaje desde Río de Oro al archipiélago se ve favorecido por los vientos alisios, las corrientes marinas y el harmattan que sopla desde el Sahara, mientras que la navegación de retorno es mucho más difícil⁵²; todo hace suponer que la arribada se debió a una travesía de fortuna, ya que los guanches no conocieron la navegación, que debieron olvidar después de tocar en las islas, y por otra parte el aislamiento de cada una de ellas fue casi total hasta el siglo XV, a lo que hay que añadir que también carecieron de tradición marítima los bereberes y los protobereberes capsioses. No puede pensarse, por lo tanto, en una invasión o colonización, ni tienen base ninguna las posteriores posibles llegadas de fenicios, cartagineses o romanos; sólo a fines del siglo XIII podremos identificar, con seguridad, a los navegantes que abordan las costas de Canarias. No cabe duda que el futuro descubrimiento de algún material arqueológico fácilmente datable, por ejemplo el vaso campaniforme, podría aclarar las cuestiones; pero hasta ahora nada tenemos seguro⁵³.

Los elementos humanos encontrados en Canarias son cromañoides, del llamado «tipo I o Guanche» por Verneau, relacionados con el hombre de Mechta el Arbi, de hacia el 1100 a. J. C., y Mediterráneos, o «tipo II» de Verneau, más recientes, capsioses e indudablemente norte-africanos, de hacia el 900 a. J. C. Balout ha estudiado la avulsión dentaria entre los ibero-mauritanos que la practicaban en los dos sexos y entre los capsioses que la ejercían en las mujeres, mientras que no existe entre los cana-

51. Lionel BALOUT, *Prehistoire de l'Afrique du Nord. Essai de chronologie*, Paris, 1955, y *Reflexions sur le problème du peuplement préhistorique de l'Archipel Canarien*, «Anuario de Estudios Atlánticos», 15, 1969, p. 133; Georges SOUVILLE, *Remarques sur le problème des relations entre l'Afrique du Nord et les Canaries au Néolithique*, ibidem, p. 387; Gabriel CAMPS, *L'Homme de Mechta el Arbi et sa civilisation. Contribution à l'étude des origines guanches*, ibidem, p. 257. Además de la bibliografía general ya citada, debe hacerse mérito de G. CHIL y NARANJO, *L'âge de la pierre aux îles Canaries*, «L'Anthropologie», 13, 1902, p. 89; L. PERICOT y M. TARRADELL, *Manual de Prehistoria Africana*, Madrid, 1962; Ilse SCHWIDETZKY, *La población prehistórica de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 1963; M. FUSTE, *Contribution à l'anthropologie de la Grande Canarie*, «L'Anthropologie», 63, 1959, p. 259, y *Aperçu sur l'anthropologie des populations préhistoriques des îles Canaries*, «Actas del V Congreso Panafricano», cit., II, 1966, p. 71; L. DIEGO CUSCOY, *Los guanches. Vida y cultura del primitivo hombre de Tenerife*, Santa Cruz de Tenerife, 1968. M. TARRADELL, *Notas para una revisión del Neolítico norteafricano*, «Actas del V Congreso Panafricano», cit., II, p. 271. Cfs. también los artículos referentes a Canarias en el «Symposium internacional de conmemoración del descubrimiento del Hombre de Cro-Magnon», en «Anuario de Estudios Atlánticos», 15, 1969.

52. Juan ALVAREZ DELGADO, *La navegación entre los canarios prehistóricos*, «Archivo Español de Arqueología», 79, 1950, p. 164.

53. A. JODIN, *Les problèmes de la civilisation du vase campaniforme au Maroc*, «Hesperis», XLIV, 1955, p. 353.

rios, lo que le lleva a afirmar que si los primeros canarios vinieron de Africa no lo hicieron antes de los tiempos protohistóricos⁵⁴.

Todavía se añaden nuevos argumentos contra la identificación de Canarias y Africa del Norte en el Neolítico, como, por ejemplo, los concheros, conocidos de antiguo en casi todas las islas y en el continente próximo, pero sin que pueda afirmarse que sean prehistóricos en ninguno de los dos sitios e incluso pudiéndose fechar, en muchos casos, en nuestros tiempos⁵⁵.

Otro elemento diferencial corresponde a los enterramientos epipaleolíticos y neolíticos del Mahgreb que son, generalmente, en decúbito lateral flexionado hasta la romanización y la islamización que generalizan la inhumación en decúbito supino, mientras que en Canarias se conoce un solo caso de inhumación replegada en la Gomera; en la utilización del rojo en los enterramientos, tan frecuente en Norte Africa, que es ignorado en el archipiélago, mientras que la momificación, que es habitual en las islas, no se practica en el Mahgreb. En conclusión, las indudables afinidades antropológicas entre los cromañoides y mediterráneos de Canarias con los hombres del tipo de Mechta el Arbi o Afalou y los Mediterráneos del Mahgreb no están corroboradas por hechos arqueológicos y, por lo tanto, las raíces norteafricanas del poblamiento canario no han sido probadas hasta ahora; Balout concluye que no puede hablarse de Neolítico canario.

Finalmente, el factor cronológico debe apoyarse en la cultura material y lo que sabemos de ella hasta ahora. Insistamos, y nunca será suficientemente repetido, en que no existe la menor unidad cultural y arqueológica entre las diversas islas. Hay hechos negativos comunes, como la falta del metal hasta principios de la Edad Moderna, lo que confirmaría la poca influencia que, en todo caso, ejercieron las posibles navegaciones antiguas y medievales y el aislamiento en que permaneció el archipiélago. La industria lítica es una nueva decepción; escasa y pobre, a pesar de que no falta la suficiente materia prima, incluso la obsidiana, aunque no sea de buena calidad, las lascas o piezas poco típicas no son comparables a los ricos conjuntos mahgrebinos y las «tabonas» no corresponden ni al Epipaleolítico ni al Neolítico de tradición capsiese africanos⁵⁶, careciendo

54. Miguel FUSTE, *Aperçu...*, cit., y *Nuevas aportaciones a la antropología de Canarias*, «Actas del V Congreso Panafricano», cit., II, p. 81; Ilse SCHWIDERZKY, *La población prehispanica de las Islas Canarias*, cit. Los antecedentes en: VERNEAU, *De la pluralité des races anciennes de l'Archipel canarien*, «Bulletin de la Société d'Anthropologie», I, París, 1878; E. FISCHER, *Problemas antropológicos de las Islas Canarias*, «Homenaje a Hoyos Sáinz», I, Madrid, 1949, p. 153; F. FALKENBURGER, *Ensayo de una nueva clasificación arqueológica de los antiguos habitantes de Canarias*, «Actas de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria», Madrid, 1942.

55. G. SOUVILLE, *Recherches sur les kjoekkenmoeddings de la région de Rabat*, «Congrès préhistorique de France», XVI, Mónaco, 1959, 1965, p. 1.015, y *Note sur les formations actuelles de kjoekkenmoeddings aux environs de Rabat*, «Hesperis-Tamuda», 4, 1-2, 1963, p. 223; J. C. SERRA RAFOLS, *Excursión a los concheros de Teno*, «Revista de Historia», 72, p. 426 y 73, p. 17, 1945.

56. J. TIXIER, *Typologie de l'Epipaleolithique du Mahgreb*, París, 1963; L. DIEGO CUSCOY, *Notas acerca de la industria lítica guanche*, «Revista de Historia», 1949, p. 204, y *De arqueología canaria: Estudio acerca de las tabonas de los guanches*, «Cuadernos de Historia Primitiva», 71, 2, 1947, p. 111.

absolutamente de puntas de flecha, tan abundantes en Marruecos, sin que aclare la cuestión la consideración de que no las utilizaron porque no tenían animales salvajes de tamaño suficientemente grande para cazar, puesto que conocieron diversas e importantes armas de madera. Realmente la industria lítica canaria parece protohistórica, a juicio de Balout, por su rusticidad y falta de especialización. En cuanto a la piedra pulimentada hay abundantes molinos, bolas y otros materiales comparables a los africanos, pero no son ni especialmente de esta zona ni solamente neolíticos; aparte está la cuestión de las cuatro hachas de roca verde, del Museo Canario, supuestas originarias de los Alpes occidentales⁵⁷, pero de dudosa cronología que hace suponer a Balout que incluso puedan ser de importación más reciente que su edad arqueológica.

También resulta decepcionante la industria ósea, sin que baste el punzón sobre hueso de cabra, aunque sea conocido en el Neolítico del Mahgreb⁵⁸.

Son muy interesantes las perlas de barro que parecen sustituir a las abundantes de cáscara de huevo de avestruz, material éste que no existe en las islas Canarias; aquéllas existen en algunos yacimientos del Egipto predinástico y de Mesopotamia.

En cuanto a la cerámica, sobre la que están en fase avanzada de estudio las síntesis de la de Gran Canaria por Tarradell y de Tenerife por Cuscoy, las asas verticales son particulares de Canarias, los vasos con pico no aparecen en Norte-Africa más que en época protohistórica y la decoración es muy poco diferenciada en las islas y no recuerda las muchas variedades del Mahgreb y el Sahara; en la isla de La Palma están los motivos más próximos a Africa, con impresiones no cardiales y excisiones; algunas semejanzas en la forma y en la decoración existen entre los vasos de Arico (Santiago de Teide, Tenerife) y Gáldar (Gran Canaria) con la cueva de Foret, en Orán y el vasito de Achakar, pero nada prueba que la cerámica canaria haya sido importada del Mahgreb o de las costas occidentales de Africa, pues se encuentra en toda la cuenca mediterránea, procediendo, en el Norte de Africa, de la península hispánica y en el resto del Mahgreb del Mediterráneo oriental. La cerámica de fondo cónico puede tener un origen mediterráneo; ciertas decoraciones, como se ha visto, son comunes con el litoral de Marruecos, de donde podría venir también el pico vertedero, aunque teniendo en cuenta que éste, en todo caso, sería

57. Simón BENÍTEZ PADILLA, *Origen más probable de las hachas neolíticas de jadeíta que posee el Museo Canario*, «Actas del V Congreso Panafricano», cit., I, 1965, p. 149; E. SERRA RAFOLS y L. DIEGO CUSCOY, *Los molinos de mano*, «Revista de Historia», 92, 1950; JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Datos sobre los molinos de mano*, ibidem, 97, 1952, p. 69.

58. H. CAMPS-FABRE, *Matière et art mobilier dans la préhistoire nordafricaine et saharienne*, Paris, 1966, p. 107, fig. 45.

una etapa con más remota procedencia en el Sur de Europa. Respecto de las «pintaderas», los problemas son más complejos y las de Güimar, que publicó Berthelot, y las numerosas y bellísimas del Museo Canario de Las Palmas, se relacionarían con los sellos de indicación de propiedad, sobre pellas de barro utilizadas para cerrar los graneros, como propuso Marcy para las de Agadir, sin que falte la opinión de Alcina que las hace entrar en el juego difusionista que llega hasta Méjico desde el próximo Oriente (Siria y Cilicia), Arene Candide y otras localidades⁵⁹ e incluso se podría plantear la semejanza o identidad con las decoraciones actuales de los «tereout» bereberes, como piensa Balout. No obstante, hay que tener en cuenta que hay también «pintaderas» de madera y que un ejemplar cerámico del Museo Canario tiene trazas indudables de pintura, lo que apoyaría la tesis de Verneau de que se trata de objetos usados para la decoración corporal.

Las comparaciones de las «maretas» de Lanzarote con otras semejantes del litoral marroquí o la utilización de cuevas naturales o las semejanzas de los monumentos funerarios y de los betilos con algún dibujo esquemático o sin ellos que existen en Gran Canaria y son numerosos en el Neolítico y la Protohistoria de Africa del Norte, serían más útiles si estuvieran resueltos los muchos problemas que plantean los ejemplos considerados del Mahgreb y si no encontrásemos los mismos paralelos con numerosos centros mediterráneos, como Malta, en lo que se refiere a las construcciones sepulcrales⁶⁰.

Las conclusiones a que llegamos, partiendo de que la impronta africana es indiscutible en el poblamiento más antiguo de Canarias, es que los mahgrebinos prehistóricos afrontaron sólo la navegación a través del Mediterráneo en el Neolítico y que, por consiguiente, el descubrimiento de Canarias no puede ser anterior.

Frente a esta opinión está la de quienes creen en la posibilidad de cortas navegaciones paleolíticas en el Mediterráneo que, en nuestra opinión, no

59. G. MARCY, *El verdadero destino de las «pintaderas» de Canarias*, «Revista de Historia», 57, 1942, p. 108; PERICOT, *Nuevos aspectos*, cit., p. 605; Th. MONOD, *Sobre algunas pintaderas oesteafricanas*, «Ampurias», VI, 1944, p. 265; ALCINA FRANCHE, *Distribución geográfica de las pintaderas en América*, «Archivo de Prehistoria Levantina», III, 1952, p. 241, y *Las pintaderas mejicanas y sus relaciones*, Madrid, 1953; D. RIPOCHE, *Les pintaderas de l'Europe, des Canaries et de l'Amérique*, «XII Congreso Internacional de Americanistas», París, 1902. Sobre la cerámica: PÉREZ BARRADAS, *Catálogo de la colección de cerámica y objetos arqueológicos*, «El Museo Canario», 1944, p. 9; L. DIEGO CUSCOY, *La cerámica decorada de Tenerife*, «Rev. de Historia», 64, 1944, p. 277, y *La cerámica de Tenerife como elemento definidor de la vida guanche*, «Ampurias», XII, 1950, 97; P. HERNÁNDEZ, *La cerámica aborigen de Gran Canaria*, «Crónica del IV Congreso Arqueológico del SE. Español», Cartagena, 1949, p. 156.

60. J. ALVAREZ DELGADO, *Analogías arqueológicas canario-africanas*, «Revista de Historia», 31, 1967, p. 195; P. HERNÁNDEZ, *¿Eran monoteístas nuestros aborígenes?*, «II Congreso Nacional de Arqueología», Zaragoza, 1952, p. 101; M. REYGASSE, *Monuments funéraires préislamiques de l'Afrique du Nord*, París, 1950; P. H. KÖHLER, *La civilisation mégalithique au Maroc*, «Bulletin de la Société Préhistorique Française», 1932, 9. En la zona ocupada por los bereberes existen los «kerkur» o «redjem» en árabe y «barzina» en bereber, es decir, túmulos y los «chuchets» cilíndricos que se han querido encontrar en Canarias.

podrían apoyar la difícil travesía hasta Canarias, aunque se admitiese, como Pericot sugiere, el paso del estrecho de Gibraltar. En el Neolítico del litoral mahgrebino las influencias mediterráneas e hispanas son muy sensibles (cerámicas cardial, acanalada, campaniforme, roja lisa, ídolos de Achakar); este aspecto se refuerza en los ídolos del Museo Canario que parecen proceder de la tradición mediterránea neolítica y de la Edad del Bronce, recogiendo la misma impresión en yacimientos como la «Cueva Pintada» de Gáldar, que parece reflejar un ambiente mediterráneo de hacia el año 2000. La aplicación de las fechas obtenidas por el C 14 para el yacimiento de El Kiffen (Casablanca) por contradictorias que hayan resultado (1142 ± 200 o bien 2342 ± 80) pueden ser útiles, como se verá. Las fechas del 2500 que da Diego Cuscoy o de fines del III milenario que propone Ilse Schwidetzky pueden corregirse pensando en que siendo las islas Canarias, como Balout dice, un «extremo del mundo prehistórico» han podido ir recibiendo los elementos culturales más diversos esporádicamente y en sucesivas etapas. Así, puede suponerse que los cromañoides llegarían procedentes del litoral mahgrebino en tiempos del Neolítico «telliense» todavía sin influencias ibéricas, pero ignoramos con qué perduración cronológica, ya que en la costa de Marruecos los caracteres de Mechta el Arbi, lejos de atenuarse, se han mantenido durante varios milenios, explicando este vigor que, después del Neolítico, grupos mechtoides hayan podido dar lugar al poblamiento cromañoides de las Canarias, según opinión de Camps. En cuanto a los mediterráneos canarios, a quienes parece ajena la etnia capsiese, llegarían al archipiélago sólo después del Neolítico, seguramente procedentes del Sahara septentrional y no del Mahgreb. Un apoyo más para la hipótesis de tardío poblamiento está en el hecho de que los aborígenes canarios no posean en el siglo XV mas que escasos animales domésticos, especialmente la cabra, el carnero y el cerdo, entre los grandes animales, faltando el buey que es el animal más característico del Neolítico sahariano, explicándose tan sólo porque en la época del paso desde Africa las condiciones climáticas no permitían ya la cría del buey.

El aislamiento canario produciría una elaboración local de los elementos culturales sin que, ni siquiera la impronta protohistórica bereber que es la primera que podemos conocer históricamente, haya llegado a integrar a las Canarias. Lo africano, recogiendo elementos de los más diversos orígenes, ha podido dejar en cada una de las islas los dispares hechos culturales que aun hoy nos desorientan y confunden, más si se tiene en cuenta que influencias atlánticas y, sobre todo, mediterráneas, debieron llegar desde el Continente a las islas, las cuales, mal relacionadas entre sí, pudieron impulsar una distinta elaboración de los grabados, especialmente en la isla de Gran Canaria y en las de La Palma-El Hierro.

Así, independientemente de las influencias atlánticas que los petroglifos canarios denotan y que muy bien pudieron llegar a través del camino norteafricano, la técnica y tipos de los grabados nos permiten plantear relaciones con el Mahgreb, por más que los editores del arte rupestre del Gran Atlas, la Kabilia y las demás zonas sahariano-marroquíes se resistan a fecharlo; Jean Malhomme, para el Atlas, dice: «no he dado ni determinación ni datación», aunque la abundancia de grabados de puñales cortos y de puntas de flecha lanceoladas puedan llevar el conjunto hasta

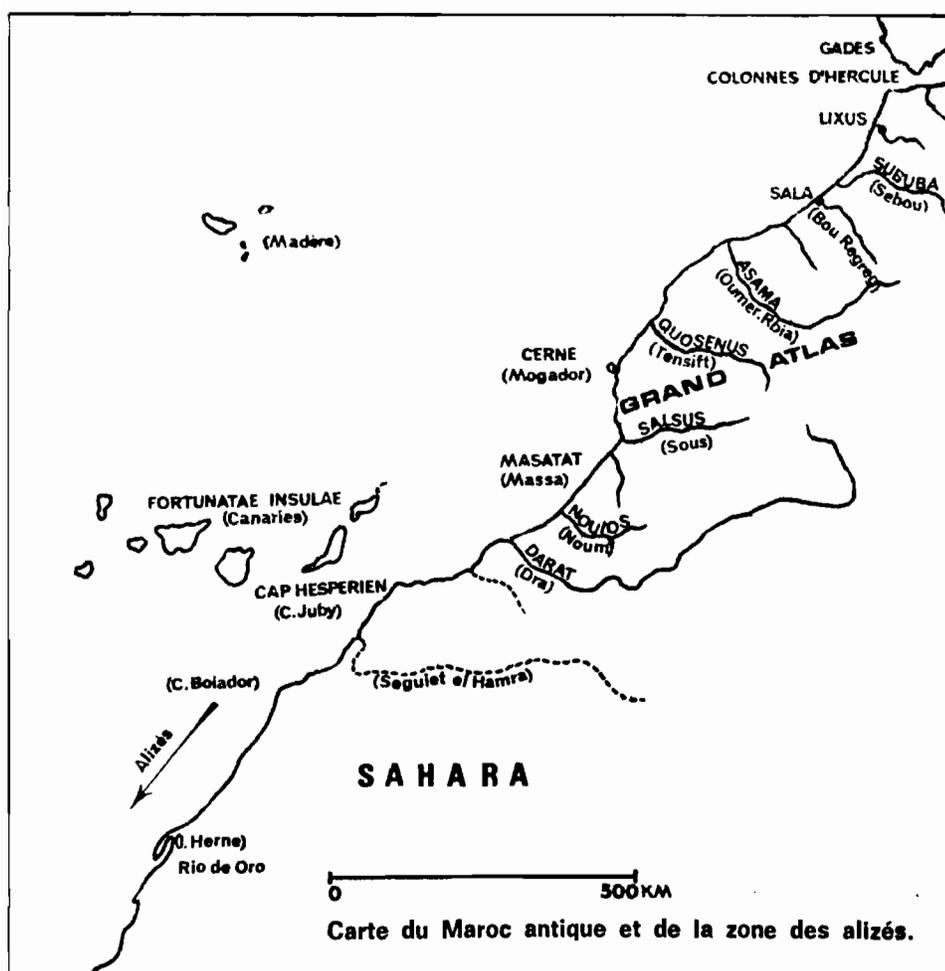


Fig. 86.— El litoral del Gran Atlas y del Sahara y las Islas Canarias en la Antigüedad (según R. Mauny, *Le periple d'Hannon. Un faux celebre concernant les navigations antiques*, «Archeologia», 37, sept.-diciembre, 1970, p. 80).

el Eneolítico, como Anati ha hecho con los grabados que incluye en su fase III, de «ídolos y puñales» en los petroglifos gallego-portugueses, que fecha entre el 2000 y el 1500. El mismo Vaufrey reconoció la imposibilidad de datar, por medio del utillaje, que va desde el Acheulense al Neolítico, las figuraciones rupestres de la comarca de Constantina ⁶¹.

No nos parecen convincentes las comparaciones de tipo etnográfico. Así podemos encontrar semejanzas que no harán sino perturbar el buen camino científico de investigación; por ejemplo, la casi identidad de la máscara de la gacela «wilu» entre los dogon y el signo arboriforme núm. XXXIV, 3 del barranco de los Balos o de ambos con la «pedra de Bullosa», en Galicia, o las semejanzas de los «hombres-abeto» del arte esquemático español y los del barranco de los Balos, que también se asemejan a signos en forma de espina de pescado ⁶².

Otro dato poco útil es el que resulta de la comparación de signos y figuras tan esquemáticos que se reducen a trazos comunes, como los cruciformes, los hombres formados por una línea vertical y dos horizontales cruzándola perpendicularmente e incluso los de tipo de «salamandra» que pueden responder a un fenómeno de paralelismo o de convergencia, incluso cuando la cabeza se sustituye por un círculo como ocurre en Balos (número XXVII, 12), Majada Alta (Gran Canaria) y en Tizi Uzu (Azru bou Aar, Kabilia). En Balos hay hombres que llevan en sus manos un ensanchamiento de forma más o menos circular o cuadrada y en la otra una prolongación lineal que resultaría inexplicable si no lo encontrásemos más claramente en la región de Constantina como un pequeño escudo y un palo arrojado o bastón curvo, en numerosos grabados y pinturas de Khanguet el Hadjar, Kef Sidi Salah, Kef Tasenga y Kef Fantaria y en otras zonas del Noroeste africano, como los que Mauny incluye en su grupo 4, que llama líbico-bereber y que sitúa, cronológicamente, entre el 200 a. J. C. y el 700 de la Era, con figuras muy diferentes artísticamente, pero que llevan el mismo escudo y venablo o bastón, acompañados de inscripciones del alfabeto tfinagh ⁶³.

Entre los signos no podemos olvidar la espiral de N'Kheila, los óvalos partidos y apareados que la mayor parte de las veces no tienen explicación, pero que en Lalla Mina Hammu (Gran Atlas) se demuestra que son

61. R. VAUFREY, *Prehistoire de l'Algerie*, I, París, 1955, p. 313; J. MALHOMME, *Représentations de haches du Bronze (Grand Atlas)*, «Bulletin de la Société Préhistorique du Maroc», 7-8, 1954.

62. GRIAULE, *Masques dogons*, París, 1938, p. 641, fig. 184; SOBRINO BUHIGAS, *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae*, cit., lám. XX, fig. 32; H. BREUIL, *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Iberique*, I-IV, 1935.

63. G. y L. LEFFEBRE, *Corpus des gravures et peintures rupestres de la région de Constantine*, cit., Khanguet el Hadjar, Este A, 1, con animales; A, 2 hasta A, 12; D, 1 y ss. Id. Norte, todo en relieve. Lo mismo en picado, lado Norte E, 1-2. Igual en Kef Sidi Salah y Kef Tasenga; R. MAUNY, *Gravures*, cit.

representaciones de dos pies juntos, tal como vemos también en Ferraduras da Bemfeitas (Portugal), con una evolución que los aleja pronto del aspecto original⁶⁴. Pueden citarse también los círculos cruzados de Augdal N'Tizi N'Rhellis, Tamadout, Augdal N'Ugaguns, Augdal N'Irkane y Lalla Mina Hammu en el Gran Atlas, los arboriformes y espinas de pescado de Dra el Mizan y las espirales de Akfadu y Azazga, en la Gran Kabilia.

Por otra parte, las semejanzas de algunas figuras del barranco de los Balos con otras del conjunto de Valcamonica publicadas por Anati⁶⁵ no dejan de preocupar, sobre todo los personajes fálicos con grandes manos levantadas que supone escenas de encantamiento; o bien otro hombre con largo pene cuyos testículos se marcan por medio de dos puntos, uno a cada lado, que en la gran roca de Naquane vemos en una figura medieval. No obstante estas estilizaciones las hallamos incluso en el arte popular e infantil más reciente; uno de los últimos momentos de esquematización de este arte lo podíamos encontrar en grabados de los Pirineos Orientales, publicados por J. Abelanet y en otros semejantes de todas las áreas mediterráneas⁶⁶.

*
* *
*

Realmente nada de cuanto hemos visto nos permite ir más allá de la seguridad de contactos evidentes entre Canarias y el Noroeste de Africa con independencia, en lo que se refiere a la procedencia última, de diversos elementos culturales que los grabados del barranco de los Balos reflejan.

Respecto de la *significación* habremos de estar a las soluciones generales sobre las culturas canarias prehistóricas y tal vez atender, individualmente, a cada grupo de signos en cada isla. Excluidos los rótulos alfabéticos, los demás resultan misteriosos; la referencia a los meandros, espirales y laberintos como supuestos exponentes de ritos alusivos a las

64. H. BASSET, *Deux petroglyphes du Maroc occidental (région des Zaërs)*, «Hesperis», 1923, p. 141; J. MALHOMME, *Corpus*, cit., II, en Lalla Mina Hammu, con pies realistas grabados casi juntos y óvalos partidos verticalmente de la misma forma.

65. E. ANATI, *La grande roche de Naquane*, París, 1960, cuadro de tipos en las figs. 15 y 16; del mismo, *Capo di Ponte, centro del arte camuno*, tercera edición, Breno, 1966, fig. 31, personajes fálicos con grandes manos levantadas, y *La datazione dell'arte preistorica camuna*, segunda edición, Breno, 1966, fig. 60, medieval.

66. J. CABRÉ, *Pinturas y grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria*, «Archivo Español de Arqueología», 140, p. 316; por ejemplo, la figura de Los Poyadillos, Cañada del Retortillo, Soria, como la figura medieval de Naquane y algunas de Balos, sin que se sepa la fecha y estando acompañada de nombres de pastores modernos; ABELANET, *Les couples humaines dans l'art schématique des Pyrénées Orientales*, IPEK, 22, 1966-69, p. 30, fig. 1, etc.

aguas o bien a mitos acerca de la muerte y la resurrección, podrían también emparentar con ceremonias de tipo agrícola a que se referirían los numerosos hombres fálicos e incluso, si se acepta que algunos signos partidos o arqueados sean vulvas, reforzarían la idea de ritos de fecundidad. La relación con divinidades de las fuentes o de las aguas podría apoyarse en los cabocos palmeros con figuras de espirales o meandros y círculos que conservan o han tenido fuentes, circunstancia muy apreciada por los canarios en todos los tiempos y en cualquier isla. No obstante la tendencia es a suponer este arte de origen pastoril; en Belmaco, Santa Olalla trató de fundar un rito relacionado con la ganadería en la existencia de una figura animal que no hemos sabido encontrar. También podrían tener relación con la agricultura los signos circulares o en forma de rueda, que son indudablemente solares, incluso si rechazamos los supuestos soles de Balos (núm. VII).

La presentación de los hombres sin armas, salvo los escasos y supuestos escudos y bastones, y la presencia de plumas o adornos de otro tipo en la cabeza, de grandes manos con descomunales dedos, debe referirse a hechiceros, jefes o personajes excepcionales.

Desde luego, parece indudable que el macizo basáltico de Balos desempeñó el papel de un santuario y que sus grabados tienen un valor ritual, acumulados y superpuestos en un corto espacio, que debió llamar la atención por su fantástico aspecto. Si suponemos que muchos cruciformes pueden ser signos de cristianización, tal como vemos en Galicia, garantizarían su carácter religioso al tiempo que darían una fecha *ante quem* para gran parte de los petroglifos; el foco de evangelización de Telde era muy fuerte en el siglo XIV.

Podría pensarse también en que algunos signos fuesen marcas de grupos o tribus, elementos de juego, etc.⁶⁷

*
* *
*

Veamos ahora lo que, con seguridad o hipotéticamente, podemos decir de la *cronología* de los grabados del barranco de Los Balos.

La única fecha absolutamente segura corresponde a los grafitos del siglo XIX que llevan con ellos una cifra y que, en todos los casos, se superponen a los grabados contiguos, teniendo un surco muy blanco.

⁶⁷. S. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Exponentes megalíticos culturales de los canarios aborígenes*, «Actas del V Congreso Panafricano», cit., II, 1966, p. 153.

Dan una fecha post-quem los jinetes de los paneles XLIII y XLVII, puesto que el caballo no fue conocido en Canarias hasta la llegada de los europeos; aunque indudablemente pudieron ser informados por invasores anteriores que sin llevar los animales consigo los conociesen y recordasen y pudieran así ser grabados antes de la fecha indicada, no nos parece que esta suposición se apoye en nada firme. Deben ser posteriores a dichas fechas los hombres XX y XIX que llevan botas con tacón, altas y con la parte superior de la caña vuelta, lo que situaría estos grabados después del siglo XV y probablemente bastante después ⁶⁸.

Pueden desecharse como modernos los grabados del panel XVIII que, según Luis Diego Cuscoy no existían en 1929 y que, desde luego, tienen aspecto muy moderno, picado blanco y aire popular; tampoco parece antiguo el núm. XX con un estuche fálico o representación del pene que entra dentro de concepciones modernas populares del Norte de Africa y de la propia península.

Otro grupo de signos y figuras que puede ser datado, aunque con alguna inseguridad, es el rótulo que se lee *muslim*, del panel XXVI ⁶⁹ y los que acompañan a las inscripciones líbico-bereberes o tfinagh; éstas, desde luego, no son anteriores al 200 a. de J. C., pero pueden ser posteriores a la invasión árabe en el Norte de Africa, es decir, al siglo VIII. Incluso podrían alcanzar tiempos muy recientes, puesto que los señores canarios practicaron la piratería y la captura de esclavos en las costas africanas, comerciando con ellos y utilizándolos en los ingenios de caña de azúcar,

68. La llegada del caballo a las islas Canarias se relaciona con el difícil problema de las navegaciones de la Edad Antigua y Media atribuidas a los fenicios y cartagineses, a los romanos en tiempos de Iuba II de Mauritania a las islas Afortunadas, a los árabes y a los cristianos anteriores al siglo XIII; desde fines de esta centuria llegaron los genoveses y en la siguiente los mallorquines y catalanes dedicados al pirateo, para cuya actividad eran indispensables los caballos hasta el punto de que sus «razzias» eran llamadas «cabalgadas». En el mismo siglo XIV había en Telde misioneros admirados y protegidos por los papas de Avignon, que pudieron llevar consigo caballos. Hay que tener en cuenta que Balos está cerca del punto óptimo para la penetración de europeos en Gran Canaria y que cerca se edificó una torre militar, todo lo cual supone también la existencia de caballos. Parece, en definitiva, que no podemos estar seguros de la presencia del caballo en Gran Canaria, antes de fines del siglo XIII. Sobre el tema, cfs. Pedro Agustín DEL CASTILLO, *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias acabada en 1737*, edición de M. Santiago, Madrid, 1948-60, I, 2, p. 57 ss. y 3; F. PÉREZ EMBID, *Los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas*, Sevilla, 1948; Raymond MAUNY, *Les navigations médiévales sur les cotes sahariennes antérieures à la découverte portugaise (1434)*, Lisboa, 1960; J. VERNET, *Influencias musulmanas en el origen de la cartografía náutica*, «R. Sociedad Geográfica», Madrid, 1953. Sobre los genoveses: Ch. VERLINDEN, *Lanzarotto Malocello et la découverte portugaise des Canaries*, «Revue Belge de Philologie et d'Histoire», XXXVI, 1958, 4, p. 1.173. Sobre los mallorquines: E. SERRA RAFOLS, *Los mallorquines en Canarias*, «Revista de Historia», VII, 1940, pp. 196 y 201; Miguel BONNET, *Expediciones de Mallorca a las Islas Canarias (1342 y 1353)*, «Boletín de la Sociedad Arqueológica Lullana», VI, 1896. Sobre los catalanes: F. SOLDEVILA, *Els catalans a les illes Afortunades*, «Revista de Catalunya», Barcelona, 1925, núm. 11. Sobre los portugueses y otros viajes: Buena Ventura BONNET, *Las Canarias y los primeros exploradores del Atlántico*, «Rev. Historia», 1942, 57-58, pp. 39 y 82, y *La expedición portuguesa a Canarias en 1341*, ibidem, 1943, 62, p. 112; *Las Canarias y el primer libro de geografía medieval escrito por un fraile español en 1350*, ibidem, 1944, p. 326; *La supuesta expedición de Ben-Farroukh a las Canarias*, ibidem, 1944, p. 205; *Las expediciones a las Canarias en el siglo XIV*, «Revista de Indias», 18-21, Madrid, 1944-45; R. RICARD, *Recherches sur les relations des Illes Canaries et de la Berberte au XVe. siècle*, «Hesperis», 1935, p. 79; A. RUMEU DE ARMAS, intervención en el «Symposium de posibles relaciones trasatlánticas antes de Colón», Tenerife, diciembre 1970.

69. El profesor Vernet, que ha confirmado nuestra lectura, piensa que esta escritura podría ser de hacia el siglo X.

en Gran Canaria, vendiendo los excedentes en el mercado europeo. El Prof. Rumeu de Armas nos ha comunicado que hay documentos, no muy posteriores a la conquista, en los que los gobernadores se quejan de que el número de moriscos es tan grande, no sólo en los ingenios, sino también huidos en los montes, que si se levantasen pondrían en grave aprieto a los españoles. Balos estaba dentro de la zona azucarera de Gran Canaria y, por consiguiente, la posibilidad de que los moriscos escribiesen en su macizo basáltico fue grande, al menos hasta el siglo XVII, en que desaparecieron las plantaciones de caña ⁷⁰.

Es muy difícil otorgar valor cronológico a las variedades de técnica de grabado que, en Balos, se reducen a un picado muy uniforme y a excepcionales ejemplos de rayado. Los Lefevbre, que han hecho grandes esfuerzos para sistematizar los grabados por clasificación de las técnicas, no han obtenido ningún resultado cronológico, a pesar de que han distinguido trazos de sección curva, recto curvilínea, de pendiente exterior suave y fusiforme, en el rayado, y en el picado, uno que pasa la superficie de la roca con percutor de punta aguda, haciendo pequeños agujeros que se superponen sin dejar entre cada golpe la menor superficie de roca intacta o bien martilleado, con percutor de punta blanda, que traspasa solamente la pátina y que hace saltar pequeñas lascas muy delgadas, dejando entre ellas espacios de roca natural ⁷¹. Estas precisiones no pueden aplicarse en Balos.

En cuanto a la cronología relativa de las técnicas, el panel VII c demuestra que el picado es más antiguo, en ese caso, que la incisión. También se comprueba en numerosas ocasiones que los trazos más claros son más modernos que los más oscuros, aunque sin poder precisar cuánto, y existiendo algunas excepciones, según las condiciones del lugar donde los grabados se hallen y de los efectos de la erosión eólica o de las aguas; pero, en igualdad de condiciones, los grabados más oscuros de trazo o de picado son los más antiguos.

70. Guillermo CAMACHO y PÉREZ GALDÓS, *El cultivo de la caña de azúcar y la industria azucarera en Gran Canaria (1510-1535)*, «Anuario de Estudios Atlánticos», 7, 1961, p. 8. Hay documentación de un ingenio, de Alonso de Matos, en la zona de Agüimes, que se movía con las aguas del barranco de Aguatona, donde se habla de esclavos negros y berberiscos. A. RUMEU DE ARMAS, *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, I, 1948, p. 276 ss. En el siglo XVI, con la población consolidada, había una numerosa minoría morisca hasta el punto de que el primer marqués de Lanzarote tenía compañías de moriscos contra los piratas; las cabalgadas de los canarios sobre Africa fueron prohibidas por los Reyes Católicos en 1406, lo que provocó la ruina de Las Palmas hasta 1505, en que fueron autorizadas de nuevo para nutrir los ingenios, canjear a los jefes capturados por negros y vender esclavos. Los «azenegues», como llamaban los portugueses a los saharianos, eran muy numerosos en Gran Canaria, Lanzarote, Fuerteventura y La Palma, escasos en Tenerife y faltaban en El Hierro y La Gomera. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, *Presencia de bereberes en Gran Canaria y de Canarias en Berbería*, Las Palmas. 1948.

71. G. y L. LEFEBVRE, *Corpus*, cit.; LEFEBVRE, *Essai de classification des styles de l'art rupestre a propos des représentations humaines gravées du Sud-Oranais et du Constantinois*, «Libyca», XII, 1964, p. 265; *Essai sur les styles de l'art rupestre préhistorique en Algérie non saharienne*, ibidem, XIV, 1966, p. 303. Sobre técnica también: G. B. M. FLAMMAND, *Les pierres écrites (Hadjart Mektoubat). Gravures et inscriptions du Nord Africain*, Paris, 1921.

Hipotéticamente, podemos hacer las siguientes afirmaciones finales:

1. *No hay nada en Balos anterior al Neolítico ni probablemente Neolítico, cronológica o culturalmente considerado, de Europa o de Africa.*

2. *Los signos espirales, concéntricos, meandros, circunferencias y ovalos con diámetros, serían lo más antiguo y podrían llevarse hasta el Eneolítico o el Bronce medio europeos.*

3. *Las estilizaciones humanas con un grado progresivo de esquematización obedecerían a una dinámica local e incluso a variaciones culturales que llegarían hasta simples esquemas y cruciformes. Es imposible separar por épocas las numerosas variedades de tipos humanos e incluso, pensamos que la mayor parte de ellos pueden ser sincrónicos. Los más naturalistas, los de grandes manos y pies, podrían situarse desde fines del Bronce europeo; tal vez los de cuerpo rectangular y largo falo podrían encontrar paralelos en representaciones de la Edad del Hierro, pero nada se opone a que todos lleguen hasta el siglo XIV.*

4. *La falta de objetos, instrumentos o armas y de animales, impide filiar con más seguridad las figuras humanas. No hay tampoco carros y los supuestos barcos de Wölfel son monogramas de época histórica muy avanzada.*

5. *Lo mismo que decimos para Balos puede aplicarse a las pinturas del abrigo de la Majada Alta y de la Cueva del Moro en las Morismas de Agaete, que están en la línea de algunas esquematizaciones de Balos y que, en cualquier caso, son posteriores a la Edad del Bronce.*

6. *Las pinturas decorativas geométricas de la Cueva Pintada de Gáldar reflejan un ambiente semejante al del II milenario en el Mediterráneo.*

7. *La falta de metal, la existencia de sarcófagos labrados en madera que permitiría suponer la existencia de barcas monoxilas y la imposibilidad de utilizar los nombres de Neolítico, Eneolítico y Edades del Bronce y del Hierro con el mismo sentido cronológico y cultural que en Europa y en Africa, contribuyen a hacer más confusos los conceptos expuestos, sin que podamos hacer nada para remediarlo.*

8. *Las inscripciones tiffinagh, el nombre árabe y algunos signos, no pueden ser anteriores al siglo III a. de J. C. y seguramente son muy posteriores, incluso llegando a la Edad Moderna. El targui permanece aún en el interior del Sahara.*

9. *Los grabados de caballos montados, hombres con botas de tacón y caña alta y, seguramente, muchos más, son posteriores a la llegada de los europeos al Archipiélago.*

10. *La arribada de los grabadores a Canarias procedería, inmediatamente, de Africa, recogiendo en la zona Noroeste aportaciones mediterráneas, hispánicas y atlánticas que se mezclarían, aun antes de llegar, y tomaría una fuerte carga de localismo en cada isla, evolucionando independientemente.*

11. *Los paralelismos y semejanzas han de ser manejados con extraordinaria prudencia, mayor cuanto más elementales sean las figuras, sin llegar nunca a conclusiones demasiado fáciles.*

12. *El macizo basáltico del barranco de Los Balos fue un santuario o lugar sagrado, en uno de los puntos más estratégicos de Gran Canaria. Su posición privilegiada respecto de las "entradas" en la Isla lo hace muy accesible, pero no obliga a suponer que quienes llegaron a grabar allí lo hiciesen circunstancialmente, sino que debe pensarse en habitantes de la isla que han dejado allí sus huellas picadas sobre la roca a lo largo de unos cuatro mil años.*

L A M I N A S

Fotos: *A. Beltrán*



Lámina I. — Parte Sur.



Lámina II. — Zona de los grabados XX a XXXV.

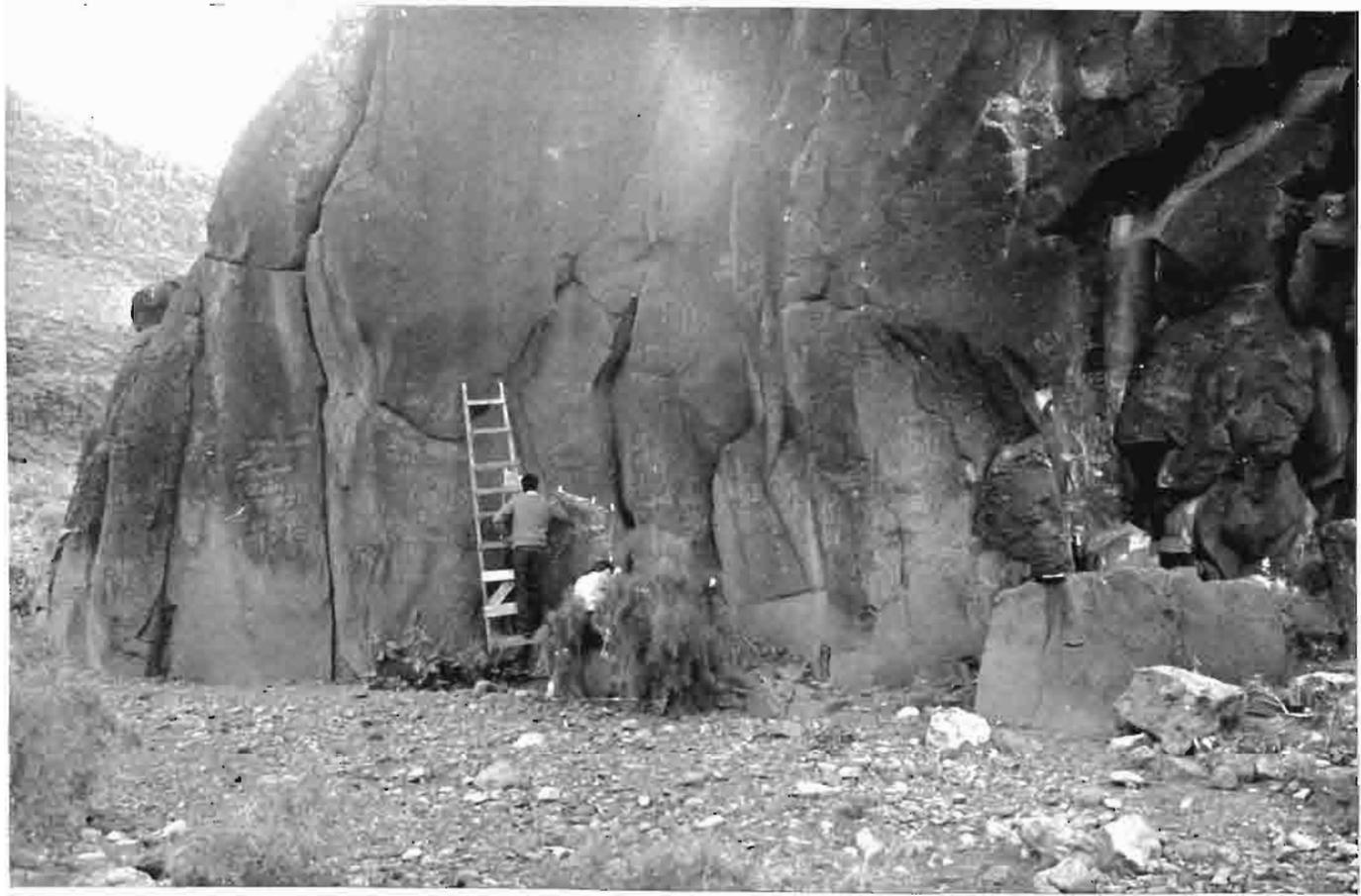


Lámina III.— Zonas XX a XXXV.

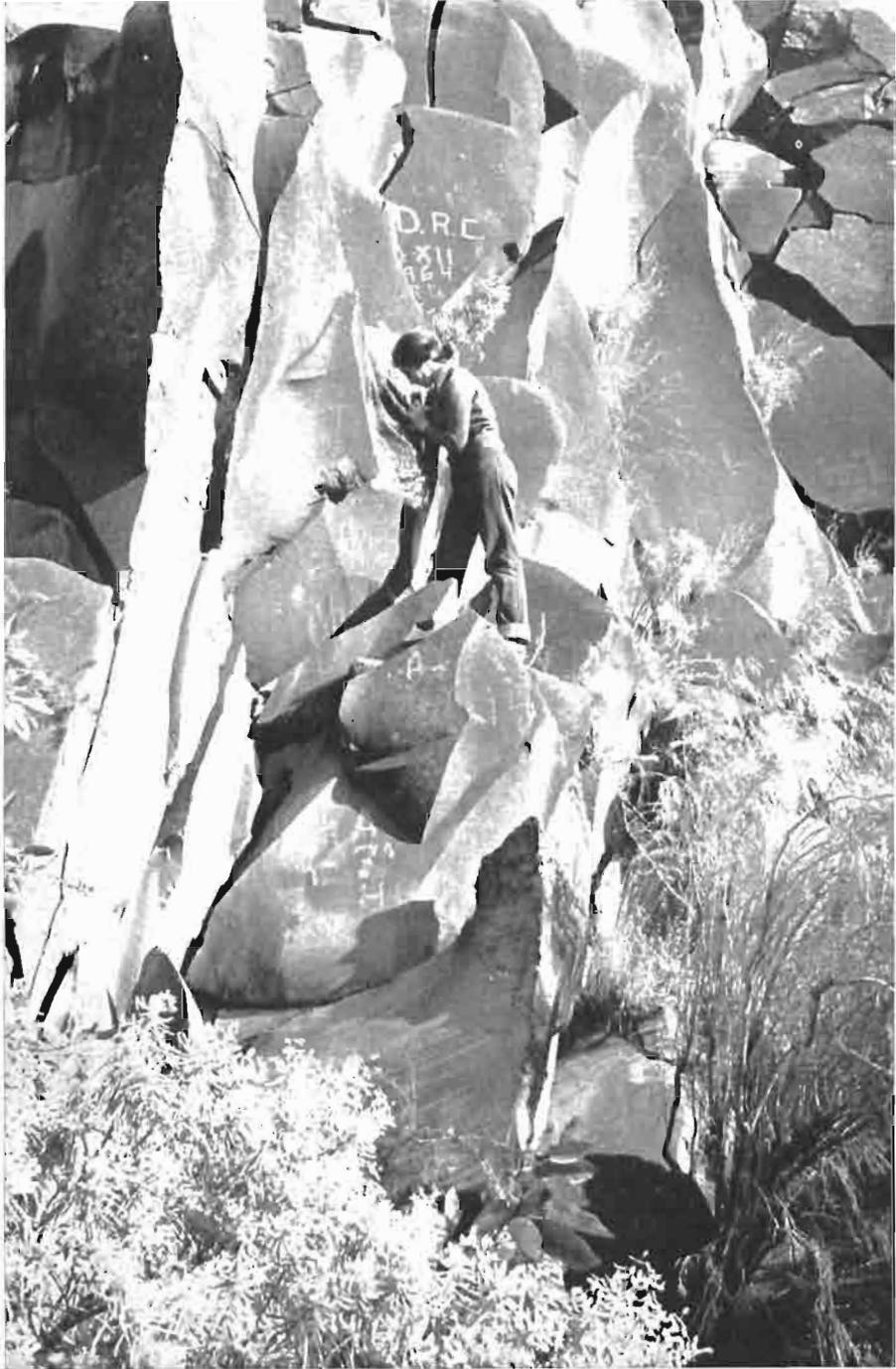


Lámina IV. — Zona XXXV.

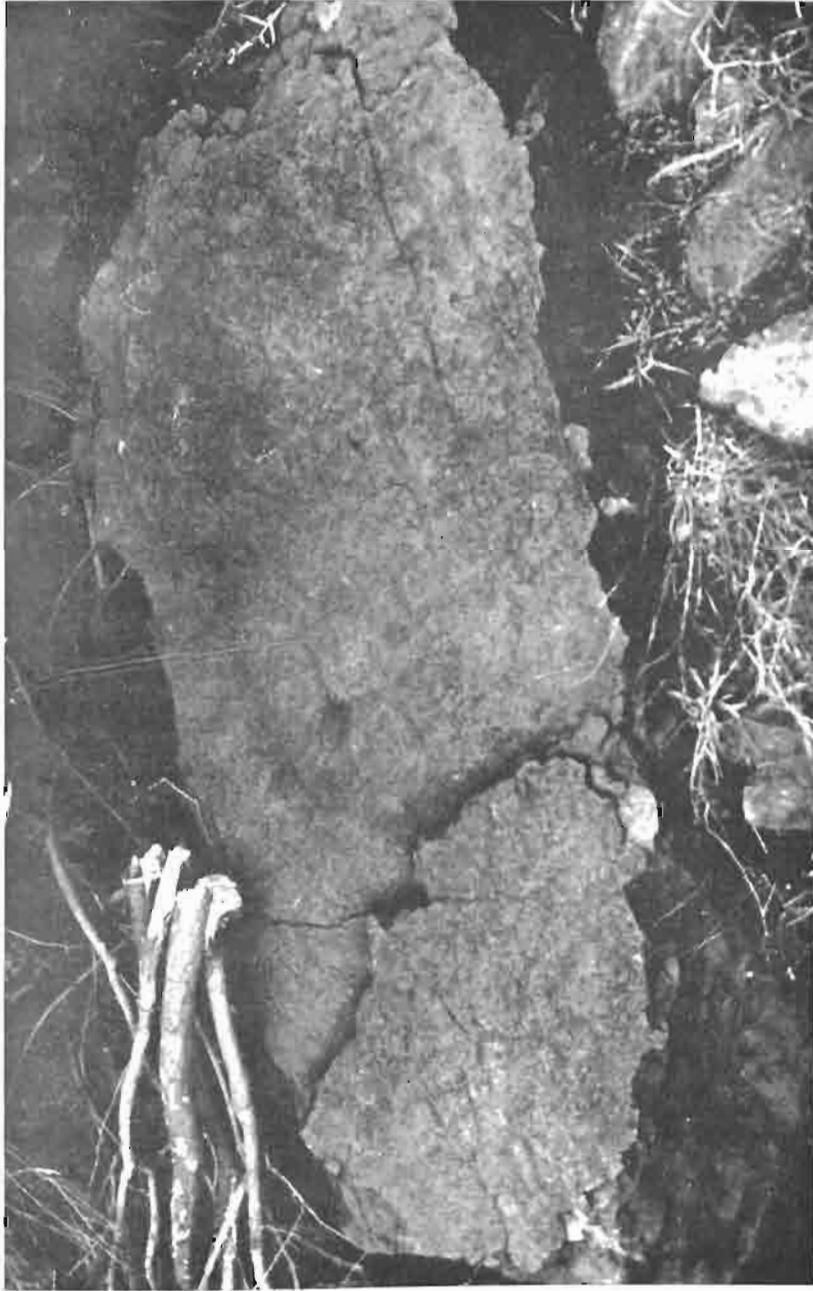


Lámina V. — Panel I.



Lámina VI. — Panel IV. 1.

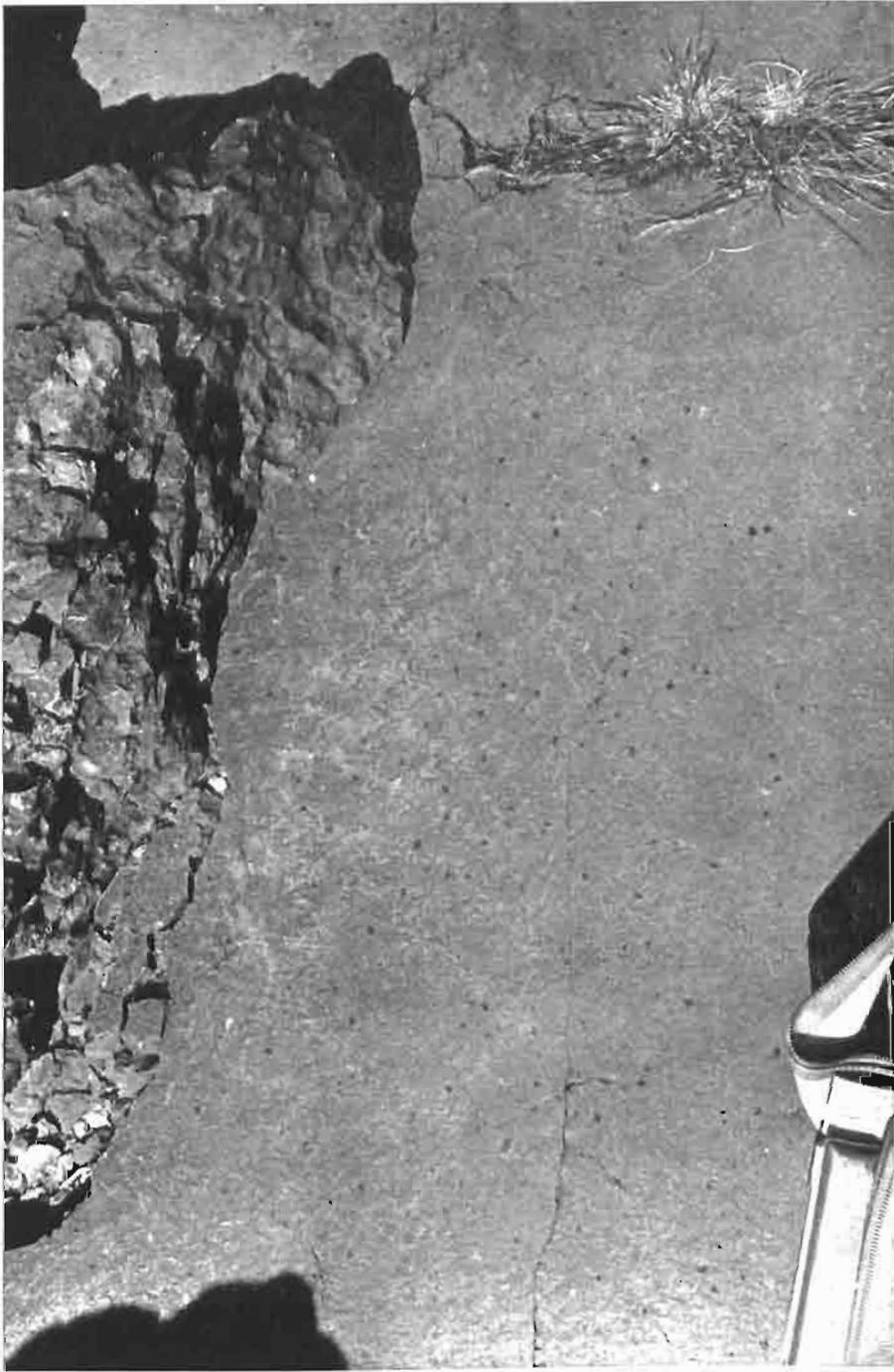


Lámina VII.—Panel IV, 2.



Lámina VIII. — Figura IV, 3.



Lámina IX. — Panel V.

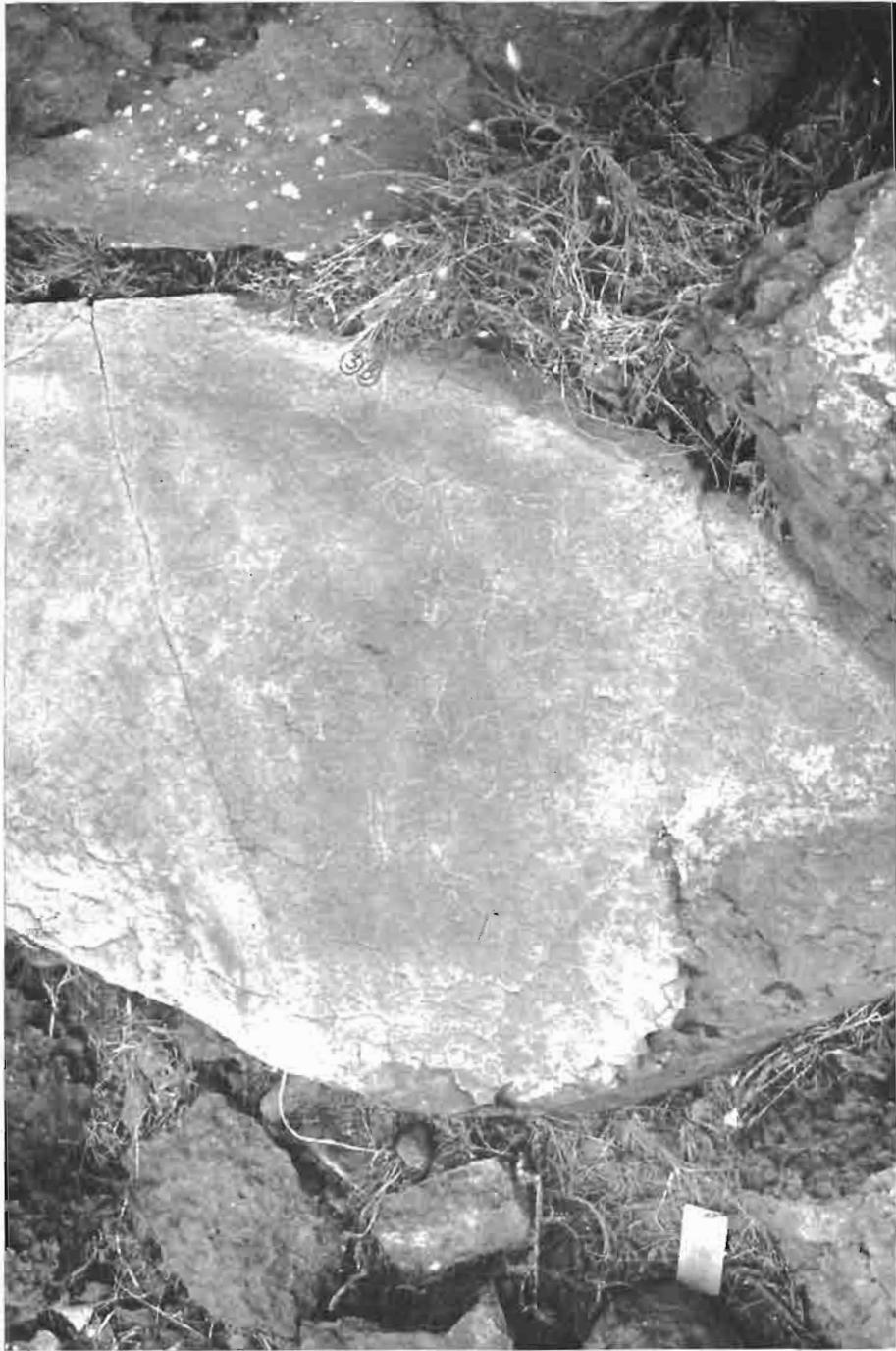


Lámina X. — Panel VI.



Lámina XI.— Conjunto del panel VII.



Lámina XII. — Panel VII *a*.



Lámina XIII. — Panel VII *b*.



Lámina XIV. — Panel VII c.



Lámina XV. — Panel VII: Superposición de trazos. (Fot. L. Diego Cuscoy.)



Lámina XVI. — Panel VII: Superposición de trazos. (Fot. L. Diego Cuscoy.)



Lámina XVII. — Signos VIII.



Lámina XVIII. — Signos IX.

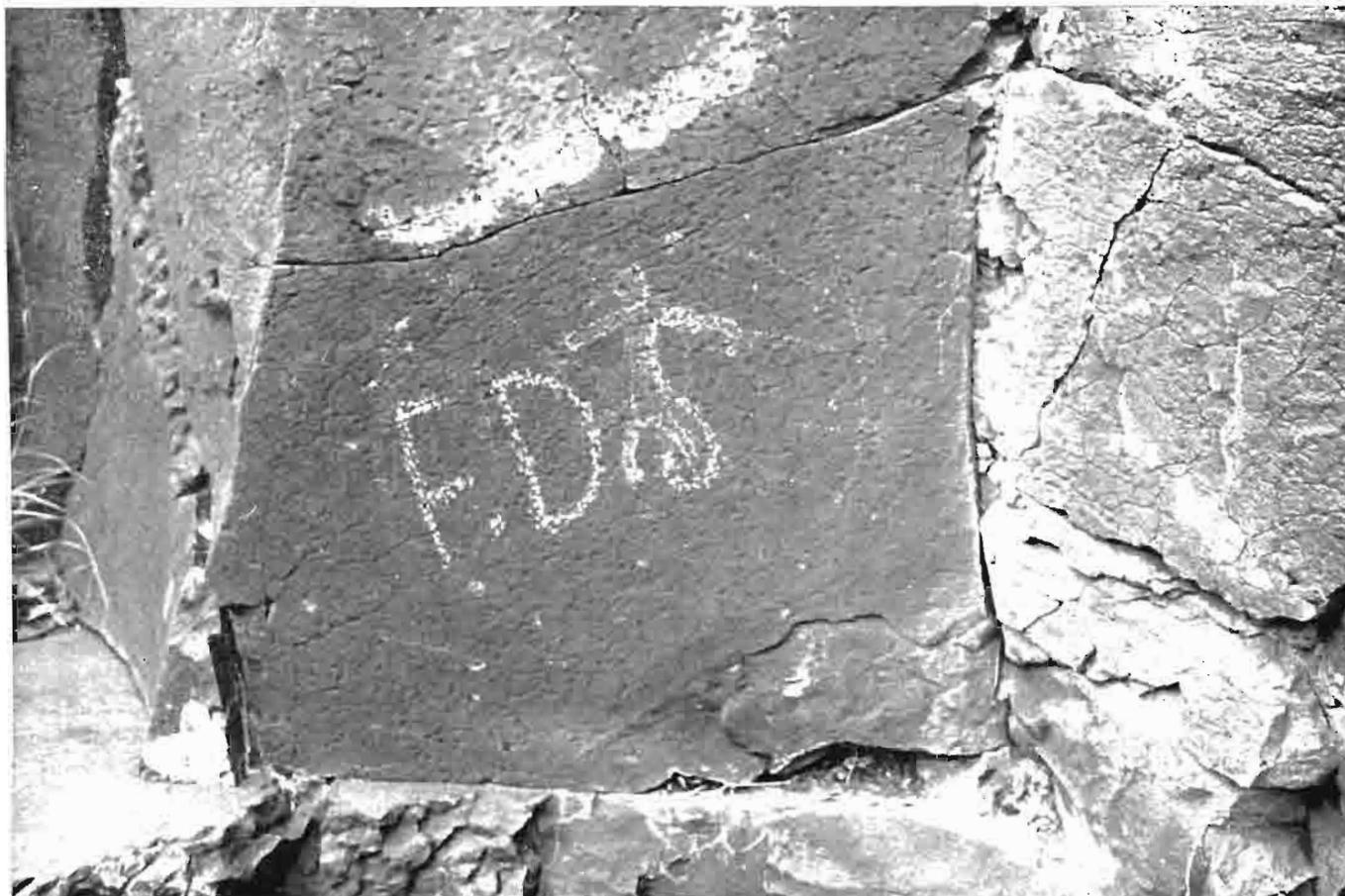


Lámina XIX. — Figura X.



Lámina XX. — Figura XI.



Lámina XXI.—Figura XII.



Lámina XXII. — Panel XIII.



Lámina XXIII. — Panel XIV.



Lámina XXIV. — Panel XIV. 2 a 4.



Lámina XXV. — Figura XV.

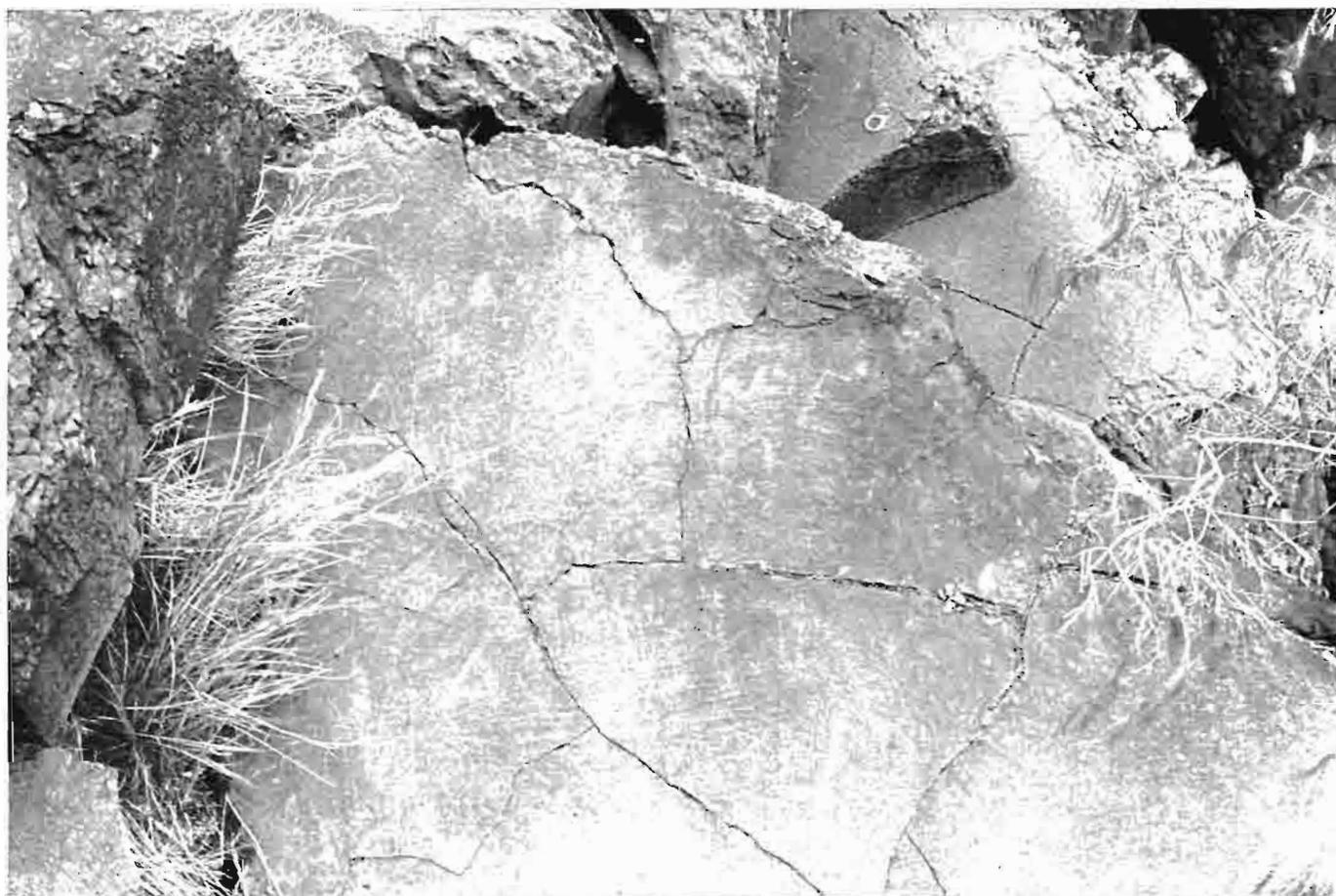


Lámina XXVI. — Panel XVI.

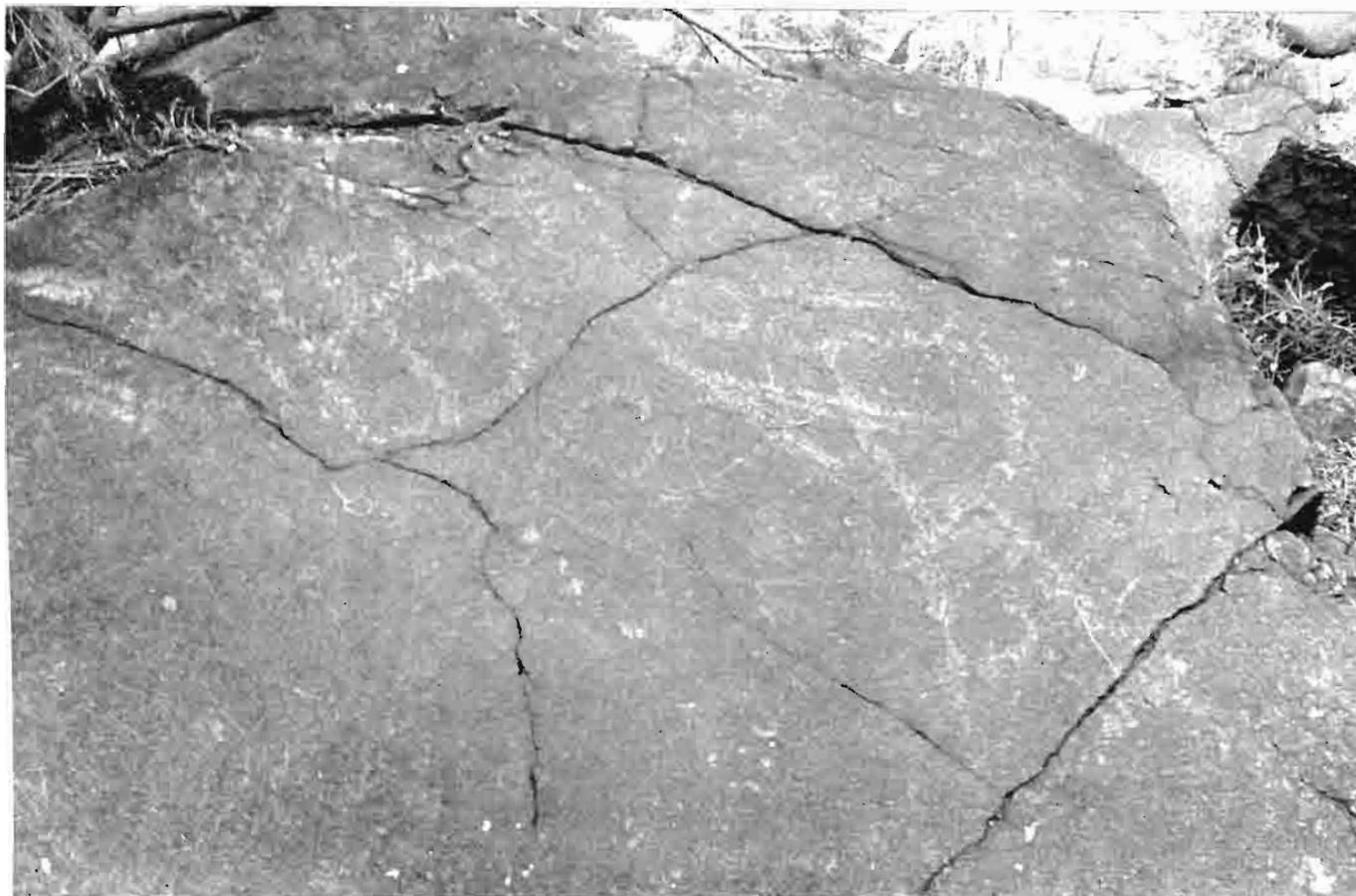


Lámina XXVII. — Panel XVI, 2 a 5.

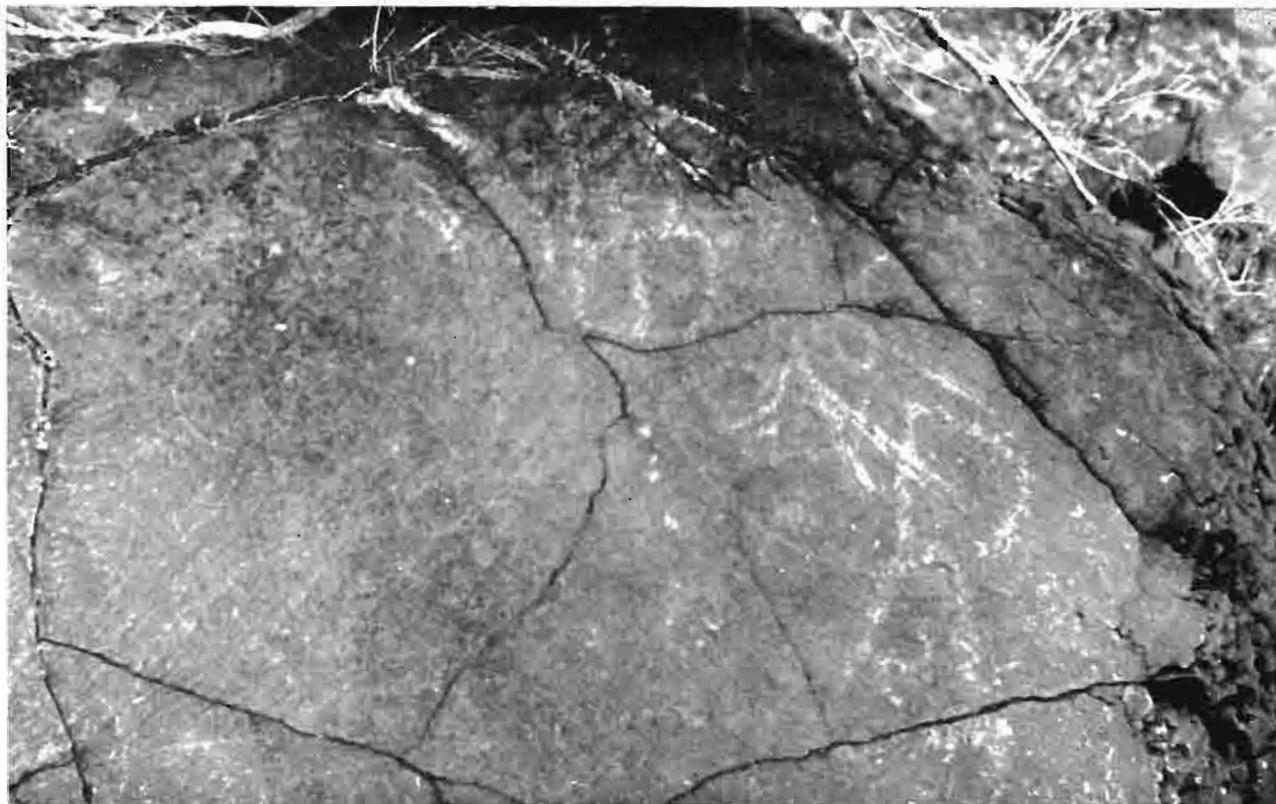


Lámina XXVIII. — Panel XVI.



Lámina XXIX.— Panel XVII.



Lámina XXX. — Panel XVII, 4.



Lámina XXXI. — Panel XVII, 4.



Lámina XXXII. — Panel XVIII, 1.



Lámina XXXIII. — Panel XVIII, 2 y 3.



Lámina XXXIV. — Panel XIX.



Lámina XXXV.— Panel XX.



Lámina XXXVI. — Panel XXI.



Lámina XXXVII. — Panel XXI.



Lámina XXXVIII. — Panel XXII.



Lámina XXXIX. — Panel XXII: parte baja.



Lámina XL. — Panel XXIII.



Lámina XLI. — Panel XXIV, 9.

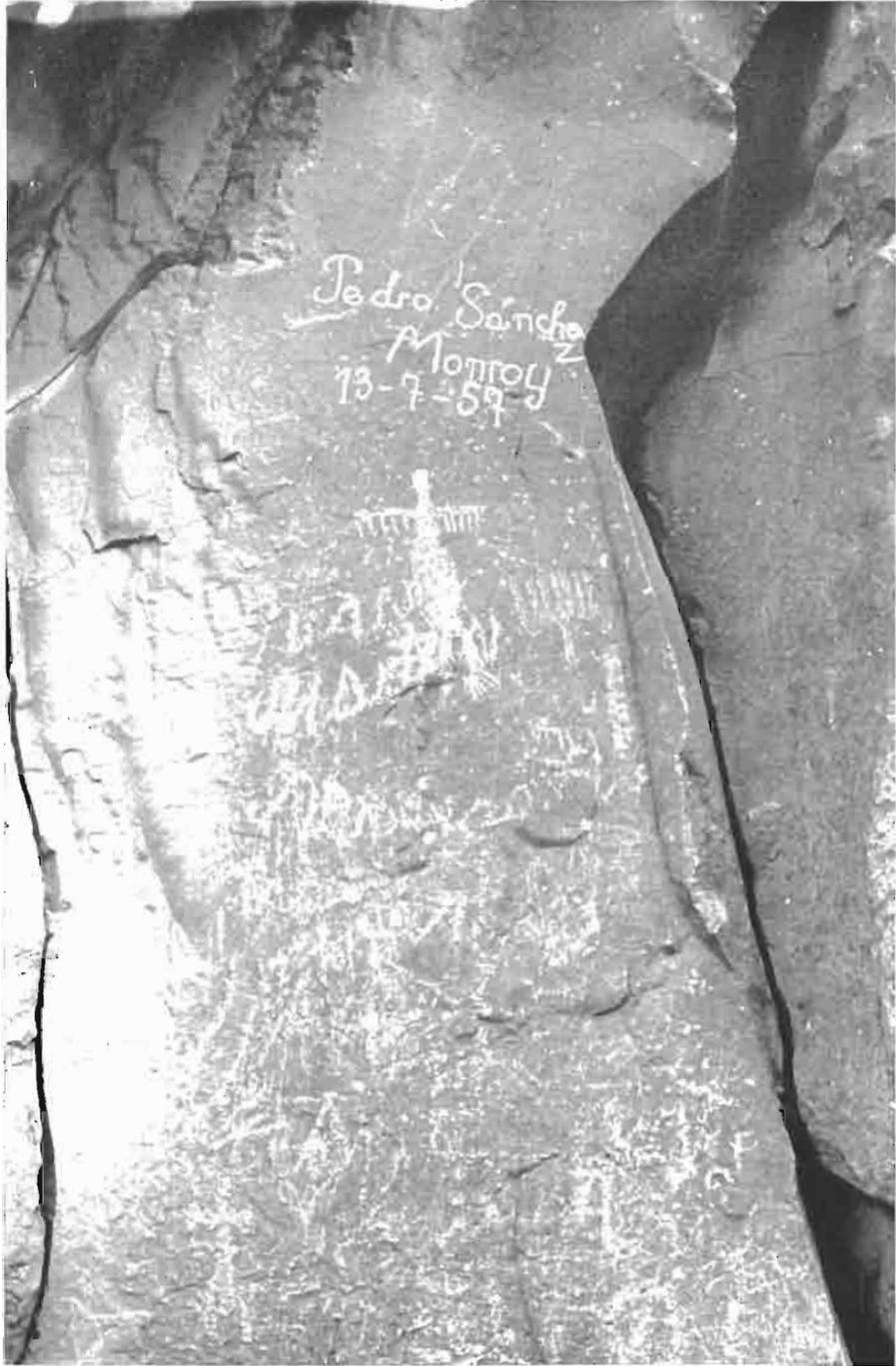


Lámina XLII. — Panel XXV.



Lámina XLIII. — Panel XXV, 11 a 14.



Lámina XLIV. — Panel XXVII, 17.



Lámina XLV. — Panel XXVII, 17.



Lámina XLVI. — Panel XXIX, 4.

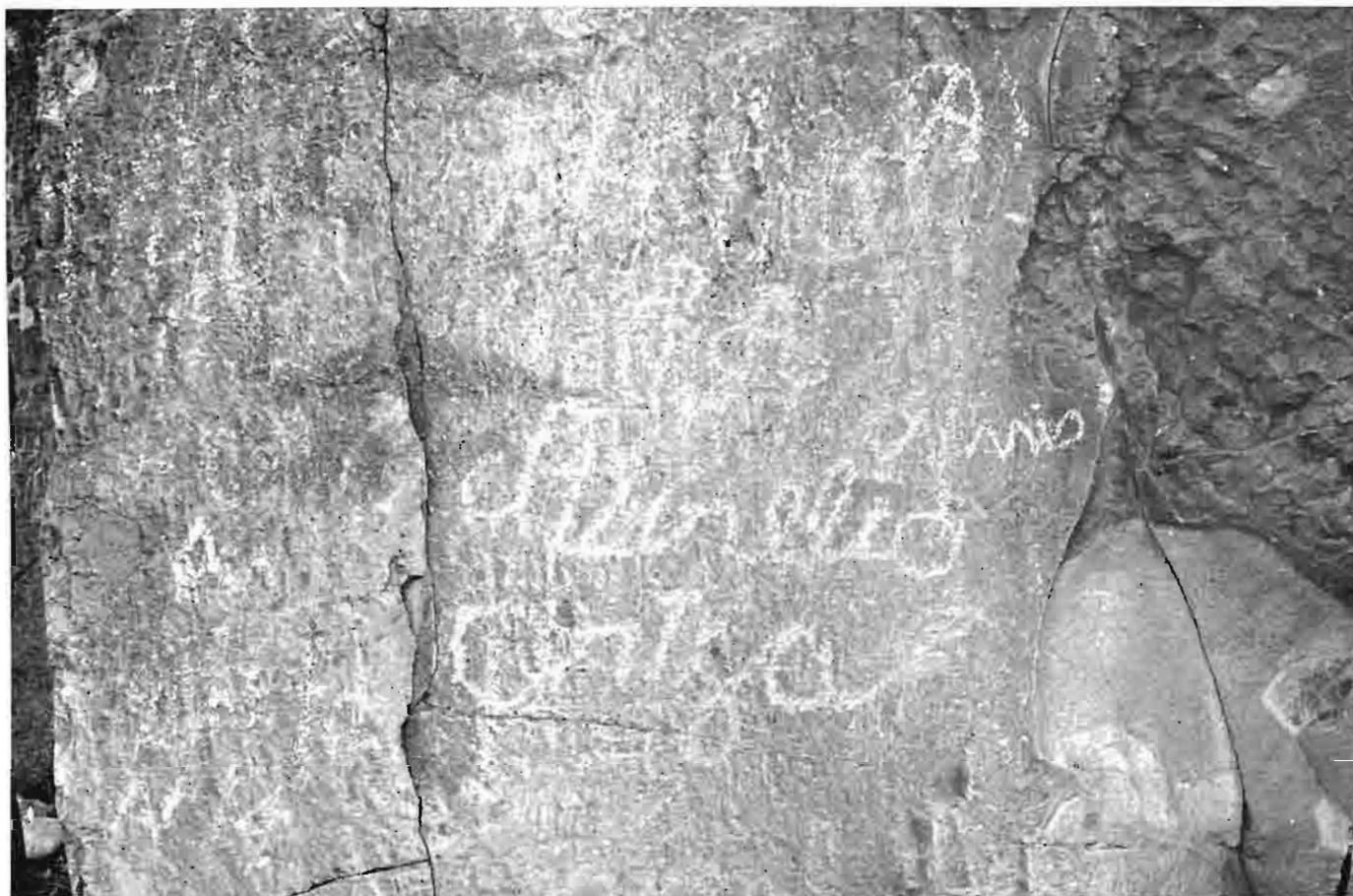


Lámina XLVII. — Panel XXX: parte alta.



Lámina XLVIII. — Panel XXX: parte baja.



Lámina XLIX. — Panel XXX, 13.





Lámina L. — Panel XXX, 7.



Lámina LI. — Panel XXX, 7.



Lámina LII. — Panel XXX. 13.



Lámina LIII. — Panel XXXI, 1 y 2.

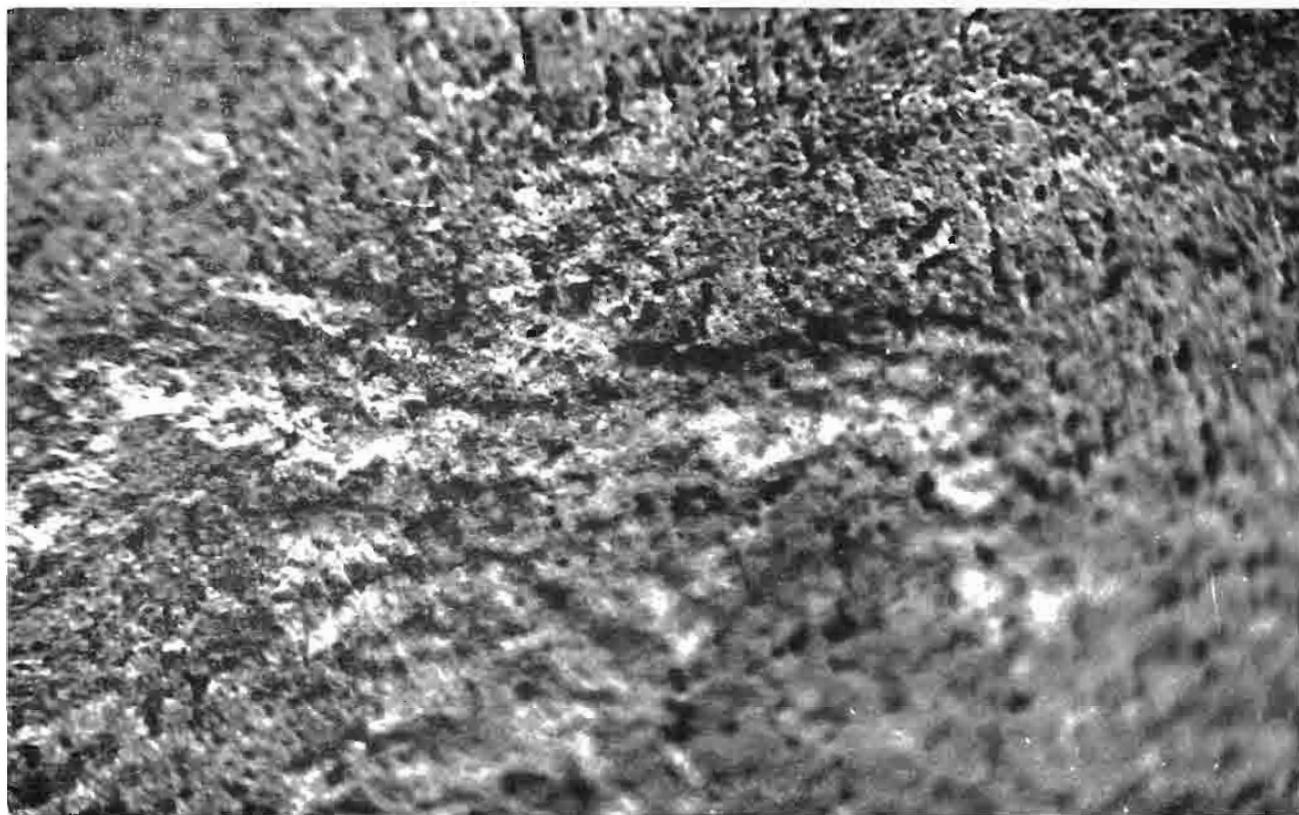


Lámina LIV. — Panel XXXI. 1.



Lámina LV. — Panel XXXI, 1 y 2.



Lámina LVI. — Panel XXXII, 2.



Lámina LVII. — Panel XXXIII.

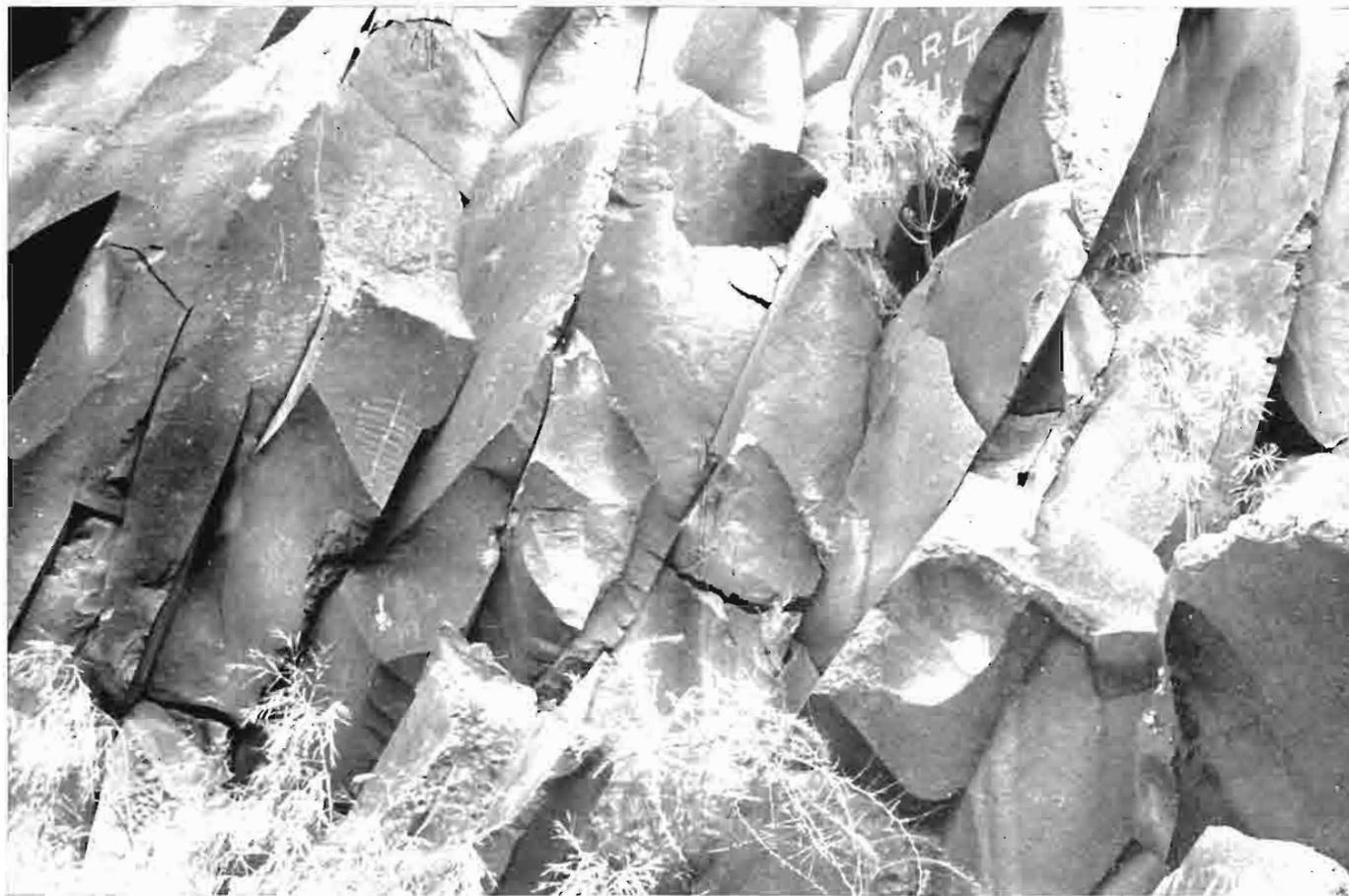


Lámina LVIII. — Panel XXXIV.



Lámina LIX. — Panel XXXIV.



Lámina LX. — Panel XXXIV, 4 y 5.

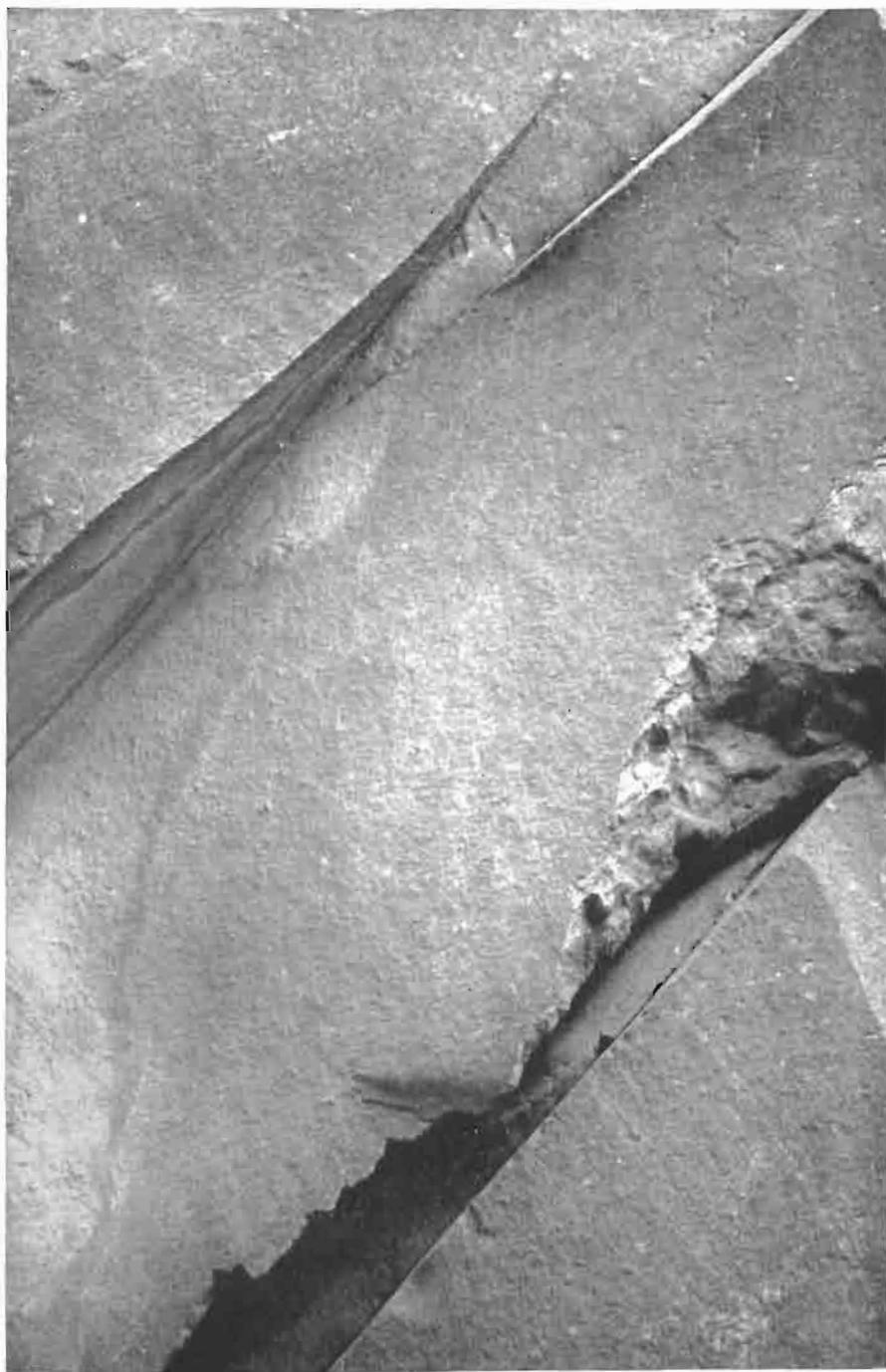


Lámina LXI. — Panel XXXIV, 4 y 5.



Lámina LXII. — Panel XXXIV, 6.



Lámina LXIII. — Figura XXXIX.



Lámina LXIV. — Panel XL.



Lámina LXX. — Panel XL, 2.

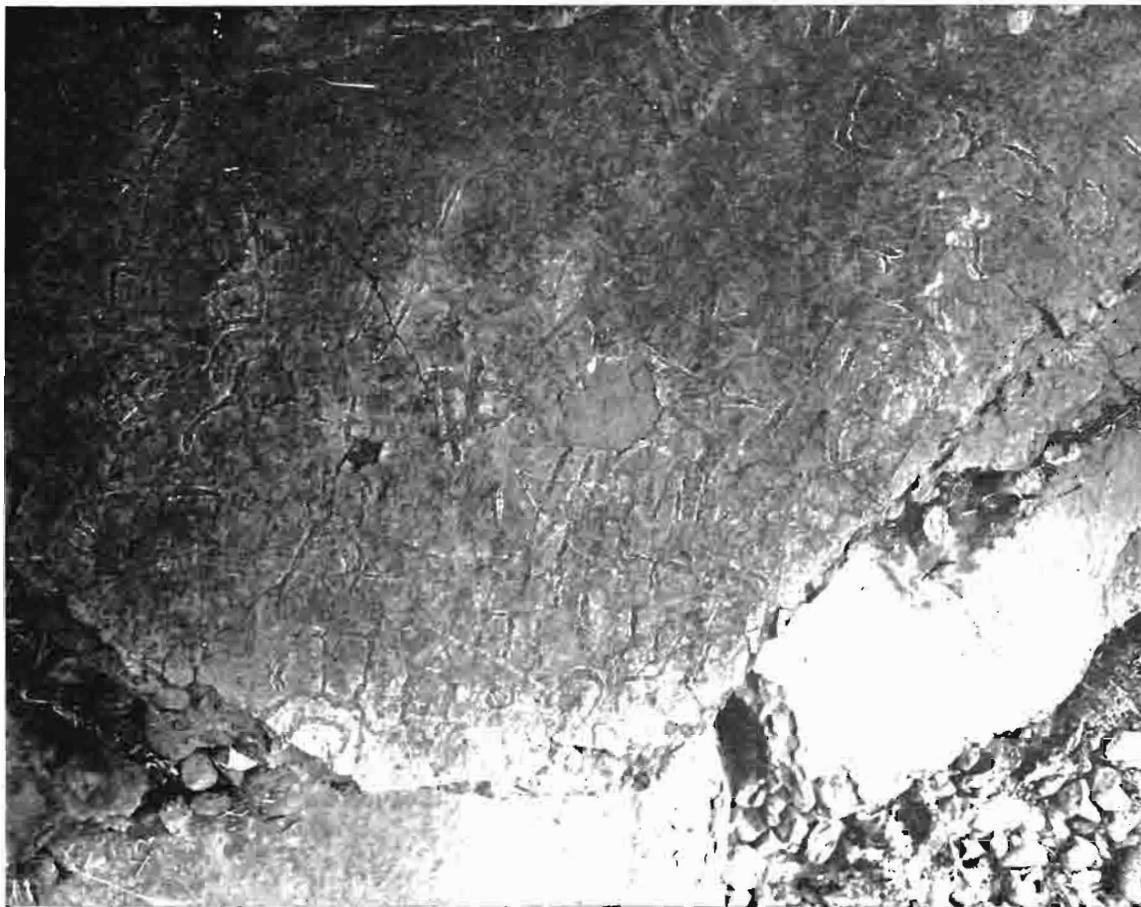


Lámina LXVI. — Panel XLI.



Lámina LXVII. — Panel XLI.



Lámina LXVIII. — Panel XLII.



Lámina LXIX. — Panel XLIII.

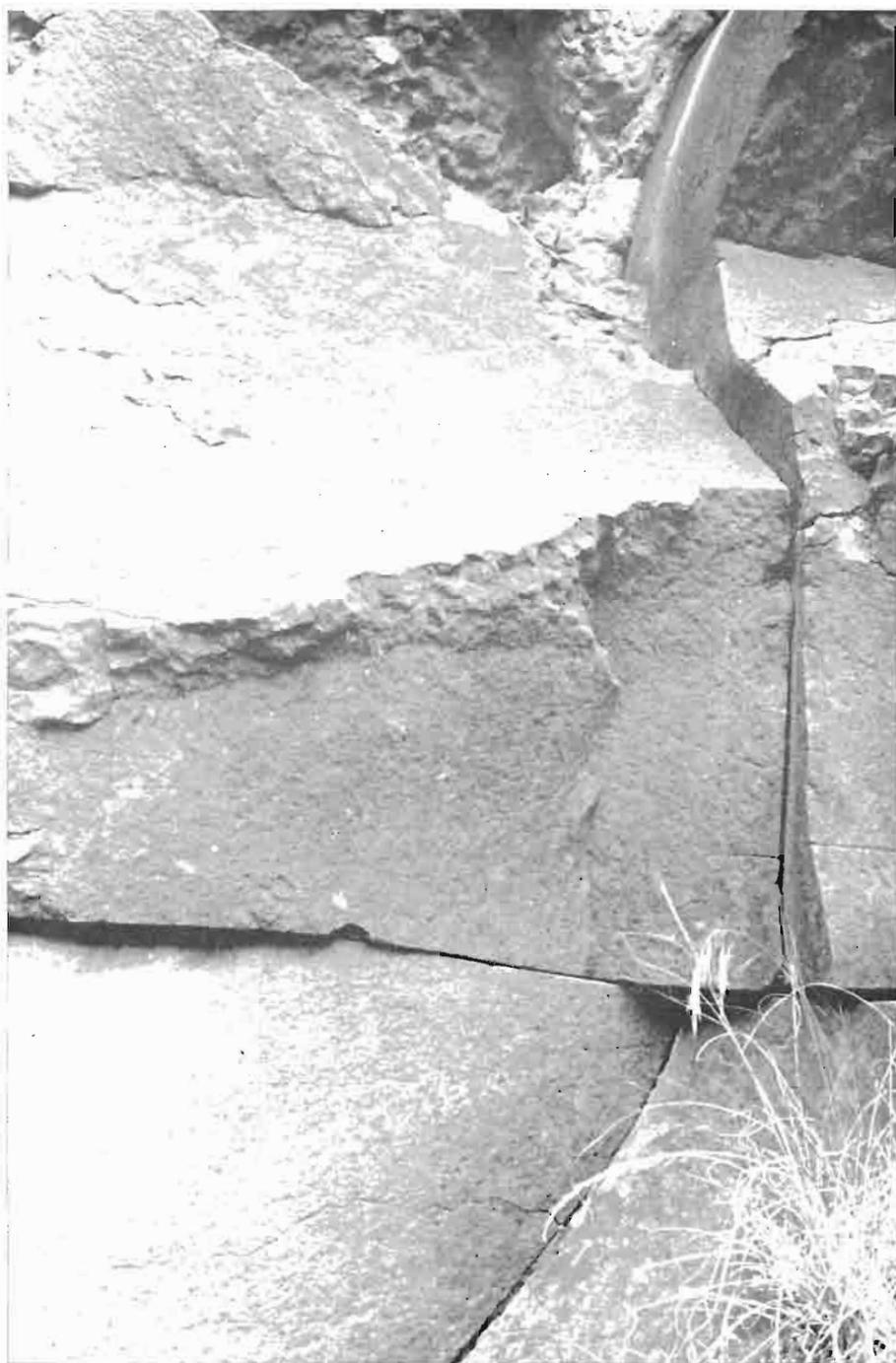


Lámina LXX. — Panel XLIII, 4.

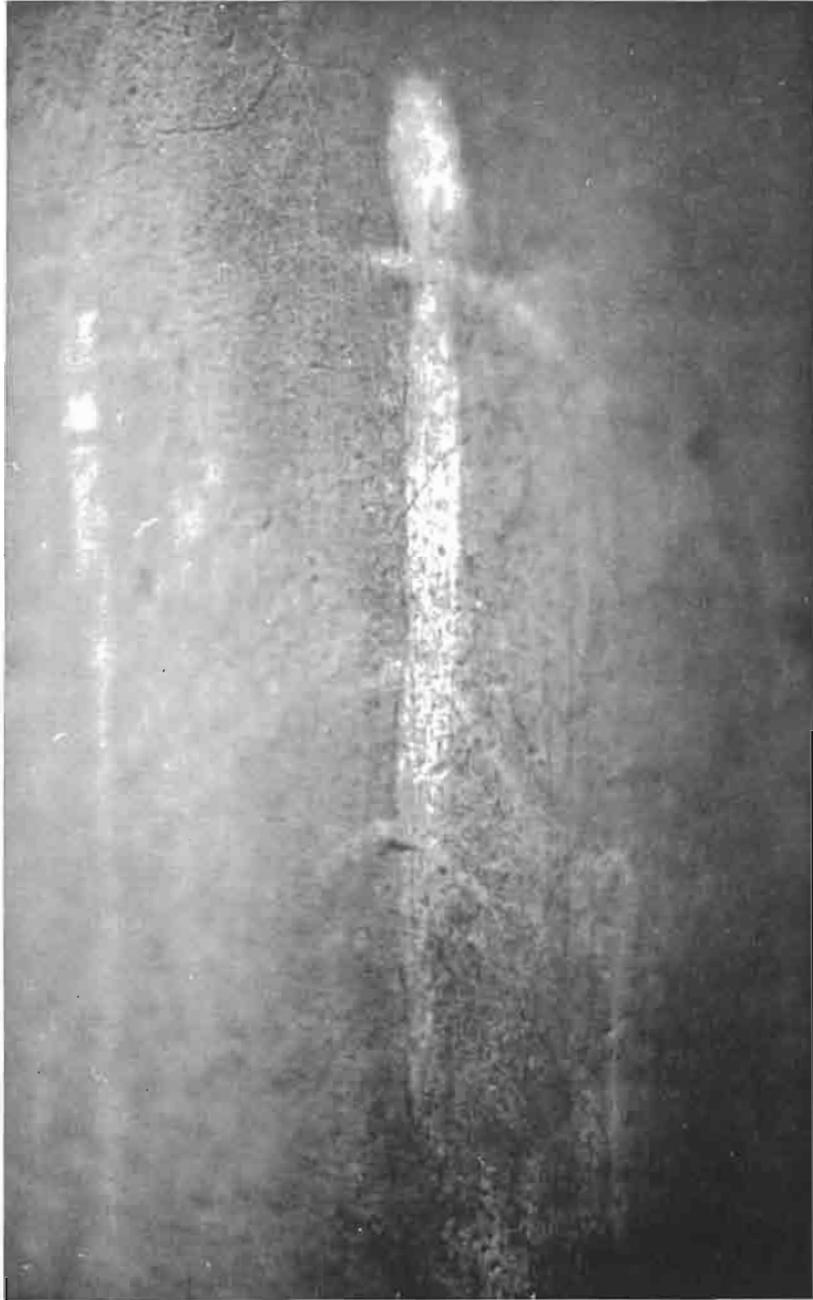


Lámina LXXI. — Panel XLV.

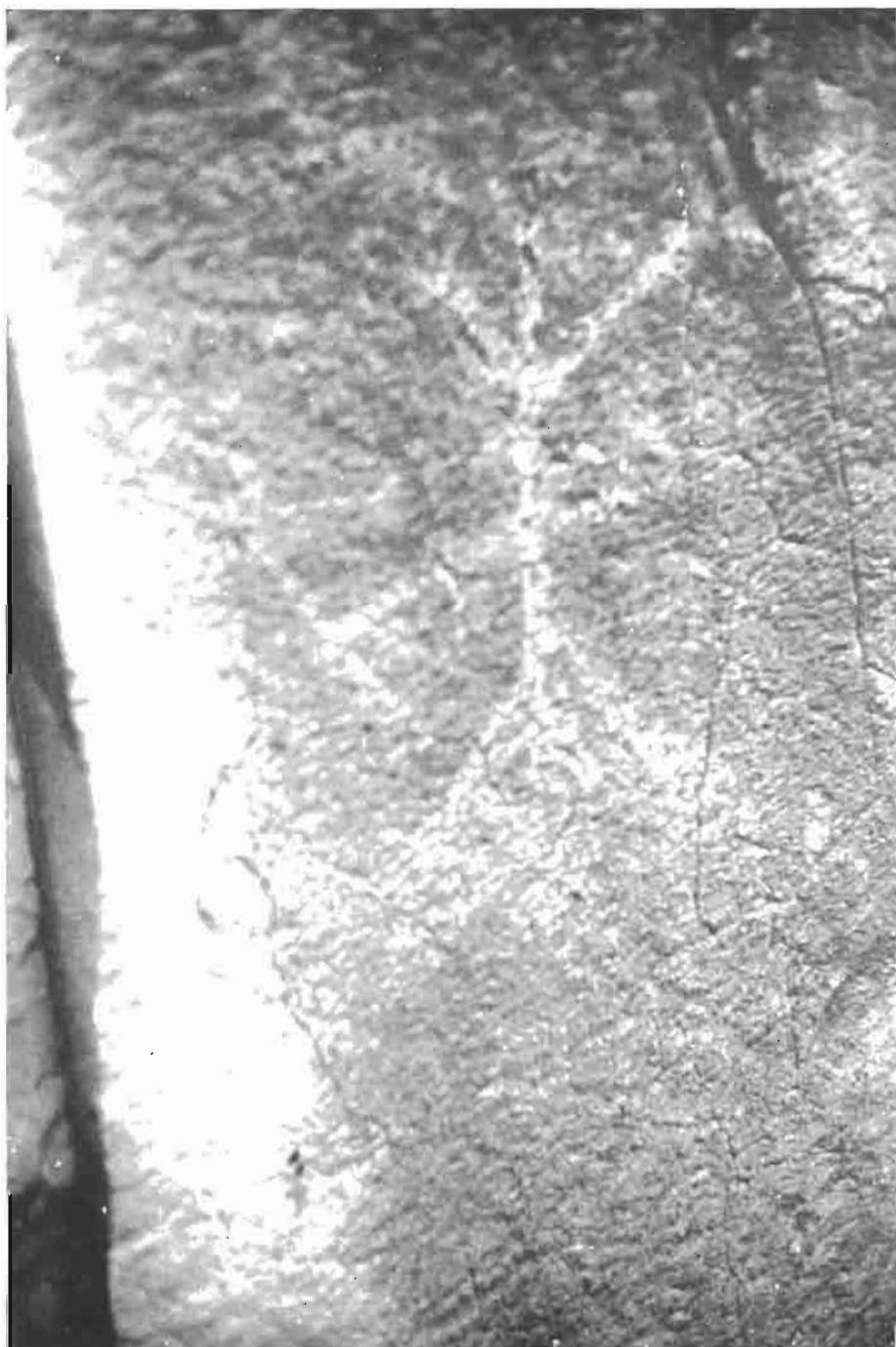


Lámina LXXII. — Panel XLVI.



Lámina LXXIII. — Panel XLVII.



Lámina LXXIV. — Panel XLVII.



Lámina LXXV. — Panel XLVII.

I N D I C E

	<i>Página</i>
I. El Barranco de Balos	5
II. Antecedentes, estudios y bibliografía	9
III. Técnicas	15
IV. Descripción de los grabados (Once láminas plegadas, sin numerar)	18
V. Las representaciones humanas	113
VI. Las armas y los objetos	122
VII. Los animales	124
VIII. Los signos	126
IX. Las inscripciones alfabéticas	128
X. Conclusiones	132
Láminas I a LXXV	157
Índice	235

*Este libro se terminó de imprimir en Zaragoza,
en los talleres gráficos de "Octavio y Félez", S. A.,
el día 12 de enero de 1971,
festividad de la Sagrada Familia*

ULPGC.Biblioteca Universitaria



790083
BIG 7.031.1 BEL gra



PATRONATO «QUADRADO»
(C. S. I. C.)